



FORMULARIO "E" TESIS DE POSGRADO

Este formulario debe figurar con todos los datos completos a continuación de la portada del trabajo de Tesis. El ejemplar en papel que se entregue a la UByD debe estar firmado por las autoridades UNGS correspondientes.

Niveles de acceso al documento autorizados por el autor

El autor de la tesis puede elegir entre las siguientes posibilidades para autorizar a la UNGS a difundir el contenido de la tesis:

Retener el contenido de la tesis por motivos de patentes, publicación y/o derechos de autor por un lapso de cinco años.

- a. Título completo del trabajo de Tesis: La Cooperativa Copacabana durante la última dictadura militar (1976-1983): erradicación de villas y autoconstrucción de vivienda
- b. Presentado por: Leandro Daich Varela
- c. E-mail del autor: ledaich@gmail.com
- d. Estudiante del Posgrado (consignar el nombre completo del Posgrado): Maestría en Ciencias Sociales UNGS-IDES
- e. Institución o Instituciones que dictaron el Posgrado (consignar los nombres desarrollados y completos): Universidad Nacional de General Sarmiento e Instituto de Desarrollo Económico y Social
- f. Para recibir el título de (consignar completo):
 - a) Grado académico que se obtiene: Magíster
 - b) Nombre del grado académico: Ciencias Sociales
- g. Fecha de la defensa: / /
 día mes año
- h. Director de la Tesis: Rosa Aboy
- i. Tutor de la Tesis (Apellidos y Nombres):
- j. Colaboradores con el trabajo de Tesis:

k. Descripción física del trabajo de Tesis (cantidad total de páginas, imágenes, planos, videos, archivos digitales, etc.): ciento noventa y tres páginas, un mapa, doce imágenes

l. Alcance geográfico y/o temporal de la Tesis: Buenos Aires, última dictadura militar (1976-1983)

m. Temas tratados en la Tesis (palabras claves): Villa 31; erradicación; autoconstrucción de vivienda; última dictadura militar argentina

n. Resumen en español (hasta 1000 caracteres):

Durante la última dictadura militar argentina (1976-1983), en la Ciudad de Buenos Aires se llevó a cabo un extenso y violento plan de erradicaciones masivas de las villas de emergencia. Frente a este escenario surgió un grupo de cooperativas de autoconstrucción de vivienda, que buscaron resistir los desalojos. Su finalidad fue edificar barrios de relocalización en la Provincia de Buenos Aires como respuesta a los desalojos.

Estas cooperativas fueron creadas por el sacerdotes, técnicos voluntarios y referentes barriales de las villas. A la vez, articularon con instituciones nacionales e internacionales que aportaron recursos económicos y las respaldaron políticamente. Incluso se vincularon con el Estado durante la gestión y construcción de los barrios de relocalización.

Esta tesis se centra en la primera cooperativa en formarse, Copacabana de la Villa 31-Retiro, y en la construcción de su primer barrio, en la localidad de San Miguel. Analizaremos las estrategias de Copacabana para organizarse colectivamente y consolidar una red de trabajo con diferentes actores, el proceso de autoconstrucción, las tensiones grupales y los sentidos alrededor del acceso a la vivienda en el marco de la erradicación.

o. Resumen en portugués (hasta 1000 caracteres):

Durante a última ditadura militar argentina (1976-1983), foi realizado na Cidade de Buenos Aires um extenso e violento plano de erradicação de favelas. Diante desse cenário, surgiram novas organizações que resistiram aos despejos, incluindo um grupo de cooperativas de autoconstrução de moradias. Seu objetivo foi construir novos bairros de realocação em diferentes localidades/cidades da Província de Buenos Aires em resposta aos despejos.

Essas cooperativas foram criadas por padres , técnicos voluntários e referentes territoriais das favelas. Ao mesmo tempo, articularam-se com numerosas instituições nacionais e internacionais que contribuíram com recursos econômicos e as apoiaram politicamente. As cooperativas até relacionaram-se com o Estado para o gerenciamento e a construção dos bairros de realocação.

Esta tese concentra-se na primeira cooperativa a ser formada, Copacabana na Villa 31-Retiro, e na construção de seu primeiro bairro na localidade de San Miguel. Analisaremos as estratégias da Copacabana para organizar-se coletivamente e consolidar uma rede de trabalho com diferentes atores, o processo de autoconstrução, as tensões grupais e os sentidos em torno ao acesso à moradia no âmbito da erradicação.

p. Resumen en inglés (hasta 1000 caracteres):

During the last Argentine military dictatorship (1976-1983), an extensive and violent plan to eradicate the shantytowns of the City of Buenos Aires was implemented. In response to this scenario, a group of self-build housing co-operatives emerged with the aim to resist the evictions. They set out to erect new neighborhoods in different areas within the Province of Buenos Aires for those evicted to resettle.

The co-operatives were constituted by priests, technicians who volunteered and shantytown leaders. At the same time, they worked together with national and international institutions who contributed financially and offered political support. They even established relations with the Government during the management and construction of the neighborhoods.

This thesis focuses on the first of the co-operatives to have been created, Copacabana of the Villa 31-Retiro, and the construction of its first neighborhood in the county of San Miguel. We shall analyze Copacabana's strategies to organize themselves collectively and establish a network with different agents, the process of self-construction, tensions within the group and the multiple meanings around access to housing within the context of the eradication.

q. Aprobado por (Apellidos y Nombres del Jurado):

Firma y aclaración de la firma del Presidente del Jurado:

Firma del autor de la tesis:



Universidad Nacional
de General Sarmiento

MAESTRIA EN CIENCIAS SOCIALES 2013-2019

Acreditación de la CONEAU (224/11)

Tesis para Obtener el grado de
Magister en Ciencias Sociales

La Cooperativa Copacabana durante la última dictadura militar (1976-1983):
erradicación de villas y autoconstrucción de vivienda

Leandro Daich Varela

Directora: Dra. Rosa Aboy

Co-Directora: Dra. María Cristina Cravino

septiembre, 2019

Índice

Agradecimientos.....	4
Abreviaturas	5
Cuadros.....	5
Índice de imágenes	5
Introducción	7
I. Presentación del problema y objetivos de la tesis	7
II. El plan de erradicación de villas de la última dictadura militar y algunas formas de resistencia	9
III. Algunas consideraciones conceptuales.....	17
IV. Aspectos metodológicos.....	23
V. Estructura de la tesis	28
Capítulo 1. Las cooperativas de autoconstrucción villeras frente a los desalojos compulsivos	30
1.1 Introducción	30
1.2 Las cooperativas de autoconstrucción.....	31
1.3 La estrategia de la serpiente	36
1.4 La creación de las cooperativas: desamparo, confianza y resistencia.....	40
1.5 Equipos técnicos y comunidades de apoyo	46
1.6 Los objetivos sociales y necesidades de la metodología de Esfuerzo Propio y Ayuda Mutua (EPAM).....	51
1.7 Los repertorios de acción colectiva que guiaron a las cooperativas	56
1.8 El otro lado de la vía: las redes de trabajo y protección.....	63
1.9 Las cooperativas de la Provincia de Buenos Aires	66
1.10 Las cooperativas según la Comisión Municipal de la Vivienda	68
Capítulo 2. La organización de la Cooperativa Copacabana de la Villa 31	73
2.1 Introducción	73
2.2 La primera formación de la Cooperativa Copacabana	74
2.2.1 El barrio, la fe y la nacionalidad boliviana.....	78
2.3 La segunda formación de la Cooperativa Copacabana	84
2.4 Los técnicos, los documentos y el proyecto urbano.....	88
2.4.1 El reglamento y el convenio	90
2.4.2 El Proyecto. Desde Córdoba hasta San Miguel.....	94
2.5 Las formas de financiamiento de la Cooperativa Copacabana	101
2.5.1 El dinero y la fe católica.....	102

2.5.2 El dinero estatal	105
2.5.3 El pago de las cuotas	110
Capítulo 3. La construcción del barrio La Asunción, en San Miguel.....	115
3.1 Introducción	115
3.3 La obra, la confianza y la alegría	116
3.4 El cumplimiento de las normativas	119
3.5 Los largos tiempos de obra y el esfuerzo	121
3.6 Las dificultades del sistema Mampuesto Alma Suelo y su impacto en la organización	126
3.7 El incumplimiento en la obra	127
3.8 Las mujeres de Copacabana	132
3.9 El sorteo de las viviendas y la inauguración del barrio. Entre lo colectivo y lo individual.....	143
3.10 El paso de Ayuda Mutua al Esfuerzo Propio	149
3.11 El “privilegio” de ser desalojado y obtener una vivienda	156
3.12 Escombros y cascotes: los sentidos de la mudanza.....	162
Conclusiones	167
Bibliografía	178

Agradecimientos

Esta tesis es producto de años de investigación, escritura y trabajo compartido con personas que me han brindado su apoyo e ideas. Sin todos ellos, esta tarea no hubiera sido posible.

En primer lugar, quisiera agradecer a las instituciones que, de distintas formas, me acompañaron en esta investigación. Al Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), por haberme otorgado una beca doctoral sin la cual no hubiera comenzado este camino. Al Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES) y a la Universidad Nacional de General Sarmiento (UNGS), donde he cursado la Maestría en Ciencias Sociales. Quisiera destacar la labor de su coordinador, Andrés Freijomil, por su ayuda constante. Al Instituto del Conurbano (ICO) de la UNGS, por haberme brindado un espacio de trabajo durante tantos años.

La posibilidad de haber emprendido esta investigación, cruzado disciplinas y afrontado la tarea de escritura de esta tesis fue posible gracias al apoyo, lectura y comentarios de mi Directora, Rosa Aboy y mi Co-Directora, María Cristina Cravino. Les agradezco su guía, desde hace ya varios años, en este campo de estudio que compartimos.

Quiero reconocer especialmente a los integrantes de la Fundación Vivienda y Comunidad, el Secretariado de Enlace de Comunidades Autogestionarias por la enorme gentileza de haberme permitido acceder a sus archivos y estudiar su documentación.

Agradezco a los protagonistas de las cooperativas de autoconstrucción por haberme abierto las puertas de sus casas, compartido conmigo sus memorias, invitado a sus festejos y enseñado sobre la vivienda popular. Muchas gracias Adela, Aida, Beatriz, Carlos, Clementina, Daniel, Eduardo, Eva, Aurelio, Jonathan, Juan Alberto, Juana, Mariano, Miguelina, Miriam, Nora, Osvaldo, Pamela, Pedro, Raúl, Ricardo, Rosita, Susana, Teresa y Venico.

Esta tesis no se podría haber llevado a cabo sin el aporte, compañía y debate con mis compañeras de la Maestría en Ciencias Sociales y mis compañeros becarios del Instituto del Conurbano. También gracias a la incesante tarea y formación que comparto con mis amigos y colegas docentes de la carrera de Arquitectura en la Universidad de Buenos Aires y la Universidad Nacional de Moreno.

Agradezco a Marcela, por la lectura atenta y precisa que ayudó a mejorar el estilo de estas páginas. A mi familia, que siempre me ha acompañado en mis estudios y trabajos. Finalmente, a Malena, por su amor, su confianza en mí y su fuerza.

Abreviaturas

CAVE: Cooperativa de Autoconstrucción Vivienda Educativa

CBA: Cáritas Buenos Aires

CEVE: Centro Experimental de la Vivienda Económica

CIAS: Centro de Investigación y Acción Social

CMV: Comisión Municipal de la Vivienda

EPAM: Esfuerzo Propio y Ayuda Mutua

FUCVAM: Federación Uruguaya de Cooperativas de Vivienda por Ayuda Mutua

FVC: Fundación Vivienda y Comunidad

INAC: Instituto Nacional de Acción Cooperativa

IVC: Instituto de Vivienda de la Ciudad

MAS: Mampuesto Alma Suelo

MBS: Ministerio de Bienestar Social

PENCA: Podemos Construir Nuestras Casas Ayudándonos

PEVE: Plan de Erradicación de Villas de Emergencia

SEDECA: Secretariado de Enlace de Comunidades Autogestionarias

SELAVIP: Servicio Latinoamericano y Asiático de Vivienda Popular

Cuadros

1: Cooperativas de Autoconstrucción pertenecientes a cada villa de la ciudad de Buenos Aires y la cantidad de viviendas construidas. Fuente: Revista Vivienda Popular N°5, abril 1982.

2: Cantidad de familias inscriptas en las cooperativas de cada villa de la Ciudad de Buenos Aires hacia el treinta de julio de 1980. Fuente: *Villas – Erradicaciones* (CMV, 1980:110).

3: Origen de los aportes financieros de Copacabana en 1980 y 1981. Fuente: FVC

Índice de imágenes

Mapa 1: Estado, ubicación y dimensión de las villas de la Ciudad de Buenos Aires antes y durante la última dictadura militar.

Imagen 1: Integrantes de la Cooperativa Copacabana, mayo de 1978 (Archivo FVC).

Imagen 2: Vista del frente del módulo compuesto por dos unidades habitacionales. Dibujo original realizado por el equipo técnico (Archivo FVC).

Imagen 3: Proyecto urbano de La Asunción con sus 52 viviendas. Dibujo original realizado por el equipo técnico (Archivo FVC).

Imagen 4: Técnicos y autoconstructores inspeccionando los bloques para el MAS, marzo de 1979 (Archivo FVC).

Imagen 5: Hombre y mujer trabajando en las terminaciones del barrio La Asunción, diciembre de 1982 (Archivo FVC).

Imagen 6: Elevación y llenado de la mampostería de una vivienda, mayo de 1979 (Archivo FVC).

Imagen 7: Autoconstructora cargando un bloque, octubre de 1978 (Archivo FVC).

Imagen 8: Inauguración del barrio, 21 de diciembre de 1980 (Archivo FVC).

Imagen 9: Integrantes de la cooperativa y niños posando frente a las viviendas, julio de 1982 (Archivo FVC).

Imagen 10: Festejo del día de la Virgen de Copacabana en el centro comunitario, 6 de agosto de 2017. Fotografía: Leandro Daich Varela.

Imagen 11: Recolección de escombros en la Villa 31, 25 de mayo de 1978 (Archivo FVC).

Imagen 12: Trituradora de cascotes en la obra, diciembre de 1978 (Archivo FVC).

Introducción

I. Presentación del problema y objetivos de la tesis

Durante la última dictadura militar argentina (1976-1983), las villas de emergencia de la Ciudad de Buenos Aires fueron objeto del plan de erradicación más violento y efectivo de su historia. Dicho plan desalojó alrededor de 200.000 personas que fueron expulsadas, tanto de sus viviendas como su barrio, ciudad y en algunos casos del país. La mayoría fue arrojada en camiones (en algunos casos de basura) a terrenos baldíos, a otras villas de otras localidades, o se asentaron en algún lugar propio o prestado donde permanecer temporalmente. Al día de hoy, los datos y trayectorias de los erradicados de la Ciudad de Buenos Aires permanecen inciertos, sumidos en la oscuridad interpretativa que aún rodea a la última dictadura, junto a los desaparecidos villeros y a la represión que sufrieron los asentamientos. Este trabajo busca restituir parte de esa historia a través del análisis de una forma de organización barrial surgida de las villas en ese contexto: las cooperativas de autoconstrucción. Estas edificaron nuevos barrios en distintas localidades del Conurbano Bonaerense donde pudieron reubicarse 5.500 desalojados. El estudio de estas organizaciones nos permite descubrir nuevas pistas sobre algunos de los destinos de los erradicados de las villas de la ciudad. También demuestra que no se recibió con pasividad la orden de erradicación, sino por el contrario, se lograron poner en marcha estrategias para contrarrestar las políticas urbanas estatales. Parte de la relevancia de este trabajo es su posibilidad de arrojar luz sobre la actividad de las organizaciones populares durante un periodo donde fueron vedadas y perseguidas.

Esta tesis busca contribuir al estudio de las formas de organización social y política de los sectores populares, centrándonos en las villas de la Ciudad de Buenos Aires durante las erradicaciones masivas de la última dictadura militar. Dentro de este marco, nuestro objetivo principal consiste en analizar el proceso de organización de cooperativas de autoconstrucción, como una vía para comprender la problemática habitacional en las villas, las formas de acción colectiva de resistencia frente a las políticas urbanas expulsivas y la producción de vivienda popular durante este periodo histórico. Para ello, nos centraremos en la Cooperativa Copacabana¹, la primera en formarse y la cual actuó de guía para todas las otras. A la vez, analizaremos el primer barrio edificado por la Cooperativa, llamado La

¹ Su nombre completo, según el “Reglamento para la autoconstrucción de las viviendas” de este grupo, es “Cooperativa de Vivienda y Consumo Copacabana Limitada”. Utilizaremos sencillamente Copacabana en tanto ese es el nombre con el cual todos los entrevistados la recordaron.

Asunción². Estudiaremos las memorias de sus integrantes, su organización política, su vida cotidiana y las dinámicas del trabajo de autoconstrucción, en el marco de la violenta represión que atravesaron las villas.

El análisis de las cooperativas estará guiado por una serie de objetivos específicos que buscarán, en primer lugar, identificar la red de acciones colectivas en la cual se insertaron y con la cual buscaron resistir a las erradicaciones. Para ello indagaremos sobre las estrategias compartidas y sobre los vínculos que las cooperativas establecieron entre sí, con instituciones ligadas a la Iglesia católica, organizaciones sociales y organismos estatales (Ministerio de Bienestar Social y Comisión Municipal de la Vivienda). Nuestro segundo objetivo específico consiste en describir y analizar las condiciones que debieron darse para la formación de las cooperativas. En este punto profundizaremos sobre la *herencia organizativa* (Schuster, 2006) de sus integrantes, los antecedentes sobre experiencias cooperativas que guiaron al grupo, al apoyo que recibieron de otras organizaciones y de la aceptación por parte del Estado. En un tercer lugar, tendremos como objetivo identificar a los diferentes actores que integraron la cooperativa pionera, Copacabana, describir sus motivaciones, su rol dentro de la cooperativa, su entendimiento del trabajo que estaban realizando. También analizar las formas de participación de los actores en los procesos de toma de decisiones y de definición del barrio a construir. Nuestro cuarto objetivo específico busca poner en relación y contrastar las ideas sobre acción colectiva que guiaron la formación de la Cooperativa Copacabana con el proceso en que efectivamente se materializó su primer barrio. Para ello nos dedicaremos a caracterizar las discusiones sobre su organización para la autoconstrucción y vida comunitaria, así como para la materialización de las viviendas. Por último, analizaremos los significados y tensiones presentes en la experiencia de estos pobladores, que a la vez que fueron víctimas de la erradicación, crearon un nuevo barrio y mejoraron sus condiciones de habitabilidad.

El conocimiento de la historia social, cultural y política de las villas ha crecido en los últimos años, sumando a los textos clásicos valiosos aportes con nuevas lecturas y enfoques. Este campo también ha ganado protagonismo en publicaciones académicas especializadas, así como en diversos eventos científicos. Muchos de los nuevos aportes sobre esta temática nutren esta tesis, sin embargo, vale destacar que la bibliografía

² Este plan fue identificado con ese nombre en tanto fue comprado a la congregación religiosa Hermanas de la Asunción y fue edificado alrededor del colegio que esta congregación posee. Se encuentra limitado por la Avenida Ricardo Balbín (Ruta Provincial 23), Maestro Ferreyra, España y Salguero. Durante las entrevistas a vecinos de este barrio, pocos lo llamaron “La Asunción”, sin embargo, utilizamos este nombre siguiendo la designación original del plan de la Cooperativa en 1978.

existente sobre las cooperativas de autoconstrucción sigue siendo mínima. Entre los trabajos que se han dedicado a analizarlas podemos encontrar a Cuenya, Pastrana y Yujnovsky (1984), Hermitte y Boivin (1985), Bellardi y de Paula (1986) y Vernazza (1989) y Oszak (1991). En todos estos casos, se trata de investigaciones realizadas durante los años ochenta, tras el retorno de la democracia, que registraron la tarea de las cooperativas poco después de terminada su obra. Desde entonces, han aparecido nuevos trabajos que las han integrado dentro de sus investigaciones, pero en ningún momento como sus principales objetos de estudio (Blaustein, 2006; Cravino, 2009; Snitcofsky, 2016 y Daich Varela, 2016a y 2016b).

En 1989, el sacerdote Jorge Vernazza, fundador de la Cooperativa Madre del Pueblo, repasaba sus memorias en su libro *Para comprender Una vida con los pobres, los curas villeros*, y al recordar las cooperativas, hacía la siguiente advertencia que nos parece importante repetir aquí: “Cuando se oye hablar a la distancia de esta iniciativa de los villeros, que se unieron en cooperativas para construir sus casas, es casi inevitable que se la rodee de un cierto halo romántico” (1989:101). Esta tesis se aparta de una mirada épica, de puros héroes o puras víctimas. Como explica Elizabeth Jelin: “resaltar ciertos rasgos como señales de heroísmo implica silenciar otros rasgos, especialmente los errores y malos pasos de los que son definidos como héroes y deben aparecer ‘inmaculados’ en esa historia” (2011:40). Para evitar lecturas sesgadas es necesario dar cuenta de las expectativas y motivaciones de los protagonistas, de sus tensiones internas y contradicciones. Consideramos que esta postura es necesaria para comprender las complejidades de una organización barrial construida por y para los desalojados de las villas de la ciudad durante la última dictadura militar.

II. El plan de erradicación de villas de la última dictadura militar y algunas formas de resistencia

El plan de erradicación de villas en la Ciudad de Buenos Aires llevado a cabo durante la última dictadura militar, fue el más violento y gigante de la historia argentina. Tuvo su inicio con la ordenanza 33.652/77, dictada por el entonces intendente Osvaldo Cacciatore y su implementación estuvo a cargo de la CMV. Uno de los objetivos principales del plan fue la demolición de las edificaciones e infraestructura de las villas y la expulsión de sus habitantes de la Ciudad de Buenos Aires. De este modo, se buscaba generar una imagen de ciudad donde no existiera la pobreza (Ratier, 1972) y donde únicamente vivieran las

personas que, como explica Oszlak (1991) citando a Guillermo Del Cioppo, *merecieran* vivir allí. Estas políticas expulsivas se llevaron a cabo en un contexto donde la Argentina sería sede del Mundial de Fútbol de 1978. Para las autoridades militares, la ciudad debía mostrarse al mundo como ordenada, prolija y sin rasgos de pobreza; motivo por el cual las primeras villas en ser desalojadas fueron aquellas ubicadas en las áreas más visibles de la ciudad, como el caso de la Villa 29 de Belgrano o la 31 de Retiro (Snitcofsky, 2016).

La erradicación buscó el desmembramiento de las organizaciones políticas villeras, las cuales para 1976 eran un actor clave en la Ciudad de Buenos Aires (Bellardi y de Paula, 1986; Gutiérrez, 1999³, Blaustein, 2006). Este objetivo incluyó el asesinato y desaparición de numerosos dirigentes villeros, cuya cifra es al día de hoy desconocida debido al ocultamiento con el cual se realizaron dichos actos criminales. Si bien este plan de erradicación fue el más extenso y violento, no fue el primero. Los casos de desalojo de pobladores de asentamientos precarios que se han desarrollado en la Ciudad de Buenos Aires datan desde comienzos del siglo XX. Pueden destacarse sobre esta cuestión el Plan de Emergencia de 1956, el Plan de Erradicación de Villas de Emergencia (PEVE) iniciado en 1966 durante el gobierno dictatorial de Juan Carlos Onganía, también los desalojos compulsivos del Plan Alborada en 1974 (Ziccardi, 1977; Cravino, 2004 y 2009; Gutiérrez, 2011; Massidda, 2011 y 2017; Snitcofsky, 2013 y 2016; Camelli, 2011 y 2017). Cada una de estas políticas urbanas tuvo diferentes formas de implementación, fundamentaciones y respuestas habitacionales. Sin embargo, todas coinciden en que expresan un momento en el que la relación política entre el Estado y las organizaciones villeras “tensa al máximo sus propios límites” (Ziccardi, 1977:197).

Con el comienzo de los desalojos de 1977, desde el gobierno militar se inició una campaña de difamación de la población villera en los medios de comunicación (Bellardi y de Paula, 1986; Vernazza, 1989; Oszlak, 1991; Blaustein, 2006, Snitcofsky, 2016). Esta estrategia buscó promover la aceptación y legitimación pública de las políticas de erradicación, mediante una caracterización de las villas como lugares inseguros, ilegales, insalubres y peligrosos. Al mismo tiempo, sus pobladores eran presentados como aprovechadores que no pagaban impuestos, mientras tenían los medios económicos para hacerlo. Es decir, eran presentados como delincuentes que preferían vivir en la villa donde estaban protegidos, como “clientela política fácil” y “marginales voluntarios” (Oszlak, 1991:160).

³ Juan Gutiérrez también fue un “cura villero” entre 1983 y 1995.

La CMV estructuró la erradicación en tres etapas: *congelamiento*, *desaliento* y *erradicación* (Oszlak, 1991). La primera tuvo como objetivo identificar a la población villera, impedir su crecimiento, prohibir de toda mejora o ampliación de las viviendas y los barrios. La segunda fue definida por la CMV como “aquel accionar que lleva paulatinamente a la población villera a no encontrar motivaciones que justifiquen su permanencia en la villa” (1980:17). Esto implicó clausurar comercios, prohibir toda venta, la circulación vehicular, demoler viviendas, comercios, centros de salud, escuelas y desconexión de los tendidos de luz. La tercera, llamada *erradicación*, era definida por la CMV como “el accionar que permite la liberación de los terrenos afectados por la Villas de Emergencia, dentro del área de la Capital Federal” (1980:18). Aquí se establecían cuatro opciones posibles: traslado a terreno propio, retorno a su país o provincia de origen, egreso por propios medios y apoyos crediticios. Para la primera, la CMV se encargaría del traslado de las personas y sus bienes, así como entregaría un “prototipo para la futura vivienda”. En la segunda, se proveerían los pasajes de forma gratuita, tanto a destinos dentro del país como internacionales, aclarándose que estos últimos serían a Bolivia y Paraguay (CMV, 1980). La tercera opción era destinada a aquellos habitantes que sencillamente partirían “consecuencia del accionar del Organismo en el área de Villas”, sin utilizar los recursos de la Municipalidad (camiones, planos o pasajes). La última opción surgió recién en 1980, con el respaldo del Banco Ciudad, destinada a “las familias de escasos recursos económicos que ya están construyendo sus propias viviendas” y también para “las familias que forman parte de cooperativas que construyen viviendas en conjunto para adherentes” (CMV, 1980:20). Sin embargo, los montos fueron minúsculos y otorgados a un reducido número de familias (Bellardi y de Paula, 1986).

Se produjeron datos de la CMV sobre la cantidad de erradicados, los que fueron refutados por el Equipo Pastoral de Villas de Emergencia, quienes expresaron que eran erróneos y que buscaban presentar una imagen benigna de la erradicación. La polémica por estos datos se centró en relación a las opciones de desalojo, mientras la CMV aseguraba que la mayoría había accedido a una vivienda, los religiosos aseguraban exactamente lo contrario: “La inmensa mayoría de estos 123.000 desalojados ha ido a parar a los municipios del Gran Buenos Aires, llevándose consigo su ilegalidad y su miseria” (Botan, Ricciardelli, Valle, Meisegeier, de la Sierra y Vernazza, 1980)⁴. Es decir, la mayoría de los habitantes fueron erradicados sin seguir ninguna de las opciones establecidas. Según los religiosos, el

⁴ Los datos de este comunicado luego fueron retomados y ampliados por los religiosos en el informe “La verdad sobre la erradicación de las villas de emergencia del ámbito de la Capital Federal” del 31/10/1980.

procedimiento más utilizado consistió en operativos militares donde se cargaban los bienes de cada familia en un camión volcador (en algunos casos de basura), para luego arrojarlos en otro asentamiento o terreno baldío en el Conurbano Bonaerense.

En la actualidad no existe información certera sobre este tema, lo cual dificulta la comprensión de los efectos que tuvo el proceso de erradicación de villas. Esta tesis se encuadra dentro de esa problemática y busca realizar un aporte a partir del análisis de las cooperativas de autoconstrucción.

Según los relevamientos del Instituto de Vivienda de la Ciudad de Buenos Aires (que reemplazó a la CMV desde el 2003) la población total de las villas en 1976 era de 213.823 personas, mientras que para 1980 era de 34.068 (GCBA, 2010). Esto arroja una diferencia de 179.755, es decir, se había reducido en un 84,1%. De acuerdo a Oszlak (1991), la población villera paso de 224.885 personas en 1976, a 16.000 en 1981. Es decir, la erradicación según este autor tuvo un impacto mayor al relevado por el IVC. Al día de hoy, los datos acerca de cuántas personas fueron efectivamente erradicadas de las villas de la Ciudad de Buenos Aires siguen siendo inciertos.

La memoria de muchos *vecinos históricos*⁵ y antiguos pobladores de la Villa 31 que hemos podido entrevistar destacó la brutalidad de las erradicaciones (Benítez, 2009). Esto coincide con los testimonios que recuperan los trabajos de Bellardi y de Paula (1986), Céspedes y Guarini (1988), Cravino (2009) y los informes realizados por el Equipo Pastoral de Villas de Emergencia. Los pobladores de las villas, aparte de la pérdida de la vivienda, sufrieron golpizas, robos, amenazas, agresiones racistas, algunos villeros fueron encarcelados e incluso hubo casos de abuso sexual. Al mismo tiempo, se secuestraron y desaparecieron distintos referentes políticos barriales y voluntarios que realizaban en los asentamientos distintas actividades.

En el marco de las erradicaciones, y como sucedió a lo largo de todo el país, fueron prohibidas y desmanteladas las organizaciones políticas en las villas (Cuenya, Pastrana y Yujnovsky, 1984; Hermitte y Boivin, 1985; Oszlak, 1991), así como las actividades culturales y deportivas barriales. Se desactivaron las comisiones vecinales, centros de apoyo escolar, consultorios de atención médica, actividades religiosas como catequesis, almacenes populares y escuelas.

⁵ Se adopta para esta investigación el término *vecino histórico*, utilizado en la Villa 31 para referirse a aquellos vecinos que se encuentran radicados allí desde antes de la erradicación de la última dictadura militar.

Frente a la represión y el desmantelamiento de la organización villera, las voces que se opusieron a los desalojos fueron mínimas y todo intento de resistencia parecía imposible. Sin embargo, en distintas villas de la Ciudad de Buenos Aires, surgieron nuevas formas de organización que intentaron enfrentar, de diferente manera, a las erradicaciones. Estas estuvieron conformadas por los vecinos de los distintos asentamientos que estaban siendo desalojados, por referentes villeros, por técnicos voluntarios y por el Equipo Pastoral de Villas⁶. A continuación, repasamos resumidamente cada una de ellas.

En 1979, tras dos años de la implementación del Plan de Erradicación, ya había sido erradicada la extensa mayoría de los habitantes de las villas y demolida casi la totalidad de sus edificaciones. En ese contexto, un grupo 32 familias de las villas de la ciudad, dirigentes barriales de distintas trayectorias políticas, junto a un equipo de abogados vinculados al Partido Comunista y algunos de los Curas Villeros, buscaron por medio del acceso a la Justicia evitar los desalojos (Blaustein, 2006; Snitcofsky, 2015, 2015b y 2016, Daich Varela, 2016a y 2016b). Ellos comenzaron a denominarse Comisión de Demandantes, en tanto se encontraban demandando judicialmente no ser expulsados, tarea que implicó un riesgo enorme.

La estrategia que utilizó la Comisión de Demandantes para detener los desalojos consistió en exigir el cumplimiento total del plan de erradicación, el cual aseguraba una solución habitacional para los desalojados. La ordenanza de erradicación, 33.652, en su artículo 2, Inciso C expresaba: “crear condiciones para que los grupos familiares asentados en las villas puedan acceder a viviendas decorosas” (CMV, 1980). Como estas condiciones no eran cumplidas por la CMV y la mayoría de los villeros eran expulsados sin ningún tipo de respuesta habitacional, esta estrategia tuvo éxito frente un tribunal de segunda instancia el día 27 de diciembre de 1979. Este dictaminó una medida de “no innovar” que detuvo los desalojos compulsivos. Luego de esta victoria, pobladores de otras villas realizaron la misma demanda y lograron así permanecer en sus viviendas (Snitcofsky, 2015b, Daich Varela, 2016b).

Así como los miembros de la Comisión de Demandantes buscaron, mediante la organización barrial y denuncias a la municipalidad, no ser desalojados, otros vecinos desplegaron estrategias de resistencia individuales y grupales para permanecer en sus

⁶ El Equipo Pastoral de Villas fue crucial en el desarrollo de todas las organizaciones barriales de resistencia. También expuso y denunció continuamente la brutalidad de las políticas de erradicación, cuando ningún otro podía hacerlo. Su accionar será analizado en profundidad en nuestra tesis de doctorado.

barrios. Estos grupos soportaron las amenazas, la violencia y buscaron otras formas de negociación con la CMV.

Entre los testimonios de *vecinos históricos* que hemos entrevistado, una estrategia que encontramos en varias oportunidades consistió en prolongar lo más posible el desalojo adjudicando no tener otro lugar donde vivir. En estos casos de resistencia individual, las familias eran desalojadas de su vivienda y llevadas a otras dentro de la misma villa. De este modo, los operativos de erradicación podían despejar ciertas áreas específicas que querían demoler, mientras estos pobladores evitaban su expulsión.

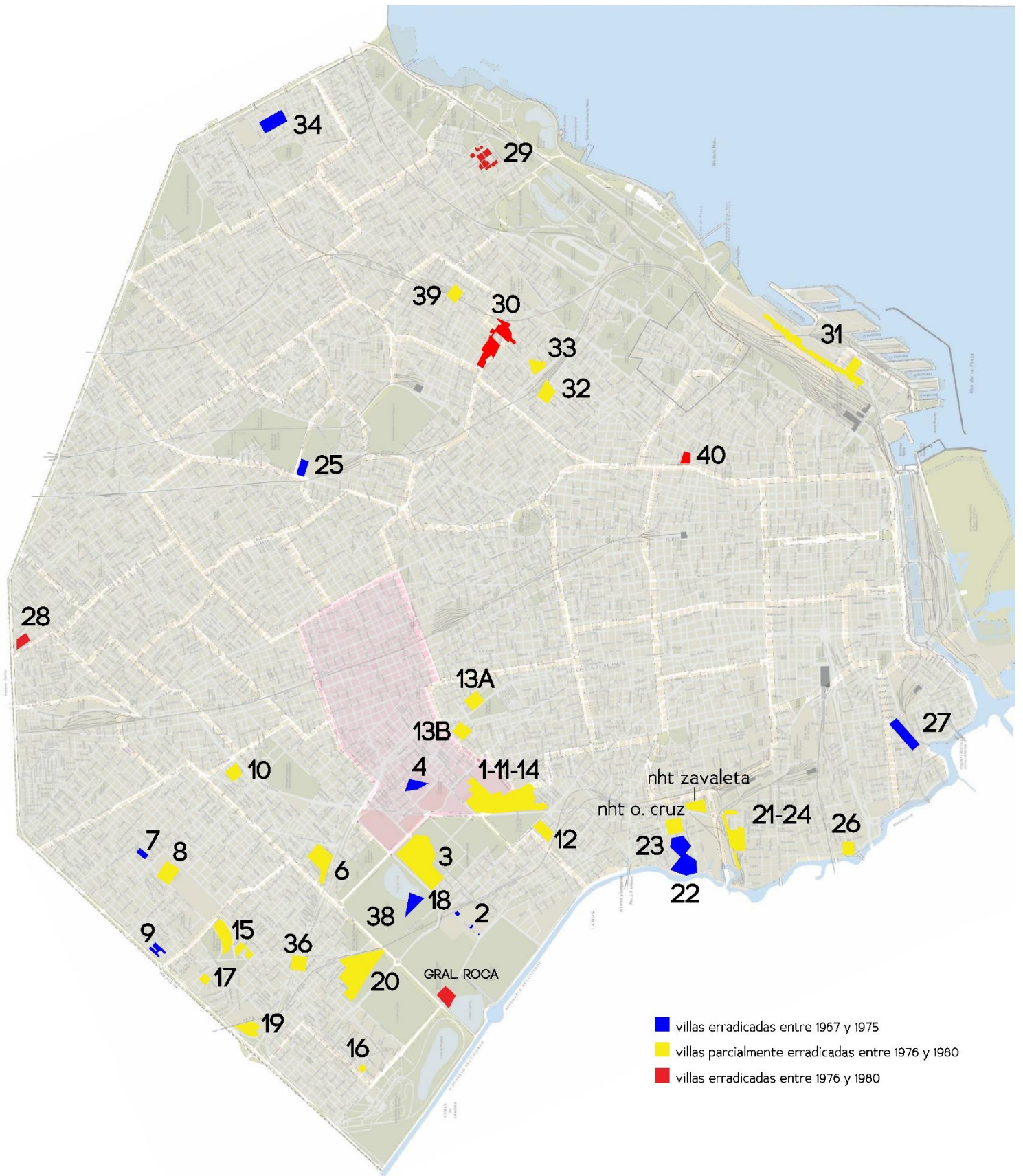
Dos episodios de resistencia grupal que merecen destacarse provienen de la Villa 21 de Barracas: el primero sucedió el 8 de julio de 1980, cuando alrededor de 180 vecinos de ese barrio se reunieron con el Comisario Salvador Lotito, demandando que les extendieran los plazos de desalojo y se les otorgaran créditos. El segundo caso consistió en una carta pública que fue enviada al Intendente Cacciatore el 6 de agosto de 1980, reclamando permanecer en el barrio. Los dos casos citados fueron difundidos en los medios de comunicación⁷, coincidiendo al mismo tiempo con la lectura de Oszlak (1991) en cuanto a la aparición de voces de disidencia a las acciones de la última dictadura militar durante 1980.

Las cooperativas de autoconstrucción serán analizadas a lo largo de toda esta tesis, pero vale aclarar que algunos de sus técnicos voluntarios, guiados principalmente por los Curas Villeros, también tuvieron puntos de contacto con las demandas individuales, reclamando en las oficinas de la CMV que se detuvieran desalojos. Este fue el caso, por ejemplo, de Juana Ceballos, quien además de haber sido miembro-fundadora de la Cooperativa Madre del Pueblo de la Villa 1-11-14, asesoró a los vecinos de ese barrio sobre cómo proceder para evitar ser expulsados de sus viviendas. Del mismo modo, algunos pobladores se movieron entre distintas estrategias, como es el caso de Teófilo Tapia, de la Villa 31. Él pasó de integrar la Cooperativa Copacabana a ser uno de los fundadores de la Comisión de Demandantes. Muchos de los *vecinos históricos* y cooperativistas entrevistados buscaron, como pudieron, formas de resistir los desalojos. En entrevistas a integrantes de la Comisión de Demandantes y vecinos de la Villa 31 que resistieron individualmente, se

⁷ La carta fue difundida por el diario La Nación del 24 de agosto de 1980, bajo el título de “Invitan a Cacciatore vecinos de una villa” (donde se menciona la existencia de “una Comisión Vecinal”). Luego, la revista Semana del día 10 de diciembre de 1980 presentaba una entrevista realizada a vecinos de ese asentamiento y al sacerdote Daniel de la Sierra, donde estos expusieron su postura frente a la erradicación y las políticas de la CMV.

recordó la existencia de la Cooperativa Copacabana. Lo mismo sucedió con los integrantes de la cooperativa respecto a las otras formas de acción colectiva. Frente a la consulta sobre por qué tomaron un camino y no el otro, las respuestas consistieron en que se sumaron donde les fue posible. Esta elección dependió inicialmente de las redes de cada habitante, las cuales llevaron a que se involucraran en un grupo, en otro, o en ninguno. Luego, se sumaron otras cuestiones, como capacidades económicas y de tiempo para el trabajo en obra, para el caso de las cooperativas.

Esta breve exploración de la política de erradicación de villas llevada a cabo por la CMV, la Comisión de Demandantes y los casos de resistencia individual y grupal, nos permite enmarcar el trabajo de las cooperativas. A la vez, sirve para dar cuenta que sus estrategias, organización y conquistas no se realizaron de modo aislado, sino dentro de una red más amplia.



Mapa 1: Estado, ubicación y dimensión de las villas de la Ciudad de Buenos Aires antes y durante la última dictadura militar. Elaboración: Leandro Daich Varela con la asistencia de Lucía Sorrentino en base a las fuentes Diario Popular (19 de agosto de 1980), Bellardi y de Paula (1986), CMV (1980) y fotografías aéreas tomadas en 1978 (Mapa del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires).

III. Algunas consideraciones teóricas

Nuestro trabajo se centra en la organización y respuesta de las villas de la Ciudad de Buenos Aires a las políticas de desalojo implementadas durante la última dictadura militar. En particular abordamos el caso de las cooperativas de autoconstrucción, surgidas de las mismas villas erradicadas y cuya finalidad fue la edificación de nuevos barrios donde reubicarse tras la pérdida de la vivienda. Esta tesis, entonces, se inserta y busca aportar al corpus teórico y empírico existente sobre los siguientes tres ejes que se articulan entre sí: las formas de acción colectiva centradas en la problemática habitacional, las organizaciones y espacios de resistencia y los estudios sobre la memoria.

Aportes de la acción colectiva

Para abordar estas discusiones recurrimos a autores de la escuela norteamericana sobre *acción colectiva*, como Sidney Tarrow, Charles Tilly y Doug Mc Adam. Hemos utilizado sus aportes para encuadrar nuestro estudio sobre las cooperativas, su surgimiento y su disputa con el Estado. A la vez, tomamos las contribuciones realizadas a esta temática por investigadores argentinos como Federico Schuster, Gabriel Nardicchione, Ana Natalucci, Germán Pérez, Maristella Svampa, Gabriel Vommaro, Juan Pablo Cremonte, Virginia Manzano, entre otros, quienes desde las ciencias sociales han propuesto nuevos debates sobre las formas de acción colectiva en escenarios de protesta y sobre los *nuevos movimientos sociales* surgidos en el país a partir de los años noventa.

Entre los conceptos que rodean a la *acción colectiva*, y que recuperamos para esta tesis, se encuentran *estructura de oportunidades políticas*, *repertorios de acción colectiva*, *redes sociales e identidades colectivas*. Repasando brevemente estos conceptos, los *repertorios de acción colectiva* consisten en “la totalidad de los medios de que dispone un grupo para plantear las exigencias de distinto tipo a diferentes individuos o grupos” (Tarrow, 1997:65). Tilly señala que las personas no pueden emplear formas de acción colectiva que desconocen, por ello deben recurrir a las que les son familiares. Es por ello que se recurre a la metáfora teatral de *repertorio*: “los participantes (...) adoptan unos guiones que ya han escenificado anteriormente, o por lo menos los han observado. No inventan simplemente una nueva forma de acción eficaz ni expresan cualquiera de los impulsos que sienten, sino que reelaboran las rutinas ya conocidas en respuesta a las circunstancias del momento” (McAdam, Tarrow y Tilly, 2005: 152). Este concepto nos servirá para analizar, desde una

perspectiva histórica, la formación de las cooperativas de autoconstrucción, en tanto formas de acción colectiva frente a los desalojos.

Las *estructuras de oportunidades* consisten en las “dimensiones congruentes (...) del entorno político que ofrecen incentivos para que la gente participe en acciones colectivas al afectar sus expectativas de éxito o fracaso” (Tarrow, 1997:155). Estas pueden deberse a factores externos, como aquellos determinados por políticas estatales, o internos, como la infraestructura organizativa capaz de canalizar las oportunidades que se abren afuera (González Calleja, 2012). Este concepto nos permite indagar acerca de las condiciones que existieron para que las formas de resistencia villera pudieran tener éxito en su accionar, analizando especialmente el caso de las cooperativas de autoconstrucción.

Las *redes sociales*, de acuerdo a McAdam, tienen una mayor relevancia que las ideologías al momento de iniciarse una acción colectiva. Según Tarrow (1997), estas y los grupos de contacto directo suelen ser los encargados de mantener activa a la acción. A la vez, siguiendo a Alberto Melucci, las redes son las responsables de determinar la *identidad colectiva* de los integrantes de una acción. En cuanto a este último concepto, Schuster propone que, si bien la identidad colectiva surge inicialmente de las redes sociales, esta se consolida “durante la acción misma” (2006:54). Allí se ponen en interacción dos dimensiones de la identidad, una *sedimentada*, producto de la estructura social, historia y rutinas de las personas. Y otra que surge de la ruptura: “cuando la identidad sedimentada no alcanza para dar cuenta del mundo, cuando hay un quiebre entre lo que creo que soy, tengo, merezco (...) y lo que veo” (2006:60). Estos aportes serán puestos en diálogo con los de Mercè Cortina (2008) y el concepto de *identidad de resistencia* de Manuel Castells (2001).

Schuster propone también *formato* de la acción colectiva, que será de utilidad para esta tesis. El mismo consiste en el “el acontecer visible” y “la dimensión estética” en que la acción manifiesta según sus “tradiciones culturales, la identidad y la imaginación creativa” (2006:63). Esto nos permite comprender a la construcción de barrios como expresión de la acción colectiva a través de su diseño y materialidad.

Los espacios de resistencia

Entendemos a las acciones colectivas que buscaron impedir los desalojos en las villas durante la última dictadura militar como formas de resistencia colectiva. Todas estas

tuvieron diferentes estrategias y dinámicas, pero coincidieron en su búsqueda por resistir, de algún modo, los desalojos. Para abordar esta dimensión de nuestro estudio, recuperamos los trabajos de Manuel Castells (2001), Henri Lefebvre (2013), Paul Routledge (1994) y Ulrich Oslender (2012). Ellos propusieron diferentes herramientas conceptuales que nos permitirán analizar la consolidación y espacialización de estas formas de resistencia. El primer autor de esta lista propone tomar como punto de partida a la identidad, utilizando el concepto de *identidades de resistencia*:

generada por aquellos actores que se encuentran en posiciones/condiciones devaluadas o estigmatizadas por la lógica de la dominación, por lo que construyen trincheras de resistencia y supervivencia basándose en principios diferentes u opuestos a los que impregnan las instituciones de la sociedad (2001:30).

En nuestro trabajo el espacio ocupa un lugar protagónico, ya que allí se despliega la violencia de la erradicación y las formas de resistencia. Las maneras en las que estas últimas dos se relacionan dependen en gran medida “del lugar en el que se forman y están alimentadas por las experiencias cotidianas de vivir en un lugar específico” (Oslender, 2012:208). En este sentido, recuperamos el trabajo de Lefebvre (2013) sobre la *producción del espacio*, en tanto nos ofrece un marco teórico fundamental para analizar la dimensión espacial de las formas de resistencia villera a los desalojos. El autor propone la siguiente tríada conceptual: *prácticas espaciales*, *representaciones del espacio* y *espacios de representación*. Estos se encuentran en constante tensión y su interrelación es la que define las formas de *producción social de espacio*. El primero engloba al *espacio percibido*, el cual es producido y apropiado por las personas a través de sus prácticas cotidianas.

Las *representaciones del espacio* construyen el “espacio concebido (...) el espacio de los científicos, planificadores, urbanistas, tecnócratas fragmentadores, ingenieros sociales” (Lefebvre, 2013:97), es decir, aquel definido por los saberes técnicos ejercidos por grupos de especialistas. Es también “el espacio dominante en cualquier sociedad” (Lefebvre, 2013:97) en tanto se ejerce de modo vertical y reglado, proponiéndose como *verdadero*. Esto se expresa a través de proyectos y planes urbanos, leyes, ordenanzas, políticas públicas, etc. Es un espacio que se impone a través de formas y normas que exigen su cumplimiento (Martínez Lorea, 2013). Este concepto sirve a nuestra investigación para comprender el plan de erradicación de villas de emergencia. Este plan, con su diagramación (congelamiento, desaliento y erradicación), con su campaña en los medios de comunicación, con su logística de traslados al conurbano y demolición inmediata de las

viviendas, representa el *espacio concebido* por la CMV y las autoridades militares para la Ciudad de Buenos Aires y, en especial, las villas. Las *representaciones del espacio* también pueden dar cuenta de aquellos creados desde saberes técnicos sin pretensiones de dominación ni verticalismo. Este puede ser el caso de muchos proyectos urbanos, incluyendo el del equipo técnico de Copacabana. Esta tensión entre ambas expresiones de espacios concebidos será analizada a lo largo de la tesis.

Los *espacios de representación* surgen de los conocimientos locales, de los imaginarios y los deseos. Es el *espacio vivido* donde se manifiestan y tensionan los diferentes significados sobre el espacio. Los espacios de representación, constituyen el espacio “vivido”, “dominado” y “pasivamente experimentado, que la imaginación desea modificar y tomar” (Lefebvre, 2013:98). Es “el espacio de los sometimientos a las representaciones dominantes del espacio, pero también en el que aparecen las deserciones y desobediencias, es donde se encuentran los lugares de la pasión y la acción” (Martínez Lorea, 2013: 16). Es aquí donde Lefebvre ubica a las resistencias y a las transformaciones emprendidas por los diversos actores sociales (Oslender, 2012 y Sznol, 2007). Este término nos es útil para acercarnos a la acción de la Comisión de Demandantes, a las demandas individuales y grupales, los sacerdotes frente a las topadoras y las cooperativas de autoconstrucción que permitieron a sus integrantes permanecer en sus viviendas hasta que se terminaron los barrios. Estas formas de *producción del espacio* buscaron cambiar aquellas dominantes y *concebidas* por el Estado y propusieron otras, *vividas* por ellos.

Para entrelazar las formas de acción colectiva en contra de los desalojos, poniendo el foco en la disputa por el espacio urbano y la vivienda, recurrimos a los aportes de Paul Routledge (1994). El autor propone estudiar las formas de resistencia centrándose en su espacialidad. Para ello, crea el concepto de *terreno de resistencia*:

Un terreno de resistencia representa la relación dialéctica entre los poderes y discursos hegemónicos y contrahegemónicos, entre fuerzas y relaciones de dominación, sujeción, explotación y resistencia. Más específicamente, un terreno es en una red donde se entrelazan determinados significados simbólicos, procesos comunicativos, discursos políticos, formas religiosas, prácticas culturales, redes sociales, relaciones económicas, características físicas, esperanzas y deseos. Los terrenos de resistencia, entonces, se encuentran consolidados con los materiales y prácticas de la vida cotidiana. Ellos representan sitios de disputa entre distintas creencias, valores y objetivos; y entre búsquedas de dominación y resistencia que se

encuentran espacialmente y culturalmente contextualizados (Routledge, 1994:560-561)⁸.

Los *terrenos de resistencia* representan, en simultáneo un espacio físico y una expresión física, es decir, los lugares específicos de la contienda y los espacios que producen y alteran: barricadas, marchas, reuniones en sitios clandestinos, procesiones, grafitis, carteles, etc. Este concepto nos permite analizar lo acontecido en las villas y ponerlo en diálogo con todos los otros espacios en los que se organizó la resistencia frente a la erradicación: parroquias, capillas, oficinas de periódicos, los tribunales que recibieron a la Comisión de Demandantes y los barrios construidos por las cooperativas de autoconstrucción. Estos configuran la red de espacios que conforman los *terrenos de resistencia* frente a la erradicación.

Las formas de resistencia y la acción colectiva que indagamos en este trabajo disputaron específicamente el *derecho al espacio urbano*. Este da cuenta de la “(...) capacidad de fijar el lugar de residencia o de localización de la actividad económica dentro del espacio, capacidad que puede extenderse a la disposición unilateral de los bienes que lo ocupan o a la participación en procesos de decisión sobre obras de infraestructura y servicios colectivos en espacios públicos o privados adyacentes” (Oszlak, 1991:23). Este enfoque nos permitirá analizar parte de las dinámicas de las cooperativas de autoconstrucción que atravesaron la pérdida de la vivienda durante la erradicación y generaron nuevas respuestas habitacionales —más adelante explicaremos— donde pudieron reconquistar su derecho al espacio urbano. El *formato* y demanda central de las cooperativas fue la vivienda. Sobre esta cuestión se articularon los repertorios, intereses y significados de su acción colectiva. Es decir, no solo se disputó lo urbano sino también el derecho a la vivienda.

Memoria social y testimonios

En nuestra indagación sobre las cooperativas de autoconstrucción que buscaron resistir las políticas de desalojo trabajamos con los testimonios y las memorias de sus protagonistas. En este sentido, nuestra tesis se inserta tangencialmente dentro de los estudios sobre la memoria, y más específicamente, de la última dictadura militar. Para abordar esta dimensión de nuestra tesis recurrimos a los aportes de Elizabeth Jelin (1998, 2012, 2014), Portelli (1991, 2003, 2004), Carnovale (2007) y Feijoo (1983).

⁸ Traducción propia del original.

La memoria social nos permite acceder al pasado, explorando sus complejidades y contradicciones, en tanto “es imposible encontrar una historia, una visión y una interpretación únicas del pasado, compartidas por toda una sociedad” (Jelin, 2012:5). Esta nunca se manifiesta a través de “un sujeto unificado, se la narra desde una multitud de puntos de vista” (Portelli, 1991:51). Nuestro caso de estudio recurre a las memorias de víctimas de la erradicación y autoconstructores de sus viviendas, también de técnicos y sacerdotes. Todos ellos y ellas experimentaron un pasado diferente y lo traen al presente de acuerdo a sus subjetividades. En este sentido, “la memoria —aun la individual—, como interacción entre el pasado y el presente, está cultural y colectivamente enmarcada, no es algo que está allí para ser extraído, sino que es producida por sujetos activos” (Jelin, 2012:89). En este ejercicio es donde se presentan “contradicciones, tensiones, silencios, conflictos, huecos, disyunciones, así como lugares de encuentro y aun ‘integración’. La realidad social es compleja, contradictoria, llena de tensiones y conflictos. La memoria no es una excepción” (Jelin, 2012:37).

Al trabajar con memorias sobre el pasado dictatorial debemos tener en cuenta que “las experiencias de exilio, de prisión, de clandestinidad, de vida cotidiana, no han sido registradas al momento de los hechos, y hoy, para poder acceder a ellas, reconstruirlas e incorporarlas al relato histórico debemos apelar, fundamentalmente, a los testimonios” (Carnovale, 2007:159). Hoy no existe documentación precisa sobre la erradicación de villas, sus consecuencias, ni las formas de resistencia. Esta tesis busca, a través de material de archivo y testimonios de los involucrados, encontrar “otras historias, otras memorias e interpretaciones alternativas, en la resistencia, en el mundo privado” (Jelin, 2012:6). Nos interesa recuperar las memorias de un pequeño grupo de desplazados de las villas durante la erradicación que, gracias a su capacidad de organización y al accionar de técnicos y religiosos, pudieron construir nuevos barrios como forma de resistencia a los desalojos.

Al trabajar con testimonios de personas que han atravesado un episodio violento, como puede ser una erradicación, debemos tener en cuenta que la memoria va a estar marcada con silencios, omisiones u olvidos:

La memoria es selectiva; la memoria total es imposible. Esto implica un primer tipo de olvido “necesario” para la sobrevivencia y el funcionamiento del sujeto individual y de los grupos y comunidades. Pero no hay un único tipo de olvido, sino una multiplicidad de situaciones en las cuales se manifiestan olvidos y silencios, con diversos “usos” y sentido (Jelin, 2012:29).

Como explica Portelli, los silencios, olvidos, omisiones o alteraciones “son siempre construcciones de significado” (2004:42). Parte de nuestra tarea es interpretar esos significados, los cuales pueden explicar una falta de escucha por parte de entrevistador, delimitar la intimidad del testigo, la imposibilidad de acercarse a un episodio traumático, construir una distancia con una posible audiencia, entre otros (Jelin, 2012 y 2014). Estos aportes conceptuales fueron fundamentales para el trabajo de campo llevado a cabo para esta tesis y que detallaremos a continuación.

IV. Aspectos metodológicos

La presente investigación tiene un enfoque metodológico cualitativo, a través del cual se analiza el proceso de organización de las cooperativas de autoconstrucción de las villas de la Ciudad de Buenos Aires como forma de resistencia a las políticas urbanas de la última dictadura militar. Complementariamente hemos recurrido a fuentes de información estadística, datos poblacionales y de viviendas edificadas.

En relación a las técnicas, combinamos entrevistas realizadas a actores clave con el análisis de fuentes documentales escritas (leyes, informes oficiales, comunidades institucionales, minutas de reuniones y artículos periodísticos) y gráficas (dibujos arquitectónicos de los barrios y fotografías), así como el relevamiento de la estructura urbana y arquitectónica del barrio construido por Copacabana. Esto implicó articular el enfoque metodológico con una perspectiva teórica interdisciplinar, que recupera los aportes de las ciencias sociales, la arquitectura, la historia y los estudios urbanos.

Realizamos veinticinco entrevistas semi-estructuradas que se organizaron según los distintos grupos de actores que fueron parte de las cooperativas. Por un lado, encontramos a los profesionales (abogados, arquitectos, ingenieros, trabajadoras sociales, licenciados en administración y físicos) que formaron parte de los equipos técnicos que se encargaron de los aspectos legales, proyectuales y de dirección de obra de los barrios⁹. También dentro de este grupo, se entrevistaron a integrantes de otras instituciones que tuvieron un rol activo frente a las erradicaciones, como Cáritas Buenos Aires y ciertas congregaciones religiosas. Estas organizaciones apoyaron financiera y políticamente a las cooperativas. Por otro lado, hemos entrevistado a los integrantes de la Cooperativa Copacabana que llevaron a cabo la

⁹ Dentro de este grupo entrevistamos a trece personas que integraron distintas cooperativas de autoconstrucción: Madre del Pueblo de la Villa 1-11-14, 5 de noviembre de la Villa 20 y, en su mayoría, Copacabana de la Villa 31

tarea de autoconstrucción. Estos fueron, a la vez, pobladores de la Villa 31 desalojados de sus viviendas durante la última dictadura militar. Algunas entrevistas fueron individuales y otras grupales¹⁰.

Las entrevistas realizadas a quienes integraron las cooperativas de autoconstrucción, especialmente Copacabana, constituyen el principal material de análisis del trabajo de campo realizado para esta tesis, que ocupó los años 2014, 2015, 2016, 2017 y 2018. Todas presentaron diferentes “‘ejercicios de memoria’ en el que el entrevistado puede ‘desandar’ el recorrido de su recuerdo, quizás historizarlo, establecer sus puntos de inflexión o identificar sus contradicciones” (Carnovale, 2007:163).

También, mediante las entrevistas, nos proponemos dar cuenta de las diferentes representaciones que tuvieron ambos grupos acerca de su experiencia y sobre la organización de la cooperativa. Como explica Alessandro Portelli, “las fuentes orales nos dicen no sólo lo que hizo la gente sino lo que deseaba hacer, lo que creían estar haciendo y lo que ahora piensan que hicieron” (1991:42). Y de este modo, nos acercan más a los “significados” que a los “acontecimientos”. Los testimonios, en tanto producto del presente, están inmersas en un determinado contexto social, político y cultural, el cual interviene, posibilitando o limitando sus contenidos (Carnovale, 2007). Este *producto* resulta de la interacción entre el entrevistado y entrevistador, siendo de cierta forma, ambos los “autores” del mismo (Carnovale, 2007; Portelli, 2004). De este modo, nuestro rol como investigadores define, junto a los actores clave que entrevistamos, la narrativa de las memorias sobre la erradicación de villas y la organización barrial que aparecen en esta tesis. Nuestra subjetividad, experiencia, creencias, emociones y compromisos políticos se entrelazan inevitablemente entre las memorias surgidas de las entrevistas (Jelin, 2012).

La interacción entre los entrevistados y el entrevistador está determinada por la voluntad de habla y de escucha de las personas, que a su vez depende del contexto en el cual se realiza esta acción. Es un evento único e irrepetible creado con una finalidad determinada (Portelli, 2004). Esto lleva a la aparición de diversas memorias y verdades, a que algunas sean presentadas como las más relevantes, mientras otras sean marcadas con el silencio (Jelin, 2012).

¹⁰ Este grupo consta de dieciséis personas a las cuales hemos entrevistado de diferentes formas: con un solo entrevistado, con un matrimonio, donde la pareja intercambiaba sus memorias sobre ese periodo de sus vidas; y grupales, donde las vivencias pasadas del equipo de autoconstructores se charlaron distendidamente y donde se buscó reconstruir colectivamente el trabajo realizado.

Nuestro trabajo de campo también incluyó observación participante en festividades del barrio: aniversario de la cooperativa, día de la Virgen de Copacabana, carnavales y *chayas*¹¹. Esto implicó recuperar la permanencia de tradiciones en el barrio desde su inauguración, así como la continuidad de redes vecinales ancladas en valores católicos y en la nacionalidad boliviana. A su vez, permitió analizar las transformaciones del grupo inicial.

En cuanto a nuestro análisis de fuentes documentales, hemos recurrido principalmente a los archivos de dos instituciones: el Secretariado de Enlace de Comunidades Autogestionarias (SEDECA) y Fundación Vivienda y Comunidad (FVC). Ambos fueron iniciados por el sacerdote de la capilla Cristo Obrero de la Villa 31, el padre José “Pichi” Meisegeier. Este fue también el principal impulsor de la Cooperativa Copacabana, motivo por el cual llegamos y priorizamos estos archivos. En SEDECA relevamos numerosas notas periodísticas sobre el plan de erradicación de villas y el accionar de las cooperativas de autoconstrucción. Estos nos permiten analizar el posicionamiento de distintos medios de comunicación sobre estas formas de acción colectiva, la situación de las villas y la CMV. También allí encontramos numerosos documentos sobre la actividad religiosa del sacerdote y del Equipo Pastoral de Villas. A su vez, se encuentran todos los números de la revista Vivienda Popular, editada precisamente por SEDECA, donde se publicó la tarea de las cooperativas y donde sus técnicos pudieron volcar parte de su pensamiento sobre los barrios edificados.

El archivo de FVC, institución que reunió a la mayoría de los técnicos profesionales que trabajaron en Copacabana, resguarda documentación de obra de los barrios construidos por esa cooperativa: reglamentos, proyecto, planos municipales, evaluaciones y datos sobre su financiamiento. Es decir, las características con las cuales fueron pensadas y materializadas las viviendas y la estructura urbana. También en este archivo pudimos acceder a documentos de circulación interna de los técnicos, como minutas de reuniones, cuadernos donde sistematizaron sus debates, transcripciones de discursos. Estos textos nos sirvieron para analizar las motivaciones y objetivos de los técnicos como integrantes de las cooperativas de autoconstrucción y sobre el rol de la vivienda frente a la problemática habitacional. Por último, en FVC encontramos dos álbumes de fotografías sobre la

¹¹ Las *chayas*, propias de la religiosidad andina, son explicadas del siguiente modo por Jorge Tomasi en su estudio sobre la Puna jujeña: “se abre un pequeño hoyo en el centro de la futura construcción donde se alimenta a la Pachamama pidiéndole protección para la nueva casa y permiso para comenzar a construir. Las distintas personas que participan de la obra y los miembros de la familia, dando cuenta de las redes de colaboración existentes, van acercando sus ofrendas.” (Tomasi, 2012:18)

Cooperativa Copacabana que nos permitieron observar el día a día en la obra, el modo en que los autoconstructores se agruparon durante el trabajo y los festejos compartidos, como la entrega de las viviendas y la inauguración del barrio¹².

Para nuestro análisis de fuentes documentales también hemos recurrido a otros archivos como el de la Parroquia Santa María Madre del Pueblo, donde se gestó la Cooperativa Madre del Pueblo. También al archivo personal de Juana Ceballos, una de sus fundadoras. Hemos también analizado el archivo de la Editorial Paulinas, responsable de la revista Familia Cristiana. Esta última dedicó varios números a las cooperativas de autoconstrucción y la situación dramática que atravesaban las villas. Hemos recurrido al archivo del Instituto de la Vivienda de la Ciudad, donde pudimos acceder a documentación oficial sobre el plan de erradicación. Esta nos permite analizar la forma en la que el Estado, a través de la entonces Comisión Municipal de la Vivienda, reconocía su rol, el de los grupos que buscaban evitar los desalojos y el de las cooperativas de autoconstrucción. Hemos analizado para esta tesis los archivos fotográficos del Instituto Geográfico Nacional, del Archivo General de la Nación y de Históricos de Retiro, una agrupación de antiguos vecinos y militantes de la Villa 31 dedicada a recuperar las memorias sobre su barrio.

A lo largo de esta tesis ponemos en relación la información que las fuentes documentales ofrecen con aquella obtenida de las entrevistas a los protagonistas de las cooperativas. De este modo, los documentos y memorias se intercalan construyendo nuevos aportes sobre las formas de resistencia y consecuencias de la erradicación de villas. Así como las entrevistas resultan de la voluntad e interacción entre el entrevistado y entrevistador, los documentos requieren de la acción de los investigadores para cobrar sentido. Siguiendo a Elizabeth Jelin:

(...) la existencia de archivos y centros de documentación, y aun el conocimiento y la información sobre el pasado, sus huellas en distintos tipos de soportes reconocidos, no garantizan su evocación. En la medida en que son activadas por el sujeto, en que son motorizadas en acciones orientadas a dar sentido al pasado, interpretándolo y trayéndolo al escenario del drama presente, esas evocaciones cobran centralidad en el proceso de interacción social (2012:23).

¹² Para esta tesis, las imágenes de Copacabana han servido como fuente documental para el estudio de la espacialidad del barrio y la organización social del grupo. En nuestra tesis de doctorado realizaremos un análisis detallado sobre este archivo y sobre el rol de la fotografía en esta experiencia cooperativa durante la última dictadura militar.

Nuestro objeto de estudio ha requerido un acercamiento desde metodologías propias de la arquitectura y del urbanismo, como el análisis de los proyectos y materialización de las viviendas y de la estructura urbana de los barrios. En cuanto a las primeras, analizamos su diseño, sistemas constructivos y referentes arquitectónicos que se tomaron para la edificación de las viviendas. En relación al análisis urbano, partimos de su relación con su entorno inmediato (espacios religiosos, áreas comerciales, centros educativos y de salud) y de su planificación general (sistemas viales, infraestructura de servicios, espacios verdes y espacios comunes). Para llevar a cabo esto, recurrimos a fuentes documentales gráficas como planos (cortes, vistas y plantas) y fotografías del proceso constructivo; también escritas, como las descripciones realizadas por los arquitectos sobre su obra, previamente, durante y después de su finalización. Nuestro acercamiento al proyecto arquitectónico y urbano también se dio a través de las entrevistas en profundidad, tanto a arquitectos como a los autoconstructores. Los testimonios de los primeros nos sirvieron para analizar las ideas detrás del diseño, diálogos con otras corrientes de pensamiento, sus recursos financieros y la toma de decisiones en dirección de la obra. A través de las memorias de los segundos indagamos cómo se organizaron colectivamente en la obra, los lazos de confianza creados durante la construcción, las tensiones, motivaciones y deseos con el nuevo barrio. A la vez, realizamos numerosos relevamientos del primer barrio construido por Copacabana: recorrimos sus calles y sus alrededores, sus espacios colectivos, ingresamos a varias viviendas y espacios religiosos. Este trabajo de campo nos ha servido para indagar sobre las transformaciones y permanencias de la obra material construida, así como para poner en diálogo el entramado social actual del barrio con la organización colectiva creada en la Villa 31 hace cuatro décadas. Para abordar la organización de la Cooperativa Copacabana es necesario detenerse en la materialidad de las viviendas y el barrio, y las transformaciones que ambos tuvieron desde su edificación. Estas últimas no son producto de determinaciones meramente técnicas o formales, sino que dan cuenta de procesos, relaciones y sentidos (Aboy, 2005).

Los documentos originales nos permiten observar los trazos iniciales de una obra pasada, conocerla en un estado que ya no existe. Las entrevistas nos presentan lo que hoy creen los autores de la obra (material y proyectual), acerca de lo que quisieron hacer en ese entonces (Portelli, 1991). El relevamiento del barrio nos muestra su presente, donde conviven las huellas de ese pasado con el crecimiento de cada familia y de cada vivienda. Entendiendo que “todo proceso de transformación social y urbana implica remover estructuras de

significados y construir nuevos consensos acerca de las formas de habitar el espacio” (Cravino y González Carvajal, 2012:156), el proyecto arquitectónico pensado, edificado y habitado por los integrantes de Copacabana, en tanto fuente, nos permite analizar sus formas de organización social y aquellas que buscaban lograr con ese proceso. Indagar tanto la palabra de los entrevistados, como los documentos y el barrio, nos permite dar cuenta la relación que se establece entre las acciones colectivas, el espacio y la memoria de los actores.

V. Estructura de la tesis

Esta tesis se ordena en una introducción, tres capítulos y una serie de conclusiones que pretenden recoger los aportes más relevantes de nuestra investigación. En el primer capítulo analizaremos las estrategias y escenarios que posibilitaron la formación de las cooperativas de autoconstrucción. Indagaremos sobre su obra, las formas de resistencia a la erradicación, las motivaciones y conflictos de los desalojados. A la vez, presentaremos los objetivos sociales y políticos de los equipos técnicos, sus repertorios de acción colectiva y las redes sociales que posibilitaron su organización. Finalmente, analizaremos el modo en que la CMV interpretó a las cooperativas y presentaremos el modo en que la acción de estas últimas fue replicada en villas de la Provincia de Buenos Aires.

Mientras en el primer capítulo reflexionaremos sobre las cooperativas de la Ciudad de Buenos Aires, el segundo y tercero nos centraremos en el caso de Copacabana, en tanto fue la primera en formarse. En el Capítulo 2 analizaremos la formación y organización de esta cooperativa a partir de los lazos barriales, familiares, nacionales, de amistad y religiosos de sus integrantes. Nos detendremos en el proyecto de su equipo técnico para el desarrollo de la obra urbana y sus objetivos sociales. Estudiaremos las redes que construyó Copacabana con instituciones técnicas, religiosas y de financiamiento. Finalmente, abordaremos su forma de financiamiento, donde se presenta un debate sobre el rol del Estado y el aporte de los socios.

Copacabana logró edificar dos planes habitacionales en el Conurbano Bonaerense: “La Asunción”, en el actual Municipio de San Miguel y “Frino” en el Municipio de José C. Paz. El primero de cincuenta y dos viviendas y el segundo de cincuenta y seis. Para esta tesis nos centraremos en la construcción del primer barrio, en tanto allí se ponen de manifiesto las estrategias, dificultades y objetivos de la formación misma de Copacabana.

Es decir, analizaremos el primer barrio de la primera cooperativa, el punto de partida, pionero y experimental. El tercer capítulo se centra en el desarrollo de la autoconstrucción de La Asunción: forma en la que se ordenaron para la toma de decisiones, las dinámicas grupales en la obra, el empleo del sistema de Esfuerzo Propio y Ayuda Mutua y los conflictos de su aplicación. Analizaremos las tensiones presentes en el desarrollo de la obra: la confianza y la voluntad colectiva de autoconstrucción versus el escepticismo en el proyecto; la alegría versus el cansancio que implicó el trabajo y los recelos individuales; la épica de la autoconstrucción versus el incumplimiento de las tareas. También ahondaremos en la dimensión de género presente en la obra y los conflictos que se presentaron cuando la misma finalizó. Por último, reflexionaremos sobre lo que quizás sea la mayor particularidad de este grupo: haber sido víctimas de la erradicación y, al mismo tiempo, “privilegiados” por mudarse a nuevo barrio, accediendo a viviendas. Finalmente, presentaremos las conclusiones donde retomaremos las ideas centrales de esta tesis, las reflexiones derivadas y los nuevos interrogantes que serán retomados en futuras investigaciones.

Capítulo 1. Las cooperativas de autoconstrucción villeras frente a los desalojos compulsivos

1.1 Introducción

Las cooperativas de autoconstrucción fueron, en simultáneo, una forma de resistencia a los desalojos y un proyecto habitacional. Estas edificaron 1.332 viviendas durante la erradicación más grande de la historia de la Ciudad de Buenos Aires. Esta particularidad las hace un caso excepcional dentro de un contexto caracterizado por la destrucción de la estructura política, habitacional y urbana de las villas. Su aparición y el despliegue de su trabajo requirieron de una serie de condiciones sin las cuales, consideramos, no podrían haberse llevado a cabo. En este sentido, a lo largo de este capítulo analizaremos las estrategias y escenarios que posibilitaron la organización y funcionamiento de estos grupos.

Comenzaremos este capítulo presentando a las cooperativas de autoconstrucción, su origen, motivaciones y obra. Luego, recuperando los aportes de Lefebvre y Routledge, ya citados, reflexionaremos sobre la construcción de barrios en tanto forma de resistencia a las políticas de erradicación. En relación a esto, también analizaremos las estrategias de las cooperativas para resistir los desalojos y edificar nuevas viviendas en un contexto donde este tipo de organizaciones y acciones eran reprimidas. Para ello nos centraremos en sus recursos, limitaciones y actores intervinientes.

La conformación de las cooperativas no sólo debió superar la represión en las villas, sino además la desconfianza basada en la existencia de numerosas estafas vinculadas a la compra de lotes. En este sentido, analizaremos cómo la creación de las cooperativas estuvo determinada por las redes de confianza que compartían sus integrantes y aquellas que debieron construir.

Si bien las cooperativas surgieron en las villas, dentro de su entramado de actores encontramos integrantes provenientes de distintos sectores, espacios políticos y religiosos. Ellos conformaron las comunidades de apoyo y equipos técnicos: voluntarios cuyas funciones consistieron en la dirección de obra de los barrios, reunir el dinero necesario para la construcción, dialogar con el Estado, entre otras. El estudio de estos grupos nos permite comprender que las cooperativas tuvieron una escala organizativa más allá de la villa y los barrios, articulando con numerosas instituciones de la ciudad, nacionales e internacionales.

En este capítulo intentaremos dar cuenta de cómo se llegó a la idea misma de crear cooperativas de autoconstrucción como respuesta a la erradicación de villas. Para ello analizaremos los *repertorios de acción colectiva* reunidos entre los integrantes de estos grupos, la compartida en los barrios y entre los Curas Villeros. Buscaremos así dar cuenta que su accionar no fue una respuesta espontánea a la erradicación, sino que recurrió y entrelazó antiguos repertorios, instituciones que apoyaron el proyecto e, incluso, a la CMV.

Los barrios creados para remediar los desalojos implicaron mucho más que una respuesta habitacional. Su forma de autoconstrucción mediante el sistema Esfuerzo Propio y Ayuda Mutua (EPAM) tuvo la intención de generar lazos de solidaridad entre los integrantes de las cooperativas y crear comunidades autogestivas. Recurriremos a las memorias de miembros de los equipos técnicos, a documentación de las cooperativas y a bibliografía sobre EPAM para analizar las motivaciones y objetivos que guiaron la autoconstrucción, más allá de la resistencia a la erradicación.

Las cooperativas de autoconstrucción compartieron el haber surgido de las villas de la Capital Federal, donde la erradicación fue llevada a cabo con mayor fuerza y bajo la coordinación de la CMV. En este capítulo analizaremos el modo en que esta última entendía a las cooperativas y las relacionaba con sus propias políticas urbanas. Para ello recurrimos al documento de la CMV (1980) titulado “Villas - Erradicaciones”, conocido como “Libro Azul”. También, con la finalidad de profundizar sobre el modo en que la pertenencia a la ciudad determinó el desarrollo de las cooperativas, las compararemos con sus pares de la provincia de Buenos Aires, creadas posteriormente y como una ramificación de las primeras.

1.2 Las cooperativas de autoconstrucción

El avance de la erradicación y la imposibilidad de los habitantes de las villas para trasladarse a otra vivienda o acceder a un terreno, llevaron a un estado de urgencia. Esta situación llegó a su pico hacia 1978 motivando la búsqueda de nuevas respuestas habitacionales. Fue así que, en diferentes villas de la Ciudad de Buenos Aires, se crearon nueve cooperativas de autoconstrucción. Estas se dedicaron a la edificación de planes de vivienda en diferentes localidades del Conurbano Bonaerense con la finalidad de brindar, de ese modo, una respuesta habitacional a quienes estaban siendo erradicados. Las cooperativas fueron, en su mayoría, impulsadas por los sacerdotes de las capillas y

parroquias villeras, técnicos voluntarios que se encontraban trabajando allí y referentes barriales. Estuvieron conformadas por vecinos de las villas que todavía no habían sido desalojados y acompañadas por diversas organizaciones de asistencia católicas (Cáritas Buenos Aires, Misereor, entre otras).

La bibliografía relevada y las memorias de los protagonistas ubican a la Cooperativa Copacabana de la Villa 31 como la primera en formarse y destacan que su experiencia fue una guía para el resto de los asentamientos de la ciudad. Esto aparece también reflejado en una carta del Párroco de la Villa del Bajo Flores a su Vicario Episcopal, fechada el 22 de noviembre de 1978. Allí, aparte de pedir ayuda por la grave situación motivada por los desalojos forzosos, expresa: “Ante la desesperación de los vecinos, estamos intentando posibilitar, aunque sea unos pocos, una solución, agrupándolos en cooperativas de autoconstrucción. Un grupo de la Villa de Retiro está funcionando muy bien” (citada en Vernazza, 1989:71). Esta parte de la carta deja en claro que Copacabana funcionó como un antecedente positivo y herramienta de acción para las otras villas. Lo mismo da cuenta el padre Jorge Vernazza (1989), quien expresa que mediante una “decisión conjunta” decidieron poner en marcha las cooperativas. Transcribimos a continuación su narración de ese hecho y posteriormente nos dedicaremos a analizarlo:

Fue en una de sus reuniones habituales, el 27 de julio de 1978. Como siempre, después de las lecturas bíblicas correspondientes al domingo siguiente, y de las reflexiones que las mismas sugerían, pasaron a comentar la situación en cada una de las villas en que actuaban. Para entonces, la Villa del Bajo Belgrano ya había sido totalmente erradicada y de la Villa de Colegiales, donde vivía y actuaba muy eficazmente el Padre Jorge Goñi, ya era muy poco lo que quedaba en pie. En las demás, era distinto el grado de avance, pero en todas se había instalado el terror y no tenían esperanzas de subsistir.

Entretanto en la Villa de Retiro se realizaba una experiencia interesante. Bajo la animación del cura que allí actuaba, un grupo grande de señoras [*que*] hilaban lana cruda, estaban pensando en formalizar una cooperativa de trabajo.

Cuando cayó también sobre ellos el operativo de erradicación, esas mismas señoras comenzaron a hablar de cooperativas, pero ahora, de vivienda: “construir entre todos nuestro propio barrio”. Después de varias tentativas, lograron comprar los lotes en San Miguel y, a la sazón, estaban ya abriendo las calles y preparando el terreno.

Los curas, aunque siempre sumaron a la tarea religiosa su preocupación y angustia por mejorar la situación material de la gente, no habían hasta el momento visualizado como equipo la posibilidad de formar cooperativas para la vivienda. Coincidieron en que el tiempo estaba maduro y, dado que uno de ellos había comenzado a andar ese camino [el padre José “Pichi” Meisegeier], organizaron una reunión con los que trabajaban el tema, algunos miembros de Caritas y de la Parroquia San Martín de Tours, y todos los interesados en comprometerse en dicha tarea (...)

Hubo un laico con experiencia en cooperativas, que insistía en la conveniencia de aunar y centralizar los esfuerzos. Después de un intercambio de opiniones, se resolvió que cada cura en su villa, analizando las posibilidades y recursos, animase a la gente a comenzar como se pudiese (...) Así fue que al poco tiempo quedaron constituidas cooperativas de vivienda por autoconstrucción desde cinco villas: Retiro, Bajo Flores, Barracas, Mataderos y Lugano (Vernazza, 1989:98-99).

La anterior cita es, al día de hoy, la única que presenta la memoria de un Cura Villero sobre el momento, los motivos y formas con las cuales se originaron las cooperativas. Allí se ubica como punto inicial de las cooperativas al grupo de hilado de lana que funcionaba en la Capilla Cristo Obrero, de la Villa 31, donde se encontraba el padre José “Pichi” Meisegeier¹³. Esto coincide con la bibliografía existente y con la memoria de distintos entrevistados. La fundación de Copacabana se dio el 25 de mayo de 1978 y la fecha de la reunión que llevó a la decisión de armar cooperativas fue el 27 de julio de 1978. En ese entonces, el grupo de la Villa 31 ya estaba conformado como cooperativa, tenía su terreno y había empezado la tarea de construcción. Como explicaron Bellardi y de Paula (1986) el primer barrio de Copacabana fue un “plan piloto” que guió a todos los posteriores.

La cita de Vernazza también nos da a entender que, cuando surgieron las cooperativas, no había un plan concreto de acción, determinado de antemano con certezas de a donde llegarían. Las mismas fueron definiendo su plan de acción a medida que llevaron a cabo su trabajo: sus formas de financiamiento, las tramitaciones legales para la construcción de los

¹³ El sacerdote José “Pichi” Meisegeier, jesuita, llegó a la Villa 31 en 1968 ubicándose en el Sector Saldías. En 1974 se trasladó a la Capilla Cristo Obrero, en el Sector Comunicaciones, para ocupar el lugar del Padre Mugica luego de que este fuera asesinado. Desde su llegada a esa villa, aparte de su actividad pastoral, participó en numerosos proyectos comunitarios, como una sala médica, apoyo escolar, jardín de infantes y las cooperativas de hilado y autoconstrucción, entre otros. En 1977, cuando comenzó la erradicación durante la última dictadura militar, buscó, a través de diferentes estrategias, detenerla: ayudó y participó en la Comisión de Demandantes, envió cartas a la jerarquía de la Iglesia y las autoridades militares, formó cooperativas y denunció públicamente las atrocidades de los desalojos compulsivos. Desarrollaremos con mayor análisis su trabajo en la Villa 31 y en el campo de la vivienda para nuestra tesis de doctorado.

barrios, sus reglamentos, la dirección de las obras, su organización como cooperativa, etc. Como expresó el Padre Meisegeier en una entrevista realizada por Memoria Abierta¹⁴, las cooperativas llevaron a cabo su trabajo de manera “improvisada, a la tonta y a la loca”¹⁵. Esto de todas maneras no resulta extraño, como explica Tilly (2000:14), dentro de toda acción colectiva “los participantes aprenden, innovan y construyen historias en el propio curso”, más aún cuando los motivos de estas tienen un carácter de urgencia. A la vez, es usual que durante desarrollo de una acción colectiva se produzcan transformaciones en sus performances ancladas al aprendizaje, negociaciones, tensiones y cambios en su contexto (Manzano, 2004) En este sentido, si bien las cooperativas tuvieron muchos puntos de contacto, cada una hizo su camino, con sus equipos técnicos y socios autoconstructores. En el siguiente cuadro se detalla la obra realizada y procedencia de cada una de las cooperativas de autoconstrucción:

Cuadro N°1: Cooperativas de Autoconstrucción pertenecientes a cada villa de la ciudad de Buenos Aires y la cantidad de viviendas construidas

COOPERATIVA	VILLA	N° VIVIENDAS
Copacabana	Retiro (31)	108
Madre del Pueblo	Bajo Flores (1-11-14)	178
Caacupé	Barracas (21-24)	61
5 de Noviembre	Lugano (20)	211
18 de Febrero	Lugano (20)	600 juntas
Libertad	INTA	
Cildañez	Cildañez	
8 de Septiembre	Mataderos	54
Fundación Moglia	INTA y Pirelli	120

Fuente: Revista Vivienda Popular N°5, abril 1982.

De acuerdo al relevamiento detallado en la revista Vivienda Popular citado en el cuadro anterior, el total de las viviendas construidas por las nueve cooperativas de autoconstrucción de las villas de la Ciudad de Buenos Aires hacia 1981 era de 1.332.

¹⁴ “Alianza de organizaciones de derechos humanos argentinas que promueve la memoria sobre las violaciones a los derechos humanos del pasado reciente, las acciones de resistencia y las luchas por la verdad y la justicia, para reflexionar sobre el presente y fortalecer la democracia” (memoriaabierta.org.ar)

¹⁵ Meisegeier, José. Testimonio en el Archivo Oral de Memoria Abierta, Buenos Aires, 4 de diciembre de 2004.

Según la CMV (1980), hacia 1980 las cooperativas reunían un total de 840 familias. Hermitte y Boivin (1985), por su parte, explicaron que todas esas cooperativas juntas reunieron 5.500 personas. La discrepancia entre estas fuentes no resulta problemática en tanto una misma familia podría poseer varios hogares. Hemos registrado que en la Cooperativa Copacabana participaron varios grupos de hermanos, que luego se separaron obteniendo cada uno su propia vivienda. A la vez, sabemos que algunas de las cooperativas de la Ciudad de Buenos Aires fueron integradas también por desalojados de la provincia¹⁶. Como hemos explicado anteriormente, al día de hoy existe una inexactitud sobre las cifras reales de los desalojados. Esto es consecuencia de la oscuridad que marcó la última dictadura militar, donde la información estuvo vedada y tergiversada. Las cifras anteriores, si bien pueden no ser exactas, dan cuenta del pequeño porcentaje que representaron las cooperativas sobre el total de los asentamientos. Siguiendo el número de Hermitte y Boivin, estas reunieron el 2,57% de los 213.823 habitantes de las villas de la Ciudad de Buenos Aires (GCBA, 2010). Es decir, representaron un caso excepcional, tanto por su singularidad, como por la magnitud de su accionar. Esta dimensión de las cooperativas será analizada en detalle al final del Capítulo 3.

Un excelente aporte sobre este aspecto de las cooperativas proviene del padre José “Pichi” Meisegeier, impulsor de la primera en formarse, Cooperativa Copacabana, al definir las como “una patada fuerte a Cacciatore intendente y a la dictadura militar, pero una gotita de agua frente al tremendo arrasamiento de los pobres que hizo el proceso militar”¹⁷. La “patada”, la resistencia y la disputa por el espacio; el “agua”, la vivienda propia y el barrio, la “gotita”, la singularidad del caso; encierran los motivos, objetivos y particularidades de la acción de las cooperativas.

De acuerdo a Meisegeier, una de las más graves consecuencias de la erradicación fue el desamparo¹⁸: la mayoría de los desalojados de las villas pasaron a vivir en lugares con peores condiciones de habitabilidad, de acceso al trabajo, salud, educación. Todo esto en tanto acceder a otra vivienda resultaba imposible. Como expresaban las anteriores citas de Vernazza (1989), la “desesperación” y la falta de “esperanzas de subsistir” a la erradicación motivaron la creación de las cooperativas, lectura que coincide con la de la bibliografía existente y memoria de los entrevistados. En este sentido, las cooperativas

¹⁶ Un ejemplo de esto fue el segundo barrio de Copacabana, que incorporó vecinos de una villa de la localidad de William Morris.

¹⁷ Meisegeier, José. Testimonio en el Archivo Oral de Memoria Abierta, Buenos Aires, 4 de diciembre de 2004.

¹⁸ Revista Vivienda Popular N°5, de abril de 1982

tuvieron dos objetivos: construir nuevos barrios como respuesta habitacional frente a los desalojos y evitar que sus integrantes fueran desalojados de las villas hasta que sus nuevos hogares estuvieran terminados. Esto último se logró mediante tensas negociaciones con la CMV que analizaremos en el siguiente apartado.

Los debates sobre el concepto de resistencia son sumamente vastos y escapan a la búsqueda de esta tesis, situación que se complejiza aún más al centrarnos en su dimensión espacial. En esta investigación, para ayudarnos a comprender los modos en que el espacio puede constituirse como una forma de resistencia recurrimos a los aportes de Henri Lefebvre y Paul Routledge, como se mencionaron en la introducción. En cuanto al primero, sus estudios sobre la *producción del espacio* nos ofrecen un marco conceptual clave para abordar esta discusión. Allí, los *espacios de representación*, que explicamos anteriormente, expresan los sitios de resistencia y disputa. Esta dinámica entre *resistencia* y *espacio* fue abordada de modo similar por Paul Routledge en su elaboración del concepto “terreno de resistencia”. Aquí, la resistencia se manifiesta operando en y con la materialidad misma del *territorio*, (impidiendo la demolición de viviendas, construyendo otras, permaneciendo en las villas), así como en su dimensión cultural, comunicacional y simbólica. Durante la erradicación, estas dimensiones se hicieron presentes en las notas presentadas a los medios de comunicación sobre los desalojos, en los pedidos y logros en relación a las medidas de “no innovar” para permanecer en las villas, en los comunicados del Equipo Pastoral, en el proyecto urbano y arquitectónico de los barrios de las cooperativas. Estos últimos buscaron dar una respuesta habitacional a víctimas de la erradicación y consolidar un nuevo espacio comunitario anclado en valores como la solidaridad. En este sentido, representaron una forma de *terreno de resistencia* como lugar físico y como expresión social. Es decir, en el espacio producido y en lo producido en y a través de ese espacio.

1.3 La estrategia de la serpiente

La serpiente me engañó y yo comí. (Genesis 3:13)

En su comienzo, la estrategia de las cooperativas tuvo cierto parecido con la de la Comisión de Demandantes: no expusieron su rechazo total a la erradicación, sino a la ausencia de una respuesta habitacional y el desamparo que esta generaba. Su estrategia

inicial consistió en impedir los desalojos de los integrantes de las cooperativas, permitiendo que estos siguieran en las villas hasta que se terminaran los nuevos barrios, momento en el que partirían por sus propios medios. Sin embargo, y a diferencia de la Comisión de Demandantes, desde las cooperativas nunca se consideró la opción de permanecer en las villas, sino la de permanecer el tiempo suficiente (y limitado) para construir un barrio en otro lugar. Esta dinámica pudo acordarse con la CMV gracias a la intervención del Equipo Pastoral de Villas de Emergencia y Cáritas Buenos Aires (CBA). Todos ellos se reunieron en distintas oportunidades para negociar los límites, mecanismos y consideraciones de la erradicación de villas¹⁹. Es decir, esta forma de resistencia no buscó impedir la erradicación, sino ordenarla a su favor: negociar su desalojo, sus tiempos y la no aplicación de métodos violentos. El Padre Meisegeier recordó que estas negociaciones no fueron sencillas, sino que le “costó horrores” que el personal del ejército “no le tire la casilla abajo a la gente”: el comisario Lotito y el director de la CMV, Del Cioppo, con quienes se reunió por este motivo, estaban convencidos de que todos los habitantes de las villas tenían otros terrenos ocultos en la provincia de Buenos Aires y que usufructuaban de las villas para vivir en la ciudad. El Padre Meisegeier intentaba explicarles que eso no era cierto, pero según él era “un diálogo de sordos” y nunca cambiaron de parecer²⁰.

Los integrantes de las cooperativas y técnicos que hemos entrevistado recordaron que, al momento de la formación de estas organizaciones, su lectura sobre los desalojos apuntaba a que eran imparables y que las villas serían erradicadas por completo. Esta postura incluso se expresó por escrito en muchos de los comunicados de CBA y los Curas Villeros. Según el padre Meisegeier, al momento de conformarse las cooperativas “sabíamos que estábamos frente a una pared impenetrable”²¹.

Esta posición se anclaba en la enorme asimetría de fuerzas entre los miembros de las cooperativas de autoconstrucción y la CMV, lo cual llevó a que los primeros no contemplaran la posibilidad de conservar la vivienda ni permanecer en la villa de forma alguna (Cuenya, Pastrana y Yujnovsky, 1984; Hermitte y Boivin, 1985; Bellardi y de Paula, 1986; Vernazza, 1989). Las cooperativas de autoconstrucción fueron una respuesta a

¹⁹ El rol de la Iglesia y de las distintas instituciones católicas durante la erradicación serán analizadas en profundidad en nuestra tesis de doctorado.

²⁰ Meisegeier, José. Testimonio en el Archivo Oral de Memoria Abierta, Buenos Aires, 4 de diciembre de 2004.

²¹ Meisegeier, José. Testimonio en el Archivo Oral de Memoria Abierta, Buenos Aires, 4 de diciembre de 2004.

este escenario, dilatando y negociando la obligatoria partida del barrio. Como explicaba Susana Murphy, arquitecta de la Cooperativa Copacabana que pudimos entrevistar: “Fue desafiante decir: esta gente se tiene que quedar acá porque está en la cooperativa y porque se va a ir cuando termine la casa, que fueron dos años. Hasta ahí llegamos”²².

Eric Selbin explica que la resistencia puede expresarse con “el rechazo de la gente a cooperar activamente con, o expresar apoyo por, un determinado régimen o figura de autoridad; aun cuando esto pueda parecer pasivo, es una actividad, una acción” (2010:11). Aceptar el desalojo, pero rechazando los términos y modalidades de la CMV da cuenta de la estrategia y posibilidades reales de resistencia que tuvieron las cooperativas. Estos grises hacen a la complejidad de su accionar, como menciona Selbin “establecer lo que constituye una estrategia de resistencia es difícil, pero habitualmente la reconocemos cuando la vemos; el gran desafío es cómo la reconocemos cuando no la vemos” (2010:12). Las cooperativas se muestran a través de las viviendas construidas, pero a la vez que debieron adaptar su proyecto a los límites impuestos por las políticas de erradicación: reubicarse afuera de las villas. De este modo, entendemos que, en simultáneo a resistir los desalojos compulsivos y rechazar la implementación violenta de la erradicación, las cooperativas ofrecían a la CMV la aceptación y garantía de la eventual partida de la villa. Al mismo tiempo, si bien la CMV debía poner en pausa a los desalojos, obtenía dos ventajas significativas con el trabajo de las cooperativas: por un lado, se desligaba de la obligación de dar una respuesta habitacional y, por otro lado, mejoraba su imagen pública. Esto último, en un contexto donde la CMV había recibido sucesivas denuncias en relación a las expulsiones compulsivas (Bellardi y de Paula, 1986). Como explica Gabriel Nardacchione, las formas de acción colectiva se inscriben dentro de ciertas reglas de juego (2005) en las cuales puede protestar, irrumpir y negociar. Es decir, se realiza de ciertos modos y dentro de límites definidos por los actores y las instituciones con las que se confronta. Si bien las cooperativas resistieron las políticas de erradicación, su tarea se enmarcó dentro de carriles institucionales, legales y nunca pusieron en riesgo el plan de la CMV²³. Como también explica Tilly, la acción colectiva “opera dentro de los límites impuestos por las instituciones y prácticas existentes y los entendimientos compartidos” (2000:14). Con una lectura similar, Sarah Radcliffe (1993), analizando el contexto de dictadura militar argentina, propone que determinadas acciones colectivas pueden caer en la siguiente

²² Entrevista a Susana Murphy, 15 de octubre de 2014.

²³ El accionar del Equipo Pastoral, por fuera de las cooperativas, llegó a un nivel de confrontación mucho mayor. Esta cuestión será analizada en detalle durante nuestra tesis de doctorado.

contradicción: para poder resistir o luchar contra determinadas formas represivas estatales, deben aceptar o incluso reforzar estructuras de dominación más amplias. Esta situación expone las limitaciones que tiene una acción colectiva y las negociaciones que requiere su despliegue. Al no mostrarse en choque con determinadas reglas globales, se puede ejercer una resistencia exitosa en relación a otros objetivos prioritarios.

Las cooperativas debieron definir sus prioridades y límites de acción con la CMV: permanecer en las villas y evitar situaciones de violencia hasta que estuvieran terminadas las viviendas, luego partir como exigía el plan de erradicación. Su accionar fue además resultado de negociaciones con el gobierno de facto, aspecto que analizaremos en varias oportunidades en esta tesis. Sobre esta cuestión Tarrow aporta que, fuera de una etapa disruptiva, la acción colectiva puede intentar “institucionalizar sus tácticas” para obtener mejores resultados, no chocando, sino negociando con el Estado (1997:200). Esta estrategia de no confrontación, de moverse dentro de las reglas de juego y en diálogo con los adversarios aparece mencionada, desde otro ángulo, por el mismo José Meisegeier en su entrevista para Memoria Abierta. Allí él recordó un episodio de sus primeros pasos como sacerdote, celebrando misa en el ingenio Ledesma, frente a sus dueños, la familia Blaquier. En el medio de la misma pidió rezar por los campesinos e indígenas explotados en el ingenio, lo cual disgustó mucho a sus dueños y nunca más le permitieron participar de misas allí. En la entrevista de Memoria Abierta Meisegeier consideró que su obrar fue de “pendejo” y “chiquilín contestatario”, y se reprochó no haber actuado más hábilmente, sin confrontar, para poder luchar por un cambio en la situación de los campesinos e indígenas. Lo mismo recordó sobre la misa de Pascuas de 1970 o 1971 que celebró en la Parroquia de San Martín de Tours. Allí pidió por los detenidos políticos, especialmente los religiosos, y “se vació la Iglesia”. Nuevamente, “era pendejo” fue su lectura de lo sucedido y se reclamó no haber sido más “serpiente”, en relación a la “más astuta que todos los animales salvajes que el Señor Dios había creado” (Genesis 3:1), la que inteligentemente engañó a Adán y Eva para lograr su cometido. “Ahora soy más serpiente, fundamento mejor”²⁴, dijo “Pichi” dejando en claro su cambio de estrategia. Las cooperativas,

²⁴ Meisegeier, José. Testimonio en el Archivo Oral de Memoria Abierta, Buenos Aires, 4 de diciembre de 2004.

entendemos según nuestro análisis, tuvieron mucho de esta *estrategia serpiente* que hablaba Meisegeier²⁵.

El testimonio de Meisegeier nos presenta parte de sus *repertorios de acción colectiva* y su aprendizaje de los mismos en la conformación de nuevas acciones. Más adelante en este capítulo analizaremos en detalle los *repertorios* que llevaron a la aparición de las cooperativas, los actores y la relación entre las cooperativas y el Estado. A lo largo de esta tesis analizaremos diferentes aspectos de las cooperativas que buscarán dar cuenta que no hablamos de puras víctimas, ni de puros héroes. Las cooperativas de autoconstrucción nos presentan un caso de resistencia a la dictadura que, en simultáneo y en muchos sentidos, fue positivo para los mismos que se encontraban implementando la erradicación. A su vez, nos demuestran que la resistencia estuvo fuertemente limitada por las capacidades técnicas y recursos materiales del grupo. Todas estas cuestiones hacen a la particularidad de las cooperativas de autoconstrucción y los barrios que construyeron.

1.4 La creación de las cooperativas: desamparo, confianza y resistencia

Como explicamos anteriormente, la erradicación llevó a los habitantes de las villas a un estado de desamparo. La mayoría fueron arrojados en terrenos baldíos en el Conurbano Bonaerense, perdiendo su vivienda e imposibilitados de acceder a otra. Esto sumado a la violencia misma de los desalojos. Hugo Ratier, en su trabajo pionero y previo a la última dictadura militar, explicaba que “una inundación, un incendio, una amenaza de desalojo galvanizan la resistencia popular, propician el crecimiento de formas espontáneas de organización” (1975:92). Coincidiendo con esta lectura, tomamos a Nardacchione, quien propone que los “comportamientos colectivos tienen en común una causalidad extranjera a la acción, que empuja la manifestación colectiva” (2005:88). Sin embargo, discutiendo con la cita de Ratier, las cooperativas no fueron una *forma espontánea de organización*, sino una expresión de acción colectiva anclada en redes preexistentes.

Siguiendo los testimonios de aquellos vecinos de la Villa 31 que hemos entrevistado, algunos se unieron a la cooperativa de autoconstrucción continuando una estructura organizativa que ya funcionaba en el barrio, otros convocados por parientes, otros por amigos y vecinos. Algunos consideraron que la figura del sacerdote fue fundamental para

²⁵ Lamentablemente no existe una definición del sacerdote sobre este tema en tanto nunca en la entrevista de Memoria Abierta se le consultó sobre las cooperativas. Sus testimonios sobre las mismas se encadenan a preguntas sobre el contexto dictatorial general que atravesó.

acceder al grupo; otros, la de los voluntarios; y otros resaltaron la presencia de antiguos referentes barriales. El camino de llegada a las cooperativas no fue uno sólo, así como tampoco lo fueron las motivaciones y sentidos que definieron el grupo. Sin embargo, merece destacarse el hecho de que, frente a la represión de la actividad política, a la desaparición, exilio y partida de antiguos representantes barriales, fueron las redes construidas alrededor de la fe católica, los lazos familiares, vecinales o de amistad y de trabajo compartido, las que motivaron la organización colectiva. Es decir, ubicamos en segundo lugar los pasados de militancia u organización política (con excepción de la Cooperativa 5 de Noviembre, que analizaremos más adelante). Mercè Cortina (2008) propone que la *preexistencia de identidades compartidas* posibilita la interacción entre las personas para llevar a cabo una acción colectiva. En un sentido similar, Schuster (2006) propone el término *identidad sedimentada*, aquella resultante de la estructura social, historia y rutinas de las personas, como necesaria para la consolidación de una acción. El conocimiento previo de los promotores de las cooperativas y los socios, así como los lazos construidos previamente a la erradicación (vinculados a la capilla o parroquia, deporte, educación, ocio, salud, entre otros), fueron fundamentales para conformar una organización cohesionada, en un contexto que las mismas estaban prohibidas y eran reprimidas.

Con el fin de analizar la formación de una identidad colectiva para la resistencia a los desalojos recurrimos a Manuel Castells (2001), quien propone las siguientes tres categorías: *identidad legitimadora*, *identidad de resistencia* e *identidad de proyecto*. La segunda es aquella “generada por aquellos actores que se encuentran en posiciones/condiciones devaluadas o estigmatizadas por la lógica de la dominación, por lo que construyen trincheras de resistencia y supervivencia basándose en principios diferentes u opuestos a los que impregnan las instituciones de la sociedad” (Castells, 2001:30). Esta forma de identidad es la que “conduce a la formación de comunas o comunidades (...) construye formas de resistencia colectiva contra la opresión” (Castells, 2001:31). Por estos motivos, entabla una relación de continua tensión con la *identidad legitimadora*, aquella “introducida por las instituciones dominantes de la sociedad para extender y racionalizar su dominación frente a los actores sociales” (Castells, 2001:30). Podemos notar que las dinámicas de este par conceptual son similares a las del binomio *representaciones de espacio - espacios de representación* de Lefebvre (2013), en tanto ambos presentan una expresión (identitaria o espacial) de los sectores dominantes que es disputada y

transformada desde los *espacios vividos*, desde las “trincheras de resistencia”. Otro concepto que dialoga con el de *identidad de resistencia* es *identidad de ruptura*, elaborado Schuster: “cuando hay un quiebre entre lo que creo que soy, tengo, merezco (...) y lo que veo” (2006:60).

Los aportes de Castells y Lefebvre (y también Routledge) se entrelazan en nuestro análisis de las cooperativas como forma de resistencia, tanto colectiva como espacial. Para dar inicio a estas organizaciones fue necesario la consolidación de una *identidad de resistencia*, tanto entre los habitantes de las villas removidos como entre los integrantes de los equipos técnicos que analizaremos en el siguiente apartado. Esta identidad que posibilitó la organización colectiva para resistir la erradicación tuvo que formarse a través de las redes de un territorio que se estaba destruyendo.

Debemos tener en cuenta que, a lo largo del trabajo de las cooperativas fueron modificándose los actores involucrados, las formas de organización colectiva, la confianza en estos proyectos, las estrategias de resistencia y los objetivos²⁶. Esto nos permite reconocer que aquellas no surgieron como una forma de resistencia claramente organizada y definida. Por el contrario, cada cooperativa fue diferente: mientras las pioneras requirieron anclarse en lazos preexistentes para su formación, las siguientes se respaldaron en el trabajo de las primeras. Algunas fomentaron la organización colectiva durante la autoconstrucción de los barrios, otras abandonaron estas ideas y se centraron en la construcción individual de vivienda. Existieron cooperativas donde una determinada nacionalidad fue mayoritaria y determinante (como Copacabana y la nacionalidad boliviana) y otras donde eso no sucedió. Estas y otras diferencias, nos permiten entender que estas organizaciones tuvieron diversas *identidades compartidas* (Cortina, 2008) y *herencias organizativas* (Schuster, 2006). En relación a esto, reproducimos el testimonio de un integrante de la Cooperativa Santos Vega:

Llegan amenazas. Un año, dos... y deberán dejar el barrio... Irse. Pero ¿A dónde? ¿Comprar un terrenito? Para la mayoría esto es imposible. El problema parecía superior a nuestras fuerzas. Muchas veces terminábamos mirando el piso con resignación y bronca. Pero el Señor, muy despacio, nos fue enseñando el camino. Unirnos. Juntos podemos lo que parece imposible. Con la ayuda de otras comunidades parroquiales y nuestra propia decisión nos pusimos en marcha. (Revista Vivienda Popular N°5, abril 1982, p. 10).

²⁶ Analizaremos estas transformaciones en los capítulos 2 y 3 centrándonos en el caso de Copacabana.

Este testimonio cose la violencia en las villas, la imposibilidad de acceder a una vivienda y el desamparo con la aparición de las cooperativas. A su vez, dejan en claro que la presencia de la fe católica en el barrio posibilitó la organización colectiva. La revista *Vivienda Popular*, perteneciente a SEDECA, en su quinto número (abril de 1982) presenta a todas las cooperativas de autoconstrucción, destacando que el compartir la fe católica fue determinante para su conformación²⁷. Esta lectura fue también mencionada por Juana Ceballos, de la Cooperativa Madre del Pueblo, para quien la religión significó entre los vecinos “una confianza de que vas a hacer lo mejor”²⁸. La confianza en estas formas asociativas pudo generarse gracias a diferentes redes preexistentes y fue determinante en tanto las mismas fueron recibidas, en un comienzo, con gran recelo.

Así, aparte de la asimetría de fuerzas con la CMV y la desesperación de quienes estaban siendo desalojados, otra problemática de las cooperativas fue la enorme desconfianza que tuvieron inicialmente los pobladores de las villas para sumarse a ellas. El motivo de ello consistió en que muchas personas habían sido estafadas con supuestas compras de viviendas y lotes en el Conurbano Bonaerense, bajo similares formas económicas. Según Nora –integrante de la Cooperativa Copacabana de la Villa 31 que hemos entrevistado– había aparecido un gran número de empresas falsas de loteo e inmobiliarias que, aprovechándose de la desesperación generada por los desalojos, robaron el dinero de muchas personas²⁹. Esto también fue destacado por el sacerdote Jorge Vernazza, de la Villa 1-11-14, quien explicaba así el desarrollo de la estafa:

Si algún villero iba por su cuenta a comprar un lote, no se negaban, con tal que diese el anticipo y firmase un contrato con numerosísimas cláusulas, que el comprador ni leía, y por el que quedaba en verdad atrapado. En cuanto dejase de pagar puntualmente las cuotas –cosa que, dada la situación general del país, la inflación, la indexación y la situación del villero, expuesto en lo particular a una creciente desocupación, sobrevendría muy pronto– la inmobiliaria se quedaba con el terreno. (Vernazza, 1989:99)

En el informe “La verdad sobre la erradicación de las villas de emergencia del ámbito de la Capital Federal” (1980) se citaba el caso de una vecina de la Villa 1-11-14 que fue estafada por la empresa Ángel Scuderi y Cía. Resulta importante destacar la existencia de estos

²⁷ Con excepción de la Cooperativa 5 de Noviembre, cuya creación dependió principalmente de la organización política sindical previa de determinados dirigentes de la Villa 20 de Lugano.

²⁸ Entrevista a Juana Ceballos, 16 de octubre de 2013.

²⁹ Entrevista a Nora, 8 marzo de 2015

grupos embaucadores, no sólo para ampliar el entramado de actores que intervinieron en las erradicaciones, sino también porque resultaron un gran conflicto para la organización de las cooperativas. Muchos vecinos temían que estas últimas fueran una estafa, lo cual hizo muy difícil la tarea de reunir el primer grupo de integrantes.

En el caso de Copacabana, según varios testimonios, este conflicto pudo superarse gracias a la presencia del Padre “Pichi” Meisegeier y técnicos que llevaban años trabajando en la Villa 31. Asimismo porque fue impulsada por antiguos referentes barriales, aspecto que para los otros vecinos significó una garantía. El caso de las estafas nos deja en claro que, más allá de la necesidad concreta de vivienda, la formación de las cooperativas dependió de la confianza anclada en compartir la fe católica, en los lazos familiares, de amistad, así como la presencia de religiosos y referentes barriales. Estos elementos permitieron la consolidación de una *identidad de resistencia* donde la historia compartida fue fundamental. Como explica Alejandro Grimson: “Necesitar una identidad es precisar una historia, un pasado que posicione a determinados sujetos de un modo peculiar frente al presente. Las narrativas de ese pasado pueden permitir construir sentidos de pertenencia, estableciendo solidaridad del grupo” (1999:178).

Volviendo al planteo inicial sobre la creación de las cooperativas como consecuencia de la falta una respuesta habitacional, Susana Murphy expresó que “Si la gente hubiera podido elegir, elegía la empresa [constructora] e ir a su casa a controlar (...) La gente se metió en la cooperativa porque era una necesidad”³⁰. Esta postura fue compartida por más integrantes de los equipos técnicos y comunidades de apoyo y se ancla en el enorme esfuerzo y tiempo que implicó la autoconstrucción de un barrio entero. Las memorias del padre Vernazza sobre la Cooperativa Madre del Pueblo expresan lo mismo: “el ingente esfuerzo de trabajar diez horas el sábado y el domingo, y los demás feriados, resulta, a poco andar, tan pesado, que solo una situación de extrema necesidad como la vivienda para esas familias, a causa del operativo de erradicación imponía tan intensa acción” (Vernazza, 1989:103). Es decir, en otro contexto, donde no hubiera existido un desalojo compulsivo, quizás no se hubiera reunido el grupo para semejante tarea. Murphy y Vernazza destacan que las personas acudieron a las cooperativas por “necesidad” y no por una voluntad de consolidarse colectivamente frente a las políticas de expulsión. En relación a esto, nos parece relevante rescatar la investigación de Cecilia Blondet (1986) sobre un barrio popular autoconstruido en la periferia de Lima a mediados del siglo XX. Allí, la autora

³⁰ Entrevista a Susana Murphy, 15 de octubre de 2014.

propone que, en contextos de precariedad e inseguridad, las tensiones entre lo colectivo y lo individual son constantes: “hay solidaridades en tanto y en cuanto son útiles para lograr el objetivo primario de sobrevivir. Están construyendo lo de todos porque están construyendo lo propio” (Blondet, 1986:39-40). Esta cuestión se va a hacer presente en el desarrollo de la obra de autoconstrucción que analizaremos en el Capítulo 3.

En relación a este debate, dentro de las entrevistas que hemos realizado, sólo un integrante de Copacabana expresó haber formado parte de la cooperativa “por obligación, porque si yo tenía dinero de ir a comprar un terreno a hacer mi casa lo hubiera hecho, no tenía opción, por eso me uní al grupo”. En polo opuesto, sólo un integrante recordó haberse unido a la cooperativa motivado por su metodología de trabajo:

Como todo vecino que empezó a tener problemas con la vivienda sin saber a dónde ir, había muchos que se empezaban a organizar de distintas formas. Algunos que disponían de dinero o algo se compraban o juntaban para comprar un terreno y allí comenzar a hacer sus viviendas. Otros andábamos dando vueltas, cada uno [*viendo*] por dónde pensaba a caminar. Y yo visité algunos grupos y cuando lo visité a este grupo, que en ese momento estaba el padre Pichi en la capilla, y entonces se reunían ahí y yo acudí a esa reunión y me pareció muy buena la idea de construir dentro de un concepto de autoconstrucción³¹.

La mayoría de los entrevistados mencionaron haberse enterado de la existencia de la cooperativa a través de amigos, parientes, vecinos, referentes o la Capilla Cristo Obrero. Luego se integraron a ésta en tanto la consideraron una opción viable para obtener una respuesta habitacional frente a los desalojos. Como explicamos, esta tarea costó mucho al padre Pichi, al equipo técnico y a los referentes, ya que muchos desconfiaban de la iniciativa.

Sobre las motivaciones que llevan a las personas a integrar una acción colectiva, Julieta Quirós (2011) propone analizarlas evitando caer en nociones *puras* y dicotómicas: *interés* o *desinterés*, *necesidad* o *compromiso*, *individual* o *colectivo*, *obligación* o *voluntad*. Según la autora, “el desafío es cómo dar cuenta de la hibridez que hace a las relaciones humanas [y] de la impureza que hace a la política vivida” (Quirós, 2011:253). Consideramos que la formación de las cooperativas estuvo marcada por estos grises, donde la necesidad de la vivienda y la emergencia fueron contundentes, así como la generación

³¹ Entrevista a P, 8 de febrero de 2015. El entrevistado prefirió que no se mencionara su nombre.

de un proyecto colectivo y horizontal que perduró en el tiempo, que se replicó en distintas villas y continúa, como veremos más adelante, hasta el día de hoy. Nuestra intención es reconocer los claroscuros de las cooperativas de autoconstrucción y evitar caer en caracterizaciones estáticas centradas en una supuesta “épica” de la resistencia a la dictadura o en la “tragedia” de la erradicación.

1.5 Equipos técnicos y comunidades de apoyo

Todas las cooperativas fueron impulsadas por los sacerdotes de cada asentamiento, junto a grupos de técnicos voluntarios y referentes barriales. Todos ellos se encargaron de convocar y reunir a los habitantes de las villas que todavía no habían sido erradicados para la construcción de los barrios. Para su organización, los integrantes se dividieron en dos grupos de trabajo: los autoconstructores de las viviendas y las “comunidades de apoyo” o “equipos técnicos” (Bellardi y De Paula, 1986:92; Vernazza, 1989:100). El primero estaba compuesto por los vecinos de las villas que estaban siendo desalojados y, en la mayoría de los casos, este grupo conformaba la *cooperativa de autoconstrucción* propiamente dicha. Ellos estaban encargados de la edificación de las viviendas (que luego serían suyas) y el pago de una cuota que cubriría los gastos de materiales, terreno e infraestructura. El segundo grupo, ubicado por fuera de la *cooperativa*, estaba conformado por profesionales, habitualmente voluntarios vinculados a alguna parroquia o capilla. La función de este grupo fue la de diseñar y dirigir la construcción de las viviendas y los proyectos urbanos, realizar las tramitaciones legales, obtener los permisos de obra, gestionar la llegada de nueva infraestructura para los barrios, manejar los recursos económicos de las cooperativas, la compra y escrituración de los terrenos, negociar con distintas instituciones de financiamiento, religiosas y el Estado, entre otras. Si bien se establecieron dos grandes grupos con responsabilidades, problemáticas y tareas distintas, el trabajo se realizaba de un modo colectivo y como expresó Mariano West, miembro del Equipo Técnico de la Vivienda de Copacabana, “en constante estado de asamblea”. En las distintas entrevistas, los límites entre cooperativa, comunidad de apoyo o equipo técnico fueron muy difusos: habitualmente los técnicos se presentaban, mientras hablaban, como parte la cooperativa. Del mismo modo, estos fueron sumados por los autoconstructores entrevistados cuando mencionaron la conformación de la cooperativa. Estos rótulos, de todos modos, nos son útiles para organizar nuestro análisis y reflexionar sobre los distintos roles.

Las motivaciones de los integrantes de las comunidades de apoyo o equipos técnicos no consistían únicamente en resolver la problemática habitacional de los desalojados, sino también en alentar la organización villera, promover los valores cristianos y, posteriormente, consolidarse como grupo de trabajo. El padre Vernazza, al recordar el trabajo de las cooperativas de autoconstrucción, define a los miembros de las comunidades de apoyo como “laicos, hartos de las reuniones, que encontraban aquí una tarea concreta”, “personas de buena voluntad” y “personas de diversa procedencia y formación, que se sintieron enriquecidas y contentas de participar” (1989:100). El padre “Pichi”, con un poco de humor, los recordaba como “personas catoliconas, muy buenas”³², destacando tanto su fe, como su buena voluntad. Los técnicos que hemos entrevistado tuvieron diferentes trayectorias personales hasta llegar a las cooperativas: algunos hoy recuerdan que su trabajo estuvo guiado por una militancia social, otros hablan de militancia católica, acción católica, “estar en contra de los milicos”, interés por ayudar o que actuaron de acuerdo a lo que su religión predicaba. Todos los técnicos aclararon que no pertenecieron a ningún espacio de militancia política en ese contexto, acentuando el clima de gran represión en el cual se encontraban. En una entrevista que realizamos a la arquitecta Margarita Lovigné y al arquitecto Carlos Casanova, frente a nuestra consulta sobre la militancia política de los integrantes de Copacabana, inicialmente la respuesta fue tajante:

ML: No, no, qué militancia política si estaban los militares (...)

CC: Tendrían que ser más bien inquietudes personales si surgían inevitablemente en la charla, pero no, no (...) No, no era habitual más allá de que (...) por ahí había gente que se interesaba por esto, pero desvinculado de la actividad nuestra³³.

En nuestro análisis de los archivos de la Secretaría de Enlace de Comunidades Autogestionarias (SEDECA) y la Fundación Vivienda y Comunidad (FVC) hemos encontrado numerosos documentos donde se manifestaban las preocupaciones de los grupos técnicos sobre la situación de las villas. Sin embargo, en ninguna oportunidad se mencionaban espacios de militancia política o al gobierno dictatorial, tampoco la brutalidad de las erradicaciones que sí eran denunciadas por los sacerdotes. Juana Ceballos, abogada de la Cooperativa Madre del Pueblo, recordó en una entrevista que “Pichi lo hubiera sacado volando a cualquiera con política, en la época de los militares”³⁴, actitud

³² Meisegeier, José. Testimonio en el Archivo Oral de Memoria Abierta, Buenos Aires, 4 de diciembre de 2004.

³³ Entrevista a Carlos Casanova y Margarita Lovigné, 26 de mayo de 2016.

³⁴ Entrevista a Juana Ceballos, 16 de octubre de 2013.

con la que ella se mostró de acuerdo. Las dimensiones políticas del trabajo de las cooperativas eran discutidas por los integrantes de las comunidades de apoyo y los religiosos, al mismo tiempo que las separaban de todo tipo de militancia partidaria. Siguiendo los testimonios de los técnicos entrevistados, esto fue necesario debido a la represión que sufrían las organizaciones políticas. Es decir, existían adhesiones políticas partidarias en términos individuales, pero en el proceso de trabajo cotidiano de las cooperativas estas estaban dejadas de lado o vedadas explícitamente, en buena medida por el contexto represivo. En este sentido, dos técnicos que hemos entrevistado, expresaron haber adherido al peronismo y uno de ellos definió a su grupo de trabajo como “cristianos de izquierda”³⁵. Carlos y Margarita recordaron a dos antiguos compañeros del Equipo Técnico como “militantes de líneas peronistas-progresistas”. Luego nos explicaron que estas personas habían compartido espacios de militancia con Darío Alessandro y Juan Pablo Cafiero, ambos ligados al Partido Justicialista y que luego tendrían una destacada carrera política y en la función pública, ya en democracia. En relación a las trayectorias de los sacerdotes que impulsaron las cooperativas, muchos de los integrantes del Equipo Pastoral habían pertenecido al Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo, y al mismo tiempo expresaron, en numerosas oportunidades, su vinculación con el peronismo. También la hermana Adela, perteneciente a la congregación de las Hermanas de la Asunción, que vendió el terreno a la Cooperativa Copacabana para su primer barrio³⁶, nos mencionó en una entrevista³⁷ su adhesión a ese movimiento y recordó haber ido a recibir a Perón a Ezeiza en 1973.³⁸

Durante la última dictadura militar, trabajar en las villas, se tratase de sacerdotes, de voluntarios, militantes o cualquier tipo de organización social, era sumamente peligroso. Osvaldo Oriolo, ingeniero de la Comunidad de Apoyo de la Cooperativa Madre del Pueblo ubicada en la Villa 1-11-14 de Bajo Flores, explicaba que el grupo de voluntarios con el que contaban las cooperativas fue pequeño por el miedo a ser detenidos: “sabía que si entrabas en la villa te anotaban”³⁹. Juana Ceballos, también de esa comunidad de apoyo, recordaba durante una entrevista que realizamos, la represión y violencia que había en la

³⁵ Entrevista a Osvaldo Oriolo, 3 de noviembre de 2013.

³⁶ El nombre con el cual se reconoce a esta congregación en el boleto de compra venta del terreno es Asociación Cultural y de Beneficencia Femenina Damas de La Asunción. En tanto todos los entrevistados hablaron de estas religiosas como las Hermanas de la Asunción utilizaremos este nombre, con excepción de las oportunidades en que analicemos la venta del terreno en sí.

³⁷ Entrevista a la Adela, 23 de enero de 2015.

³⁸ Las trayectorias políticas de estos sacerdotes y su vinculación con las demandas de vivienda digna serán analizadas en profundidad para nuestra tesis de doctorado.

³⁹ Entrevista a Osvaldo Oriolo realizada el 3 de noviembre de 2013.

Villa 1-11-14. Ella destacó el caso de la guardería Belén, donde realizaba su trabajo un grupo de jóvenes guiados por una monja francesa. Todos los voluntarios de esa guardería fueron desaparecidos, entre ellos Mónica Mignone, hija de Emilio Mignone⁴⁰. Mariano West, miembro del Equipo Técnico de la Vivienda de la Cooperativa Copacabana de la Villa 31 de Retiro, recordaba que muchos de los voluntarios que trabajaban allí tuvieron que irse y que algunos fueron perseguidos⁴¹. Susana Murphy, también de esa cooperativa, mencionó que muchos militantes, voluntarios y vecinos fueron desaparecidos en ese contexto⁴². A su vez, nos explicó que comenzó a enterarse de muchos otros desaparecidos en las villas, recién tras el retorno de la democracia⁴³. En relación a esta cuestión, el padre Meisegeier reconoció que, cuando en 1980 decidieron realizar un encuentro titulado “1er Seminario de la vivienda Cooperativa y Económica”, evitaron usar el nombre “vivienda popular”, porque podía entenderse como “subversivo” (Solari, 1997). Podemos entender esta preocupación del padre “Pichi” Meisegeier al ponerla en relación con una entrevista que realizó para la revista Vivienda Popular N.º 42-43 (junio de 1997). Allí explicaba que las desapariciones de los sacerdotes Carlos Bustos, Pablo Gazzarri, así como el hecho de que Yalics y Iorio fueron “chupados”, llevó a que tuviera que mantener un “perfil bajo”. También destacó este escenario en la entrevista que realizó para Memoria Abierta, donde explicó que tenía un plan de escape preparado en caso de correr peligro y familias que lo ayudarían a huir: “vivíamos con miedo”⁴⁴. De todas maneras, el Equipo Pastoral de Villas se reunía a intercambiar opiniones y formas de responder a las políticas de la última dictadura y desde algunos sectores de la Iglesia católica se escucharon voces que, arriesgándose enormemente, pudieron debatir y criticar abiertamente al gobierno militar.

Las expresiones de Meisegeier sobre la peligrosidad de la participación política en la villa, pueden servirnos para interpretar su rechazo a la militancia dentro de la Cooperativa Copacabana. De todos modos, existieron espacios dedicados al debate político que reunieron a las comunidades de apoyo y equipos técnicos: el Seminario de Vivienda Cooperativa y Económica y el Centro de Investigación y Acción Social (CIAS). Las memorias de los técnicos entrevistados nos demuestran que las comunidades de apoyo y

⁴⁰ Entrevista a Juana Ceballos realizada el 13 de septiembre de 2013.

⁴¹ Entrevista a Mariano West realizada el 17 de febrero de 2014.

⁴² No reproducimos los nombres de estas personas por pedido de la entrevistada.

⁴³ Entrevista a Susana Murphy, 15 de octubre de 2014.

⁴⁴ Meisegeier, José. Testimonio en el Archivo Oral de Memoria Abierta, Buenos Aires, 4 de diciembre de 2004. El “plan de escape” también aparece en Blaustein (2006: 65),

equipos técnicos consolidaron su organización a través de redes ancladas en la fe católica y en la reflexión política, no así en la militancia.

Margarita Lovigné recordó que solían asistir a las reuniones en el Centro de Promoción Sindical del Centro de Investigación y Acción Social de los jesuitas (CIAS), organizadas por el sacerdote jesuita Jacinto Luzzi. Sin embargo, para entrar allí, como explicaba el Padre Meisegeier, había que “sacarse la remera política”⁴⁵. Esto coincide con el recuerdo de Juana Ceballos acerca de la intención de este sacerdote de no vincularse de ningún modo con la militancia política durante la dictadura. Entendemos que se había trazado una línea muy marcada entre la militancia política y la tarea de las cooperativas. Margarita Lovigné recordaba que no se “[llevaba] esta actividad a la militancia, no”, es decir, la tarea de las cooperativas no se replicó en otros espacios políticos donde participaron otros técnicos. Luego explicó que “era en un momento del país que era para cambiar ideas porque no había qué hacer”. En relación a esta escisión entre política y cooperativa, Carlos Casanova expuso lo siguiente durante la entrevista:

La perspectiva (...) de lucha, resistencia, era como que esto era canalizar un poco la posibilidad de hacer algo, de algún modo, que respondiera a la brutalidad que habían tenido en la villa. Es como tener la posibilidad de hacer algo más concreto y no solo manejarte en la respuesta teórica⁴⁶.

Los miembros de las comunidades de apoyo, con sus diferentes trayectorias y motivaciones, quisieron responder de algún modo a la “brutalidad” de la dictadura. Dentro de las posibilidades de acción, limitadas por el contexto represivo, apareció la autoconstrucción de viviendas. Esta representó una forma *concreta* de intervención en las villas, que ponía en práctica la *teoría*, es decir, la reflexión política. Cabe destacarse que un escenario muy similar fue encontrado y analizado por María del Carmen Feijoo (1983): un barrio popular bonaerense que se organizó para reclamar la tenencia legal de la tierra y un mejoramiento urbano, también, durante la última dictadura militar. Estas similitudes hacen del trabajo de Feijoo (quien incluso lo escribe durante el gobierno de facto) un aporte relevante para nuestro caso de estudio. Allí la autora explica lo siguiente sobre la anterior discusión:

⁴⁵ Meisegeier, José. Testimonio en el Archivo Oral de Memoria Abierta, Buenos Aires, 4 de diciembre de 2004.

⁴⁶ Entrevista a Carlos Casanova y Margarita Lovigné, 26 de mayo de 2016.

Aun con un contexto caracterizado a escala nacional por el repliegue de las organizaciones de los sectores populares, en los intersticios de estas agrupaciones se mantiene un ámbito de socialización alternativa que, si bien en el discurso de sus miembros se define como apolítico, mantiene la práctica de la democracia directa (...). Cerrado el sindicato, prohibidos los partidos políticos, este es el lugar en que se aprende a *participar*: se aprende a hablar en público, se aprende a peticionar a las autoridades, se aprende a controlar a los dirigentes, se aprende que existen espacios públicos, libros de contabilidad, actas de asamblea, etc. – se aprende que los bienes colectivos dependen de la capacidad de controlarlos (Feijoo, 1983:26-27).

De este modo, Feijoo (1983) considera que a las organizaciones barriales como espacios donde se logra mantener viva la actividad política en un contexto represivo. Las memorias sobre la militancia política durante la última dictadura militar se encuentran repletas de controversias y *silencios*. Jelin (2014) explica que recién luego del juicio a las Juntas, en 1985, se comenzó a debatir sobre el activismo de las víctimas del terrorismo de Estado. Principalmente de aquellos “comprometidos en una ‘militancia social’, basada en principios humanistas (a menudo cristianos) de ayuda a los pobres para su mejoramiento”. Siendo el “activismo social” aceptado con mayor facilidad y rapidez que aquel político (Jelin, 2014:151). Contrariamente a la *facilidad en la aceptación del activismo social*, las historias de militancia ligada a organizaciones peronistas o de izquierda siguen siendo más silenciadas y difíciles de acceder. Los testimonios de los entrevistados no son ajenos a estas dinámicas de la memoria. En ellos se traza una línea entre la autoconstrucción como una respuesta concreta, colectiva, solidaria, política y católica; y, de modo separado, la militancia.

1.6 Los objetivos sociales y necesidades de la metodología de Esfuerzo Propio y Ayuda Mutua (EPAM)

Las cooperativas de autoconstrucción tuvieron como objetivo la edificación de barrios en distintas localidades del Conurbano Bonaerense, para ello utilizaron los sistemas de Autoconstrucción Asistida y de Esfuerzo Propio y Ayuda Mutua (EPAM). Esto proponía que los usuarios construyeran sus propias viviendas a través de su mano de obra y orientados por técnicos profesionales. A la vez, implicaba que todos los integrantes

trabajaran colectivamente en la edificación de todas las viviendas, en lugar de hacerlo únicamente para la suya.

Tomando la definición de la Fundación Vivienda en Comunidad (FVC), en tanto esta reunió a muchos de los técnicos que integraron las cooperativas de autoconstrucción, se entiende a la Ayuda Mutua como “el sistema por el cual los titulares, integrando grupos de trabajo, ejecutan tareas constructivas en forma colaborativa hasta que las casas se encuentran listas para ser sorteadas y habitadas” (s/f:2). La palabra “asistida” da cuenta que los equipos profesionales se encargan del “acompañamiento” de los autoconstructores y de otros aspectos, como la difusión, registro de los grupos, capacitación, diseño de las viviendas, dirección de obra, entre otros. El Esfuerzo Propio es la tarea que se hace individualmente para la autoconstrucción de una vivienda. Sin embargo, como expresa la revista Vivienda Popular (perteneciente a SEDECA y dirigida por Meisegeier), Ayuda Mutua y Esfuerzo Propio no suelen aplicarse separadamente como sistema para proyectos de vivienda, habitualmente existen combinaciones de estas dos formas. Si bien los documentos analizados separan ambas etapas y formas de trabajo, los testimonios de los técnicos y autoconstructores no hicieron esa separación. Un análisis más detallado de esto y su relación con la organización colectiva será llevado a cabo en el Capítulo 3, para el caso de Copacabana.

La elección de esta forma de trabajo estuvo determinada por sus potencialidades productivas frente a la escasez de recursos y por una serie de *objetivos sociales*, como los llamó el Equipo Técnico de Vivienda⁴⁷ de la Cooperativa Copacabana: la consolidación del grupo humano y la gesta de nuevos proyectos cooperativos. En nuestro relevamiento del archivo de FVC encontramos una carpeta titulada “San Miguel I” con documentación sobre ese proyecto que hemos utilizado en distintas partes de esta tesis. Allí había textos que parecieran ser minutas de reuniones y donde el equipo técnico volcaba sus ideas sobre la construcción cooperativa. Siguiendo a Portelli (1991 y 2004), muchos documentos no son otra cosa que la transmisión de fuentes orales, donde aflora la subjetividad de las personas que los escriben. Entendemos que los textos que se encuentran dentro de esta carpeta reúnen y sintetizan las charlas entre los protagonistas. De este modo, nos dejan ver sus motivaciones y búsquedas como colectivo.

⁴⁷ Nombre completo con el que se identifica el grupo. Posteriormente utilizaremos “equipo técnico” para referirnos a los profesionales y técnicos que trabajaron y coordinaron las cooperativas.

Entre el material analizado se encuentra un texto de dos hojas titulado “Fundamentación sobre la Ayuda Mutua”, donde se exponen algunos de los objetivos de los técnicos para utilizar ese sistema. Este documento comienza explicando que este sistema ofrece una mayor productividad en los casos de cooperativas con una clara división del trabajo. Primero, porque “cada individuo realiza la actividad en la que está más especializado”. Segundo, porque al poner en común los bienes materiales e intelectuales, “se crean unidades económicas más grandes que permiten operar con mayores volúmenes y obtener en esta forma economías de escala. Además, permite utilizar en el proceso productivo nuevos métodos y tecnologías que, de forma individual, no son rentables y/o accesibles”. El texto luego se dedica a los aspectos “sociales” del sistema de trabajo, donde explica lo siguiente:

La Ayuda Mutua fomenta la solidaridad y la cooperación entre los seres humanos, produce un efecto positivo en la seguridad personal de los individuos, tiene efectos sobre la comunicación social, etc. También cumple la función de conseguir la superación de las familias modestas en la consecución del hogar propio enriquecido con toda su significación material y espiritual.⁴⁸

Lo anterior no sucede de modo espontáneo, sino que se logra como consecuencia de la acción consciente de los autoconstructores y de los técnicos. Estos últimos, de acuerdo a este sistema de trabajo, aparte de su rol coordinando la obra urbana y arquitectónica, deben cumplir una serie de objetivos vinculados a la organización social del grupo en su totalidad. Esto aparece redactado bajo el subtítulo “Objetivos del trabajo social en un plan de ayuda mutua”, donde se expresa lo que buscan lograr los técnicos con este sistema, en paralelo a la construcción de las viviendas:

- 1) Promover y fortalecer la organización de los grupos, ya que a través de los individuos pueden coordinar sus esfuerzos para solucionar sus problemas comunes.
- 2) Promover la participación de los individuos y grupos mediante su incorporación organizada y consciente en el plano de las decisiones y en la acción.
- 3) Promover la capacitación de individuos o grupos, proporcionando elementos teóricos y técnicos necesarios para que aumenten su eficacia y autonomía en el futuro, sin necesidad de ayuda externa o con la menor dependencia de ella.⁴⁹

⁴⁸ *Fundamentación sobre la Ayuda Mutua*, ubicado en carpetas del Archivo de FVC.

⁴⁹ *Fundamentación sobre la Ayuda Mutua*, ubicado en carpetas del Archivo de FVC.

El documento nos propone dos ejes de principales del EPAM: el productivo y el social. Estas lecturas, donde se acentúa la autonomía, la organización colectiva y la formación de las personas, no eran exclusivas de este equipo, sino que formaban parte de un pensamiento compartido por todas las organizaciones que rodearon a las cooperativas⁵⁰. Por ejemplo, desde el Centro Experimental de la Vivienda Económica (CEVE) de la provincia de Córdoba, consideraban lo siguiente sobre estos programas de autoconstrucción:

La construcción de la vivienda por esfuerzo propio (autoconstrucción) permite a los individuos ejercitar su capacidad de hacer, participando a la vez, activamente, en la satisfacción de una necesidad sentida (...) les es posible descubrirse como hombres capaces, logrando una autoafirmación y un positivo reconocimiento de sus propios valores (Rivarola y Ferrero, 1984:110).

Nos parece relevante el aporte del CEVE sobre la cuestión, en tanto a ellos recurrió el Equipo Técnico de Copacabana al momento de decidir la forma en la que se organizarían para la construcción de su barrio, al igual que otras cooperativas. Las interpretaciones del equipo técnico sobre la dimensión productiva y social del EPAM también tuvieron una gran influencia de sus lecturas de la obra de la Fundación Salvadoreña de Desarrollo y Vivienda Mínima (FUNDASAL). Susana Murphy, Margarita Lovigné y Carlos Casanova recuerdan que las ideas de organización colectiva que motivaron su trabajo fueron tomadas de ellos. Murphy, durante nuestra entrevista, recordó haber leído uno de sus manuales donde aparecía la siguiente consigna dedicada al tema: “pongo un ladrillo y voy construyendo comunidad, a medida que se construye la pared se construye la comunidad”⁵¹. Esta cita, donde los ladrillos se unen para formar algo más grande, tarea que lleva tiempo y se realiza paso a paso, sirve de metáfora para entender cómo se entrelazan los objetivos sociales del proyecto y del EPAM, con aquellos productivos: promover la organización y autonomía colectiva en simultáneo a la construcción eficaz de las viviendas.

Este aspecto del EPAM demuestra cómo debería ser el barrio, tanto en su construcción física como social, es decir, el *espacio concebido* (Lefebvre, 2013). Anteriormente

⁵⁰ Las dimensiones sociales y materiales del sistema EPAM que proponían las distintas organizaciones dedicadas al hábitat popular en América Latina serán analizadas para nuestra tesis de doctorado.

⁵¹ Entrevista a Susana Murphy, 15 de octubre de 2014. Entendemos que ese manual era el libro *Hilo Conductor del Trabajo Social que Realiza la Fundación Salvadoreña de Desarrollo y Vivienda Mínima* (FUNDASAL, 1980).

explicamos que este concepto refiere al espacio producido desde los saberes técnicos y racionales. También que, mediante su accionar, busca controlar el espacio, motivo por el cual aparece asociado a las instituciones dominantes como el Estado. Pero este espacio no pertenece únicamente a estos actores, sino a cualquier actor social que busque producirlo a través de saberes expertos, científicos y técnicos. En este sentido, entendemos que los proyectos de los barrios diseñados por los equipos técnicos y comunidades de apoyo, unen las nociones de *terrenos de resistencia* (Routledge, 1993) y *espacios concebido*. Como explica Lefebvre (2013) los *espacios vividos, concebidos y percibidos* están en continua interacción definiendo y transformado el espacio urbano, el límite entre ellos no es estático ni cerrado. Por este motivo, siguiendo al citado autor, entendemos que los barrios pueden leerse, en simultáneo, como espacio vivido (de resistencia, de pasiones, de nuevas posibilidades, cargado de valores como la solidaridad y la fe católica) y concebido (proyectado por técnicos para construirse y habitarse de una forma determinada).

Queda claro, de acuerdo a los documentos relevados en FVC y SEDECA, que el barrio autoconstruido debería funcionar, según los técnicos, como una *comunidad autónoma, solidaria*, donde las *familias* pudieran *crecer material y espiritualmente*, lo cual remite al *espacio concebido*, según Lefebvre. El espacio, en tanto construcción inacabada, va a presentar siempre tensiones y disputas entre los *espacios concebidos* (por los técnicos), *vividos y percibidos* (por los autoconstructores y futuros vecinos).

Más allá de la clara intención de consolidar una comunidad, los técnicos recurrieron al EPAM porque, según sus opiniones, no encontraron otra opción. Como nos explicó Susana Murphy: “Nosotros trabajamos con ayuda mutua como una necesidad porque no se podía pagar para nada, empresa [constructora] ni nada por el estilo”⁵². Algo similar encontramos en los manuscritos del Equipo Técnico analizados anteriormente, donde la Ayuda Mutua aparece como una forma de nuclear bienes materiales y esfuerzo físico para poder construir algo mayor de lo que uno podría hacer sólo. Allí se propone a ese sistema como una alternativa para superar limitaciones productivas en los sectores socioeconómicos más bajos, aunque omitiendo la idea de último recurso.

Cabe aclarar que el sistema EPAM estaba muy difundido y siendo extendida su utilización en América Latina. Durante los años sesenta fue impulsado por organismos internacionales, como el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) y la Fundación

⁵² Entrevista a Susana Murphy, 15 de octubre de 2014.

Panamericana de Desarrollo, siguiendo las ideas de la Alianza para el Progreso⁵³. En ese marco, a partir 1963, el Instituto de la Vivienda de la Provincia de Buenos Aires había intentado comenzar a implementar programas de viviendas con el sistema de Asistencia Técnica, Esfuerzo Propio y Ayuda Mutua (ATEPAM). Este programa finalmente no se pudo concretar debido a problemas organizativos vinculados a los tiempos y recursos de obra, así como a críticas vinculadas a cuestiones políticas (Barrios, 2014).

De igual forma, desde las Naciones Unidas se proponía que el EPAM debía servir para el “desarrollo de la comunidad”. Por ejemplo, en el XX Informe de Comité Administrativo de Coordinación al Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas, del 18 de octubre de 1956, se destacaban dos elementos para el desarrollo de proyectos habitacionales a través de EPAM: “la participación de la población misma en los esfuerzos para mejorar su nivel de vida, dependiendo todo lo posible de su propia iniciativa; y el suministro de servicios técnicos y de otro carácter en formas que estimulen la iniciativa, el esfuerzo propio y la ayuda mutua” (Buitron, 1962:10). Muchos de estos materiales escritos se hallaron en la biblioteca del Padre Meisegeier, que luego constituyó la de FVC. Es decir, eran lecturas presentes para los actores que impulsaron las cooperativas. Entre ellas, por ejemplo, se encontraba el libro titulado *Manual de construcción de viviendas mediante el esfuerzo propio*, redactado en 1964 por el Departamento de Asuntos Económicos y Sociales. Este aspecto también da cuenta que la creación de cooperativas de autoconstrucción gozaba de un consenso bastante extendido en ámbitos diversos.

1.7 Los repertorios de acción colectiva que guiaron a las cooperativas

La construcción de barrios como respuesta a los desalojos, permaneciendo en las villas hasta que estos estuvieran terminados, fue el modo en que las cooperativas pudieron enfrentar las políticas de erradicación de la última dictadura militar. Este accionar estuvo delimitado por las negociaciones que entablaron con la CMV, por las redes de confianza consolidadas en las villas, por las capacidades técnicas y financieras de los grupos y por los *repertorios de acción colectiva* presentes en los integrantes de las cooperativas. Charles Tilly explica que “cada forma de acción colectiva posee una historia que dirige y

⁵³ La Alianza para el Progreso consistió en distintos planes de ayuda económica provenientes de los Estados Unidos para Latinoamérica, con la condición de que esta región realizara cambios legislativos vinculados a la contención de movimientos sociales. Este plan existió entre los años 1961 y 1970, en un contexto donde se intentó detener toda influencia de la Revolución Cubana y el comunismo en América Latina (Barrios, 2014).

transforma usos subsecuentes de esa forma” (2000:14). Por su parte, Sidney Tarrow expresa que “cada grupo tiene una historia -y una memoria- propia de la acción colectiva” (1997:51). Esa historia define acuerdos, antecedentes, prácticas, relaciones sociales y “por estas razones, la acción colectiva cae dentro de repertorios bien definidos y limitados que son particulares a diversos actores, objetos de acción, tiempos, lugares y circunstancias estratégicas” (Tilly, 2000:14).

Buscando la génesis de esta forma asociativa encontramos los lazos previos familiares, barriales y de fe que conjugaron con voluntarios de instituciones religiosas, técnicas y de financiamiento. Del mismo modo, la idea de construir barrios nuevos como respuesta a los desalojos no surgió de forma espontánea, como explica Tarrow, “la gente no puede emplear rutinas de acción colectiva que desconoce; cada sociedad tiene una reserva de formas familiares de acción conocidas tanto por los activistas como por sus oponentes, que se convierten en aspectos habituales de su interacción” (1997:51). Es decir, para crear una cooperativa de autoconstrucción fue necesario recurrir a antiguos *repertorios de acciones colectivas* desplegadas previamente. Tilly (2000:14) tomó ese concepto perteneciente al mundo teatral porque permite evocar tanto a las acciones improvisadas de los actores como a los “libretos históricos”. De este modo, nos ayuda a interpretar los vínculos entre las formas de acción colectiva que las personas han aprendido a lo largo de su historia y aquellas que deben crearse para nuevos escenarios de conflictividad. En este apartado retomamos este concepto con el fin de indagar los “libretos históricos” de los pobladores de las villas, sacerdotes y técnicos para llegar a la creación de cooperativas de autoconstrucción como acción colectiva frente a los desalojos.

Como hemos explicado, la organización de cooperativas de vivienda se inició en la Villa 31, más específicamente en la Capilla Cristo Obrero. Ahora bien, ¿cómo se formó allí la idea de encarar este tipo de acción colectiva? Si bien no existe ningún documento o definición sobre quién propuso crear una cooperativa de autoconstrucción, la figura del padre Meisegeier aparece en un lugar central. La memoria de todos los entrevistados considera a esta persona como *alma mater* de Copacabana. Entonces, la forma que proponemos para abordar el anterior interrogante consistirá en hacer un repaso por aquellos *repertorios* ligados a la autoconstrucción de vivienda presentes en la Capilla Cristo Obrero

y en los círculos de Meisegeier durante el inicio de la cooperativa. Para ello recurriremos a la bibliografía existente, a material de archivo y a los testimonios de los protagonistas⁵⁴.

Al rastrear el origen de Copacabana en la Capilla Cristo Obrero, encontramos que previamente a las tareas de autoconstrucción ya se encontraba en funcionamiento allí una cooperativa de trabajo dedicada al hilado y tejido de lana. Allí participaban tanto el sacerdote como voluntarios, referentes barriales y socios que luego se sumarían a la edificación de viviendas⁵⁵. Cabe aclararse que el paso de la lana a las viviendas no fue lineal o sencillo, sino muy dificultoso y signado por la mencionada desconfianza en la cooperativa de autoconstrucción debido a las estafas ocurridas en relación un posible acceso a la vivienda o al suelo.

En cuanto a la forma de trabajo elegida, autoconstrucción mediante EPAM, las cooperativas tomaron como referente al CEVE, ubicado en la provincia de Córdoba, para el desarrollo de sus proyectos⁵⁶. En una entrevista realizada a Aurelio Ferrero, arquitecto del CEVE, nos explicó que dicha institución surgió en la Universidad Católica de Córdoba, vinculada a los jesuitas, motivo por el cual creía que el padre Meisegeier estaba al tanto de su trabajo. Nosotros, en nuestro análisis del archivo personal del sacerdote del SEDECA, hemos encontrado correspondencia suya con Horacio Berretta, donde se demuestra un vínculo de gran afecto. También en la biblioteca del sacerdote, ubicada en FVC, encontramos numerosas publicaciones del CEVE sobre autoconstrucción, EPAM y sistemas constructivos. Ferrero, así como los arquitectos Casanova y Lovigné, recordaron que Berretta también era amigo del arquitecto Radrizzani, miembro del Equipo Técnico de Copacabana⁵⁷. Estos hechos, sumados a que para 1978 el CEVE contaba con un gran prestigio y era sumamente conocido en el mundo de la arquitectura dedicada a las problemáticas habitacionales, llevaron a que los profesionales nucleados en la Capilla Cristo Obrero recurrieran a ese centro para conocer nuevas metodologías de autoconstrucción. El CEVE era reconocido como lectura obligatoria y como una gran ayuda por parte de los integrantes de la Cooperativa Madre del Pueblo a quienes hemos

⁵⁴ Lamentablemente, al momento de iniciarse esta investigación ya había fallecido el padre Meisegeier y no podemos contar con su testimonio.

⁵⁵ Este grupo había sido destacado por Vernazza (1989) como una pieza fundamental de la puesta en marcha de las cooperativas en todas las villas.

⁵⁶ Este centro fue creado en 1967 por el arquitecto Horacio Berretta, como un instituto de investigación, experimentación y transferencia, dentro de la Facultad de Arquitectura de la Universidad Católica de Córdoba. A partir de 1974 comenzó a formar parte del CONICET y desde 1977 pasó a ser una unidad regulada por la Asociación de la Vivienda Económica (AVE), creada en 1973.

⁵⁷ Entrevista a Aurelio Ferrero, 30 de agosto de 2016, y entrevista a Carlos Casanova y Margarita Lovigné, 26 de mayo de 2016.

entrevistado. Más adelante analizaremos en profundidad el diálogo entre el CEVE y Copacabana para la construcción del barrio La Asunción.

Para la formación y el desarrollo del trabajo de las cooperativas también fue fundamental el conocimiento de otras organizaciones internacionales de autoconstrucción de vivienda. Estas sirvieron de guía a los técnicos para la organización de los grupos de trabajo y, principalmente, fueron una base para la discusión sobre las dimensiones políticas, sociales, económicas de la autoconstrucción de la vivienda popular. Entre las más destacadas por los entrevistados se encontraba FUNDASAL, creada en 1968, en El Salvador, por el sacerdote jesuita Antonio Fernández Ibáñez⁵⁸. El padre Meisegeier visitó sus proyectos habitacionales, al igual que la arquitecta Susana Murphy⁵⁹. También FUNDASAL, la cual editó el libro titulado *Hilo Conductor del Trabajo Social que Realiza la Fundación Salvadoreña de Desarrollo y Vivienda Mínima* (1980), recordado por los arquitectos Margarita Lovigné y Carlos Casanova como una importante guía de autoconstrucción y organización colectiva. En 1981, desde SEDECA se distribuyó ese libro a distintas personas y organizaciones dedicadas a la vivienda popular, entre las que se encontraban las cooperativas⁶⁰.

Otras instituciones recordadas por los técnicos como referentes de su trabajo fueron la Federación Uruguaya de Cooperativas de Vivienda por Ayuda Mutua (FUCVAM), el Bureau of Asian Affairs, creado por el arquitecto y sacerdote jesuita argentino Jorge Anzorena y el Servicio Latinoamericano y Asiático de Vivienda Popular (SELAVIP), creado en Chile por el sacerdote jesuita Josse Van Der Rest. Todas estas instituciones se encontraban en funcionamiento previamente a la creación de la Copacabana y mantuvieron un diálogo con todas las cooperativas villeras durante la construcción de los barrios.

Todas las instituciones citadas y sus formas de trabajo y organización colectiva conformaron el libreto del Padre Meisegeier y de los técnicos. Esto, sin embargo, no significó que se repitieron las mismas acciones. Siguiendo a Virginia Manzano, las acciones pasadas son retomadas y transformadas de acuerdo a las nuevas necesidades de los colectivos:

⁵⁸ Al día de hoy FUNDASAL ha realizado más de 300 proyectos de vivienda popular, dando una respuesta habitacional a aproximadamente 50.000 familias (fundasal.org.sv).

⁵⁹ La Arq. Murphy visitó las obras de FUNDASAL en 1979, mientras el barrio La Asunción ya se encontraba en proceso (Entrevista a Susana Murphy, 15 de octubre de 2014).

⁶⁰ Boletín del Secretariado de Enlace de Grupos y Cooperativas de Vivienda por Autoconstrucción Asistida. N°2, 30 de marzo de 1981.

[las] performances de acción colectiva se encuentran sedimentadas en memorias orales y escritas de las asociaciones comunitarias que se reactualizan en contextos similares y variados a partir de la práctica de dirigentes y activistas formados en la tradición de trabajo comunitario (...). A partir de las políticas estatales vigentes, se reconstruyen las performances de acción colectiva (Manzano, 2004:161).

En relación a esto, Susana Murphy, arquitecta de la Cooperativa Copacabana, al hablar de la estrategia tomada, los repertorios con los que contaban y sus limitaciones, nos explicó lo siguiente:

Eso nunca, nadie [*pensó*] que el camino era la radicación y no la erradicación. Y no sé si nos hubiéramos animado a actuar. Después actuamos con las radicaciones, pero en la etapa democrática. Ahí era que te bajaban. Yo creo que ahí había un límite, pero además había un límite intelectual y un límite de conocimiento técnico. Por ahí, ahora uno lo puede adornar y decir: ‘no, porque teníamos el límite de lo que pasaba’. No. En ese momento la única solución que había era la autoconstrucción. En ningún lado se estaba haciendo. Los de FUCVAM de Uruguay, que eran los que más sabían de cooperativa y de todo: se compraba el terreno y se construía en otro lado. FUNDASAL en El Salvador, tampoco construían en el mismo lugar. Eso viene un poco después⁶¹.

Este testimonio, aparte de reconocer la violencia del gobierno militar y las limitaciones que les imponía, incluye las propias del grupo. Esto nos presenta una faceta de las cooperativas que se corre del heroísmo, para mostrarnos a un grupo de técnicos, muchos recién egresados o estudiantes, sin experiencia previa en proyectos de hábitat popular. Del mismo modo, da cuenta que dentro de los repertorios con los que contaban en ese entonces, se planteaba imposible llevar adelante acciones firmes contra la erradicación. Del mismo modo que muchos vecinos de las villas conocieron el oficio de la construcción en la obra de sus viviendas, los técnicos aprendieron sobre vivienda popular al hacer los barrios. Nos parece sumamente importante el rechazo de la entrevistada a “adornar” (como ella expresó) el pasado de la cooperativa, evitando una memoria lineal anclada únicamente en la resistencia y la construcción colectiva de vivienda popular. Esto también da cuenta que las cooperativas definieron, en simultáneo, su organización colectiva y sus capacidades técnicas.

⁶¹ Entrevista a Susana Murphy, 15 de octubre de 2014.

Las cooperativas de autoconstrucción estuvieron condicionadas, por un lado, mediante aquellos repertorios que formaban parte de la *herencia organizativa* (Schuster, 2006) del padre Meisegeier y su grupo. Por otro lado, gracias a las distintas performances de acción colectiva surgidas de las redes de cada cooperativa y a la incorporación de nuevos actores. Como hemos explicado, existió una fuerte presencia las instituciones católicas las cuales serán analizadas para nuestra tesis de doctorado. Consideramos que esta vinculación fue posible gracias a las *trayectorias asociativas* (Manzano, 2004) compartidas entre todas estas organizaciones.

Como digresión, pero para marcar un contrapunto deseamos señalar que existieron diferentes experiencias organizacionales entre las cooperativas. De este modo, un caso que debe destacarse es el de la Cooperativa 5 de noviembre, de la Villa 20 de Lugano, en tanto se trata de la única que no fue impulsada por el Equipo Pastoral (Bellardi y de Paula, 1986). Varios de sus integrantes tenían experiencia en la actividad sindical portuaria y metalúrgica (Cuenya, Pastrana y Yujnovsky, 1984). A la vez, su presidente había sido dirigente portuario y su secretario había militado en una agrupación peronista⁶². También, en 1964 la Villa 20 ya había tenido una experiencia de trabajo cooperativo para el mejoramiento de las viviendas (Bellardi y de Paula, 1986). En una entrevista realizada al arquitecto Eduardo Suriani, perteneciente a esta cooperativa, nos mencionó que los vecinos recurrieron a libros sobre los llamados “pueblos jóvenes”, donde se explicaba cómo llevar a cabo la autoconstrucción de vivienda dentro de una organización cooperativa⁶³. Los dirigentes villeros de Lugano, al momento de organizar el nuevo barrio también conocían la experiencia de relocalización de la Villa 7⁶⁴ (Cuenya, Pastrana y Yujnovsky, 1984). Esta cooperativa fue la única que obtuvo financiamiento y mantuvo un vínculo directo con la CMV. Al mismo tiempo, rechazó todo tipo de ayuda financiera por parte de las instituciones católicas.

Para abordar los repertorios de acción colectiva de las cooperativas de autoconstrucción debimos recurrir a diferentes fuentes: entrevistas a técnicos, documentación perteneciente a archivos especializados y la bibliografía disponible. Como explica Carnovale:

⁶² Entrevista a Eduardo Suriani, 18 de febrero de 2014.

⁶³ Con el nombre de *pueblos jóvenes* son identificados comúnmente los asentamientos informales en Perú. Entrevista a Eduardo Suriani, 18 de febrero de 2014.

⁶⁴ El Plan Piloto de Realojamiento de la Villa 7, consistió en la construcción de un conjunto habitacional, al lado de la villa, donde reubicar a su población. Este proyecto se llevó a cabo entre 1971 y 1975, mediante un sistema participativo entre los vecinos de ese barrio y un equipo de la CMV (Barrios, 2015).

A veces, contamos con un conjunto de relatos que, evidenciando o no opiniones distintas sobre un mismo acontecimiento, coinciden en los datos que aportan para su reconstrucción. Otras veces, es precisamente la disparidad de perspectivas de los testificantes lo que nos permite –como cuando reunimos las piezas de un rompecabezas– acercarnos al acontecimiento, reconstruirlo en sus múltiples manifestaciones. Pero son muchas las veces que estas circunstancias no se presentan de esta manera y nos encontramos ante datos fragmentarios, testimonios divergentes o contradictorios y con “distorsiones” en el recuerdo (2007:163).

Estas multiplicidades, discrepancias y contradicciones son parte de la historia de la formación de las cooperativas. El caso de la 5 de Noviembre, mediante la diferencia de repertorios que tuvo con la mayoría de las cooperativas y el hecho de que su trabajo fue separado del resto, expone “la excepción que confirma la regla”. Nos demuestra el protagonismo que tuvieron los religiosos y la fe católica dentro de estos grupos, el cual llevó a que se prefirieran los repertorios de instituciones vinculadas a la Iglesia, en lugar de otros, como los optados por los pobladores de Lugano. A su vez, nos permite entender por qué motivo, al momento de armarse redes de acción colectiva, se recurrió a instituciones con las que compartían la misma fe.

Frente al interrogante inicial que motivó este apartado: ¿cómo se llegó a la idea de organizar cooperativas de autoconstrucción? Queda claro que no surgieron espontáneamente como consecuencia de la erradicación, buscando reemplazar la vivienda perdida con una nueva y subsanar el desamparo de los expulsados. Estas continuaron una *herencia organizativa* presente en las villas de Buenos Aires. A su vez, recuperaron repertorios de acción colectiva de distintas organizaciones dedicadas a la vivienda popular, tanto locales como internacionales. Estos se reconfiguraron para el escenario que atravesaba el país, más precisamente sus villas, y transformaron sus *performances* de acuerdo a cada grupo y a cada red. Como explica Tarrow: “La historia de la acción colectiva es la historia de cómo se incorporaron al repertorio convencional formas nuevas y disruptivas de acción colectiva al ser aprendidas, experimentadas, vividas y asimiladas” (1997:194).

1.8 El otro lado de la vía: las redes de trabajo y protección

Aparte de organizarse como equipos de trabajo, recurriendo a referentes y vecinos de las villas, voluntarios y religiosos, las cooperativas debieron crear redes con otras instituciones para la construcción de los barrios. La mayoría de ellas estaban vinculadas a la Iglesia católica y cumplieron las siguientes funciones: financiamiento, apoyo técnico y respaldo político. La mayoría de sus recursos económicos dependieron de las siguientes instituciones católicas: la Parroquia San Martín de Tours, Cáritas Buenos Aires (CBA), Organización Católica de Cooperación y Desarrollo (CEBEMO), de Holanda; Misereor, de Alemania; Maryknoll, de Estados Unidos. También de ese país, pero sin vínculos con la fe católica, se recibieron aportes de la Fundación Interamericana. En cuanto a cuestiones técnicas constructivas y de organización colectiva, las cooperativas se relacionaron con el CEVE, de la provincia de Córdoba, así como con otras organizaciones de distintos lugares del mundo: la Federación Uruguaya de Cooperativas de Vivienda por Ayuda Mutua (FUCVAM), el *Bureau of Asian Affairs*, el Servicio Latinoamericano y Asiático de Vivienda Popular (SELAVIP), de Chile; la Fundación Salvadoreña de Desarrollo y Vivienda Mínima (FUNDASAL), entre otras⁶⁵.

En un contexto de enorme represión a la organización villera, la prohibición de toda actividad política y la persecución a cualquier tipo de expresión contraria al gobierno de facto, las cooperativas no sólo desafiaron a la dictadura, sino que incluso armaron una red nacional e internacional sobre autoconstrucción de vivienda. Podemos entender esta particularidad debido a la presencia de los sacerdotes pertenecientes al Equipo Pastoral, como el padre Meisegeier, dentro de su estructura. Por un lado, previo a la erradicación, muchos de ellos ya tenían contacto con las instituciones antes citadas, con su trabajo y sus protagonistas. Por otro lado, el pertenecer a la Iglesia católica posibilitó a los religiosos desarrollar tareas que para cualquier otro tipo de organización hubiera sido imposible. Si repasamos la lista de instituciones que apoyaron y trabajaron junto a las cooperativas, notamos que la mayoría pertenecen o se relacionan a la Iglesia católica. Podemos interpretar de este hecho que los beneficios y posibilidades de acción que tuvieron los integrantes de estos espacios, se debieron a la presencia de esta institución. El Equipo Pastoral de Villas de Emergencia junto a CBA, fueron los encargados de planear y llevar a cabo las estrategias para evitar los desalojos de los integrantes de las cooperativas. Dentro

⁶⁵ Las discusiones alrededor de la vivienda popular que propusieron estas organizaciones serán estudiadas en nuestra tesis de doctorado.

de la diversidad de actores de las cooperativas, los sacerdotes y las instituciones católicas eran los mejor posicionados y con mayor posibilidad de tener éxito para realizar reclamos a la CMV o a la municipalidad. Como expresamos anteriormente, su pertenencia a la Iglesia les permitía reclamar, e incluso denunciar, con muchos menos riesgos que si lo hicieran los vecinos de las villas o los técnicos voluntarios. Esta condición es la que hizo que ellos pudieran ocupar el rol de portavoces y críticos de las políticas urbanas del gobierno militar⁶⁶. A la vez, su presencia cubrió a las cooperativas de un manto de protección fundamental para llevar a cabo una acción colectiva contraria a la erradicación. En este sentido, su rol puede ser entendido, siguiendo a Tilly, como el de *intermediarios*: “líderes trabajadores, organizadores de sociedades populares y un número importante de campesinos, pero también (...) curas, burgueses y funcionarios forjadores de alianzas. Estos intermediarios a menudo jugaban roles importantes en acciones colectivas populares, especialmente conectando interacciones de grupos separados” (2000:16). Es decir, aparte de ser los principales impulsores y organizadores de las cooperativas, los sacerdotes fueron los *intermediarios* principales en la relación con las instituciones estatales, católicas, de financiamiento, etc.

La prerrogativa de las cooperativas, CBA y la Parroquia San Martín de Tours para actuar sin correr riesgo de ser reprimidas no se debía únicamente a la relación entre Estado e Iglesia. Este proyecto contó con la presencia –entre sus figuras principales– de personas de gran peso político y pertenecientes a la elite porteña, como Eduardo Sánchez Terrero, Saturnino Llorente y Jacques Louis de Montalembert. Durante nuestras entrevistas a Juana Ceballos, de la Comunidad de Apoyo de la Cooperativa Madre del Pueblo, ella recordó especialmente a Eduardo Sánchez Terrero, miembro de la Comisión Directiva de CBA. Ella nos explicó que él era pariente de Juan B. Justo, poseedor de numerosos campos en el interior del país y tenía contacto con las elites económicas porteñas y nacionales, de las que formaba parte. Juana también destacó el respeto que le tenía el Comisario Salvador Lotito, quien lo llamaba “Doctor” cada vez que iban a las oficinas de la CMV a realizar algún reclamo⁶⁷. Asimismo, Ricardo Murtagh, miembro de CBA a quien hemos podido

⁶⁶ Sobre los religiosos argentinos que llevaron a cabo su tarea pastoral guiados por su *opción por los pobres* luego del Concilio Vaticano II, pueden consultarse los trabajos de Touris (2007, 2009, 2012 y 2013) Martín (2010 y 2013), Premat (2010), Diana (2013), Lida (2015), entre otros. También destacamos a Vernazza (1989), Esquivel (2000), Obregón (2005), Mignone (2006), Di Stefano y Zanatta (2009), Verbitsky (2010), Murtagh (2014) y Catoggio (2016); que ofrecen un análisis de estos grupos religiosos en el contexto de la última dictadura militar. Como ya hemos señalado, esto será analizado en profundidad en nuestra tesis de doctorado.

⁶⁷ Entrevista a Juana Ceballos, 13 de septiembre de 2013.

entrevistar, hizo mención sobre la posición de este hombre, explicando que ante cualquier emergencia tenía “línea directa” con Osvaldo Cacciatore o su secretaria. Luego que “él se sentía muy libre de compromisos políticos y no lo tenía miedo a nada”⁶⁸.

La Cooperativa Copacabana, primera en surgir y dar comienzo a esta forma de organización y respuesta a las erradicaciones, obtuvo un fuerte apoyo de la Parroquia San Martín de Tours. Esta institución se encuentra en uno de los barrios más ricos de la Ciudad de Buenos Aires y es, como mencionaba el Padre Meisegeier, “la Iglesia con más guita de la Argentina”⁶⁹. Entre sus feligreses se encontraba Saturnino Llorente, a quien los entrevistados recordaron como uno de los grandes impulsores de la cooperativa y un hombre de gran relevancia social y política: fue presidente del Banco Nación en 1968 y el gobernador de la Provincia de Buenos Aires entre 1969 y 1970 (Dandan, 2011); uno de los fundadores de la Asociación Cristiana de Dirigentes de Empresa y de la Corporación Rural de Emprendimientos Agrícolas. En una entrevista realizada a Raúl Zavalía, integrante del Equipo Técnico de Copacabana, nos explicó que Llorente sumó a la cooperativa al empresario Jacques Louis de Montalembert, uno de los herederos de la Cervecería Quilmes. Este contrató un contador encargado de ordenar las donaciones que se estaban recibiendo para la construcción del barrio La Asunción⁷⁰.

La participación de personas como Sánchez Terrero, Llorente y Montalembert, nos permite complejizar el apoyo que recibieron las cooperativas por parte de las instituciones religiosas. Estas últimas no tenían detrás suyo únicamente a la Iglesia, sino también a sectores de gran poder dentro de la Argentina. Sectores que no corrían riesgo de ser considerados *subversivos* por participar en una organización de la Villa 31, o por criticar abiertamente las políticas de la CMV. Estos actores significaron, para quienes coordinaron las cooperativas, recursos sociales, económicos y políticos cruciales. Como nos expresó Raúl Zavalía, la cooperativa se pudo concretar gracias a la ayuda “del otro lado de la vía”, es decir las anteriores personas ligadas a la Parroquia San Martín de Tours, separada de la Villa 31 por las vías del tren Mitre. Esto representó un aspecto fundamental para el despliegue de la acción colectiva, el cual se conoce como *estructura de oportunidades*: “dimensiones congruentes –aunque no necesariamente formales o permanentes– del entorno político que ofrecen incentivos para que la gente participe en acciones colectivas al

⁶⁸ Entrevista a Ricardo Murtagh, 18 de septiembre de 2014.

⁶⁹ Meisegeier, José. Testimonio en el Archivo Oral de Memoria Abierta, Buenos Aires, 4 de diciembre de 2004.

⁷⁰ Entrevista a Raúl Zavalía, 23 de mayo de 2015.

afectar a sus expectativas de éxito o fracaso. Los teóricos de las oportunidades políticas hacen hincapié en la movilización de recursos externos al grupo” (Tarrow, 1997:155). Esta dimensión de análisis de la acción colectiva permite reconocer las variables que posibilitan o restringen su desarrollo. En el caso de las cooperativas, la presencia de la Iglesia católica y de la elite permitió que el trabajo se realizara sin correr riesgos en un contexto marcado por la violencia estatal. A la vez, la intervención de estos grupos en la autoconstrucción de vivienda permitió acceder a financiamiento que de otro modo hubiera sido insuficiente. Este eje será analizado en profundidad en el siguiente capítulo.

Cabe destacarse que el motivo por el cual la Parroquia San Martín de Tours había entablado semejante vínculo con la Capilla Cristo Obrero se debía, por un lado, a que esta se encontraba bajo la jurisdicción de la primera. Por otro lado, a que el Padre Meisegeier había entablado una relación con su párroco cuando llegó a Saldías en 1968. En ese entonces “Pichi” reclamó ayuda a San Martín de Tours para los fieles de la Villa 31 y consiguió que financien una sala médica con personal del hospital Mater Dei⁷¹. Desde ese momento ambas instituciones compartieron varios proyectos, incluyendo a Copacabana y el apoyo a todas las cooperativas en general.

1.9 Las cooperativas de la Provincia de Buenos Aires

Tarrow (1997:174) explica que “una de las características más notables de la acción colectiva es que expande las oportunidades para los demás (...) que otros pueden copiar o innovar”. En nuestro caso, este proceso es identificable en la replicación de cooperativas de autoconstrucción en otras villas del Gran Buenos Aires que se encontraban atravesadas por desalojos. En ese marco se formaron las siguientes cooperativas y grupos de autoconstrucción: PENCA (Podemos Construir Nuestras Casas Ayudándonos), de San Isidro; CAVE (Cooperativa de Autoconstrucción Vivienda Educativa), de Vicente López; 5 de Septiembre, de Quilmes; 12 de Diciembre, de Lanús; y Santos Vega, de Lomas del Mirador. En algunas de estas cooperativas participaron miembros de otras de la Ciudad de Buenos Aires, como es el caso de Juana Ceballos, que fue parte de Madre del Pueblo y 12 de Diciembre. Asimismo, el Plan San José Obrero, realizado en William Morris, fue

⁷¹ Meisegeier, José. Testimonio en el Archivo Oral de Memoria Abierta, Buenos Aires, 4 de diciembre de 2004.

realizado por la Fundación Vivienda y Comunidad, es decir, el equipo técnico de la Cooperativa Copacabana⁷².

Estos casos nos permiten entender la diferencia entre la presión y violencia de las erradicaciones de villas en la Ciudad y en la Provincia de Buenos Aires. En la primera, la intención fue el desalojo total de la población villera, su desarticulación organizativa y destrucción de sus barrios. Se buscó generar una imagen de ciudad sin pobreza y “ordenada”, entre otros motivos, por la realización del Mundial del fútbol en Argentina de 1978. En el caso del Conurbano Bonaerense, llegamos a encontrar que en algunas localidades se logró evitar la erradicación y proceder a una regularización y mejora barrial.

Retomando el planteo de Manuel Castells sobre la *identidad de resistencia*, el autor propone que un camino posible de la misma es su paso a *identidad proyecto* “cuando los actores sociales, basándose en los materiales culturales de que disponen, construyen una nueva identidad que redefine su posición en la sociedad y, al hacerlo, buscan la transformación de toda la estructura social” (Castells, 2001:30). El recorrido de la *identidad de resistencia* a *proyecto* nos es útil para reconocer el desarrollo de las cooperativas: de ordenarse como colectivo en la Villa 31 al desarrollo de experiencias de autoconstrucción en la Ciudad y la Provincia de Buenos Aires. El salto de resistencia a proyecto no es lineal ni posee un punto de quiebre claro, por el contrario, es un proceso complejo. Este camino inició con Copacabana, incluye 36 experiencias de vivienda popular⁷³, la consolidación de las comunidades de apoyo, la formación de fundaciones y numerosas organizaciones dedicadas al hábitat⁷⁴. Este proceso también demuestra que no existió una única *identidad de resistencia* y *proyecto*, sino diversas. En este sentido, siguiendo a German Pérez y Ana Natalucci: “es en la interacción donde se constituyen las identidades, se fortalecen lazos, acuerdos, modos de acción y confrontación, se formulan y legitiman demandas” (2008:84). Por un lado, las interacciones entre los grupos cooperativos posibilitaron el armado de una red de actores que compartían similares intereses e identidades. Por otro lado, las interacciones propias de cada grupo definieron

⁷² Revista Vivienda Popular N°5, abril 1982. A partir de 1980, también con la ayuda de los grupos técnicos originados en la ciudad, comenzaron a crearse en el Conurbano Bonaerense, cooperativas de vivienda que realizaron proyectos de radicación las mismas villas que iban a erradicarse. Estos fueron un total de diez, distribuidos en distintos barrios: 9 de Julio, Villa Fiorito e Ingeniero Budge, de Lomas de Zamora; Villa Tranquila, de Avellaneda; San José Obrero, El Triángulo, Villa Ilasa y Villa Jardín, de Lanús; Santa María, de Monte Chingolo; y Ex – IAPI, de Quilmes

⁷³ Revista Vivienda Popular N°5, abril de 1982.

⁷⁴ Podemos destacar los casos de Madre del Pueblo, Fundación Vivienda y Comunidad, Secretariado de Enlace de Comunidades Autogestionarias (SEDECA), entre otros.

distintos proyectos que, si bien coincidieron en formas de acción colectiva o espacios organizativos, mantuvieron sus individualidades.

1.10 Las cooperativas según la Comisión Municipal de la Vivienda

Las cooperativas siempre dieron cuenta de su accionar al Estado: a través de los trámites obligatorios que debieron cumplir para la construcción de sus barrios (que detallaremos más adelante), de cartas que los Curas Villeros y CBA enviaron a la CMV, al Intendente Osvaldo Cacciatore y al presidente de facto, Jorge Rafael Videla, explicando el funcionamiento de estos grupos (Vernazza, 1989)⁷⁵. También, indirectamente, a través de notas en periódicos y revistas de la época, donde eran difundidas y solicitaban donaciones para su obra. Sabemos también, mediante el análisis de los documentos relevados y la memoria de nuestros entrevistados, que existieron reuniones y acuerdos entre las cooperativas, CBA y la CMV sobre cómo las primeras llevarían a cabo su trabajo, la protección que tendrían y el apoyo que requerían. Es decir, la acción de las cooperativas era ampliamente conocida por las autoridades militares.

Al día de la fecha no tenemos el testimonio de ningún antiguo funcionario de la CMV que dé cuenta del modo en que esa institución veía a las cooperativas. Su memoria nos permitiría profundizar sobre los riesgos a los que estas últimas se expusieron, así como entender los márgenes entre los que pudieron moverse. A su vez, existen muy pocos testimonios de Guillermo Del Cioppo, en periódicos de la época, donde refiera a las cooperativas. La mayoría de sus exposiciones públicas sobre las erradicaciones se limitaron a las cantidades y destinos de los desalojados y a asegurar el éxito de su plan urbano. Lo que sí hemos encontrado, es un pequeño fragmento dentro del documento de la CMV (1980) “Villas – Erradicaciones”, el llamado “Libro Azul”, el único donde esa oficina detalla su diseño y estrategia, así como los avances de la erradicación.

Como explicamos anteriormente, el plan de erradicación puede ser leído como *representación de espacio* por parte de la CMV y las autoridades militares. Este espacio se vincula “con las instituciones del poder dominante y con las representaciones normalizadas generadas por una *lógica de visualización* hegemónica (...) ella misma se autoriza como *verdad del espacio*” (Oslender, 2012:200). Este *espacio concebido* desde el Estado

⁷⁵ En nuestro análisis del material de archivo de SEDECA hemos encontrado correspondencia privada del Equipo Pastoral y Aramburu al Intendente Cacciatore, donde le informan de las cooperativas y solicitan el apoyo de la Municipalidad y la CMV.

podemos encontrarlo en las ordenanzas 33.652 y 34.182 y en los documentos oficiales sobre la erradicación como el “Libro Azul”.

Dentro de este último, en la sección titulada “Situación de las familias existentes”, expresan que el 16% de la población villera en ese momento “integra cooperativas de vivienda”. Luego, en un cuadro donde figuran nueve villas de la Ciudad de Buenos Aires, encontramos la columna “inscriptos en cooperativas”. Allí se detalla la cantidad de familias que integran estas organizaciones según barrio y su porcentaje sobre el total al día 30 de junio de 1980. Otra columna titulada “cooperativas”, une cada una de estas organizaciones con su villa de origen. Siguiendo a Elizabeth Jelin: “La multiplicidad de narrativas, desde las burocráticas y periodísticas hasta las internistas y personalizadas recogidas en testimonios (...) permite incorporar la complejidad de niveles (lo ético-político, la acción colectiva, lo personal) en el análisis” (2017:77). De este modo las *narrativas* del “Libro Azul”, pueden ser contrastadas con las *memorias* de los integrantes de las cooperativas, la documentación de las mismas y también con la bibliografía sobre el tema. Reproducimos a continuación el cuadro de la citada publicación, la que seguidamente analizaremos:

Cuadro N°2: Cantidad de familias inscriptas en las cooperativas de cada villa de la Ciudad de Buenos Aires hacia el treinta de julio de 1980

VILLA	FAMILIAS EXISTENTES	FAMILIAS INSCRIPTAS EN COOPERATIVAS	COOPERATIVAS
11-14	494	115	CARITAS { MERLO SAN JUSTO
3	204	11	MADRE DEL PUEBLO CILDAÑEZ DE VIVIENDA LTDA. COPACABANA
20	804	325	5 DE NOVIEMBRE 18 DE FEBRERO
6	436	155	CILDAÑEZ DE VIVIENDA LTDA.

31	168	66	ASOCIACIÓN DE RESIDENTES JUJEÑOS
			CARITAS { SAN MIGUEL JOSÉ C. PAZ
19	333	62	FUNDACION MOGLIA DE VIVIENDA Y CONSUMO “LIBERTAD LTDA.”
15	1365	31	DE VIVIENDA Y CONSUMO “LIBERTAD LTDA.”
17	102	17	FUNDACION MOGLIA
21- 24	1243	58	CAACUPÉ

Fuente: CMV (1980).

Este cuadro nos permite ver el modo en el que la CMV organizaba sus datos sobre la población villera, nos ofrece también la cantidad de habitantes que tenía cada villa relevada hacia 1980. Debemos tener en cuenta que para ese año ya regía la medida de “no innovar” conseguida por la Comisión de Demandantes que permitió a muchos vecinos permanecer en sus viviendas. Finalmente, nos permite reconocer cuántas familias estaban registradas en cooperativas y en cuáles. Es así que encontramos que de las 5.149 familias censadas en las villas por la CMV, 840 se encontraban en cooperativas, es decir, el 16,3%. De estas, aquella con mayor porcentaje de inscriptos era la Villa 20 con 40,40% (325 familias) y aquella con menor porcentaje era la Villa 15 con 2,27% (31 familias).

Podemos observar que en la fila referida a la Villa 31 aparecen “Asociación de Residentes Jujeños” y “Caritas”. Sobre la primera, nunca hemos encontrado información ni mención alguna en la bibliografía, en documentos o la memoria de las personas que hemos entrevistado. A la vez, no se hace referencia a Copacabana, sino directamente a “Cáritas”, destacándose el rol central de esta institución como *intermediaria* (Tilly, 2000) frente a la CMV, al igual que sucede en relación a la Villa 11-14, donde se encontraba la Cooperativa Madre del Pueblo (también con fuerte vinculación a CBA).

Extrañamente, Copacabana y Madre del Pueblo aparecen juntas en la Villa 3 (ubicada en el barrio de Flores, rodeada por la Avenida Mariano Acosta, Velázquez, Lacarra, Plumerillo y Lafuente), la cual no es mencionada en ninguna de la documentación relevada ni en la bibliografía especializada. Los errores presentes en el cuadro anterior nos permiten interpretar que la CMV no estaba realizando un seguimiento puntilloso de estas organizaciones. Consideramos que uno de los aspectos más relevantes de este documento no es la prueba de que conocían a las cooperativas, sino que las consideraban como parte del cauce que estaba tomando el Plan de Erradicación. Hacia el final del “Libro Azul” se expresa lo siguiente:

En síntesis y después de este análisis puede concluirse que hasta el presente se han concretado las etapas de realización previstas y para lo que resta de esta gestión, con la puesta en marcha de nuevas alternativas de la Operación Créditos (familias sin terreno, Cooperativas), y la consideración de los casos límites, seguramente ha de imprimirse un ritmo que permite cumplir con el objetivo final de la erradicación total de las villas de emergencia de Capital Federal (CMV, 1980:109).

Comprendemos de la anterior cita que, desde la CMV, incluían a las cooperativas dentro de la “Operación Créditos”. Esto se relaciona con el hecho de que las cooperativas reclamaban el cumplimiento del decreto 34.182, Artículo 1, Incisos A y B, donde se establecía que el organismo municipal de vivienda entregaría subsidios para la compra de lotes y mejoras habitacionales fuera de la villa. De todas las 36.439 familias erradicadas entre 1976 y 1980, solamente 106 pudieron acceder a un crédito estatal directo (Oszlak, 1991). Sabemos que el dinero que recibieron las cooperativas (y sólo algunas) bajo esta operatoria fue escaso y que estas nunca formaron parte de una operación de esa oficina. Sin embargo, lo que nos interesa aquí es la forma en que el Estado, a través de la CMV, consideraba a las cooperativas: aparecen como actores conocidos, en diálogo con sus propias políticas y aceptadas por las mismas autoridades. Como explicamos antes, si bien consideraban que desaceleraban la erradicación, no la detenían y aportaban a su imagen.

El “Libro Azul” nos presenta la aceptación e incluso institucionalización de las cooperativas, enmarcando su accionar dentro de las “reglas de juego” de la CMV. Entendemos que esto fue resultado del diálogo entre los religiosos, CBA y las autoridades militares. Allí se estableció el rol que cumplirían las cooperativas para que pudieran llevar a cabo su trabajo sin ser reprimidos ni desalojados, lo cual implicó una puesta en común de límites entre ambas partes. Para las cooperativas estos límites estuvieron marcados por la

asimetría de fuerzas con el gobierno militar, por sus limitaciones técnicas y financieras y por el gran valor del suelo urbano en la ciudad, que llevó a construir los barrios en el segundo cordón del Conurbano Bonaerense. Estos factores acompañaron, irónica e inevitablemente, las intenciones iniciales de los intendentes Osvaldo Cacciatore y Guillermo Del Cioppo: expulsar a la población villera de su jurisdicción.

Capítulo 2. La organización de la Cooperativa Copacabana de la Villa 31



Imagen 1: Integrantes de la Cooperativa Copacabana, mayo de 1978 (Archivo FVC)

2.1 Introducción

Esta tesis se centra en el caso de la cooperativa de autoconstrucción Copacabana, la primera en formarse y cuyos pasos guiaron a todas las otras, desde la idea misma de construir viviendas como respuesta a los desalojos, hasta la manera de hacerlo. Todas las cooperativas han compartido una forma de accionar frente a los desalojos: la articulación con otras instituciones, las formas de financiamiento, el vínculo con la fe católica y la utilización del sistema EPAM. Sin embargo, cada caso tuvo sus particularidades en cuanto a la forma de ordenarse colectivamente, resolver conflictos y el propio entendimiento de la tarea que estaban realizando.

En este capítulo retomaremos el análisis sobre las cooperativas que hemos realizado en el Capítulo 1, para detenernos en profundidad en el caso de Copacabana. Las particularidades de esta cooperativa nos permitirán acceder a una mirada más íntima y compleja sobre este tipo de organizaciones. Nos interesa aquí reconocer las motivaciones que tenían los

protagonistas detrás de la organización, las contradicciones que enfrentaron y el modo en que ellos mismos entendían su accionar y el de sus compañeros.

Al comienzo de este capítulo buscaremos dar cuenta de cómo se reconfiguraron determinadas experiencias organizativas existentes en la Villa 31 y previas al comienzo de la erradicación, para la formación de Copacabana. También la manera en que los lazos barriales, nacionales, familiares y ligados a la fe católica determinaron la creación de esta cooperativa, sus valores y organización.

Al poco tiempo del inicio de Copacabana, el armado del grupo cambió, reacomodándose según lazos familiares, laborales y de amistad. Esta segunda formación nos permitirá reconocer cómo las redes que llevaron a la organización del grupo en un primer momento, significaron luego su fragmentación. Buscaremos así, dar cuenta de las tensiones entre lo colectivo y lo individual en esta experiencia.

Luego, estudiaremos el modo en que los técnicos del proyecto pensaron el plan La Asunción y las redes que desplegaron para su materialización. Para abordar esto recurriremos a documentación redactada por los mismos técnicos, como el reglamento y el convenio para la autoconstrucción de vivienda, así como a las memorias de los integrantes. También analizaremos el proyecto del barrio Altos de Yapeyú, realizado por el CEVE, en tanto fue tomado por dichos profesionales como un modelo a seguir. Esto implica reconocer los *objetivos sociales* del proyecto urbano y arquitectónico, los cuales dan cuenta que las cooperativas no sólo buscaron construir viviendas, sino *comunidades*.

Finalmente, analizaremos las formas de financiamiento de la obra de Copacabana y los sentidos que esta cooperativa otorgó al dinero proveniente de instituciones católicas, del Estado y de sus mismos socios. Este capítulo, como los anteriores, buscará correrse de una mirada épica sobre la resistencia villera para entenderla con sus aciertos y contradicciones, logros y dificultades.

2.2 La primera formación de la Cooperativa Copacabana

La Cooperativa de Vivienda y Consumo Copacabana Limitada, su nombre completo según su reglamento, no comenzó con la edificación de viviendas, sino con la realización de tejidos de lana, como una “cooperativa de hilado”, como recuerdan los entrevistados. Esta

primera versión se consolidó en julio de 1976 y reunió a un grupo de entre 300 y 400⁷⁶ mujeres de la Villa 31. Esta fue impulsada por el sacerdote de la Capilla Cristo Obrero de la Villa 31, el Padre “Pichi” Meisegeier, voluntarios de la Parroquia San Martín de Tours, como Mariano West, y otros que fueron convocados para sumarse a ese proyecto, como por ejemplo Margarita Lovigné.

La mayoría de las integrantes vivían en el sector llamado Comunicaciones⁷⁷, ubicado hacia el centro de la villa, donde también se encontraba la Capilla Cristo Obrero. Según un censo de agosto de 1974 perteneciente al archivo del padre Meisegeier en SEDECA, en ese sector habitaban 1.313 familias. Esto representaba un poco más del 20% de la totalidad de Villa 31, donde para 1976 vivían 6.001 familias (Oszlak, 1991). Comunicaciones fue recordado como un *barrio boliviano* por muchos de los integrantes de Copacabana que entrevistamos, esto en tanto la mayoría de sus pobladores eran inmigrantes de ese país. Sobre esto, Mariano West recordaba en una entrevista que ese barrio “era lo mismo que La Paz, caminar por esas calles era lo mismo que caminar por La Paz”⁷⁸. Casi todas las mujeres que integraban la cooperativa de hilado eran bolivianas, país en el cual ya habían conocido y practicado ese oficio. Margarita Lovigné, a quien entrevistamos, recordaba del siguiente modo la formación de la cooperativa y el rol del Padre “Pichi”, su tío:

cuando a mí me convoca Pichi el tema es que ya sabía que la gente estaba floja de plata, floja de trabajo y estaban una cantidad de señoras que sabían muchísimo de esto de trabajo artesanal. Entonces bueno, yo, como yo me dediqué muchísimos años a tejer (...) mi tío Pichi me llamó para que fuera a dar una mano de lo que sabía ahí (...) él tenía todas estas mujeres que él sabía que sabían tejer, que sabían hilar a mano (...) cada uno por su lado y para la familia, no es que lo vendieran (...) se aprovechó la capacidad que tenían ellas para generar un trabajo y un trabajo así, a conjunto.⁷⁹

La cooperativa de hilado pudo concretarse también gracias a los vínculos con los que contaba Mariano West, quien trabajaba en una empresa de repuestos de máquinas de coser y conocía el mercado textil. En una entrevista nos explicó que solía ir con un grupo de

⁷⁶ Esta cifra nos fue dada por Mariano West, otros técnicos creen que un máximo de 40 mujeres trabajó en la cooperativa de hilado. Bellardi y de Paula (1986) explicaron que fueron 300 las integrantes. Esta discrepancia da cuenta de las diferentes memorias y registros que existen hoy sobre la acción de la Cooperativa Copacabana.

⁷⁷ En ese contexto, la Villa 31 está organizada en diferentes sectores: Inmigrantes, YPF, Comunicaciones y Güemes (Cravino, 2009).

⁷⁸ Entrevista a Mariano West, 17 de febrero de 2014.

⁷⁹ Entrevista a Carlos Casanova y Margarita Lovigné, 26 de mayo de 2016.

tejedoras a las barracas de Avellaneda, Provincia de Buenos Aires, donde ellas elegían la lana. Esta después era llevada a la Capilla Cristo Obrero, donde se repartía entre las mujeres, quienes la lavaban, secaban e hilaban⁸⁰. Luego, se tejían mantas, pulóveres y ponchos, o se vendía directamente por kilo, en un local ubicado dentro de la Parroquia San Martín de Tours, cedido por su responsable, el padre Paramio. Allí trabajaban dos voluntarias, María y Teresa Llorente, hijas de Saturnino Llorente, quienes se encargaban de la venta de los tejidos y recibían pedidos de los clientes. Los días lunes se reunían los integrantes de la cooperativa en la Capilla Cristo Obrero donde se repasaban las tareas y organizaba la producción de la semana. Margarita Lovigné recuerda que “ahí iba gente, hacían encargues, pedidos, nos dejaban los talles, las medidas de lo que necesitaba y los lunes nos encontrábamos con la tejedora y planificábamos lo que iban a tejer y a la semana siguiente traían el trabajo y se llevaba a la parroquia a vender”⁸¹.

El paso del hilado a la autoconstrucción sucedió al año de su inicio, hacia julio de 1977, cuando la erradicación cobró una mayor fuerza y se mostraba imparable. Mariano West recuerda que “las mujeres decían: ‘no podemos seguir trabajando en el hilado porque nos tenemos que ir, nos dan 20 días de plazo’. Una cosa salvaje. La única preocupación pasaba a ser dónde consigo un lote, dónde voy”⁸². La cooperativa dejó las tareas textiles para dedicarse a la mayor problemática que tenían entonces sus integrantes: el desamparo producido por los desalojos. En relación a esto, durante nuestras entrevistas, la mayoría de los técnicos consideraron que el padre José “Pichi” Meisegeier fue quien propuso la transformación de la cooperativa de hilado en autoconstrucción. Luego, los entrevistados indicaron a Saturnino Llorente, de la Parroquia San Martín de Tours, como un actor central de su consolidación. Muchos autoconstructores recordaron a Mariano West como la figura principal, otros a la arquitecta Margarita Lovigné, otros a Don Osvaldo Ramos, referente de la Villa 31 y miembro de la cooperativa. Este último, por su parte, describió a Adelina Gonnet (perteneciente al Centro Evangélico de Acción Social) como “quien nos alentó a unirnos para construir nuestras casas mediante el esfuerzo de nuestras manos”⁸³. Salvo el caso de Gonnet, los autoconstructores entrevistados mencionaron, en mayor o menor medida, a todos los técnicos y referentes mencionados. En algunos casos, durante las entrevistas hicieron el intento de sumar más nombres, buscando listar a todos los

⁸⁰ Entrevista a Mariano West, 17 de febrero de 2014.

⁸¹ Entrevista a Carlos Casanova y Margarita Lovigné, 26 de mayo de 2016.

⁸² Entrevista a Mariano West, 17 de febrero de 2014.

⁸³ Discurso inaugural de las viviendas del Barrio La Asunción leído por Osvaldo Ramos el 9 de julio de 1980 (Archivo de la Fundación Vivienda y Comunidad).

voluntarios. No es nuestra intención descifrar quién o quiénes realmente idearon el proyecto de armar una cooperativa de autoconstrucción como respuesta a los desalojos, sino dar cuenta de los actores que motivaron y posibilitaron la creación de la primera de las cooperativas. En este caso, notamos cómo referentes barriales, técnicos voluntarios, un miembro de Equipo Pastoral de Villas y personas ligadas a instituciones religiosas, aparecen como figuras centrales en el armado de esta forma de resistencia a las políticas de erradicación.

Para la organización de esta nueva forma cooperativa se necesitó ampliar la cantidad de integrantes y, principalmente –según recuerdan muchos entrevistados–, incorporar varones. Su mano de obra era considerada fundamental para las futuras tareas de construcción. El punto de partida fue invitar a los familiares y parejas de las mujeres integrantes del grupo de hilado. Este punto será discutido en reiteradas oportunidades en esta tesis buscando dar cuenta de las desigualdades de género presentes durante la autoconstrucción.

A pesar de haberse invitado a personas del círculo íntimo de las integrantes de la cooperativa, el resultado inicial fue negativo. La gran mayoría de las integrantes del grupo de hilado prefirieron buscar soluciones individuales. Según las memorias de varios entrevistados, sólo entre tres y cinco mujeres de la cooperativa de hilado permanecieron en la nueva etapa, número que resultaba demasiado pequeño para la edificación de un barrio. Por ese motivo, el Padre “Pichi” Meisegeier junto a Osvaldo Ramos, referente del sector Comunicaciones, y su esposa Rosa Camacho, una de las fundadoras de la cooperativa de hilado, se dedicaron a convocar a otros vecinos del sector, sus familiares, amigos y otras familias vinculadas a la capilla.

La convocatoria resultó sumamente difícil en tanto la propuesta de crear una cooperativa de autoconstrucción era vista con desconfianza. Como explicamos en el Capítulo 1, esto se debía a que habían ocurrido numerosos casos de estafas mediante supuestas compras de viviendas y lotes en el Conurbano Bonaerense. Esto llevó a que sus principales organizadores debieran realizar una extensa promoción hasta lograr conseguir las cincuenta y dos familias integrantes. Según diversos testimonios, esta pudo finalmente superarse gracias a la presencia del padre José “Pichi” Meisegeier y de técnicos que llevaban años trabajando en la villa. También porque la cooperativa fue impulsada por antiguos referentes barriales, como Osvaldo Ramos, lo cual significaba una garantía para todos los integrantes. Daniel, integrante de la cooperativa que pudimos entrevistar, recuerda así a Ramos y su tarea:

Un día llama a todos ahí a la Iglesia en Comunicaciones (...) y me dice: ‘Mirá loco es la oportunidad de tener una casa, yo no te quiero mentir’. Y bueno, fui a un par de reuniones y ahí entendí más o menos, y ahí me enganché. Pero el organizador de todo fue él, porque él trajo, consiguió todas las cosas (...). Todos iban a preguntarle qué hay que hacer y qué hay que hacer, cómo lo manejamos, cuando había algún problema él iba y hablaba viste, un tipo muy inteligente.⁸⁴

Eva Murillo, también vecina de La Asunción, destacó su absoluta confianza en Ramos, a quien consideraba como un hermano: “¡Él sabía tantas cosas! Era un hombre muy inteligente”⁸⁵. Delia Andrade, por su parte, lo recuerda como “un hombre muy inquieto, muy trabajador” y reconoce su trabajo en la convocatoria y formación del equipo de trabajo: “Ramos iba casa por casa a decirnos que se estaba armando una cooperativa y necesitaban 50 (...) nos invitó”. En relación a la desconfianza inicial y a su superación, ella también destaca la labor del padre “Pichi” Meisegeier: “costó mucho, no se anotaba la gente, el Padre “Pichi” la remó pero muchísimo (...) nunca llegábamos a los 50 socios, nadie creía”⁸⁶. De acuerdo al libro de la CMV (1980) *Villas – Erradicaciones*, conocido como “Libro Azul”, hacia 1980 la Villa 31 reunía un total de 168 familias, de las cuales 66 se encontraban inscriptas en Copacabana. Este número incluía también a los integrantes del segundo plan de viviendas, en José C. Paz. Cabe destacarse cómo, dos años y medio después de la creación de Copacabana, casi el 40% de los habitantes que permanecían en la Villa 31 formaban parte de la cooperativa. Esto da cuenta de la magnitud del desalojo de esa villa, que pasó de una población de 25.852 en 1978 a 756 personas en 1980 (Cravino, 2009), y de la protección que el grupo cooperativo tuvo.

2.2.1 El barrio, la fe y la nacionalidad boliviana

Como explicamos en el Capítulo 1, la formación de las cooperativas de autoconstrucción requirió de la movilización de una *herencia organizativa* compleja, de repensar repertorios de acción colectiva y de antiguas redes de confianza. En esta oportunidad nos dedicaremos específicamente a aquellos que llevaron al surgimiento de Copacabana. Por un lado, reflexionaremos acerca de las experiencias de trabajo colectivo compartido entre los integrantes de la cooperativa mientras vivían en la Villa 31. Por el otro lado, analizaremos

⁸⁴ Entrevista a D, 12 de mayo de 2015. El entrevistado prefirió que no se mencionara su nombre.

⁸⁵ Entrevista a Eva Murillo, 18 de diciembre de 2014.

⁸⁶ Entrevista a Delia Andrade y Juan Alberto Murillo, 2 de diciembre de 2014.

determinados factores que, creemos, determinaron la creación de lazos de confianza en ese grupo: el barrio, la nacionalidad boliviana y la fe católica.

Recientemente hemos analizado el desarrollo de la cooperativa de hilado, que si bien fue el germen del siguiente proyecto, perdió a casi todas sus integrantes. Es decir, tuvo una relevancia significativamente mayor como antecedente de acción colectiva (y específicamente cooperativa) para quienes se encontraban impulsando la organización, ciertos técnicos y referentes, que para la mayoría de los autoconstructores. Casi todos los técnicos tenían alguna experiencia de trabajo colectivo y en el ámbito de las villas, ligado a la fe católica: el apoyo escolar, el jardín de infantes y el dispensario de la Capilla Cristo Obrero, así como otras actividades en la Parroquia San Martín de Tours.

Osvaldo Ramos fue recordado por la mayoría de los entrevistados como uno de los principales referentes de la cooperativa y quien aparece ocupando un lugar central en las imágenes de la inauguración del barrio. Él tenía una amplia experiencia vinculada a la organización barrial, ya que era quien coordinaba los torneos de fútbol del sector Comunicaciones, donde participaban alrededor de 15 equipos organizados en las categorías A y B. Es decir, a la par de su capacidad organizativa, era reconocido por sus vecinos como una persona de confianza. De este modo, entendemos que tanto los torneos como las actividades de la capilla cumplieron un rol fundamental para quienes impulsaron el proyecto.

Más allá de las figuras centrales de la organización, muchos de los socios de Copacabana habían compartido previamente trabajos de mejoramiento urbano del sector Comunicaciones. Alberto Murillo, integrante de la cooperativa quien pudimos entrevistar, recuerda el momento en el cual todos colaboraron con dinero y mano de obra para la colocación de los caños de agua, también el modo en el cual arreglaban el tendido de electricidad cada vez que se cortaba. Tanto él como Delia Andrade, su esposa, destacaron que esto se hacía entre la gente de su sector y no de otro. De este modo, podemos notar que los vecinos de Comunicaciones ya tenían una amplia experiencia en organización para este tipo de trabajos. Creemos que estos antecedentes de acción colectiva sirvieron para el agrupamiento de los vecinos alrededor de una cooperativa de autoconstrucción, ya que pusieron en juego repertorios previamente conocidos por ellos. Este sector de la Villa 31 ofreció otra ventaja organizacional a sus habitantes por sobre los de otros sectores: la erradicación comenzó por los extremos norte y sur de la villa, quedando Comunicaciones,

ubicado en el centro, con un poco más de margen para la organización colectiva y resistencia a los desalojos.

Copacabana se originó en la Capilla Cristo Obrero, ubicada en el sector Comunicaciones, el cual tuvo un rol central en la creación de lazos entre los integrantes del proyecto. Allí se realizaban actividades sociales, religiosas, laborales y deportivas que, al mismo tiempo que propiciaban la construcción de repertorios de acción colectiva, significaron un punto de partida para la creación de lazos de confianza en la creación de una cooperativa. Compartir el barrio con sus conflictos y sus formas de resolverlos, con su cotidianeidad y sus celebraciones (como el día de la Virgen de Copacabana) consolidaron las identidades sociales que guiaron la formación de la cooperativa. Estas últimas, siguiendo a Caggiano “son el resultado de un proceso de reconocimiento que un actor social hace de sí mismo como *idéntico* (similar, semejante) a otro y, consecuentemente, provee cohesión (que no implica necesariamente conciliación) a un grupo social al que le confiere sentido, y le brinda una estructura significativa que le permite asumirse como unidad” (2005:38). Este “sentimiento de colectividad”, aparte de anclarse en el barrio y la fe (como sucedió en todas las cooperativas), se basó en la nacionalidad boliviana. Como hemos explicado, una de las particularidades del sector Comunicaciones consistía en que la mayoría de sus pobladores eran de origen boliviano, motivo por el cual gran parte de los integrantes de la cooperativa también tenían esa nacionalidad. Grimson, en su estudio sobre las comunidades bolivianas en Buenos Aires, menciona que estas “ofrecen un ámbito de cierta confianza, de recuerdos compartidos, de problemas comunes y también de formas de diversión” (1999:34)⁸⁷. La dimensión nacional fue determinante para la consolidación del grupo de trabajo de la cooperativa. Como recuerda Nora, socia de Copacabana: “la mayoría del grupo era de origen boliviano y el que no, tenía una mamá, un papá, un abuelo”. Es decir, si bien en el grupo había argentinos, todos estaban cosidos, de un modo u otro, por un pasado migrante ligado a Bolivia. Alberto Murillo destacó que “donde estábamos nosotros [sector Comunicaciones] éramos todos paisas, todos bolis (...) Yo soy argentino, hijo de bolivianos”⁸⁸. De este modo, la nacionalidad boliviana entrelaza el barrio, los lazos familiares y de amistad. Retomando el trabajo de Patricia Vargas (2005),

⁸⁷ Los estudios sobre las comunidades bolivianas en Argentina representan un campo muy rico y complejo que excede las búsquedas de esta tesis. Sobre este tema puede recurrirse a los trabajos de Canelo (2006), Gavazzo (2004), Grimson (1999), Caggiano (2005 y 2014), Sassone y Mera (2007), Sassone y Cortés (2014), Novaro (2016), Rodrigo (2014, 2015a y 2015b) y Mariano, Conforti, Giacomasso y Endere (2015), entre otros.

⁸⁸ Entrevista a Delia Andrade y Juan Alberto Murillo, 2 de diciembre de 2014.

las redes de parentesco y de nacionalidad se entrelazan continuamente con el mundo laboral generando lazos de confianza que permiten consolidar grupos de trabajo⁸⁹. En el caso de la Copacabana, el compartir la nacionalidad o una herencia boliviana común, el ser “paisanos”, ayudó en la creación de sentidos de confianza entre sus integrantes. Sobre este tema, Eva, integrante de la cooperativa, destacó que el ser bolivianos “unió a la gente”⁹⁰. Para Nora, “hizo que creyéramos en nosotros”, en tanto para ella, ser boliviano y boliviana significaba lo siguiente:

El boliviano se arremanga y labura (...) Bolivia tiene algo que lo aprendí con mi papá. Si yo te digo a vos mañana vengo y te traigo esto. Vos no me conocés, me podés decir si y me voy. Me decís si por decir, y después decís qué me va a traer si no me conoce. El boliviano tiene por costumbre (...) dice mi papá, que cuando alguien que no conocés viene y te pide algo, te dice algo y se saca el sombrero, en honor a su verdad, está jugando su honra. Entonces vos le tenés que creer. El boliviano es así, el boliviano es así.⁹¹

Este testimonio, además de volver a explicar cómo el compartir herencia común generó sentidos de confianza fundamentales para la organización colectiva, expone los valores positivos con los cuales se auto-identificaban los integrantes del Copacabana. Esto, a su vez, coincide con el análisis de Caggiano (2005) sobre las formas de autopercepción de la comunidad boliviana en Argentina; allí reconoce que se encuentran fuertemente presentes las imágenes de “orgullo” y de “trabajadores”. En cuanto a la primera, analiza que está asociada a la ayuda mutua y a las acciones colectivas en tanto es una demostración de valor frente a otros. Esto aparece en el anterior testimonio de Nora, quien nos explicó que los bolivianos siempre mantienen sus compromisos “porque está jugando su honra y su grupo. Y fue así”⁹². En cuanto a la segunda imagen de autopercepción:

“Trabajadores” es aquí un adjetivo que indica una cualidad o atributo que, al sustantivarse, daría cuenta de un rasgo “inherente” al “ser boliviano”. Aparece, pues, como una característica intrínseca, más allá de la actividad concreta o la ocupación efectiva que el aludido realice (...) El “ser trabajador” deviene una característica de “lo boliviano”. Es ofrecida como rasgo de una “cultura nacional”, y conlleva una

⁸⁹ La autora el analiza las formas de acceso al trabajo de los inmigrantes de Paraguay y Bolivia en la industria de la construcción porteña.

⁹⁰ Entrevista a Eva Murillo, 18 de diciembre de 2014.

⁹¹ Entrevista a Nora, 8 marzo de 2015.

⁹² Entrevista a Nora, 8 marzo de 2015.

serie de valoraciones positivas. Constituye, en última instancia, una caracterización moral, eficaz para definirse ante los otros (Caggiano, 2005:68).

También Grimson encuentra que los bolivianos en Buenos Aires se autocaracterizan como “trabajadores, honrados, sacrificados y ahorrativos” (1999:40), todas cualidades que aparecieron, de diferentes maneras, en los testimonios de los autoconstructores de Copacabana. Estas características (vistas por ellos en término de *valores*) también fueron fundamentales durante el trabajo en la obra, donde todos construían las viviendas de todos y donde dependían de ellos mismos para que el proyecto pudiera terminarse.

P, autoconstructor de la cooperativa, agrega una explicación ancestral a estas cualidades, basada en su herencia andina: “ellos venían de comunidades, de cierta forma de convivencia social, ¿no? (...) El *ayni*⁹³ justamente es eso, la colaboración mutua. Incluso hay familias que quieren rescatar eso y lo logran (...) entre familias practican eso cuando les es posible”. Si bien aclaró que durante la obra no se relacionó el trabajo cooperativo con el *ayni*, en tanto “no tenía ni noción de eso”, consideraba que en ese entonces “estas costumbres de unirse en comunidad y hacer trabajo mutuo” se encontraban “interiormente, sin aflorar”. Y aseguraba que “si no, no podía ser”⁹⁴, no se podría haber construido un barrio. Esta *memoria del ayni* que plantea Moreira puede ser interpretada tomando a Jelin: “La experiencia humana incorpora vivencias propias, pero también las de otros que le han sido transmitidas. El pasado, entonces, puede convertirse o expandirse, según cómo esas experiencias pasadas sean incorporadas” (2012:13). En la lectura de Moreira, las tradiciones ancestrales se cruzaron con las formas de organización colectivas, resultando en una grupalidad anclada en la confianza y reciprocidad. En este sentido, también resulta útil el análisis de Grimson sobre las formas de identificación de las comunidades bolivianas en Buenos Aires:

Las adscripciones identitarias no son “naturales”, no están determinadas por “la sangre” ni por el “lugar de nacimiento” (...) son producto de incesantes construcciones, imaginaciones e invenciones. Por eso el estudio de los procesos identitarios de un grupo migratorio es, fundamentalmente, la exploración de su modo de constitución como grupo, los sentidos que entran en conflicto en ese proceso y la

⁹³ P explica que el *ayni* es una forma de reciprocidad y ayuda mutua presente en los pueblos andinos desde la existencia del imperio Inca.

⁹⁴ Entrevista a P, 8 de febrero de 2015. El entrevistado prefirió que no se mencionara su nombre.

elaboración de relatos que den cuenta de su pertenencia, de su historia, de su unidad y de sus fronteras (1999:176).

En este proceso se recurre a distintos elementos populares y folclóricos como festividades, músicas y comidas bolivianas (incluso, siguiendo a P, previas a la formación misma del Estado Boliviano). Estos aspectos se hicieron presentes y han mantenido una continuidad desde el sector Comunicaciones de la Villa 31, posteriormente en la cooperativa y luego en el barrio La Asunción, con las fiestas de la Virgen de Copacabana, carnavales, *chayas*, Inti Raymi, entre otros.

A la vez, como explicamos en el Capítulo 1, la creación de lazos de confianza tuvo como protagonista la fe católica. Esto estuvo muy marcado en el caso de Copacabana y fue mencionado por muchos de sus integrantes. Nora, por ejemplo, consideraba que compartir la misma fe “unió”, la unió a sus compañeros en un contexto de descreimiento general, de estafas y de búsqueda de soluciones individuales.

Los lazos de confianza anclados en la fe católica y su sincretismo con la herencia andina y la nacionalidad boliviana quedaron de manifiesto en la figura de la Virgen de Copacabana, reconocida por la mayoría de los vecinos como símbolo de unión y fe, a tal punto que su nombre identificó a la cooperativa. Nora recuerda que “en el momento de elegir el nombre no hubo peleas ni dudas, porque la mayoría del grupo era de origen boliviano” y esa es la virgen la patrona de Bolivia. Ella explica del siguiente modo cómo se llegó a ese nombre:

Gumersinda [integrante de la Cooperativa], a las primeras reuniones (...) llevó una virgencita así (chiquita); en cada reunión que había la ponía (...). Siempre estaba en las reuniones, pero porque ella la llevaba. A la hora de poner un nombre, alguien dijo –tiraron varios nombres– Copacabana, en honor a la Virgen y como estamos lejos de nuestra tierra. Para que nos ayude con el techo. Para Pichi no le importaba, igual es María, igual es mamá María, que tiene distintas advocaciones, podría ser Luján, podría ser Copacabana, y él estuvo feliz y contento. Dijo que estaba muy bien. Es más, teníamos un señor chileno, jovencito, que dijo ‘sí’. Nosotros pensamos que iba a decir que no, ‘sí porque es muy milagrosa’.⁹⁵

Bajo la figura de la Virgen de Copacabana se construyeron sentidos de confianza entre los vecinos y se definieron los valores del colectivo. Debemos también tener en cuenta que un área del sector Comunicaciones ya llevaba el nombre de Copacabana. Su relevancia sigue

⁹⁵ Entrevista a Nora, 8 marzo de 2015.

vigente en la actualidad del barrio La Asunción, donde se celebra su día, cada 5 de agosto. Esta fiesta empezó a realizarse allí luego de la inauguración del barrio, transformándose en una parte importante de su historia, así como también de su presente. Si bien estamos al tanto de la relevancia cultural, religiosa, social y urbana de esta festividad, la misma escapa los objetivos de esta tesis. Como mencionamos, su presencia en el barrio comenzó luego de su inauguración, por fuera del proceso de erradicación de villas y autoconstrucción cooperativa de vivienda. Un análisis más profundo sobre la figura de la Virgen de Copacabana, la religiosidad popular y su vínculo con los asentamientos será realizado para nuestra tesis de doctorado⁹⁶.

2.3 La segunda formación de la Cooperativa Copacabana

Un aspecto de suma relevancia para el proyecto de autoconstrucción de las cooperativas villeras fue el ordenamiento del grupo durante el trabajo en obra. Esto era necesario tanto para realizar una correcta edificación, como para cumplir con los objetivos sociales y comunitarios buscados por el Equipo Técnico que hemos desarrollado en el Capítulo 1. El esquema de trabajo para la construcción, con el cual se organizaron los integrantes de los equipos, los tiempos y tareas de obra, había sido inicialmente diseñado por el Equipo Técnico de la Vivienda. El “Reglamento para la autoconstrucción de las viviendas” expresaba: “Por decisión del Equipo Técnico y social se hará el trabajo en ocho grupos, de seis integrantes cada uno. Este significa: un capataz (que también trabajará), dos oficiales y tres peones. Esto significa 48 operarios. Los trabajadores restantes, estarán afectados a trabajos generales, que designa el Equipo Técnico”. Como puede leerse, los técnicos habían tomado la decisión sobre cómo sería la forma de organizar el trabajo y la dirección de la obra y no los autoconstructores. Esta parte, de acuerdo al documento y a las memorias de los entrevistados, no surgió de un debate horizontal entre todos los miembros de la cooperativa, sino de los profesionales. Estos últimos, en el Artículo 9º del reglamento, se explayaban y fundamentaban la anterior definición del siguiente modo: “Estos grupos una vez constituidos se mantendrán de modo inamovible, porque todas las experiencias de autoconstrucción, dan como resultado, que un grupo trabado y adiestrado en el mismo trabajo, realiza mejor la tarea con el transcurso de las jornadas de trabajo”. De

⁹⁶ Sobre religiosidad popular y las Vírgenes de Copacabana y Urkupiña pueden consultarse los trabajos de Grimson (1999), Caggiano (2014), Gavazzo (2005 y 2006), Giorgis (2004), Guzmán (2006), Sassone (2007), Sassone y Hughes (2009), Passarelli y Giménez (2015), Touris (2013), entre otros.

este modo, se pone de manifiesto un trabajo realizado por el Equipo Técnico de la Vivienda que fue repetidas veces mencionado: el recurrir a las enseñanzas de otras experiencias de autoconstrucción en Argentina y América para diseñar la propia. También deja entrever que llegaron a esa decisión luego de un profundo trabajo como equipo, donde se debatió y reflexionó sobre cómo encarar la tarea. Esto último también lo pudimos observar en las minutas de las reuniones del equipo que relevamos en el archivo de FVC. Allí se describen extensos debates sobre las formas de organización colectiva, la construcción de comunidades autosuficientes, los objetivos productivos y sociales del EPAM, entre otras cuestiones. Específicamente sobre la forma de armar los subgrupos de trabajo, rescatamos los siguientes puntos de una minuta:

En A.M. [ayuda mutua] son elemento fundamental los grupos de trabajo.

Tamaño \approx 20 familias (según las tareas constructivas y el trabajo social a realizar)

Criterios: - grupos similares unos a otros.

- Miembros con mano de obra calificada distribuidos proporcionalmente.

- jefes de familia mujeres distribuidas proporcionalmente en los distintos grupos.

- No coincidan en el mismo grupo, personas del mismo barrio, ni familias parientes (sic).

- Participantes con experiencia social, distribuidos proporcionalmente (...)

Reuniones previas: propiciar el intercambio y el conocimiento hacia el interior del grupo \rightarrow estructuración interna organizativa.⁹⁷

Podemos reconocer la intención de que los grupos fueran similares entre sí, tanto en el entendimiento del oficio, fuerza física para las tareas de obra y conocimiento de organización colectiva. También se buscó formar nuevos grupos más allá del conocimiento previo, mezclando familias, amigos, hombres y mujeres. Esto con la intención de favorecer el “conocimiento hacia el interior del grupo” y consolidar la cooperativa. Es decir, no sólo se pensaba en la obra, sino en el futuro desarrollo del barrio como comunidad. Estos aspectos daban cuenta de las características del *espacio concebido* por el equipo técnico para el barrio que estaban construyendo. Sin embargo, apenas comenzada la obra, los autoconstructores propusieron reordenarse a partir de sus lazos familiares, de amistad y

⁹⁷ Manuscrito con reflexiones sobre cómo se organizaría el grupo de autoconstructores. El subrayado corresponde al original (FVC). Sin fecha.

según oficios compartidos anteriormente. Dicho reclamo, opuesto a las ideas expresadas por los técnicos, fue debatido, aceptado y los grupos se reorganizaron. Esto desafiaba, a la vez, el *espacio concebido*, cruzándolo con el *espacio vivido* por parte de los autoconstructores y futuros habitantes del barrio.

Este cambio nos demuestra también la horizontalidad que se compartía en la toma de decisiones relacionadas al trabajo, particularidad que mencionaron todos los entrevistados. Raúl Zavalía, miembro del equipo técnico, nos explicó que cuando organizaron el esquema de la obra, tuvieron en cuenta únicamente la estructuración de las etapas que tendría la construcción, sin considerar las afinidades entre los vecinos. El cambio de rumbo tomado, recuerda, fue uno de sus grandes aprendizajes en relación a los proyectos de vivienda popular: “nosotros sabemos cómo organizarnos a nosotros mismos”⁹⁸. Este episodio fue recordado de un modo negativo por P, quien se opuso desde el comienzo a aquella medida, considerando que era un paso hacia la *destrucción del espíritu colectivo*:

Lo primero que surgió era la idea de hacer equipos, para organizarnos mejor, para trabajar mejor (...) ahí yo discutí, dije: ‘No, no Padre, no es bueno. Creo que no nos va a ir bien así’. (...). Y bueno, entonces se arman los grupos (...) y esto también es lógico y natural (...). En todo grupo hay algunos que se destacan, por su capacidad, por su fuerza, por lo que sea se destacan (...) el primero era Don Ramos. Entonces Ramos va a ser uno de los cabecillas de ese grupo. ¿Y quién quiere ir con Ramos? Se cae de maduro: los parientes, los hermanos, los compadres. Flores era un hombre que trabajaba en el puerto. Era un hombre joven, fuerte y trabajador. Y él tiene también su grupo, todos los muchachos jóvenes, fuertes, que les gusta darle al asado y a tomar un poco. ¿Y quién quiere ir con Flores? Se cae de maduro también: con Flores se van los amigos de él, el hermano de él. ¿A ver quién quiere ir con fulano? Va la gente que tiene afinidad por lo que sea. ¿Y quién quiere ir con P? Con P, los un poco rebeldes, los que tienen ideas así politizados y algunas mujeres solas (...). Ahí empiezan las pequeñas disidencias. Cuando uno terminaba su tarea (...) hacían su asado hasta la hora de irse. Y decían: ‘Mirá aquellos terminaron y no nos dan una mano’. Y cuando ibas: ‘No, si cada uno tiene su tarea’. Era la peor forma de organizar un grupo social cuando empezás a dividir.⁹⁹

⁹⁸ Entrevista a Raúl Zavalía, 23 de mayo de 2015.

⁹⁹ Entrevista a P, 8 de febrero de 2015. El entrevistado prefirió que no se mencionara su nombre.

El rearmado de grupos llevó a que algunos de estos estuvieran conformados por personas con gran experiencia en obra y fuerza física y otros todo lo contrario. Consecuentemente, unos concluían las tareas pautadas para cada día antes que el resto y comenzaban a descansar, rechazando ayudar al resto. Esta escena fue recordada negativamente por muchos de los entrevistados, quienes ubican ese momento como un quiebre del equipo, otros hoy lo toman con humor y algunos antiguos autoconstructores -pertenecientes al grupo que terminaba antes el trabajo- consideran haber actuado correctamente. Sobre esta cuestión volvemos a rescatar la investigación de Cecilia Blondet donde se explica que las redes de ayuda mutua para la autoconstrucción de barrios populares se anclan en relaciones de parentesco y compadrazgo, pero que a la hora de trabajar “se tienden a escoger pares con los cuales se colabore en pie de igualdad” (1986:39). Es decir, compartir el mismo esfuerzo resulta fundamental para evitar conflictos entre los autoconstructores. Estas problemáticas serán analizadas en profundidad en el Capítulo 3, cuando nos centremos en el desarrollo de la obra del barrio La Asunción.

Todos los autoconstructores debían, según lo estipulado, trabajar la misma cantidad de horas. De ese modo, si alguno se ausentaba a la obra, debía recuperar las horas que debía. Muchos de los entrevistados destacaron la insistencia de los técnicos y capataces en la recuperación de las horas adeudas. Para ello, algunos llevaban a la obra a familiares o amigos que trabajaban en su nombre, estos eran llamados “voluntarios”. Algunos mencionaron haber contratado albañiles que los reemplazaran cuando no podían trabajar. Esto hizo que el grupo de autoconstrucción no fuera exactamente el mismo que el de la cooperativa, sino uno más amplio. La importancia que tuvieron los “voluntarios” para el equipo quedó demostrada cuando se retiraron cinco socios del proyecto, abriéndose nuevos cupos. Frente a esa situación, se decidió en asamblea que tuvieran prioridad para ingresar a la cooperativa tres hombres que ya se encontraban colaborando en la obra, por sobre la gente anotada en lista de espera¹⁰⁰. Este episodio nos demuestra también el peso que tenían las asambleas como espacio horizontal en la toma de decisiones, lo cual fue destacado por muchos entrevistados. A la vez, resalta la relevancia de las redes familiares y de amistad de los integrantes: anteriormente habían servido para unir los grupos cooperativos en las villas, luego, en esta segunda formación, redefinieron la conformación definitiva de la cooperativa.

¹⁰⁰ Mucha de esta gente se sumó al barrio construido por la segunda conformación de la Cooperativa Copacabana, en José C. Paz.

2.4 Los técnicos, los documentos y el proyecto urbano

Hacia fines de 1980, el Equipo Técnico de la Vivienda¹⁰¹, nombre con el que se identificaban, pasó a integrar la Fundación Vivienda y Comunidad (FVC), perteneciente en ese entonces a la Parroquia San Martín de Tours y dedicada a problemáticas de la tercera edad. Entonces, FVC cambia su función y pasa a desarrollar proyectos que abordan la problemática habitacional (Cuenya, Pastrana y Yujnovsky, 1984). Luego de la construcción de los barrios de Copacabana, muchos de sus técnicos continuaron trabajando en la FVC y en distintas organizaciones dedicadas al asesoramiento y la promoción de formas autogestivas de producción de vivienda¹⁰². Las diversas y fructíferas trayectorias que se iniciaron luego de Copacabana no son el objeto de estudio de esta tesis. Sin embargo, consideramos relevante destacar que el accionar de este grupo no estuvo limitado a la emergencia habitacional desencadenada con los desalojos compulsivos de la última dictadura, sino que allí nació y llega hasta el día de hoy.

Como ya hemos expresado, el trabajo de la cooperativa se realizó en un contexto de violencia y represión, frente a una situación de emergencia habitacional y con un equipo que no tenía experiencia en autoconstrucción cooperativa. El riesgo, la emergencia y la inexperiencia, no impidieron, sin embargo, que el grupo pudiera planificar su trabajo cuidadosamente antes de comenzar. Previo al inicio de la obra se realizaron numerosas reuniones donde se debatieron los fundamentos del trabajo cooperativo, se analizaron otras experiencias similares de América Latina y se establecieron redes con otras instituciones. Todo esto sirvió para proyectar La Asunción en tanto *espacio concebido*: cómo se haría y viviría la obra y cómo debería consolidarse la comunidad. Para ello, se redactaron el “Reglamento para la autoconstrucción de las viviendas” y el “Convenio entre la Cooperativa de Vivienda y Consumo Copacabana Ltda. y los Socios”. Ambos presentan la forma de organización que promovieron los técnicos para el desarrollo de la obra y, consecuentemente, para la vida en el barrio. También se diseñaron el barrio y las viviendas; se realizó la documentación de obra adecuada y maquetas. Todos estos documentos, junto a aquellos sobre los objetivos sociales del EPAM analizados en el

¹⁰¹ El Equipo Técnico estaba conformado por los 5 arquitectos Guillermo Radrizzani, Ezequiel Zapiola, Margarita Lovigné, Carlos Casanova y Susana Murphy; las 5 asistentes sociales Adriana Berra, Margarita Ravelo, Ana Pantano, Silvia Salerno y María Antonieta Fitte; los 2 licenciados Mariano West (administración de empresas) y Jorge Williams; y el profesor de física Raúl Zavalía.

¹⁰² Entre ellas se encuentran Madre Tierra, Fundación Pro Vivienda Social y el Secretariado de Enlace de Comunidades Autogestionarias

capítulo anterior, nos permite reconocer las particularidades del barrio La Asunción como un *espacio concebido* por el equipo técnico. Los documentos no van a ser estudiados como elementos aislados, sino en diálogo con las memorias de quienes los redactaron y quienes debieron (o no) cumplirlo. Esto en tanto “los documentos (...) están cargados de la subjetividad de sus redactores” (Portelli, 2004:36). Las minutas, apuntes e incluso el reglamento, entendemos, volcaron los debates y reflexiones de los integrantes de Copacabana.

El reglamento, el convenio y el proyecto urbano-arquitectónico nos permiten acceder a determinadas lecturas sobre lo ocurrido; los testimonios de los protagonistas, a otras, involucrando deseos, expectativas, dificultades, miedos, etc. Es en la interacción de estos registros donde podremos construir interpretaciones complejas sobre esta experiencia de resistencia a las erradicaciones de la última dictadura militar. Como explica Vera Carnovale: “Toda experiencia histórica es un hecho complejo y de múltiples dimensiones que reconoce, a su vez, diversas formas y niveles de registro que constituyen fuentes históricas. Éstas tienen un marco de enunciación específico y llevan la impronta, por ende, de las perspectivas, las tensiones, las subjetividades, las intencionalidades, que atraviesan el contexto histórico del que forman parte y que las produce” (2007:158).

Aparte de las diferencias básicas que existen entre el reglamento y el convenio, siendo el primero un documento que guiaba el trabajo colectivo y el segundo un contrato entre cada socio y la cooperativa, existen otras diferencias que nos permiten reconocer los cambios de posturas, aprendizajes y las diferentes preocupaciones que tuvo el equipo técnico. El primer documento demuestra un claro interés en la forma de organización del equipo: define los grupos de trabajo, roles de género, la importancia de cumplir con la asistencia a la obra y las sanciones. Es decir, se anticipa a algo que reconoce muy complejo. Como explicó Susana Murphy, ellos no habían realizado previamente proyectos de esta escala. De hecho, en el reglamento mismo hacen referencia a que debieron estudiar y tomar ideas de otros casos de autoconstrucción. En el convenio, los principales ejes fueron la forma de transferencia y tenencia de la vivienda, los gastos de escrituración y el posterior pago de las cuotas adeudadas. Por poner un ejemplo claro, mientras el reglamento prohibía que se sumaran personas que tuvieran otra vivienda, el convenio exigía que la nueva vivienda no pudiera venderse o usarse como local comercial. En síntesis, la preocupación del reglamento fue cómo empezar a construir el barrio y la del convenio fue cómo terminarlo.

2.4.1 El reglamento y el convenio

El “Reglamento para la autoconstrucción de las viviendas” fue escrito por el Equipo Técnico de la Vivienda, condensando sus debates y estudio de otras experiencias, con la finalidad de guiar correctamente el trabajo y la organización del equipo¹⁰³. La fecha del reglamento es el 17 de junio de 1978, es decir 22 días después de la primera jornada de trabajo en la Villa 31 (25 de mayo de 1978), pero un mes antes del comienzo de la obra en San Miguel (18 julio de 1978).

El reglamento consta de cuarenta y tres artículos distribuidos en cinco secciones diferentes: “Definición y condiciones del programa”, “Obligaciones que deben cumplir los participantes”, “Acerca de la asistencia al trabajo y reemplazo”, “Acerca del trabajo voluntario y de las mujeres” y “Procedimientos en los casos de sanciones”. La definición de estas secciones nos presenta los ejes que el Equipo Técnico consideraba centrales para el trabajo de autoconstrucción de las viviendas.

El “Convenio entre la Cooperativa de Vivienda y Consumo Copacabana Ltda. y los Socios” consta de dieciocho artículos y un anexo dedicado a completar las horas de trabajo de cada integrante. La copia a la que accedimos data del 27 de enero de 1979, aunque desconocemos la fecha de la versión original. Como se indicó, el convenio establecía un vínculo entre la cooperativa y cada socio individualmente, mientras el reglamento versaba sobre el trabajo colectivo.

Los dos documentos comienzan estableciendo que la edificación debe realizarse a través de la “autoconstrucción” y que se utilizaría “el sistema denominado de Esfuerzo Propio y Ayuda Mutua”. De este modo se pone de manifiesto el grado de prioridad que tuvo para los técnicos la definición de la forma de trabajo. Esto coincidió con las memorias de los entrevistados, donde ese método constructivo fue recordado como uno de los aspectos más importantes del barrio. Luego, ambos documentos definen los roles que tienen los distintos integrantes en este tipo de trabajo. El reglamento expresa que “el socio pone la mano de obra y la cooperativa provee el terreno urbanizado, materiales de construcción, herramientas, asesoría técnica y asesoría social (...) Los arquitectos, a los cuales les corresponderá la dirección, inspección y supervisión de los trabajos de

¹⁰³ El reglamento fue firmado por el presidente de la cooperativa, Mariano West, y el secretario, Cesar Scrocca. El primero fue uno de los técnicos voluntarios que habían iniciado la cooperativa de hilado y el segundo fue uno de los autoconstructores del barrio. El hecho de que los firmantes del reglamento fueran un técnico y un socio da cuenta de esa voluntad de horizontalidad en el trabajo.

autoconstrucción”¹⁰⁴. El convenio incorpora una cuestión que fue central en la cooperativa: “el socio se compromete a aportar la mano de obra necesaria para la construcción de la totalidad de las viviendas”. La aclaración sobre “la totalidad” fue una de las bases del proyecto y un aspecto siempre recordado por los integrantes: el trabajo se terminó cuando todas las viviendas llegaron a condiciones de habitabilidad y todos construyeron las viviendas de todos. Este documento también agrega que “la Cooperativa, a su vez, se compromete a gestionar ante la propietaria la transferencia del dominio del inmueble, que se adjudicará por sorteo”. Esta última decisión fue un hito fundamental de la cooperativa. Todos los vecinos entrevistados y muchos de los técnicos recordaron y destacaron el momento del sorteo, sobre el cual profundizaremos en el capítulo 3.

Llama nuestra atención que muchas de las tareas que los documentos asignan a la “cooperativa”, fueron recordadas por los entrevistados como las realizadas por el equipo técnico. Creemos que esta diferenciación entre las memorias y los documentos consistió en que, en ese momento, los técnicos no podían asegurar que se proveería la infraestructura del terreno, los materiales o las herramientas, ya que dependían de financiamiento externo, el cual era incierto. La responsabilidad sobre esos temas, entonces, era otorgada a la cooperativa, es decir, a todos. Resulta también interesante que el reglamento diferencia en dos tipos la asistencia brindada por el equipo técnico: la técnica, ligada a lo constructivo, y la social, ligada al “desarrollo de la comunidad”. Esta separación es la misma que encontramos en los manuscritos sobre el EPAM que hemos analizado en el Capítulo 1, lo cual resulta esperable en tanto el Reglamento recupera esos debates.

En la primera sección del reglamento se aclara que no podrían participar en el proyecto quienes tuvieran otro terreno o vivienda, salvo que la vendieran o entregaran a la cooperativa en compensación de las cuotas que deberían pagar. Este aspecto fue central para todas las cooperativas: estaban dirigidas únicamente a personas sin otra posibilidad de solución habitacional. Como hemos analizado, el desamparo producido por la erradicación era una de las principales preocupaciones de los curas villeros al frente de las cooperativas. Si bien esta aclaración no aparece en el convenio, su artículo décimo quinto aclara que se “destinará el inmueble que adquiera únicamente para la de su vivienda y su familia. Se

¹⁰⁴ Llamó nuestra atención que el reglamento aclarara que los socios debían “aportar sin remuneración su trabajo personal”, lo cual vuelve a repetirse en la quinta sección y en tres artículos del convenio. Asumimos que se sobrentendía que, en ese contexto de emergencia habitacional, la autoconstrucción no sería remunerada. Esto da cuenta que el reglamento contemplaba y se anticipaba a cualquier reclamo posible vinculado a la exigencia de una compensación monetaria. Esta lectura no fue errada ya que, de hecho, durante el segundo plan de Copacabana y también en la Cooperativa Madre del Pueblo hubo casos de integrantes que iniciaron acciones legales reclamando resarcimientos económicos por diferentes conflictos.

establece que está totalmente prohibido vender, ceder, alquilar o realizar cualquier otro acto que desvirtúe la finalidad social propuesta por Cáritas Buenos Aires y los Donantes. Igualmente tampoco podrá instalar negocios”

Tener otra vivienda, terreno, así como utilizar la casa autoconstruida como negocio, alquilarla o venderla iba en contra de la idea del proyecto. De todos modos, con el paso de los años y como veremos más adelante, algunas viviendas se han vendido, alquilado e incorporado locales comerciales. Todo esto fue sucediendo con el tiempo y presenta una tensión que atraviesa todo plan de vivienda social: la distancia entre el proyecto diseñado por un equipo técnico y las necesidades futuras de sus habitantes.

En la primera sección del reglamento se aclara que “el hombre figure como socio titular responsable, salvo excepciones que se reconozcan”. Estas últimas aparecen en la sección cuarta, dedicada entre otras cuestiones al “trabajo de las mujeres”: “respecto a las mujeres solas que con debido conocimiento y autorización de la asistente social estén imposibilitadas para que un hombre cubra su lugar de trabajo, deberán realizar las tareas que les corresponda, en el equipo que se les asigne”. Es decir, esas “excepciones” correspondían al caso de las “mujeres solas” sin un “hombre” que pudiera “cubrir su lugar de trabajo”. Esto nos permite entender que el Equipo Técnico comprendía la autoconstrucción de vivienda como una actividad predominantemente masculina y nos ofrece otra perspectiva acerca de la convocatoria realizada al inicio de la cooperativa, donde se destacaba el reclutamiento de varones. Ellos no sólo eran considerados necesarios como mano de obra, sino también como proveedores, es decir, como socios titulares que pagarían las cuotas. De este modo, el reglamento enmarcaba las tareas según roles de género marcados por una masculinidad hegemónica. En el barrio La Asunción encontramos, a partir de las entrevistas, que, durante el desarrollo la obra, el rol de la mujer presentado en el reglamento fue desafiado por un grupo de autoconstructoras. Esto llevó a que se replantearan y redefinieran muchas de las formas de trabajo y organización colectiva ligadas a distinción de género presentes en el grupo. Este tema será analizado en detalle en el capítulo 3, cuando analicemos el proceso de construcción del barrio

Otro eje que el reglamento destaca y que nos parece relevante para nuestro trabajo son las reuniones y asambleas de la cooperativa. Estas fueron momentos de organización colectiva, pero también de tedio y de conflictos. Muchos vecinos entrevistados recordaron las discusiones donde se recriminaban mutuamente faltas en cuanto al trabajo. Aun existiendo la tensión, la construcción colectiva fue una piedra angular de la organización.

La asistencia a las reuniones de la cooperativa era obligatoria, tal lo declaraban los documentos. Este aspecto, como expresaron varios técnicos y como aparece entre las minutas de las reuniones, resultaba central para la organización colectiva de la cooperativa y para el desarrollo de los “objetivos sociales” del EPAM. De hecho, la única parte del cuerpo del Reglamento en mayúsculas es la siguiente perteneciente al artículo décimo primero: “la ausencia a estas reuniones, significan horas de recargo, según haya durado la reunión”. Sin embargo, las memorias de los protagonistas no rescatan haber experimentado las reuniones con esa exigencia ni haber sido sancionados por ausentarse. Sólo una entrevistada expresó haber ido obligatoriamente a las reuniones, incluso recordó que de no participar allí podría haber sido echada del proyecto. Esta percepción de una situación potencialmente extrema no se condice con el reglamento y parece ser una imagen aislada.

Otro eje destacado en el reglamento consiste en el cumplimiento y control del trabajo de los socios en la obra. Este tema era central para llegar a cumplir el objetivo de la construcción de viviendas. Para ello se pensaron desde penalidades frente al ausentismo, hasta formas de cuidado de las herramientas de trabajo. Si bien el reglamento detalla las sanciones que tendrían los socios en caso de no cumplir sus compromisos, sólo un entrevistado recordó este tema. Estos *olvidos* o *silencios*, siguiendo a Elizabeth Jelin, expresan diferentes sentidos y voluntades. En este caso, entendemos, puede deberse a que “refleja un intento de no recordar lo que puede herir” (2012:31) o “una voluntad (...) de olvido y silencio (...) para ocultar y destruir pruebas y rastros, impidiendo así recuperaciones de memorias en el futuro” (2012:29). Estos recuerdos que *hieren* serían los malos momentos del trabajo colectivo, los técnicos sancionando las erróneas acciones de los integrantes de la cooperativa, entre otros.

Las memorias dialogan con las fuentes documentales permitiéndonos una comprensión más compleja del caso de la Cooperativa Copacabana. Nos permiten acceder a los deseos, disconformidades e ideales del grupo: los mismos que llevaron al reagrupamiento del equipo, a revisar la desigualdad de género y la forma de trabajo. Estos aspectos no aparecen escritos en los documentos analizados, pero podemos reconocerlos entrelazándolos con los testimonios. Como explica Carnovale: “Por sofisticada y rica que parezca, ninguna fuente puede abarcar la totalidad de la experiencia histórica; la información que ofrece es siempre limitada. Aun cuando contemos con un corpus heterogéneo que nos permita asomarnos a muchas de las parcialidades y dimensiones de aquella experiencia, siempre hay ‘algo’ de ese pasado que se nos vuelve opaco,

escurrizado” (2007:158). Los testimonios nos permiten realizar nuevas interpretaciones sobre las fuentes, incorporando las subjetividades de los protagonistas como dimensión de análisis. Es así que podemos reconocer las complejidades del barrio en tanto *espacio concebido* propuestas en el reglamento y convenio.

2.4.2 El Proyecto. Desde Córdoba hasta San Miguel

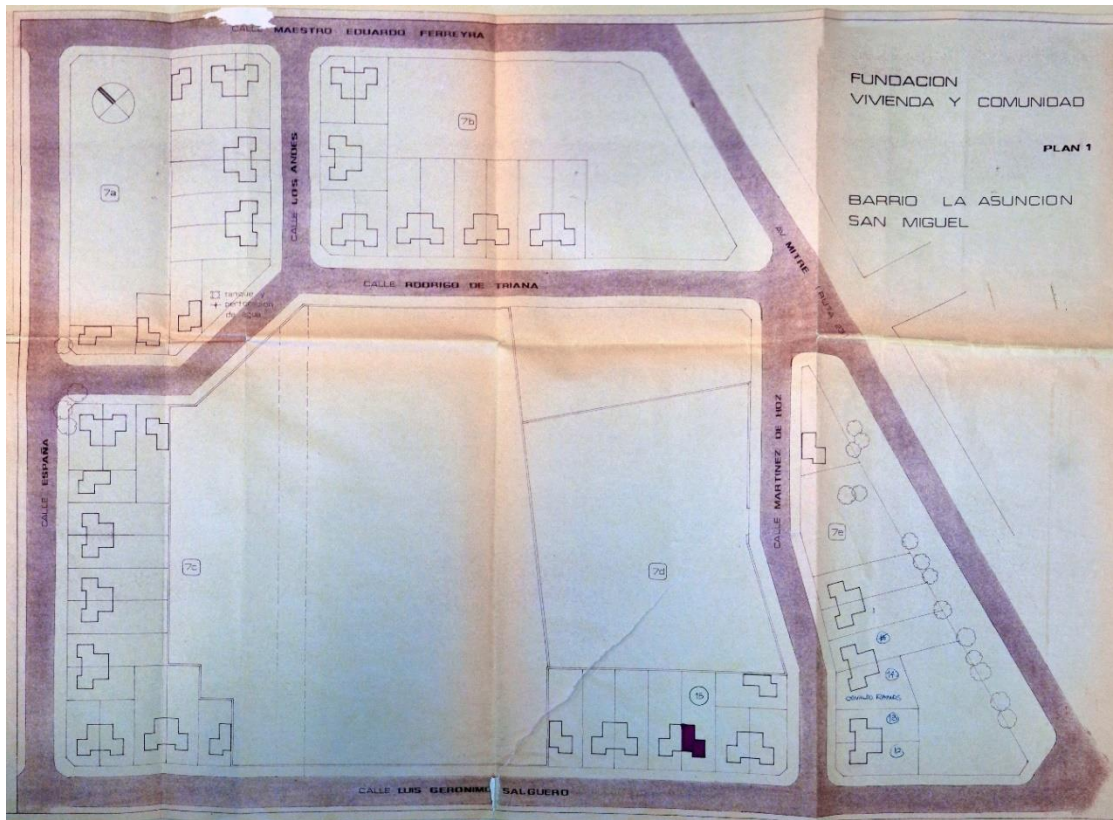


Imagen 2: Proyecto urbano de La Asunción con sus 52 viviendas. Dibujo original realizado por el equipo técnico (Archivo FVC)

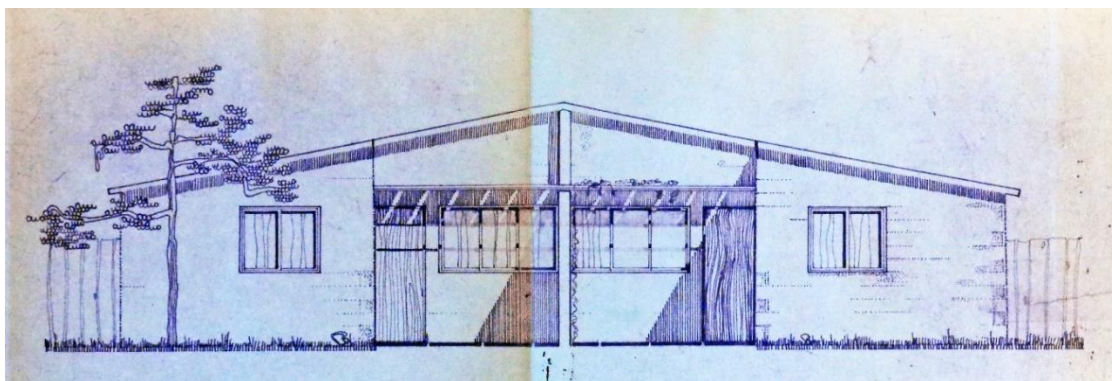


Imagen 3: Vista del frente del módulo compuesto por dos unidades habitacionales. Dibujo original realizado por el equipo técnico (Archivo FVC)

El proyecto urbano de La Asunción (Imagen 2) proponía la construcción de cincuenta y dos viviendas y un espacio común para futuras actividades comunitarias. El loteo se ubicó en el espacio vendido por las religiosas, el cual rodeaba su casa y el colegio parroquial. Implicó la apertura de dos calles (Los Andes y Rodrigo de Triana), con las cuales conectaba las calles del nuevo barrio a la trama urbana existente. De este modo, La Asunción se insertó a su entorno continuando el trazado y morfología de San Miguel. Esto puede notarse claramente en el modo en que están dispuestas las viviendas: muy cercanas a las líneas de edificación, conformando un frente hacia la ciudad, en lugar de ubicarse hacia el interior del predio separándose de las edificaciones vecinas. Esta intencionalidad también se manifiesta en la decisión de mantener, alrededor de las viviendas, parte de los espacios verdes existentes. Estos atraviesan al proyecto urbano de un extremo al otro, haciendo posible una visión del terreno sin interrupciones e integrado al predio de las religiosas. El tanque de agua de la red comunitaria y el espacio dedicado al centro comunitario, se encuentran hacia el centro del predio, rodeados por las viviendas, resaltando de esta manera la centralidad adjudicada a lo comunitario por sobre lo individual.

El proyecto arquitectónico (Imagen 3) buscó unir las viviendas en una de sus medianeras potenciando los espacios verdes de cada lote hacia uno de sus lados, frente y contrafrente. De este modo, cada par de viviendas funcionaba como una única pieza arquitectónica, con cubierta a dos aguas, rodeadas de espacios verdes. Estos aspectos, entendemos, facilitaron la inserción del nuevo conjunto habitacional en el barrio existente. Por un lado, la propuesta de generar un perímetro libre cada dos viviendas, como mencionamos, posibilitaba la visión total del barrio desde cualquier lugar y evitaba una lectura del conjunto escindida de la trama. Por otro lado, la simplicidad resolutive del diseño de la vivienda (realizada en una planta y agrupada en una unidad de techo a dos aguas) remitía a un modelo clásico de tipología de vivienda popular con el cual se había poblado el Conurbano Bonaerense durante su expansión desde mediados del siglo XX. Esto permitía una continuidad morfológica y simbólica entre las viviendas de La Asunción y las de San Miguel.

Las dos dimensiones anteriores sobre el diseño de las viviendas se vincularon y dependieron de la decisión de edificar las unidades habitacionales en lotes individuales. Como explicamos, los técnicos definieron este aspecto del proyecto luego de analizar colectivamente diferentes experiencias de autoconstrucción de Latinoamérica, motivo por

el cual esto fue compartido por casi todas las cooperativas de autoconstrucción¹⁰⁵. A la vez, esta forma de loteo se adecuaba a las posibilidades de los equipos de autoconstrucción, tanto técnicas como económicas: la asignación de viviendas en lotes individuales permitía, en proyectos a través de EPAM, que luego de la etapa de Ayuda Mutua y de la relocalización, cada familia terminara su vivienda por Esfuerzo Propio según sus tiempos y con sus recursos, dinámica que analizaremos en profundidad más adelante.

Esta separación entre la etapa de edificación colectiva y la realizada individualmente se encontraba establecido en el proyecto de las viviendas. Estas últimas fueron entregadas a los autoconstructores con un nivel mínimo aceptable de habitabilidad: volumetría de la obra completa, carpinterías, muros exteriores revocados, una mesada en la cocina, red de agua potable y cloacales. La provisión de agua caliente, el equipamiento de la cocina y el baño, la red de gas envasado y el resto de los arreglos correrían por parte de cada propietario, quienes los harían a medida que pudieran según sus propios recursos. Este esquema de edificación de viviendas es conocido como *progresivo*, en tanto propone y sistematiza el modo en que, con el correr del tiempo, se agregan nuevos ambientes de acuerdo a las necesidades y posibilidades de cada usuario. Esto permitió a cada autoconstructor edificar locales comerciales con los cuales obtener ingresos económicos y la vivienda de sus hijos en los fondos y primeros pisos del proyecto original. Las posibilidades de expansión de estas *viviendas progresivas* necesitaron de una organización en lote propio, sobre el cual seguir construyendo. Este último aspecto y las tensiones grupales que generó serán abordados en el siguiente capítulo, cuando analicemos el sorteo y asignación de los lotes.

La clasificación de las viviendas edificadas por Copacabana como *progresivas* aparece en numerosos documentos que hemos relevado en FVC y que fueron realizados por su equipo técnico. Más allá de esta tipificación, en nuestras entrevistas con los arquitectos de La Asunción, ninguno expresó conocer el autor del proyecto, ni las ideas que este proponía. Destacaron que fue un diseño común, sin complejidades más allá de su aspecto técnico. Entendemos que la simpleza del diseño y la utilización de materiales clásicos y de buena calidad (hormigón, bloques de cemento) permitieron que este plan se integrara fácilmente al entorno urbano y contribuyeron a neutralizar el *estigma* (Guber, 2004) que sí recayó en

¹⁰⁵ El segundo barrio de Copacabana (Frino, en José C. Paz) se realizó siguiendo los mismos lineamientos proyectuales. Quienes tomaron otro camino fueron los integrantes de la Cooperativa 5 de Noviembre, quienes construyeron bloques de vivienda colectiva. No casualmente ellos fueron los únicos en tomar como referente arquitectónico a la urbanización de Villa 7, la cual consistió en la edificación de bloques y torres a través de un diseño participativo (Barrios, 2015).

otros barrios para la población villera; como en los conjuntos habitacionales Ciudadela I y II, Comandante Piedrabuena, Lugano I y II, etc. contemporáneos a La Asunción y cuya finalidad también fue la relocalización de villas.

Los proyectos urbano y arquitectónico, leídos a través de sus planos, documentación de obra y materialidad en el presente, son fuentes que nos permiten analizar e interpretar las intenciones y estrategias del equipo técnico de Copacabana para la construcción de vivienda popular, la relocalización de una población desalojada de la Villa 31 y la creación de una nueva comunidad. Estas fuentes dialogan con los testimonios de los diseñadores, quienes enfatizaron dos cuestiones: la simpleza del diseño y su principal referente, el CEVE.

Gran parte del proyecto urbano, arquitectónico y constructivo, su forma de organización cooperativa y sus objetivos sociales vinculados a la formación de una comunidad, fueron tomados del CEVE. Antes de comenzar la obra, un grupo conformado por técnicos y autoconstructores de Copacabana viajó hasta la provincia de Córdoba para conocer los barrios realizados por el este centro y sus investigaciones en técnicas constructivas. El vínculo con este centro, como hemos explicado, surgió de la relación que el padre Meisegeier y los arquitectos Radrizzani y Berretta tenían entre sí. Pero además porque sus proyectos compartían la misma visión que tenían el sacerdote y los técnicos respecto de que el proceso de construcción de viviendas debería ser una herramienta de transformación social en simultáneo a una respuesta habitacional. Los aportes técnicos del CEVE buscaban facilitar las tareas de autoconstrucción y reducir costos de obra, al mismo tiempo que fomentar el trabajo colectivo y la organización barrial.

En una entrevista realizada al arquitecto Aurelio Ferrero, miembro del CEVE que en 1978 recibió al grupo de Copacabana, él nos explicó la forma en la cual orientaron a la cooperativa y sus puntos de contacto. Recordaba que los primeros en ir hasta Córdoba fueron los arquitectos Radrizzani y Lovigné, luego el equipo conformado por técnicos y vecinos. Ferrero mencionó que, luego de recorrer distintos proyectos del CEVE, los constructores y técnicos decidieron seguir los lineamientos del proyecto Altos del Yapeyú, ubicado en la provincia de Córdoba.¹⁰⁶

¹⁰⁶ Entrevista telefónica a Aurelio Ferrero, 30 de agosto del 2016.

Altos de Yapeyú fue un Plan Piloto de Vivienda destinado a dar una respuesta habitacional a un grupo de ocho familias de la Villa Bajo Yapeyú¹⁰⁷. Este fue financiado por el Programa Especial de Investigación de Vivienda Popular, perteneciente a la Organización de Estados Americanos (OEA), que buscó mediante la construcción de viviendas, experimentar nuevas formas y tecnologías de la construcción a la par de conformar la organización barrial. La realización de este barrio comenzó el 7 de julio de 1977, (un año antes del comienzo de La Asunción) luego de que el Ministerio de Bienestar Social (MBS) aprobara su realización. A su vez, parte de las tareas de obra las realizó la cooperativa de trabajo 25 de Mayo, creada en otra villa cordobesa. Podemos notar cómo la construcción de este barrio también incluyó el desarrollo de redes de actores colaborativos y el diálogo con organismos oficiales del gobierno militar, pero también con la OEA, que tenía en su agenda la búsqueda de modos de construcción de vivienda popular. Esto muestra el margen de maniobra de algunas organizaciones que podían lograr la aceptación del gobierno militar, centrando la presentación de sus proyectos en sus aspectos técnicos. No obstante, similar a lo que sucedía en la Villa 31, Villa Bajo Yapeyú había sido agredida numerosas veces y sufrido intentos de desalojo. Se había negado su acceso al agua, se les había ofrecido dinero a cambio de que dejaran sus viviendas y, en varias oportunidades, sus viviendas fueron demolidas por la noche, cuando se encontraban vacías (Rivarola y Ferrero, 1981:27). Por lo tanto, aunque no existía una ley específica que buscara su desalojo, el plan piloto de viviendas Altos del Yapeyú fue motivado en parte por la grave situación que experimentaban sus vecinos. Es decir, los tiempos de obra y necesidad de vivienda estaban atravesados por la emergencia habitacional y social.

Desde el CEVE se propuso el armado de la organización vecinal, con sus representantes (presidente, vicepresidente, tesorero, vocales y secretario), lo cual fue aceptado por la comunidad. Yapeyú no era de antemano un grupo consolidado, por el tanto, el trabajo de los técnicos y los constructores incluía también formar una organización. Según Ferrero:

La experiencia desarrollada en programas de autoconstrucción permitió a los técnicos intervinientes acompañar a las familias en la reflexión de los valores que se tienen. La apropiación gradual del espacio que otorga a los usuarios la participación directa en la ejecución de sus viviendas, es sin duda una vía apta para revitalizar las más bellas expresiones tradicionales y la definición y apropiación del espacio. Es a la

¹⁰⁷ El barrio Altos de Yapeyú estaba conformado por ocho viviendas, cada una tenía una superficie cubierta total de 47m², contaba con una cocina-comedor-living, un baño y dos dormitorios.

vez un vehículo activo de organización democrática y solidaria para la integración a la sociedad global (1984:26).

Creemos que esto es de suma relevancia en tanto algo similar sucedió en Copacabana. Allí los técnicos se encargaron de incentivar la organización comunitaria, integrando un grupo de vecinos que, en muchos casos, no tenían relaciones previas. Ambos casos buscaron crear comunidades a la par que se construían (y gracias a) las viviendas. Para fomentar la vida barrial más allá de la vivienda, en Yapeyú se diseñó equipamiento urbano que dieran calidad al espacio público e incentivara su uso: pérgolas, maceteros, espacios semicubiertos, bancos, etc. El espacio comunitario, la calle peatonal y la plaza, fueron pensados como un punto central del barrio donde los vecinos pudieran realizar festejos y se llevaran a cabo las reuniones de la cooperativa constituida para la construcción. Esto también lo encontramos en La Asunción, donde se proyectó que el espacio bajo el tanque de agua, ahora centro comunitario, fuera un espacio de reunión y trabajo cooperativo. Del mismo modo, la calle ha sido y es el escenario de numerosas festividades religiosas, celebraciones del Día del Niño y carnavales.

Más allá de los anteriores “objetivos sociales” de Yapeyú, este barrio fue tomado como referente por su novedoso sistema constructivo. Se trataba del primer barrio edificado por autoconstrucción utilizando el sistema Mampuesto Alma Suelo (MAS), ideado por el CEVE con la intención de facilitar la autoconstrucción y no requerir de mano de obra especializada. Es decir, lograr una metodología de trabajo donde prácticamente todas las personas pudieran resolver, aún sin experiencia previa, el armado de su vivienda. Este sistema proponía la realización de bloques de cemento, los cuales se colocaban trabados *en seco* durante la elevación de las mamposterías. Estos bloques luego funcionarían como un encofrado siendo rellenos con suelo estabilizado, momento en el cual los bloques quedarían adheridos entre sí, ganando resistencia y aislamiento térmico. El MAS fue creado en 1975 por el Arq. Berretta, con la intención de generar una forma simple de realizar muros con suelo-cemento, los cuales requerían de un gran cuidado a la hora de remover los encofrados y dependían de la calidad de la tierra disponible. En 1977, antes de la realización de Yapeyú, el CEVE ya habían realizado distintos prototipos e investigaciones tecnológicas financiadas con subsidios de la OEA para verificar que el sistema MAS funcionara adecuadamente.

Cuando el grupo de Copacabana decidió utilizar el sistema MAS, el arquitecto Ferrero fue a la obra de La Asunción para asesorar a todo el equipo sobre sus formas de trabajo,

materiales, mano de obra, etc. A su vez, en el relevamiento que hemos hecho de la biblioteca de FVC, originalmente del padre Meisegeier y del Equipo Técnico de Copacabana, encontramos numerosas publicaciones del CEVE que tratan sobre el MAS. Si bien se tomó este sistema constructivo, según recuerdan todos los arquitectos entrevistados, la tipología de las viviendas en San Miguel no fue proyectada por el CEVE y sigue siendo una incógnita su autor/a.

Otra de las ventajas que llevaron a optar por el MAS consistió en la posibilidad de que los bloques de cemento podían ser fabricados por la misma cooperativa. Para ello, una vez diseñado el tipo de bloque que se necesitaría para las viviendas, CBA donó el dinero al Equipo Técnico de la Cooperativa Copacabana para que comprara una bloquera. El hecho de que los mismos autoconstructores pudieran producir el principal material de edificación significaba, según el Equipo Técnico, un gran abaratamiento de los costos de obra.

El diálogo de los técnicos con el CEVE da cuenta que se buscó hacer viviendas de calidad, más allá de la emergencia. A la vez, que la obra de Copacabana no fue un caso aislado, sino parte de una red más extensa que incluyó centros técnicos de gran reconocimiento nacional.

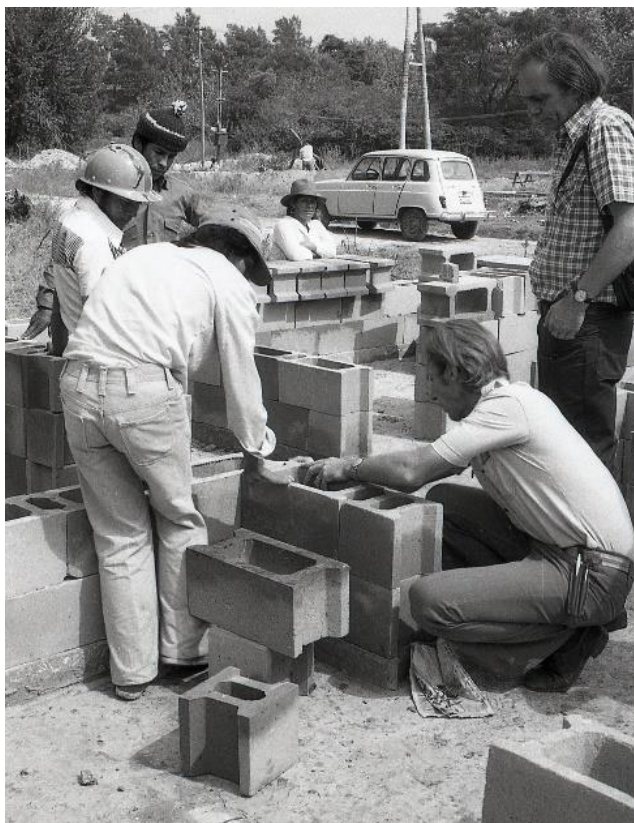


Imagen 4: Técnicos y autoconstructores inspeccionando los bloques para el MAS, marzo de 1979 (Archivo FVC).

2.5 Las formas de financiamiento de la Cooperativa Copacabana

Las formas de financiamiento de La Asunción nos permiten adentrarnos en los *significados sociales del dinero* (Zelizer, 2011) que rodearon a Copacabana y, de ese modo, complejizar las redes y organización de la cooperativa. Las decisiones en torno a los modos en que el barrio debía ser costeado -y de qué modos no- ayudan a comprender el *espacio concebido* por los técnicos y autoconstructores. A la vez, las transformaciones de las reglas con las cuales debía pagarse el barrio nos presentan las disputas por ese espacio, el resultante de los conflictos, dificultades y posibilidades. Presentaremos los orígenes y las dimensiones de las formas de financiamiento que recibió la cooperativa. Luego, nos dedicaremos a estudiar los sentidos alrededor del dinero proveniente de instituciones católicas, del Estado, y de los mismos integrantes de la cooperativa. En cuanto al primer eje, el financiamiento de la construcción del barrio La Asunción estuvo constituido mayoritariamente por aportes de la Comunidad de Apoyo de la Parroquia San Martín de Tours, institución que ayudó económicamente al grupo desde sus inicios con las tareas de hilado de lana. Estas “donaciones”, como aparecen en las memorias de los técnicos, fueron recordadas como el principal e indispensable motor de la obra. En relación al segundo eje, Copacabana contó con distintos tipos de préstamos e indemnizaciones de origen estatal y, en relación al tercero, cada socio de la cooperativa debía pagar una serie de cuotas para acceder a su vivienda.

Viviana Zelizer (2011) explica que el dinero no es “único, uniforme y generalizado, sino (que existen) múltiples clases de dinero: la gente marca diferentes monedas para muchas o quizás para todo tipo de interacciones sociales” (2011:34-35). Cada fuente de dinero implicó una forma de relacionamiento particular, la cual llevó a distintas formas de *marcación* y a que algunas fueran destacadas y otras olvidadas. Por su parte, Ariel Wilkis (2013) explora la circulación y significados del dinero dentro de organizaciones populares de Buenos Aires. Allí propone que existen diferentes clasificaciones del dinero (militado, donado, sacrificado, etc.) las cuales expresan, a su vez, distintas valoraciones morales y jerarquías sociales. Coincidiendo con Zelizer, el autor rechaza una mirada del dinero como sinónimo de decadencia y corrupción, entendiéndolo como una pieza clave por la cual las relaciones sociales dentro de un entramado político se construyen, significan, disputan y quiebran.

Tomando los aportes de estos autores, en este apartado recorreremos las diversas redes y formas de financiamiento que tuvo la Cooperativa Copacabana para la construcción de su

primer barrio. Estas demuestran la gran complejidad de la obra y de la tarea del equipo técnico, el cual se encargó de coordinar los diferentes aportes con la finalidad de que los barrios se construyeran, al mismo tiempo que se consolidaban como organización. Para su estudio haremos uso de las fuentes documentales relevadas, la bibliografía existente y las memorias de los protagonistas.

2.5.1 El dinero y la fe católica

Como hemos mencionado, el terreno del primer barrio construido por Copacabana fue comprado a las religiosas pertenecientes a la Asociación Cultural y de Beneficencia Femenina Damas de La Asunción, conocidas por todos los entrevistados como Hermanas de La Asunción. Los dos motivos principales que llevaron a la compra de ese terreno fueron: su ubicación, al lado de una ruta y cerca de la estación ferroviaria de San Miguel; y su precio final, ya que Las Hermanas de La Asunción lo vendieron a un valor por debajo del de mercado: la superficie total del terreno era de 14.560 m² y su valor final en 1978 fue de \$a 3.120 (Bellardi y de Paula, 1986). Según el padre Meisegeier, solamente se buscaron terrenos en el segundo cordón del conurbano bonaerense, donde el valor del suelo era más accesible que en otras áreas de Buenos Aires¹⁰⁸. Es decir, la relación dinero-accesibilidad fue fundamental en la elección de este terreno. El dinero para la compra del terreno surgió de instituciones vinculadas a la Iglesia Católica, como la Comunidad de Apoyo de la Parroquia San Martín de Tours y Cáritas Buenos Aires.

Según recordó la hermana Adela, perteneciente a las Hermanas de Asunción a quien hemos entrevistado, fue el Padre Meisegeier quien les consultó si podían lotear su terreno para dar una respuesta habitacional a los desalojados de la Villa 31. Ellas, coincidiendo con el planteo del sacerdote, elevaron el pedido al “Consejo Provincial”, donde fue aprobado. Osvaldo Ramos, en su discurso de inauguración del barrio, cuya transcripción hemos encontrado en nuestro relevamiento del archivo de FVC, explicaba que supieron del terreno en enero de 1978. Tan sólo un mes después, el 11 de febrero, había sido aceptada la compra-venta y los integrantes de Copacabana pudieron conocerlo.

Si bien las memorias de los protagonistas afirman que las redes constituidas alrededor de la fe católica fueron las que posibilitaron el acceso al suelo, cabe aclararse que Bellardi y De

¹⁰⁸Meisegeier, José. Testimonio en el Archivo Oral de Memoria Abierta, Buenos Aires, 4 de diciembre de 2004.

Paula (1986) explican que este se pagó mayoritariamente con indemnizaciones que los socios de Copacabana recibieron por parte de la Municipalidad de Buenos Aires al ser desalojados de la Villa 31. Este dinero y su origen ninguno fue omitido en la memoria de los entrevistados. Quizás esto se relaciona con el hecho de que esas indemnizaciones fueron una conquista de CBA y los Curas Villeros, siendo la primera la que se ocupó de su gestión. También puede entenderse como un *olvido* o *silencio* respecto al financiamiento recibido por parte del Estado, lo cual analizaremos en profundidad más adelante.

Entre la documentación del Equipo Técnico de la Vivienda, en la Fundación Vivienda y Comunidad, pudimos encontrar tres informes donde se detallan los aportes económicos de la obra. Uno de ellos está fechado el 30 de septiembre de 1980, otro el 7 de diciembre de 1980 y el último el 30 de junio de 1981¹⁰⁹. Estas fuentes se ubican temporalmente después del 9 de julio de 1980, momento en el que la cooperativa dio por terminada la obra. Estos son los únicos que hemos podido reconocer relativos a esta temática en nuestro relevamiento del archivo. Los tres aparecieron en diferentes informes, carpetas y cajas, nosotros nos encargamos de sistematizarlos y aquí los reproducimos para luego analizarlos:

Cuadro 3: Origen de los aportes financieros de Copacabana en 1980 y 1981

Origen de los aportes	porcentajes al 30/9/1980
Comunidad de Apoyo de la Parroquia San Martín de Tours	62
Cáritas Buenos Aires	5
Ministerio de Bienestar Social	15
Comisión Municipal de la Vivienda	6
Cuota de construcción de los socios	12

Origen de los aportes	porcentajes al 7/12/1980
Donaciones	70
Cáritas Buenos Aires	2
Préstamos	11
Comisión Municipal de la Vivienda	6
Cuota de construcción de los socios	11,7

Origen de los aportes	porcentajes al 30/6/1981
Comunidad de Apoyo de la Parroquia San Martín de Tours	70,5
Cáritas Buenos Aires	3,5

¹⁰⁹ Este último informe fue también citado por Bellardi y De Paula (1986:110).

Préstamo de Cáritas Buenos Aires (subsidio MBS)	3
Comisión Municipal de la Vivienda	9,3
Cuota de construcción de los socios	13,5

Fuente: Archivo de FVC

Notamos al analizar los cuadros, un crecimiento en la proporción de las cuotas, en tanto se siguieron pagando durante años para cubrir los gastos de la obra. También, que las donaciones pasaron del 62% al 70%, lo cual da cuenta que San Martín de Tours siguió aportando (y con una mayor incidencia) luego de terminada la obra. Asimismo, observamos que las cifras ligadas a los préstamos, CBA, MBS y CMV varían en esos años oscilando entre el 26% y 16,2%, es decir, una fracción menor dentro del monto total.

Un punto en que los tres cuadros coinciden, y que resulta crucial para comprender el proyecto de Copacabana, consiste en que la mayoría de los aportes para construcción del barrio fueron donaciones. Esto es coincidente con las memorias de los técnicos. En ese sentido, Carlos Casanova expresaba que las donaciones constituyeron el “95%” del dinero que poseían, dando a entender que representaban prácticamente la totalidad de su financiamiento. Como explican los informes relevados y los testimonios de los entrevistados, la Comunidad de Apoyo de la Parroquia San Martín de Tours tuvo un lugar protagónico en el desarrollo del proyecto.

Raúl Zavalía nos explicó que cuando el padre Meisegeier pidió ayuda al padre Remigio López, de la Parroquia San Martín de Tours, este consiguió que se sume al proyecto Saturnino Llorente y, este último, sumó a Jaques Louis de Montalembert. Zavalía recordaba que Llorente dijo: “¿Cómo la Parroquia San Martín de Tours no va a poder ayudar a un grupo de cincuenta y dos familias de la Villa 31?” y que “se cargó al hombro” la tarea de reunir fondos para Copacabana. Los otros técnicos recordaron de mismo modo a Llorente y los autoconstructores también lo mencionaron, en tanto se había hecho presente durante la obra y el sorteo e inauguración del barrio. Alberto Murillo, al explicar el armado de Copacabana, luego de mencionar al padre Meisegeier, dijo: “Había un señor que tenía muchísima plata, muy bueno, muy amable: Llorente. Estuvo en la villa, nos dio una mano y fue así que hicimos la cooperativa”. Como hemos mencionado anteriormente, Raúl Zavalía expresó que el proyecto Copacabana se pudo concretar con el apoyo económico “del otro lado de la vía”¹¹⁰, es decir Palermo, una de las áreas más ricas de la Ciudad de Buenos Aires, donde se encontraba la Parroquia San Martín de Tours. Posteriormente, la

¹¹⁰ Entrevista a Raúl Zavalía, 23 de mayo de 2015.

FVC y la Cooperativa Copacabana recibieron aportes de otras instituciones, como CBA, la Fundación Interamericana y MISEREOR. Del mismo modo, otras cooperativas fueron apoyadas financieramente por instituciones internacionales como CEBEMO, Maryknoll, entre otras.

Aparte de conseguir donaciones, la Comunidad de Apoyo se encargó de llevar registro de las donaciones que estaban recibiendo. Zavalía nos explicó que habían contratado un contador para dicha tarea, lo cual posibilitó que Copacabana llevara un registro de su situación financiera “con gran prolijidad”¹¹¹, aspecto que podemos observar en los documentos relevados. Este demuestra que, si bien la cooperativa fue un caso pionero y creado en un contexto de emergencia, sus cuentas fueron administradas por personas experimentadas, lo cual representó gran ayuda para su desarrollo.

Las memorias de los protagonistas nos permiten complejizar el estudio de la escasa bibliografía y documentación sobre las formas de financiamiento de Copacabana. Siguiendo a Carnovale: “Las fuentes orales pueden ofrecer, en fin, “claves interpretativas” para adentrarnos en aquellas dimensiones de la experiencia histórica que difícilmente hayan quedado registradas en documentación de época, o, aun, en aquellas que se manifiestan opacas o esquivas para quienes intentan explicarla” (2007:169).

2.5.2 El dinero estatal

Un aspecto relevante de los cuadros citados consiste en que nos permiten reconocer, entre las instituciones que aportaron a Copacabana, a la CMV y al MBS. Aun siendo mínimos los montos, el Estado se hizo presente en las cooperativas, coincidiendo con su accionar político: como anteriormente explicamos, desde la Municipalidad de Buenos Aires aceptaron e incluso se apropiaron (en el Libro Azul) de estos proyectos. En esta oportunidad analizaremos los aportes económicos provenientes del gobierno de facto. Estos nos permiten complejizar nuestro análisis sobre las cooperativas en tanto resistencia a las políticas dictatoriales, sobre el entramado de actores que participó en ellas y sobre las memorias de sus protagonistas acerca de su accionar.

En el archivo de FVC encontramos documentación que aclara que el MBS entregó un subsidio a las cooperativas y que la CMV indemnizó módicamente a sus socios (aspecto que se puede leer como una forma de aportar a una erradicación menos conflictiva,

¹¹¹ Entrevista a Raúl Zavalía, 23 de mayo de 2015.

siguiendo lo analizado en el capítulo 1). Para comprender estos aportes recurrimos a Bellardi y De Paula (1986), quienes explican que hacia fines de 1979 el MBS entregó a CBA un préstamo de 600.000.000 (a ser devuelto en diez años) para ser repartido entre las distintas cooperativas y Copacabana recibió 134.000.000 para sus dos planes. En cuanto a la CMV, la mayoría de los socios recibieron \$670.000 por parte de la municipalidad, como forma de indemnización por ser desalojados¹¹². Como hemos propuesto para el estudio de este caso, no existe la fuente documental “perfecta” que revele la totalidad de un episodio y sus interpretaciones. Esto último surge del diálogo entre la documentación (para este apartado: balances del dinero de las cooperativas, informes de obra y la bibliografía existente) y las memorias de sus protagonistas.

En este sentido, durante las entrevistas que hemos realizado, la mayoría no recordó las indemnizaciones de la CMV o el subsidio del MBS. Las memorias separaban los aportes de la cooperativa en dos grandes grupos: donaciones y cuotas, omitiendo al Estado. Entre los técnicos consultados acerca del financiamiento de la cooperativa, solamente Carlos Casanova recordó al MBS:

De la Comisión Municipal de la Vivienda para estos proyectos, cero; no hubo aporte, nada. Se recibió algo mínimo del Ministerio de Desarrollo muy, muy... un valor ínfimo. O sea, no tenía relación para nada con lo que era el valor de la vivienda y el 95%, 90% de la financiación fueron donaciones que se consiguieron a través de las parroquias (...) ese tipo de cosas y bueno, obviamente, el aporte de las familias que está en relación a una especie de ahorro previo¹¹³.

El arquitecto concretamente negó el aporte de la CMV mientras que los informes detallan el monto y porcentaje que representaron: 670.000 por socio y entre el 6 y 9,3% del financiamiento total. De un modo similar, nos explicó que el MBS realizó un aporte “ínfimo” y, según los informes, esa institución aportó entre un 3% y 15%. Esta variación puede relacionarse con la forma en que FVC repartió el subsidio entre sus dos planes de vivienda: en el informe de 1981 se aclara que a San Miguel correspondía el 3% y a José C. Paz un 10,1%. La omisión de los aportes Estado en los testimonios de los entrevistados puede entenderse, por un lado, como indiferencia frente al poco impacto que tuvo el dinero de las indemnizaciones en la obra. Por otro lado, puede leerse como un rechazo a destacar

¹¹² Hacia 1983 el salario total medio del trabajador industrial era de \$60.000.000, el establecido por el Índice del Peón Industrial era de \$100.991.122 y el valor de una bolsa de cemento de 40kg era de \$100.000. Estas cifras fueron tomadas de la documentación relevada en el archivo de FVC.

¹¹³ Entrevista a Carlos Casanova y Margarita Lovigné, 26 de mayo de 2016.

la presencia del Estado dictatorial apoyando la construcción del barrio. De este modo, siguiendo a Vera Carnovale: “La riqueza de los testimonios no está constituida sólo por lo que ‘dicen’ y la forma en que lo hacen, sino también por lo que callan y omiten, por aquellos sentidos que están ocultos y presentes a la vez en los recuerdos, más allá de la narrativa puntual” (2007:174). La forma en la que fue minimizado el aporte del MBS y negada la indemnización de la CMV, en simultáneo a que se destacaron las donaciones y las cuotas, nos permite reconocer diferentes significados alrededor del dinero que tenía la cooperativa. Estos, a su vez, nos ofrecen una nueva lectura sobre las formas de organización del equipo y su vinculación con el Estado. Las estructuras sociales y culturales terminan definiendo el sentido del dinero, es cual es personalizado a través de un procedimiento que la Zelizer (2011) llama *marcado*. Este nos permite comprender que el dinero no es neutro, anónimo o siempre intercambiable, sino que puede llegar incluso a ser algo único y personal. Entre las diferentes formas y motivos de marcación del dinero encontramos aquellas vinculadas a su “uso” (para un regalo, para una cuota), a sus “usuarios” (dinero para niños, dinero para donar a determinado grupo), a su “origen” (sueldo, herencia, robo, indemnización), entre otras (Zelizer, 2011:255). Los cuadros de financiamiento analizados nos dejan ver que desde el equipo técnico se establecía una clara marcación del dinero que poseía la cooperativa según su origen: donaciones de San Martín de Tours, indemnización de la CMV, cuotas de los socios y préstamo de CBA y MBS. Como puede notarse, la marcación destaca tanto la institución o grupo que aporta el dinero como el mecanismo por el cual lo hace. Esto nos permite ver que esos aspectos del dinero que manejaban les resultaban, por lo menos, relevantes. Sin embargo, esos documentos no nos permiten comprender los significados detrás de esa distinción de orígenes. Los entrevistados, como explicamos, nos propusieron otra forma de marcación, sujeta a su memoria, a la experiencia de cada persona y al modo en el cual se rememora el trabajo realizado en su totalidad. De este modo, los recuerdos del proyecto destacaron determinados orígenes, minimizaron otros y olvidaron por completo algunos.

Como explica Jelin (2012) el olvido puede expresar una voluntad de no traer al presente aquello que nos puede herir, tanto personal como colectivamente. Creemos que olvidar o minimizar el dinero recibido por el Estado puede entenderse como un rechazo a vincular la cooperativa con la ayuda de un gobierno dictatorial, la cual podría dañar la imagen de su obra. También, entendiendo que muchos de los técnicos entrevistados luego participaron (y muchos lo siguen haciendo) en espacios de trabajo dedicados a la vivienda popular y lo

social. Portelli (2003) explica que la memoria sobre un suceso determinado está cosida al momento político en el cual esta se enuncia y al posicionamiento de quienes lo hacen. Esto puede llevar a que se destaquen algunas cuestiones del pasado, así como al olvido u omisión de otras. Retomando a Jelin: “La ubicación social de los diversos actores y sus sensibilidades, la conformación del escenario político en el que están insertos, y las luchas de sentido en las que están embarcados, son algunos de los elementos que ayudan a explicar estos cambios de sentido” (2012:69).

Durante la construcción de los barrios, los integrantes de las cooperativas contaron con la protección de la Iglesia católica. A la vez, el apoyo financiero de la CMV y el MBS representó una legitimación de su trabajo por parte del Estado. Estos aspectos, en alguna medida, les evitaron atravesar posibles situaciones de violencia y represión. En distintas entrevistas, algunos de ellos expresaron haber sido “inconscientes” respecto a lo que podría haberles costado su accionar en ese contexto. Hoy, al tanto del horror de la última dictadura militar, el dinero estatal es *marcado* con el olvido y silencio. Esto, sin embargo, no sucede en los documentos relevados, los cuales nos dejan ver los aportes del Estado a la cooperativa.

Nuestra interpretación del dinero otorgado por el Estado como *sucio* no se basó únicamente en los olvidos, sino también en discusiones que tuvieron los técnicos en ese entonces. Juana Ceballos, fundadora de Madre del Pueblo y miembro de Cáritas Argentina, recordaba que el origen del dinero representó cierta polémica entre los técnicos de las cooperativas. Ella nos explicó que siempre rechazó recibir aportes económicos por parte de la CMV, ya que le parecía erróneo aceptar el dinero de quienes estaban llevando a cabo la erradicación. También recordaba que Copacabana había recibido fondos de la Fundación Interamericana (ligada al Senado de los Estados Unidos) para la construcción de su segundo barrio en José C. Paz (posterior a San Miguel), lo cual fue mal visto por técnicos de distintas cooperativas. Si bien ella aclaraba estar de acuerdo con recibir aportes de esa fundación, así como de cualquier otra que no fuera la CMV, recordó que fue motivo de polémica. Carlos Casanova nos explicó esa cuestión del siguiente modo:

Y digamos como que esa situación de saber que son fondos provenientes de una fundación que dependía del senado de Estados Unidos (...) no dejaba de dar cierto resquemor y alguna discusión, pero bueno, no al nivel de lo que pudo haber sido la discusión si se tenían que tomar los créditos del BID porque eran, en general, de deuda y toda esa historia. Esto era una donación, como que era un poco más limpio

como contenido si querés en ese sentido, pero sí de como que... bueno, obviamente era un poquito discutido. Pero por otro lado, cuando vos ves el accionar y el tipo de proyectos que bancaban, en general, donde ponían bastante hincapié en el tema del desarrollo humano digamos, de la comunidad y demás, no solo en pequeñas donaciones de reparo, digamos. Como que no pareció tan contradictoria como sí, por ahí se podría decir, del origen¹¹⁴.

Por un lado, el anterior testimonio nos permite entender que las donaciones eran entendidas como aportes más *limpios* que otros. Por otro lado, la finalidad del dinero, en este caso el desarrollo humano y comunitario en, podía dignificar los aportes a pesar de su origen. En relación a esto último, Zelizer explica que, en ciertos casos, al dinero *sucio* se le asigna una finalidad específica que permite *lavarlo*. Cuando debatimos sobre este tema con Juana Ceballos, nos dijo: “la plata para usar para los pobres no tiene color, no puedo negar lo que me sirve para darle de comer a un hambriento”. Es decir, tenga el origen que tenga, de usarse para fines solidarios, el dinero está libre de marcaciones negativas. De todos modos, cabe recordar que ella puso un límite moral respecto a los aportes de la CMV.

Los debates sobre el financiamiento de Copacabana nos permiten acercarnos los sentidos sociales y morales que atravesaban al dinero recibido, a partir de sus orígenes. En este sentido, podemos interpretar que los motivos por los cuales los entrevistados olvidaron u omitieron mencionar los aportes del Estado, pueden ser su mínimo impacto o el hecho de que representaban un dilema moral al tratarse de un gobierno de facto. Dilema que claramente no sucedía con las donaciones de iglesias y parroquias. Incluso, estas últimas, refuerzan la épica de la cooperativa que pudo construir un barrio sólo con el apoyo de fieles y el esfuerzo de sus vecinos. La memoria, por momentos, construye esa épica omitiendo detalles y destacando otros. Esto de ningún modo busca restar mérito al trabajo realizado por las cooperativas, sino complejizar su análisis. Como explica Jelin (2012) resaltar los rasgos heroicos lleva inevitablemente a silenciar los errores y tensiones, cuyo análisis es necesario para un estudio complejo de la historia reciente.

¹¹⁴ Entrevista a Carlos Casanova, realizada el 2 de octubre de 2014.

2.5.3 El pago de las cuotas

Cuando se formó la Cooperativa Copacabana se aclaró que sólo podrían participar aquellos que pudieran pagar una serie de cuotas que cubrirían los gastos de obra, esto en tanto no era seguro contar con otros recursos económicos, tal como sucedió. Para muchas familias esto fue difícil. Como expresaba –y se lamentaba– el padre Vernazza (1989), las cooperativas debieron tomar la “decisión realista” de no aceptar socios incapaces de pagar las cuotas. El siguiente testimonio de una autoconstructora nos permite comprender un poco más este tema:

Mañana hay que llevar el dinero de las primeras cuotas y *ponele* que nosotras habíamos pagado una cuota, dos. No teníamos, Doce de la noche y Osvaldo (Ramos) decía: ‘Consigan, consigan de donde sea’. Y como te decía, mamá recibió hijos de la vida en casa (...) ‘Muchachos’–mamá lloraba, ‘tenemos que pagar’, porque ellos contribuían, traían la carne o la papa o la azúcar porque vivían ahí. Dicen: ‘¿Cuánto falta?’ Osvaldo había dicho: por lo menos tres cuotas juntas hay que pagar y eran cinco pesos. Como que te diga ahora que tenés que pagar tres cuotas de cincuenta [*equivalente a 6 dólares aproximadamente al momento de la entrevista*], supongo yo. Y no había. No sé qué hicieron ellos, volvieron como a las dos de la mañana con montón de monedas y llegamos (...). Y fueron ellos a entregar, de parte de mi mamá, el dinero (...). Y fue así, no sé bien el trasfondo, que era para la compra del terreno. Y que los que no pagaran lamentablemente quedaban afuera.¹¹⁵

Este testimonio nos presenta la otra cara de la cita de Vernazza, la complicación que fue para muchos llegar al pago de esas primeras cuotas que definían el poder entrar a la cooperativa. D también recuerda ese momento: “había que poner, no sé, ochenta [*pesos*] cada uno, era muy poca plata, como para hacer unos papeles y nadie quería poner viste (...) fui a un par de reuniones y ahí entendí más o menos y ahí me enganché”¹¹⁶. La reticencia a pagar las cuotas iniciales puede también entenderse por la desconfianza que existía en relación a este tipo de proyectos, debido a las estafas que hemos explicado anteriormente. En nuestras entrevistas a técnicos y autoconstructores ninguno recordó que se hubiera rechazado a alguien por no poder cumplir con las cuotas. Esto puede leerse como una priorización en consolidar el equipo de trabajo por sobre las cuotas o también podemos entender esto como una “voluntad de silencio, de no contar o transmitir, de

¹¹⁵ Entrevista a Nora, 8 marzo de 2015

¹¹⁶ Entrevista a D, 12 de mayo de 2015. El entrevistado prefirió que no se mencionara su nombre.

guardar las huellas cerradas en espacios inaccesibles, para cuidar a los otros, como expresión del deseo de no herir ni transmitir sufrimientos” (Jelin, 2012:31). El rechazar a alguien por no poseer dinero suficiente para integrar una acción colectiva, en medio de una erradicación, va en un sentido contrario a los valores de horizontalidad y ayuda que propusieron las cooperativas. De ahí, la aclaración de Vernazza.

Entre los motivos por los cuales se insistía en que los socios pagaran las cuotas de sus viviendas se encontraba el de recuperar el dinero recibido para seguir construyendo nuevos barrios. El Equipo Técnico de la Vivienda, ya conformado en la Fundación Vivienda y Comunidad, había comenzado su segundo plan en simultáneo a San Miguel y pronto también empezaría los barrios San José Obrero I y II, en Merlo. Todos ellos dedicados a habitantes de villas bajo procesos de erradicación y en condiciones de enorme vulnerabilidad. El pago de cuotas era parte de un círculo virtuoso que replicaría la experiencia de Copacabana en nuevos proyectos al mismo tiempo que la fundación crecía. Este sistema era llamado Fondo Rotativo y, según recordaron algunos técnicos, lo habían aprendido de la fundación MISEREOR. Ellos les explicaron esta forma de encarar los proyectos de vivienda y aportaron significativamente a la consolidación de la FVC¹¹⁷.

El entendimiento de un barrio como posibilitador de otro a través de una serie de reglas, como el pago de cuotas, hacen al *espacio concebido* por el equipo técnico. El barrio La Asunción debía iniciar una red, para ello debían pagarse las viviendas en tiempo y forma. El barrio se hacía colectivamente, se lo pagaba individualmente y ayudaría a construir otro. Como hemos expuesto previamente, existe una distancia entre *espacio concebido* y el *vivido*. Esta se manifiesta a través de las tensiones colectivas, de las complicaciones individuales y de cambios en el contexto en el cual se pensó inicialmente ese espacio. Estos aspectos han sido, y continuarán siendo, analizados en esta tesis.

Las tareas de obra se realizaban los sábados, domingos y feriados, luego de la semana laboral de los autoconstructores. El trabajo fue extenuante y muy pesado y, aparte de ello, debía sumarse el pago de las cuotas. En las asambleas, que ya fueron mencionadas, se repasaban las tareas, los avances y se hacía un balance del dinero del cual se disponía, de las horas de trabajo y de las cuotas que adeudaba cada miembro. En ellas, muchas veces se discutía sobre el dinero adeudado y sus conflictos. Susana Murphy nos explicó que ella se encargaba de llevar un control de las cuotas, pero “con la plata es muy difícil de presionar con gente que no tiene con qué hacerlo”. Margarita Lovigné, de modo similar, recordaba

¹¹⁷ Entrevista a Raúl Zavalía, 23 de mayo de 2015.

que “por más entusiasmo, no les da el bolsillo”. De este modo, las cuotas no siempre se podían cobrar y era algo que había que aceptar de un modo u otro. Bellardi y de Paula (1986) explican que cuando el incumplimiento de los pagos llevó a una sustancial acumulación de deuda, desde el Equipo Técnico de la Vivienda se buscó armar un plan accesible para cancelarla. Todo esto con la finalidad de cubrir los gastos de la obra. Muchos autoconstructores destacaron que el pago de las cuotas durante la obra les fue muy difícil, sin embargo, ninguno recordó que alguien hubiera sido echado de la cooperativa por imposibilidad de pago, como lo establecían el reglamento y convenio. Cabe recordar el contexto de desindustrialización, desocupación y caída del salario real como política socio-económica de la última dictadura militar.

El hecho de que unos socios pagaran las cuotas y otros no, fue visto, en retrospectiva, por Susana Murphy como una “injusticia”:

Tenerles paciencia a algunos es muy injusto. Porque hubo gente que pagó de la primera a la última cuota religiosamente, mucha, la mayoría. Y hubo otros que tuvieron la casa y siempre tenían algún problema (...) y se los consideraba y tuvieron la casa casi gratis. Eso siempre fue una injusticia (...) Hay cosas de la autoconstrucción que si no se cumplen a rajatabla terminan en una injusticia.¹¹⁸

En el testimonio anterior, Susana reflexiona sobre sus memorias a la luz de sus años de experiencia y trabajo en otros proyectos. Cuando le consultamos cómo experimentó esa situación en ese momento, nos contestó que “las cuotas no se cumplían nunca, no se llegaban a recuperar. Había un control al principio, más de horas que de cuotas, porque nos interesaba más que se llevara a cabo el trabajo, después las cuotas”¹¹⁹. La diferencia que se estableció entre el incumplimiento de las horas de trabajo y de las cuotas se entiende a partir de que el primero ponía en jaque la construcción del barrio, mientras que el segundo no lo hacía. Al contar con donaciones y financiamiento suficientes para realizar la obra, las cuotas pasaron a un segundo plano. Estas no eran indispensables para que la obra se materializara, sino un compromiso que debían cumplir. Incluso se llegó a debatir si tenía sentido o no cobrarlas, decidiéndose al final que sí para costear nuevos proyectos de hábitat popular. Para llevar esto a cifras concretas, en nuestro relevamiento de los documentos de la Cooperativa Copacabana encontramos que, al momento de la inauguración del barrio, las cuotas representaban el 12% del dinero que tenían.

¹¹⁸ Entrevista a Susana Murphy, 15 de octubre de 2014.

¹¹⁹ Entrevista a Susana Murphy, 15 de octubre de 2014.

Otro motivo por el cual entendemos que el control de las cuotas fue menor que el de las horas de trabajo consistió en que estas representaban un aspecto individual del proyecto y no colectivo. La autoconstrucción era la base de la Ayuda Mutua y el vehículo con el cual el equipo se organizaría en una comunidad. El trabajo implicaba estar presente, compartir, ayudarse, generar nuevos lazos; situaciones que efectivamente se lograron gracias al control de horas en la obra. Las cuotas establecían un vínculo entre cada socio y FVC, no entre los futuros vecinos. Mientras los objetivos sociales de la autoconstrucción aparecen como un aspecto fundamental en los manuscritos relevados del Equipo Técnico de la Vivienda, en ninguna parte encontramos referencias sobre el pago de cuotas, ni individualmente ni ligado a la obra.

Muchos de los entrevistados, tanto técnicos como autoconstructores, recordaron el enorme esfuerzo que les significó pagar toda la vivienda luego de la obra y a lo largo de los años. De acuerdo a un informe de octubre de 1980 relevado en el archivo de FVC, el costo total de cada vivienda más infraestructura era de \$13.000.000 aproximadamente. Esa cifra debía pagar cada socio para cubrir el costo total de la vivienda. Sin embargo, para diciembre de 1980, mes de la inauguración del barrio, el promedio de lo pagado por socio era del 13,85%. Por ese motivo se plantearon esquemas de pago en cuotas accesibles, los cuales, a la vez fueron alterados por los vaivenes de la economía. En nuestro relevamiento del material documental encontramos numerosos informes y minutas de reuniones de distintos años (ya que las cuotas llegaban hasta comienzo de los noventa) donde se detallan las propuestas de la FVC para que los vecinos pagaran el saldo adeudado. Cada texto presenta variaciones y actualizaciones cuyo detalle no tiene sentido incluir en este trabajo, pero sí señalar que ellas nos demuestran que la idea inicial de cubrir los gastos reales de la vivienda se vio truncada. También nos permite reconocer la dificultad que tuvieron los técnicos para cobrar las cuotas establecidas, hecho que se relaciona con las conflictividades grupales que atravesó Copacabana. Esto también aparece en el trabajo de Bellardi y de Paula (1986) donde se menciona la existencia de conflictos vinculados al incumplimiento de las cuotas y la creación de planes de pago.

En relación a pérdida de valor de las cuotas, Carlos Casanova recordaba, con humor, la siguiente anécdota sobre el barrio Frino, segundo construido por Copacabana:

[*El pago de la vivienda*] se ajustaba con el menor de los índices con lo cual a los dos años se pagaba chaucha y palito. Y además si bien hubo un cobro abierto, sistemático y todo, el que no pagaba no tenía desalojo. Se actualizó con el menor de dos índices,

o sea, siempre el menor; entonces siempre bajaba. Me acuerdo que una vez vino uno de José C. Paz a pagar cuarenta y ocho cuotas. Le digo “¿qué me estás pagando, lo que te falta de la casa o un par de zapatillas?” Era un par de zapatillas buenas, no? O sea, como si te dijera que me pagaba dos lucas [*dos mil pesos*] por lo que costaba la casa. Había quedado un valor tan ridículo (...) la inflación se comía todo, pero bueno, quedó una cuota simbólica que se pagaba¹²⁰.

Un vecino de La Asunción nos explicó que con el dinero del aguinaldo, un mes de sueldo y ahorrando durante las vacaciones pudo pagar entre diecisiete y veinte cuotas. Otro también compartió un recuerdo similar:

Me acuerdo que había pagado veinte cuotas y justo fue que se devaluó la plata, ¿te acordás? La época del quilombo de Alfonsín (...). Y estaba laburando yo en la gaseosa, *ponele* laburé 10 días y hablando con un amigo –viste que uno a veces tiene esas cosas– me dice: ‘¿Ya fuiste a pagar el coso?’ , ‘No, viste con el quilombo que hay acá’, ‘Andá, aprovechá ahora que la plata no vale nada’. Habrá pasado un mes (...) tenías que pagar mucho para la cuota, como mil pesos, y me salía veinte pesos la cuota. Así que laburé diez, quince días un mes y me pagué toda la casa junta. No me querían subir, cuando yo fui a pagar me decían que no, que tenía que esperar pero no. ‘¿Pero cuántas cuotas?’, ‘¿y cuántas debo?’, ‘como 60 y pico, 70 cuotas’, ‘bueno, las quiero pagar’ y las pagué ahí. Me tuvieron que sellar todo.¹²¹

Luego de distintas crisis económicas las cuotas llegaron a tener un valor irrisorio en comparación con otras viviendas de similar calidad y dimensiones. Esto incluso choca con las memorias sobre las primeras cuotas, las cuales implicaron un enorme esfuerzo. Este escenario, al mismo tiempo, posibilitó a muchos integrantes cancelar su deuda con la FVC y concluir un camino de acceso a la vivienda de largos años. Las cuotas aportaron a la épica de los autoconstructores que debieron, además de organizarse en un contexto de enorme violencia para resistir las políticas de desalojo y de construir barrios enteros con sus propias manos, reunir el dinero necesario para costear las viviendas.

¹²⁰ Entrevista a Carlos Casanova y Margarita Lovigné, 26 de mayo de 2016.

¹²¹ Entrevista a D, 12 de mayo de 2015. El entrevistado prefirió que no se mencionara su nombre.

Capítulo 3. La construcción del barrio La Asunción, en San Miguel



Imagen 5: Hombre y mujer trabajando en las terminaciones del barrio La Asunción, diciembre de 1982 (Archivo FVC).

3.1 Introducción

El 25 de mayo de 1978 se formó Copacabana, la primera de las cooperativas. Ese mismo día tuvo inicio el trabajo para la construcción del barrio La Asunción, primero en ser edificado como respuesta al desalojo. Ese día se recolectaron escombros de la Villa 31 que estaba siendo demolida para ser utilizados, posteriormente, como cascote en el hormigón de las nuevas viviendas. La cooperativa y la obra nacieron juntas. Es por ello que creemos relevante detenernos en el proceso de autoconstrucción del barrio. Entre cada pozo que se hizo y ladrillo que se colocó, se manifestaron relaciones de jerarquía, solidaridad entre compañeros, tensiones por incumplimiento de normas, voluntad de dar forma a un proyecto comunitario, ilusiones y disputas. En este capítulo analizaremos su proceso de autoconstrucción: la forma en la que se ordenaron para la toma de decisiones, las dinámicas grupales en la obra, el empleo del sistema de Esfuerzo Propio y Ayuda Mutua y los conflictos de su aplicación. Para ello recurriremos a distintos documentos de la

cooperativa, como minutas de las reuniones de los técnicos e informes de avances e indagaremos sobre las memorias de sus protagonistas, tanto técnicos y autoconstructores, en relación a este proceso.

Comenzaremos analizando las tensiones presentes en el desarrollo de la obra. Por una parte, aquellas ligadas al miedo en que el proyecto llegara a buen puerto, en simultáneo a la confianza en el equipo. Por otra parte, el cansancio y deterioro de los lazos colectivos, en contrapunto con el esfuerzo de hacer un barrio por autoconstrucción cooperativa. Luego indagaremos en las particularidades del sistema constructivo utilizado (Mampuesto Alma Suelo y del EPAM y la Autoconstrucción Asistida. Buscaremos poner en contraste las discusiones teóricas planteadas en los documentos respecto a la forma y *objetivos sociales* de la construcción, con las memorias de sus protagonistas sobre lo sucedido en la obra. Es decir, tomando diferentes ejes pondremos la mirada en el contraste y las tensiones entre las ideas iniciales del proyecto y su implementación. Finalmente, nos detendremos en un momento relevante: la asignación y toma de posesión de las viviendas terminadas. Como veremos, esto significó la primera fractura del grupo.

Los conflictos internos que atravesó Copacabana, al igual que su lucha contra los desalojos y su articulación con otras instituciones, exponen la complejidad de estas experiencias, evitando el sesgo de una mirada que construya esta experiencia como heroica, en relación a su resistencia a la última dictadura militar. En este sentido, concluiremos subrayando la paradoja de que los vecinos de La Asunción fueron víctimas de la erradicación y beneficiarios de una mejora habitacional.

3.3 La obra, la confianza y la alegría

El 18 de julio de 1978, casi dos meses después de la creación de la cooperativa, comenzó el trabajo en San Miguel con el desmonte de la arboleda del terreno. En septiembre se realizó el replanteo de las viviendas y en octubre se realizaron los primeros pozos para la construcción de los cimientos. La bloquera llegó a la cooperativa durante el mes de diciembre y poco después, en febrero de 1979, comenzaron a elevarse las mamposterías. En noviembre de 1979 se colocaron las losetas que formarían las cubiertas de las viviendas, única tarea de la obra contratada. Con esa etapa concluida y con la terminación de los últimos aspectos necesarios para llegar a un grado de habitabilidad suficiente, Copacabana finalizaba las cincuenta y dos viviendas de su proyecto. Siguiendo las

motivaciones del EPAM, las viviendas se asignaron, mediante un sorteo, método que consideraron más justo y horizontal. Esto sucedió el 9 de julio de 1980 y, a partir de ese momento, la modalidad de trabajo cambió y cada propietario empezó a trabajar en su propia vivienda: revoque interior, equipamiento de la cocina y revestimiento de baño, entre otras tareas. La inauguración del barrio se realizó el 21 de diciembre de 1980 y poco después comenzó la mudanza de todo el grupo.

Este proceso no fue sencillo ni lineal, estuvo cargando de obstáculos que debieron resolverse para llegar a terminar las viviendas. Para dar comienzo a la obra los socios debieron superar el *miedo* de ser estafados, sin embargo, todos los integrantes de la cooperativa que hemos podido entrevistar consideraban que el proyecto era sumamente *ambicioso y difícil*. Entre los testimonios aparecieron repetidas veces definiciones como “utópico”, “irreal”, “imposible”, también se mencionaban frases tales como “nadie creía en la cooperativa”. Estas apreciaciones fueron, con el avance de la obra, disipándose. Para Alberto Murillo la primera visita al terreno fue un día clave: “Vinimos un domingo a conocer el terreno (...) estaban todos los vecinos, casi todos (...). Sabíamos que acá teníamos los lotes, vinimos a ver el lugar, nos gustó el lugar. Cada vez más convencidos de que había que ponerse a trabajar”¹²². Mientras que para Alberto el terreno significó un crecimiento de la confianza en el proyecto, para Nora ese momento fue al comenzar la elevación de los muros de las viviendas. Una opinión similar tuvo la arquitecta Susana Murphy, quien asoció el crecimiento de la confianza en el proyecto al cambio de percepción del espacio que tuvieron las personas al reconocerlo volumétrica y materialmente.

El vínculo entre la confianza y la materialización de la obra se cruza con otro aspecto del proyecto: la fe. Sobre esto, Nora explicó lo que para ella significó la fe católica:

(...) impulsar a creer, porque como dijo el padre Pichi, especialmente a los hombres: ‘Ustedes son incrédulos, yo entiendo que no pueden creer en algo que no ven o que no sienten o que no se les puede enseñar. La vida les va a hacer entender que está’. Muchas veces, después, con el tiempo, todo fue cambiando; llegaron a darse cuenta que era así. Llegaron a ver que sí, que siempre hay algo que te impulsa. Vos decís: ‘Soy yo’, y no, no solamente sos vos. Está, como le digo a mis nietos, está la magia, está lo místico, está la fe. Si vos no tenés fe, no creés en lo que vas a hacer, es como que no creés. Y ellos no creían –los hombres– que se iba a hacer las casas. Cuando

¹²² Entrevista a Delia Andrade y Juan Alberto Murillo, 2 de diciembre de 2014.

ya empezaron a ver, empezaron a creer (...) había quien creía que era esfuerzo propio y nada más, pero no, estaba la otra parte, la fe.¹²³

Como explicamos, las cooperativas surgieron alrededor de la figura de los Curas Villeros, de sus capillas y parroquias. El vínculo con la fe católica fue más allá de la organización, del agrupar fieles y vecinos. Fue un aspecto determinante para la construcción y acompañó a los integrantes durante toda la obra. Muchos de los entrevistados hoy destacan que la “fe” que tuvieron en el “proyecto”, en el “grupo”, en “la Virgen” y en “Dios”, fue lo que los motivó para realizar el trabajo. Juana Ceballos explicó durante una entrevista, que el ser católicos significaba que “ibas a hacer lo mejor”¹²⁴, inclusive las viviendas. Esto da cuenta de su concepción de la moral religiosa que portaban y cómo se insertaba en el proceso de autoconstrucción.

El Equipo Técnico de la Vivienda realizaba periódicamente asambleas dedicadas a reflexionar sobre lo que implicaba la cooperativa como forma de organización colectiva, con el fin de lograr los objetivos sociales del EPAM. También, coincidiendo en gran medida con las ideas de FUNDASAL sobre la construcción de sentidos de comunidad, Alberto Murillo nos expresó que “acá [*en la obra*] hay familias que se han hecho comadres y compadres”¹²⁵.

El trabajo en la obra, a pesar del cansancio, el peso de los materiales y el tiempo, también era vivido con alegría. Estaban construyendo sus viviendas, de modo colectivo y con la certeza de que obtendrían una respuesta habitacional definitiva. Este sentimiento de felicidad está indisolublemente unido a la experiencia de consolidación del grupo. La siguiente afirmación de Nora expresa lo recabado en muchas de las entrevistas:

Empezamos a llenar. ¿Qué era llenar? El famoso cemento con tosca (...) era un juego, ya éramos grandes, pero era un juego (...) Entonces cargábamos el cemento con la tosca, y con la carretilla llevábamos, porque se volcaba en la carretilla y de ahí con baldes, a veces había un agujero y terminaban encastradas. (...) Nosotros nos reímos también¹²⁶.

La vivencia de la obra como un juego expone la fuerza de los lazos de amistad que compartía el grupo. Esta idea de juego era acompañada por los asados, almuerzos, partidos

¹²³ Entrevista a Nora, 8 marzo de 2015

¹²⁴ Entrevista a Juana Ceballos, 13 de septiembre de 2013.

¹²⁵ Entrevista a Delia Andrade y Juan Alberto Murillo, 2 de diciembre de 2014.

¹²⁶ Entrevista a Nora, 8 marzo de 2015. Allí relata el *llenado* de los bloques de hormigón con suelo-cemento (desarrollado por el CEVE) para la elevación de las mamposterías de las viviendas.

de fútbol que se hicieron en San Miguel en simultáneo a la obra. Esto no contradice que, a la vez, el grupo se haya fragmentado en su segunda formación priorizando los lazos familiares, de amistad y laborales previos. También hubo lugar para celebraciones, almuerzos, cumpleaños y bailes, los cuales continúan hasta el día de la fecha, por ejemplo, en festividades como el día de la Virgen de Copacabana, Aniversario de la Cooperativa, carnavales, entre otras. Como podemos notar, en cuanto a la confianza y la alegría, que el *espacio concebido* trazó una serie de reglas que se mantuvieron en el barrio. Esto había sido un punto importante de los objetivos del EPAM para consolidar luego una comunidad. Los testimonios de felicidad nos muestran que, en paralelo a la erradicación más dura que vivieron los habitantes de las villas, hubo lugar para celebraciones. Estas memorias serán analizadas en profundidad más adelante en este capítulo.

3.4 El cumplimiento de las normativas

Anteriormente hemos analizado la estrategia “serpiente” de las cooperativas para resistir la erradicación. Allí mencionamos aspectos como la intervención de la Iglesia y de actores de peso social y político, la aceptación de la partida hacia el conurbano y la autosuficiencia técnica y económica. También destacamos la vinculación con el Estado, la cual más allá de haber sido necesaria para evitar cualquier tipo de represión y que sus integrantes fueran desalojados, era de carácter obligatorio para el proyecto mismo de las cooperativas: construir barrios. Cualquier tipo de acción colectiva cuya finalidad sea la edificación de obras de arquitectura y loteamientos en el marco de la legalidad, necesariamente debe cumplir con normativas de construcción y uso del suelo. La intención de las cooperativas fue la de hacer barrios absolutamente en regla y así garantizar un acceso viviendas definitivas para grupos que venían de una situación de informalidad normativa en las villas. Como expresó Nora durante una entrevista mientras discutíamos sobre esto: “La marginalidad de vivir en la villa me dolía (...) vivías en una villa y no era tuyo donde estabas (...) Me decía: ‘algún día voy a tener mi techo. Donde para entrar me tengan que pedir permiso. Donde no venga cualquiera y me patee la puerta y pase’. Porque no es mío. Porque pertenece al Estado, porque pertenece a la Provincia. Porque era como vivir de prestado”¹²⁷.

¹²⁷ Entrevista a Nora, 8 marzo de 2015

La forma con la cual esto se concretó el acceso a la vivienda, más allá del apoyo de diversos actores, fue con el cumplimiento de las tramitaciones y normas necesarias durante la obra. En nuestro relevamiento del archivo de FVC encontramos el boleto de compra-venta del terreno, con fecha de 26 de junio de 1978 (un mes previo al comienzo de la obra) y los documentos de la escrituración del terreno, la cual se realizó mucho tiempo después: el 20 de agosto de 1981. También encontramos el plano de mensura del terreno –con fecha de aprobación del 17 de mayo de 1978– necesario para efectuar la compra-venta. Antes, hacia fines de 1977 y con sólo quince integrantes, Copacabana se inscribió en el Instituto Nacional de Acción Cooperativa (INAC). Estos trámites fueron parte de los pasos previos necesarios para la construcción del barrio y para los cuales se requirieron las firmas de un agrimensor matriculado y de las oficinas estatales correspondientes.

El 8 de noviembre de 1978, la Asociación Cultural y de Beneficencia Femenina Damas de La Asunción envió una carta al coronel Luis Ortelli, intendente Municipal del Partido de General Sarmiento solicitándole la apertura y continuación de las calles Los Andes y Rodrigo de Triana, necesarias para el loteo. De este modo vemos cómo diferentes espacios vinculados a la Iglesia católica se relacionaron con el Estado en nombre de las cooperativas para la edificación de las viviendas. Para el tendido de la red de agua potable, pozo y tanque comunitario se contrató a la empresa Juan Bellino e Hijos y para la colocación de las losetas vibradas que funcionaron como la cubierta de las viviendas se contrató a la empresa Osvaldo Abeledo. Ambas empresas dialogaron institucionalmente con CBA, en representación de Copacabana. En tanto los bloques de hormigón con los que se levantaron las viviendas fueron manufacturados por la cooperativa, se debió contar con el aval del Instituto del Cemento Portland Argentino. Esto para comprobar que cumplían con las normas de seguridad adecuadas para la construcción de viviendas.

Por un lado, la prolijidad con la que se llevó a cabo la obra contribuyó en la definición del marco legal del nuevo barrio. Por otro lado, la inserción de las nuevas manzanas en la trama urbana, la materialidad y diseño de las viviendas que se integraban fácilmente al repertorio arquitectónico del entorno, contribuyeron a hacer de La Asunción un barrio alejado de toda imagen de ilegalidad con la que era *estigmatizada* la población villera (Guber, 2004). Ambos puntos quedaron demostrados en la inauguración del barrio que analizaremos posteriormente, con la presencia de representantes del municipio.

3.5 Los largos tiempos de obra y el esfuerzo

El recorrido entre el proyecto urbano y arquitectónico y su puesta en marcha en la obra no sucedió de modo lineal. Cada desafío, cada eventualidad y apropiación del espacio llevaron a repensar las normas y organización colectiva. En este sentido, rescatamos la siguiente lectura de Martínez Lorea sobre el concepto de *espacio urbano* propuesto por Lefebvre:

lo urbano no puede entenderse como escenario armónico acabado sino como espacio de conflictos, de enfrentamientos, espacio de lo imprevisible, de desequilibrios, donde las “normalidades” se desarman y rearmen a cada momento. Si bien es también espacio de encuentro, de lo lúdico y de la belleza (...) es allí donde se movilizan las diferencias y donde nada puede darse por sentado porque hablamos de actores y actos reales (y/o posibles) y no de estados mentales (aquellos del espacio abstracto) (Martínez Lorea, 2013:27).

La obra en tanto espacio urbano, compartido y vivido, en tanto espacio real y no abstracto, presentó “conflictos” y situaciones “imprevisibles” que la llevaron a “rearmarse”. Para abordar esto nuevamente pondremos en relación las fuentes documentales relevadas y las memorias de los protagonistas. Como afirma Vera Carnovale:

Entre las intencionalidades de los sujetos y los acontecimientos más generales que sus actos provocan no media una relación lineal, sino otra en la que se entrelazan los imponderables, las subjetividades y las estrategias de los otros. La imbricación de estos factores y sus implicancias más generales merecen ser tenidos en cuenta en la investigación histórica. Sin postular transparencias ingenuas, y aceptando que la intencionalidad de los sujetos sólo puede verse, en el mejor de los casos, reflejada en forma opaca en las fuentes, es posible afirmar que los testimonios, por la dinámica de su construcción y por la escala de perspectiva que ofrecen, permiten visualizar mejor que otras fuentes la forma en que aquellos factores se ponen en juego (2007:168).

Los testimonios nos acercan de un modo privilegiado a los “imponderables, subjetividades y estrategias” que median entre aquello *concebido*, *percibido* y *vivido*. Allí encontramos el afianzamiento de lazos de confianza, el cansancio y dificultades de la obra y del pago de las cuotas. También, como veremos más adelante, el incumplimiento de las reglas de trabajo y las tensiones alrededor de la desigualdad de género y de la organización colectiva.

En este apartado abordaremos el cansancio en la obra y sus consecuencias. Principalmente, porque surgió como un eje destacado en las memorias de los autoconstructores, cuya acción fue predominantemente física. También, porque es un tema poco abordado en los estudios sobre este tipo de organizaciones colectivas y creemos que su análisis puede ser de gran ayuda para comprender sus tensiones, transformaciones e incluso conflictos.

Dentro del cuaderno encontrado en la carpeta titulada “San Miguel I”, con anotaciones hechas a mano, se expresaban los lineamientos que debía seguir la construcción de La Asunción. Esto, consecuentemente entendemos, se redactó antes del comienzo de la obra. En la descripción del trabajo constructivo, se aclaraba que la construcción debía durar aproximadamente ocho meses hasta llegar al nivel de habitabilidad mínimo de las obras y agrega: “si es menos no permite consolidar el proceso social. Si es mayor produce cansancio y desmoralización”. Nuevamente, la dimensión productiva de la obra aparece unida a la social. Si la construcción era demasiado rápida no se llegaría a consolidar el grupo y si era demasiado lenta podría dañar los vínculos y así a la futura comunidad. En este caso, ese proceso se extendió entre el 25 de mayo de 1978 y el 9 de julio de 1980, es decir, más de dos años. Si bien no podemos saber si los ocho meses son efectivamente el tiempo ideal en este tipo de obras, según todos los técnicos y autoconstructores entrevistados, se tardó más de lo debido. Este aspecto fue entendido por los entrevistados desde dos ángulos: uno, destacando el enorme esfuerzo de los autoconstructores, quienes trabajaron durante años para tener su vivienda, y otro, desmoralizando al grupo y perjudicando el colectivo. Es decir, la advertencia del riesgo de tiempos más largos no estaba desacertada.

De acuerdo a la segunda sección del reglamento y el tercer artículo del convenio, los socios debían trabajar fines de semana y días feriados, cumpliendo un total de veintiuna horas semanales (diez horas y media por día), de 7:30 a 18:30 horas, con media hora para el almuerzo. Es decir, luego de (y sumado a) la jornada laboral, lo cual llevó a que el avance fuera muy lento y cansador. Margarita Lovigné y Carlos Casanova, recordaban esa tardanza y aclaraban: “Si hay algo con lo cual no cumplimos fue con que fuera rápido”¹²⁸. Es decir, entendían que la demora estuvo ligada a las decisiones de la dirección de la obra. Específicamente, a que el trabajo se realizara únicamente los fines de semana, a la elección del sistema constructivo MAS, donde también debían construirse los bloques. Consideraron que se debería haber contratado personal para que trabajara durante la

¹²⁸ Entrevista a Carlos Casanova y Margarita Lovigné, 26 de mayo de 2016.

semana y adelantara el trabajo. La voluntad de que todo fuera realizado colectivamente y por autoconstrucción limitó la obra, más aún durante las tareas más difíciles. Al mismo tiempo, esto fue difícil de evitar ya que el escaso dinero que tenían les impedía cualquier tipo de contratación. Únicamente se pagó a una empresa la compra y colocación de losetas de hormigón armado para las cubiertas de las viviendas. La decisión de la contratación a terceros, en lugar de hacer ellos mismos las losas, se tomó porque la obra no podía estirarse más tiempo. Sobre este tema, Susana Murphy nos explicó que “cuando vos pensás que la gente tiene que hacer el sacrificio de hacerse la casa, había que buscar el terreno, que fue un trabajo de un año y pico, conseguir el terreno, conseguir los materiales, conseguir (...). Nosotros estábamos atrás de todos eso y así se atrasó la obra, que todo eso estaba ahí, que llegaba que no llegaba”¹²⁹. Muchos de los técnicos entrevistados, hoy con un largo camino realizado en el campo de la vivienda popular, coincidieron en esta autocrítica y en que los tiempos de obra implicaron demasiado esfuerzo físico por parte de los socios. Margarita Lovigné recordaba que la edificación del barrio fue “nuestra primera experiencia (...) y gracias a Dios fue posible, pero bueno tuvo el costo del desgaste de la gente”.

En una charla compartida con un integrante de Copacabana durante el aniversario de la cooperativa, nos explicó que el tiempo que tardaron en hacer las viviendas fue enorme: “pensábamos que no terminaba más”¹³⁰. Delia Andrade, en otra oportunidad, había destacado lo mismo: “no terminábamos la casa, se hacía largo, se hacía largo” y Alberto Murillo, su marido, agregaba: “la gente ya estaba cansada, sábado y domingo acá, ¿y la casa?, ¿y la casa?” (...) Ya los últimos tiempos nadie venía porque ya era demasiado”. Muchos destacaron, en relación con lo que expresaba los documentos, que a medida que se estiraba la obra, el cansancio y las ausencias se sentían más. Es decir, no sólo se estiraba el acceso a la vivienda, sino también el esfuerzo físico que hacían todos los sábados y domingos, luego de la semana laboral. Esto aparece entre las memorias de casi todos los protagonistas, quienes destacaron lo duro y sacrificado del trabajo. Transcribimos el siguiente diálogo entre Alberto Murillo y Delia Andrade, donde ambos recuerdan cómo vivieron esa situación:

Alberto: Yo entraba a trabajar el jueves, el viernes y recién el sábado a la tarde me iba a mi casa. Esas dos noches dormía en el vestuario de la empresa en un banco.

¹²⁹ Entrevista a Susana Murphy, 15 de octubre de 2014.

¹³⁰ Este entrevistado prefirió que no mencionemos su nombre.

Delia: Cuando empezamos a hacer las casas, él estaba terminando un curso de técnico minero.

Alberto: Yo estudiaba, hacia la casa y trabajaba.

Delia: Hubo una época, vivíamos en Lomas, en vez de ir a Lomas se venía acá a trabajar. El viernes, en vez de ir a casa se venía acá, con el bolso para venir a trabajar acá.

Alberto: Ella venía desde Lomas de Zamora con la comida acá, para comer con los chicos el domingo.

Delia: Claro, había pasado como dos meses que mis hijos no lo veían a él, porque él el domingo volvía y mis chicos estaban durmiendo. Y un día a la mañana se despiertan y me dicen: 'quiero ver a papá, quiero ver a papá'. ¿Y entonces, qué hice yo? Preparé la comida, ¡con una olla me vine de Lomas de Zamora hasta acá! Y a mis hijos y vamos. Y me acuerdo de viajar y cuando lo vieron lloraban, se abrazaban y lloraban. Hacía como dos meses que no veía a sus hijos.

Alberto: Era bravo¹³¹.

Mientras lo *duro y sacrificado* del trabajo de autoconstrucción fue recordado como una proeza: la fuerza para voltear los árboles, para cavar los pozos, para levantar los muros; lo *duro y sacrificado* de separarse de la familia fue angustiante. Eva Murillo recordaba sobre esta cuestión lo siguiente:

Es muy sacrificado porque yo de lunes a viernes trabajaba en mi trabajo en Capital (...). Yo les digo a los chicos que fue un sacrificio, que si yo no hacía ese sacrificio no tenía nada. Es una emoción siempre que hablo de este tema, siempre lloro porque los tuve que dejar ahí a mis chiquitos. Menos mal que tenía a mi hermana que me ayudaba, pero bueno, valió el sacrificio (...). Y yo me venía solita, tomaba el colectivo, me bajaba ahí en Sáenz Peña ¿Viste ese puente? Me bajaba y tomaba el tren que venía de Retiro para llegar acá a las siete de la mañana ¿A qué hora tenía que salir de mi casa? A las cinco y era de noche, en invierno era de noche.¹³²

L, de un modo parecido, al rememorar el trabajo hecho dice: "Yo me emociono, la verdad, cuando lo cuento (...) Quizás sí, porque siempre trabajé, ¿viste?, pero de otra forma, no tanto sacrificio. Para nosotros fue inmenso, del '70 y pico que empezamos a laburar hasta

¹³¹ Entrevista a Delia Andrade y Juan Alberto Murillo, 2 de diciembre de 2014.

¹³² Entrevista a Eva Murillo, 18 de diciembre de 2014.

el '81 había que venir, sacrificar muchas cosas, los chicos eran chicos, mi señora y... Fueron varios años, casi tres años, dos años y pico”¹³³.

Los tiempos de la obra y cómo fueron vividos nos permiten reconocer aspectos cruciales de la construcción del barrio y la organización colectiva: la tristeza de no ver a la familia, las ansias por una vivienda que no se concretaba, el cansancio que crecía y acentuaba las tensiones entre los integrantes. Todo esto fue parte de las dificultades que tuvieron que afrontar los socios, en simultáneo a su erradicación de la Villa 31. En cada oportunidad que consultamos a los autoconstructores sobre el trabajo hecho, obtuvimos las mismas respuestas: orgullo, felicidad y emoción. Como explica Jelin: “Abordar la memoria involucra referirse a recuerdos y olvidos, narrativas y actos, silencios y gestos. Hay en juego saberes, pero también hay emociones. Y hay también huecos y fracturas” (2012:17). Reconocer e interpretar el orgullo y el sufrimiento, la tristeza y la emoción supera las palabras mismas y se encuentra en las formas con la cuales se expresan los testimoniantes. Esto se hacía presente en las entrevistas, aun cuando hubiera transcurrido tanto tiempo. En estos diálogos entre el investigador y los vecinos, se expresaba la empatía, la voluntad de habla y de escucha (Portelli, 2004; Jelin, 2012).



Imagen 6: Elevación y llenado de la mampostería de una vivienda, mayo de 1979 (Archivo FVC).

¹³³ Entrevista a L, 10 de diciembre de 2014. El entrevistado prefirió que no se mencionara su nombre.

3.6 Las dificultades del sistema Mampuesto Alma Suelo y su impacto en la organización

El sistema constructivo MAS tenía la intención de agilizar la obra, sin embargo, este fue recordado por muchos técnicos como uno de los motivos por los cuales aquella se retrasó. Existieron varias diferencias entre la versión proyectada por el CEVE para el barrio Yapeyú, ya terminada, y su aplicación en San Miguel. Según varios técnicos estas diferencias se debieron a que la elevación de las mamposterías con este sistema y la producción de todos los bloques resultaron ser más dificultosas de lo previsto. En nuestro relevamiento del archivo de FVC encontramos registros de la obra del segundo barrio de la cooperativa donde se caracterizó este sistema como “engorroso, pesado y caro”. Susana Murphy recordaba la llegada del MAS y sus conflictos del siguiente modo: “Vinieron enloquecidos con el sistema, se aprobó el sistema para trabajarlo y después... esos bloques rellenos con suelo-cemento ¿viste? Era una cosa que no se terminaba nunca de llenar. Muy cansador.”¹³⁴

Muchos vecinos de La Asunción entrevistados destacaron el enorme trabajo que implicó ese sistema. Recordaron que ese material era muy pesado, más que el ladrillo hueco cerámico. Otra problemática del MAS fue la rigidez de su sistema constructivo, tal como nos explicó Susana Murphy: “los sistemas del CEVE son buenos, pero son sistemas muy teóricos, muy técnico-teórico. Porque después, en general en estos barrios la ampliación es una constante. Nadie va a construir con los bloques de suelo-cemento”¹³⁵. Esto fue mencionado por varios vecinos, algunos tuvieron que demoler muros para ampliar su vivienda y luego fue difícil *trabar* los nuevos ladrillos con los bloques. Los muros, al ser macizos, han hecho muy difícil su perforación para colocar, por ejemplo, aires acondicionados.

A pesar de estas críticas, el buen estado actual de las viviendas nos demuestra que el MAS y los materiales elegidos cumplieron correctamente su función. Este aspecto fue destacado por todos los entrevistados y resulta fundamental a la hora de analizar los proyectos de hábitat popular. A su vez, el hecho de que la mayoría de las viviendas se hayan ampliado y mejorado (lo cual sigue sucediendo al día de hoy) da cuenta del éxito del sistema usado¹³⁶.

¹³⁴ Entrevista a Susana Murphy, 15 de octubre de 2014.

¹³⁵ Entrevista a Susana Murphy, 15 de octubre de 2014.

¹³⁶ El segundo barrio de la cooperativa utilizó el mismo sistema constructivo. Ambos barrios de Copacabana, junto a otro de la organización Sagrada Familia, fueron los únicos que tomaron el MAS en Buenos Aires.

Esto incluso, a pesar de las diferencias materiales entre los bloques de cemento y los ladrillos cerámicos utilizados posteriormente.

3.7 El incumplimiento en la obra

A medida que la obra avanzaba, el cansancio se acrecentaba y, según los entrevistados, surgieron rispideces entre los integrantes debido al *incumplimiento de las tareas*, las *ausencias* y el *alcoholismo*. Esto dificultó la organización colectiva e hizo peligrar los *objetivos sociales* EPAM durante la autoconstrucción.

El ausentismo de los socios de la cooperativa fue recordado por la mayoría de los técnicos y tres vecinos como una traba para el avance de las viviendas y como un problema de organización colectiva. Los autoconstructores que destacaron el haber trabajado duro, también mencionaron cómo les molestaba la ausencia del resto, haciendo referencia a su “vagancia”. Margarita Lovigné, en la entrevista que hemos realizado, recordaba cómo los miembros del equipo técnico eran afectados por los problemas grupales y los “desanimaban”.

El reglamento y el convenio proponían un muy puntilloso control del trabajo de los socios en la obra, del presentismo y las formas de recuperar las ausencias, aspecto que también encontramos en las memorias de los autoconstructores. Muchos testimonios destacaron el deber llegar puntuales a la obra, el control de los capataces, las planillas donde se registraba el trabajo de cada integrante, así como también los conflictos cuando esto no se respetaba. Los técnicos también recordaron esto como un aspecto importante: como sólo se podía trabajar los fines de semana, lo cual ya era poco para una obra de esa escala, debía aprovecharse al máximo el tiempo. Los ausentismos, lógicamente, retrasaban la obra. Susana Murphy, desde el lugar del Equipo Técnico, mencionó lo siguiente sobre esta cuestión:

Nosotros llevábamos un control estricto de las horas, ese trabajo lo hacía yo, las horas y las cuotas (...). Las asistentes sociales en ese entonces estaban muy concentradas en el trabajo con la gente y el cuidado de la gente. Todo lo que era sanciones les costaba horrores, horrores, entonces tenían que buscar a otro y ese era mi trabajo. Yo hacía las reuniones, bueno ellas también, pero cuando había que

hablar del tema de cuotas e incumplimiento de horas, entonces yo iba de refuerzo. Tenía que poner un límite porque había reglamentos de trabajo.¹³⁷

El anterior testimonio nos explica que el hacer cumplir el reglamento resultaba difícil para el equipo técnico. Ella recordó que en repetidas ocasiones era el padre Meisegeier quien defendía y pedía tener consideración de quienes no cumplían el trabajo. A pesar de la rigurosidad del reglamento, muchos recordaron que el control real fue algo laxo. Por ejemplo, un socio de la cooperativa que entrevistamos mencionó que varias veces, para recuperar horas adeudadas, fue a la obra durante días de semana. Como no había ningún capataz, él luego avisaba cuanto había trabajado y eso quedaba registrado¹³⁸. Este hecho también nos demuestra la confianza que compartían los integrantes, la cual fue determinante para el trabajo que realizaron. En un sentido opuesto, más de un autoconstructor recordó a vecinos que solían faltar a la obra y nunca recuperaron lo adeudado: “los primeros tiempos venían todos, después hubo algunos que se hacían los chantas, no venían un fin de semana, no venían otro”¹³⁹. El *ausentismo* al trabajo fue un tema destacado por muchos de los autoconstructores que hemos entrevistado, quienes reclamaron retrospectivamente más control y sanciones. Las memorias de los técnicos no expresaron mucho interés en el control de las horas de trabajo, cosa que sí observamos en el reglamento y convenio que ellos habían redactado. Hoy, la memoria de los técnicos no destaca el ausentismo que podría haberla hecho fracasar, sino el esfuerzo y compromiso que llevaron a que se logre.

Otro aspecto que dificultó el trabajo de autoconstrucción colectiva, del modo en que estaba prevista en los documentos analizados, fueron las *discusiones entre vecinos*. Muchos entrevistados, al recordar las asambleas, destacaron la tensión entre los socios. Eva Murillo recuerda de este modo esos episodios:

A veces se peleaban ¿viste?, era una cosa (...) Porque había gente con mucho carácter (...) gente que no se conformaba y bueno, siempre le reclamaban o se peleaban o discutían, ¿viste? Ahí estaba el padre Pichi, a veces decía: ‘No, están equivocados’ y bueno, ¿viste? Cosas que ya pasaron y bueno, son... Esos creo que son malos recuerdos¹⁴⁰.

¹³⁷ Entrevista a Susana Murphy, 15 de octubre de 2014.

¹³⁸ Entrevista a L, 10 de diciembre de 2014. El entrevistado prefirió que no se mencionara su nombre.

¹³⁹ Entrevista a L, 10 de diciembre de 2014. El entrevistado prefirió que no se mencionara su nombre.

¹⁴⁰ Entrevista a Eva Murillo, 18 de diciembre de 2014.

Eva, sin dar ningún nombre, nos dio a entender que muchas de las quejas de los socios caían también sobre el equipo técnico, lo cual le pareció un error: “qué malos que somos porque nosotros tendríamos que haber agradecido a toda la gente que nos ayudó, a la gente que se brindó (...) pero había mucha gente que no lo agradeció y no se comportó como tendría que haber sido porque a veces la gente es muy soberbia viste, muy soberbia y desgraciadamente viste, se armaban discusiones y reclamos”¹⁴¹.

Ninguno de los documentos relevados hace referencia a las discusiones o peleas grupales, las cuales –entendemos por los testimonios recogidos– eran tan comunes como las que suceden en cualquier espacio de trabajo y, más aún, en una obra de arquitectura de esa escala. Esto puede haberse relacionado con la visión de la organización colectiva que en ese momento tenían los técnicos. Susana Murphy nos explicó que la idea de trabajar de modo horizontal y fomentando la participación era principalmente de los técnicos. Osvaldo Oriolo, ingeniero de la Cooperativa Madre del Pueblo y a quien hemos entrevistado, mencionó que en ese entonces se tenía una lectura “romántica” sobre la organización popular, circunstancia que impidió ver problemáticas de organización graves. Como ya hemos mencionado siguiendo a Portelli (1991 y 2004), en muchas oportunidades las fuentes documentales escritas son un reflejo de las orales y, de ese modo, expresan y silencian determinadas cuestiones, dependiendo de la subjetividad de quienes las escriben.

Otra situación recordada como problemática durante la construcción de La Asunción fue el consumo de bebidas alcohólicas, “el infaltable agua sucia”, como recuerda Alberto Murillo. En una charla compartida con dos autoconstructores las historias sobre el alcohol aparecieron como un hecho significativo de la obra. Algunas de ellas, donde compañeros estaban ebrios durante el trabajo, hoy son recordadas con humor y picardía. Sin embargo, nos explicaron que la ingesta de bebidas alcohólicas llevó a problemas ligados al compromiso con el trabajo: mientras la mayoría asumía con responsabilidad la construcción para tener las mejores viviendas posibles, otros, ebrios, hacían mal el trabajo, de un modo desprolijo y lento. La lentitud de la obra fue un gran problema que, en estos testimonios, apareció ligada al alcohol.

Si bien el consumo de bebidas alcohólicas no estaba prohibido según el reglamento de trabajo, las “perturbaciones en la armonía del trabajo” sí eran sancionadas. Susana Murphy recordó lo siguiente sobre el tema:

¹⁴¹ Entrevista a Eva Murillo, 18 de diciembre de 2014.

No se podía tomar en la obra y Pichi alguna vez a alguno lo defendía, lo cubría un poco para que no fuéramos tan duros con las sanciones (...). El tema del alcohol es complicado, es complicado, se han encontrado botellas de vino en el pozo ciego. Estaban todo el día ahí y salían en algún momento. Nos pasaban, con eso nos pasaban. Con el alcohol, tomaban y alguno se pasaba mal.¹⁴²

En relación a esto último, donde se enfatiza la gravedad del tema, Susana se refiere a episodios vividos durante la construcción del barrio, Frino. Allí, un socio en estado de ebriedad golpeó a Pichi, las “asistentes sociales” “quisieron internar” a otro y Susana fue agredida por un autoconstructor, también alcoholizado. Sin embargo, aclara que “nos quedaron como anécdotas, fueron casos puntuales, no fue un tema”. Es decir, si bien el consumo de bebidas alcohólicas aparece en la memoria de algunos entrevistados como un conflicto, no fue mencionado como un impedimento para el funcionamiento de la obra o a la organización colectiva.

El cumplimiento del trabajo fue uno de los temas más destacados en el reglamento, que en su “artículo único y principal”, incluye la siguiente frase que aparece subrayada: “Todos somos buenos, pero seremos mejores si nos controlamos a nosotros mismos”. Más allá de que claramente se está parafraseando la célebre expresión de Juan Domingo Perón (“el hombre es bueno, pero si se lo vigila es mejor”), queda claro que una de las preocupaciones centrales de los técnicos consistía en que todos los socios cumplieran con el trabajo pactado. Este mismo eje también lo encontramos en otros documentos, como minutas o propuestas del equipo técnico, en el archivo de FVC. El padre Jorge Vernazza (1989), de la Cooperativa Madre del Pueblo, también se pronunció sobre la importancia de los compromisos grupales y la dificultad de hacerlos cumplir y de los efectos hacia el interior del grupo:

Cuando los grupos son grandes, la solidaridad y el compañerismo espontáneo de nuestra gente entra fácilmente en colisión con el inevitable egoísmo de algunos, o también el comprensible interés de la mayoría, por el avance de la obra (...) el trabajo colectivo, es decir, donde todos construían las casas de todos, imponía inevitablemente un cierto espíritu de exigencia y disconformidad de unos contra otros (1989:102-103).

¹⁴² Entrevista a Susana Murphy, 15 de octubre de 2014.

Mirando hacia atrás, este sacerdote entendía como inevitable este tipo de situaciones, aun en un contexto de erradicación y donde la solidaridad había marcado la unión de estos grupos cooperativos. También recordaba el rol que cumplieron los técnicos y él mismo para mantener la unión del equipo y evitar los conflictos. En ese punto, destaca la rigurosidad que por momentos debieron mantener sobre el cumplimiento del reglamento y, en otros, el dejar pasar sanciones para evitar conflictos mayores. Con respecto a La Asunción, entre los manuscritos de las reuniones de trabajo encontramos la siguiente mención sobre este tema: “No cumplían ni hacían cumplir en la mayoría de los casos las leyes que ellos mismos imponían”¹⁴³. Es decir, mientras que pedir reglas y sanciones era sencillo, exigir su cumplimiento era difícil. Alberto Murillo nos expresaba sobre este tema que “este barrio es solidario, el problema que tenemos acá es un problema de conducta”. Delia, su mujer, acompañaba esta visión y agregaba: “Este barrio es hijo del rigor”.

El punto de vista de Vernazza fue abordado desde los estudios sobre acción colectiva. Por ejemplo, Tarrow (1997:41) explica que “cuanto más grande sea el grupo, tantos más ‘gorriones’ preferirán aprovecharse de los esfuerzos de los individuos cuyo interés en el bien común está lo suficientemente arraigado como para inducirles a luchar por él”. Por su parte, Schuster plantea que “una acción produce un resultado (al que podemos llamar un bien) que solo se obtiene con la participación de un grupo de individuos cuya preferencia se orienta positivamente hacia ese bien, pero negativamente hacia la propia participación cooperativa en la producción de ese bien. Esto lleva a la conocida situación de la estrategia del *free rider* (...) procurar los beneficios de una acción colectiva sin asumir sus costos” (2006:44).

En cada oportunidad que los vecinos entrevistados recordaban los problemas organizativos durante la construcción de La Asunción, inmediatamente aparecían los conflictos de hoy, como el mantenimiento del tanque de agua y la construcción del centro comunitario. Las tensiones actuales entre los vecinos se manifiestan en las memorias, recalando los problemas relacionales que han tenido en el pasado. Siguiendo a Jelin, “la memoria (...) vincula pasados con expectativas futuras. Son experiencias pasadas que permanecen, se olvidan y se transforman en su interjuego con circunstancias presentes y expectativas futuras” (2012:121). El presente del barrio articula su lucha pasada con sus necesidades actuales y sus deseos para el futuro (crecimiento del centro comunitario, mejoras de infraestructura) para las siguientes generaciones. Esto lleva a que las memorias sobre la

¹⁴³ Manuscrito fechado como 8 de junio, sin especificar el año.

construcción cooperativa se entrelacen con la situación habitacional actual y los proyectos futuros.

3.8 Las mujeres de Copacabana



“Así desde las mujeres se comenzó a hablar de cooperativa, pero de vivienda: construir nuestras propias casas, nuestro barrio”¹⁴⁴.

Imagen 7: Autoconstructora cargando un bloque, octubre de 1978 (Archivo FVC).

Los estudios de género vinculados al mundo del trabajo, los movimientos sociales, el espacio urbano y el hábitat popular representan un campo sumamente amplio y rico que excede los límites de esta tesis. Recuperamos parte de este debate, más amplio, para reflexionar sobre la dimensión de género durante la construcción del barrio La Asunción, donde la presencia de mujeres fue determinante, desde su formación hasta el día de hoy. Para ello, en este apartado recurriremos a los trabajos de Blondet (1986), Vargas y Villata (2014), Jelin (1984 y 2012), Feijoo (1984 y 1994), Moreno (2012), entre otros¹⁴⁵. Las viviendas de Copacabana se construyeron por y para familias, la mayoría de ellas nucleares y otras de mujeres solas con hijos. Los lazos familiares fueron determinantes en la cooperativa (muchos de los autoconstructores eran hermanos, primos, hijos, yernos). De este modo, nuestro caso podría ser tomado desde el campo de los estudios de la familia, y aunque no lo hagamos aquí, será retomado en nuestra tesis doctoral en diálogo con los valores familiares católicos que buscaron promover las cooperativas, CBA y la Iglesia.

¹⁴⁴ Testimonio de una integrante de Copacabana, Revista Vivienda Popular N°5, abril 1982, p. 12.

¹⁴⁵ También sobre este tema pueden consultarse los trabajos de Radcliffe (1993), Naciones Unidas (1984), Massey (1994), Perrot (2009), Scott (2008), Trebisacce (2013), Barrancos (2005 y 2007), entre otros.

Anteriormente mencionamos distintas situaciones donde las mujeres aparecen en un lugar secundario en la obra: no podían ser titulares salvo excepciones y su trabajo se encontraba en el mismo subtítulo que el voluntario. También, entre los manuscritos sobre el trabajo en la obra se expresa, en una parte, lo siguiente: “jefes de familia mujeres distribuidas proporcionalmente en los distintos grupos”. Esto entendiendo que su presencia sería negativa en cuanto a la capacidad de trabajo de autoconstrucción. La obra era un *espacio concebido*, principalmente, para los varones.

Del mismo modo que la formación y trabajo de Copacabana cambiaron desde su versión inicial en papel a su aplicación a través de nuevas ideas, pero también de desobediencias y rebeldías, la primera lectura del trabajo femenino fue criticada y corregida. Este cambio se hizo presente en los testimonios de varias mujeres de la cooperativa, los cuales “cuentan historias diferentes a las de los hombres, y de esta manera se introduce una pluralidad de puntos de vista. Esta perspectiva también implica el reconocimiento y legitimación de ‘otras’ experiencias además de las dominantes (en primer lugar, masculinas y desde lugares de poder)” (Jelin, 2012:111).

Recurriremos principalmente a las memorias de las protagonistas para profundizar aquello encontrado en los documentos analizados y reflexionar sobre los roles y desigualdades de género presentes en la Cooperativa Copacabana. Como explica Carnovale: “el testimonio oral, en principio, puede servirnos no sólo para acceder a información no contemplada en otros documentos, sino también, para explorar las formas en que los sujetos recuerdan y otorgan sentido a su propia experiencia, trascendiendo la dimensión individual de ésta” (2007:168).

Durante las entrevistas realizadas a dos autoconstructoras, gran parte de sus recuerdos se centraron en dos aspectos: el esfuerzo físico y el desprecio que sufrieron por parte de los varones. Nora recordaba que en un comienzo era ubicada “allá, a un costado, a la cocina. Éramos como veinte mujeres, ¿qué íbamos a hacer en la cocina?” Ella prefería hacer trabajos vinculados a la obra, sin embargo, poder sumarse a estos no le era permitido con facilidad: “Las mujeres quedábamos excluidas, porque decían: ‘Son inútiles, no sirven para nada’”. Eva Murillo recordaba que “algunos eran muy crueles digamos, por decirlo así ¿viste?, suavemente (...) siempre te querían poner a menos, las mujeres solas veníamos a callarnos la boca, no podíamos decir ni ‘mu’ pero bueno, ¿viste?, capaz ellos también tenían razón, qué se yo, no sé. Otros no, otros eran muy buenos”.

En este sentido, nos parece importante recuperar el trabajo de Viviana Moreno (2012) sobre los programas de mejoramiento habitacional realizados por cooperativas en la provincia de Buenos Aires durante la primera década del 2000. En su análisis de la división de género en la construcción, la autora encuentra que “se establecieron diferencias sociales que reprodujeron distinciones estereotipadas de género (...) Esto significa que en el marco de las cooperativas las mujeres debían realizar tareas similares a las domésticas, reproduciendo su rol y quedaban fuera de las tareas de obra, que eran las centrales dentro del programa” (2012:242).

Jelin, en su estudio sobre las dinámicas familiares y los roles de género, encuentra que en la familia nuclear, tradicional y patriarcal, donde el varón “jefe de familia” tiene “poder de control y decisión sobre los otros miembros” (1998:25), “existen expectativas sociales diversas para el trabajo de hombres y de mujeres (el hombre trabaja afuera, la mujer es la responsable de la domesticidad)” (1998:33). Mientras que el hombre sale a trabajar, la mujer debe permanecer en el hogar y cuidarlo. Esta escisión y rechazo de las mujeres en el mundo laboral hacía que su presencia en la obra fuera vista de mal modo por muchos varones. Más aun por tratarse de un trabajo reconocido como particularmente masculino. En este sentido, y respecto al escenario actual, Moreno expresa que “la construcción excluye abiertamente a las mujeres” (2012:237).

El rechazo del trabajo femenino en la obra de La Asunción se agravó cuando se reorganizaron los grupos que explicamos en el capítulo 2. Nora nos explicó que, en ese momento, los varones hacían todo lo posible para no tener mujeres en sus grupos. Eva, al recordar lo vivido, dijo “tenías que dejarlo así, ¿qué vas a hacer? No podías decir: ‘ah bueno yo ya no vengo más’ porque a veces te ponías a llorar y bueno, tenías que seguir, seguir porque si no te quedabas sin el techo, tenía que pensar en mis hijos yo, ¿qué hago si no tengo el techo para mis hijos?”¹⁴⁶. Como expresa Jelin “La falta de autonomía económica puede llevar a las mujeres a soportar (...) situaciones de explotación y violencia” (1994:74-75). Como expresa Eva, el desamparo al que estaba expuesta la llevó a “soportar”, a seguir trabajando para conseguir una vivienda.

Tras la reorganización de los grupos, las mujeres fueron asignadas a tareas que no requerían habilidad y de asistencia: llevar la carretilla, descargar bolsas de cemento o picar escombros. También recordaba que “algunos ni siquiera las querían” para esos trabajos. Tareas que, a su vez, no representaban un aprendizaje del oficio para las mujeres, a pesar

¹⁴⁶ Entrevista a Eva Murillo, 18 de diciembre de 2014.

de que ese era uno de los objetivos del EPAM. Eva Murillo nos mencionó lo siguiente de ese momento:

Cuando se formaban grupos, y vos siempre elegías un líder, ¿viste? 'Ah yo me voy con ellos, yo me voy con él'. Porque sabías que era un hombre bueno ¿viste?, que teníamos que hacerlo, pero era como que nos trataban con más, nos tenían más pena capaz, más lástima porque éramos mujeres. Algunos no, decían: 'No, ¿no traen un hombre para que trabaje?' Y bueno, tenías que callarte la boca ¿viste?. Te digo, hubo de todo, pero también hubo gente buena que nunca nos trató mal ni nada.

En una entrevista que realizamos a Nora, recordó que el capataz Pedro Moreira expresó una clara aceptación de las mujeres solas, motivo por el cual en su grupo llegó a haber ocho. De modo similar, Moreno, en su análisis de la división sexual del trabajo cooperativo, encuentra que, dentro de los varones, “algunos se sintieron cómodos con la participación femenina y el desempeño de las mismas y otros, en cambio, lo consideraron ‘inadecuado’” (2012:237-238).

Más allá del rechazo de algunos varones a compartir su grupo con mujeres y de la diferenciación que establecía el reglamento, cada hora de trabajo femenino era computada como la mitad de una hora de trabajo de un varón. Esto se basaba en que consideraron que ellas no poseían la misma fuerza que ellos, por lo cual se creyó injusto equipararlos. Esto fue únicamente mencionado por Nora, los otros entrevistados no recordaron ese aspecto de la autoconstrucción femenina. Ella mencionaba que “muchas mujeres preferían trabajar en casa de familia y pagarle a un hombre para que la venga a cubrir” porque el sistema de horas les era contraproducente. Cuando consultamos cómo y por qué se había decidido computar de ese modo su trabajo, ya que no figura en el reglamento de la cooperativa, nos explicó que fue decisión de los capataces, pero que al mismo tiempo “lo elegimos nosotros (...). Todo era popular, jamás nadie se impuso sobre otro (...) En un primer momento estábamos todos de acuerdo (...). Por cuestiones de que los hombres entendían de construcción”. Es decir, la decisión de que el trabajo femenino valiera la mitad que el masculino había sido decidido colectivamente y había contado (inicialmente) con la aprobación de las mujeres. De acuerdo a las memorias de Nora, esta diferenciación en el cómputo de las horas se terminó aproximadamente al año del comienzo de la obra y de modo colectivo, cuando la concepción que se tenía del trabajo femenino empezó a generar dudas en varias mujeres.:

Cuando nos quejamos las mujeres, que éramos una buena parte, que éramos útiles, nos dimos cuenta nosotras que éramos útiles (...). La señora de Rogelio era la pañolera y la jefa que organizaba la cocina, hasta ella se rebeló (...). Ella daba vuelta después de la comida, preguntando qué quieren comer al otro día (...) veía que laburábamos como animales (...) y nos dijo: ‘Pero ustedes laburan más que ellos’ (...). Entonces nosotras, las mujeres, entre ellas, Doña Clementina, “la mujer maravilla”, Bonifacia Mercado, Bonifacia Girón, “la mujer nuclear” le decíamos, Crispín, Figueroa, Eva Murillo. Muchas mujeres, te podría nombrar a todas. ¡Laburábamos! Las que éramos jóvenes. ¡Laburábamos! Llegaba el camión de cemento para la bloquera (...) las más jóvenes íbamos a dar una mano (...) descargábamos.¹⁴⁷

Esta transformación en el modo en que era interpretado el trabajo femenino dentro de la cooperativa debe enmarcarse en las luchas que venían llevando las mujeres en América Latina para conseguir una mayor inserción en el campo laboral. Desde los años sesenta comenzó a darse un giro y la mujer comenzó a tener una mayor incidencia en el mundo del trabajo, especialmente entre las más jóvenes (Jelin, 1994). También debemos recordar como antecedente a los *clubes de madres* de las villas durante los años sesenta y setenta. Estas agrupaciones tuvieron una gran relevancia en la organización social y política barrial, en las mejoras urbanas y la lucha frente a intentos de erradicación, a la vez que destacaban el rol de la mujer como madres. En relación a autoconstrucción de la vivienda, si bien exige actividades “típicamente masculinas” (albañilería, plomería, herrería, etc.), su objetivo es la creación de un hogar. Y siguiendo a Jelin, las mujeres “siempre han participado en las actividades productivas de los emprendimientos familiares, en aquellas situaciones en que la actividad productiva no está separada espacialmente de la doméstica”. (Jelin, 1994:34).

Una investigación que resulta destacable sobre esta temática es la Cecilia Blondet (1986), en tanto estudió un grupo de mujeres de Lima que participaron en la autoconstrucción de un barrio popular entre los años cuarenta y sesenta. Allí, la autora encuentra que las viviendas representaron para las autoconstructoras el “asentamiento oficial de la familia” (Blondet, 1986:33). Bajo este sentido se enmarcó su trabajo en la obra, la cual entre sus principales objetivos tenía el cuidado de la familia.

¹⁴⁷ Entrevista a Nora, 8 marzo de 2015

En el caso de Copacabana, el cambio de concepción del trabajo femenino también puede entenderse en tanto los roles de género dentro de una familia “se actualizan en momentos de crisis económica (...) y en situaciones ligadas directa o indirectamente a la vivienda, tales como desalojos (...) circunstancias políticas que se hallan por fuera del control de los miembros de la familia: represión, desapariciones, exilios y migraciones forzadas” (Jelin, 1994:72). La erradicación que atravesaba la Villa 31, el desamparo en que caía la mayoría de su población y la urgencia por la vivienda motorizaron esta “actualización” de los roles de género frente al mundo del trabajo.

Nora nos explicó que luego del reclamo por la diferente consideración de las horas de trabajo femenino, las mujeres se integraron de lleno a las tareas de autoconstrucción: “Había que descargar los hierros (...) había que picar cascote para hacer contrapiso (...) empezamos a hacer trabajos que ellos pensaron que no íbamos a poder hacer (...) demostramos que podemos, que tardamos un poco más, pero podemos”. Ella recordó que comenzó a encargarse de doblar hierros y a atarlos con la tenaza: “ya a lo último era charlar y atar (...). Ataban dos hombres allá y las mujeres de este lado. Y hacíamos carrera”. También recordó que ellos solían hacerse chistes mutuamente en relación a la capacidad de las mujeres que integraban sus grupos: “Mis mujeres se hicieron seis casas, y las mías rellenaron cuatro encadenados, y las mías hicieron un pozo de once metros.” Ella consideraba que esas falsas competencias representaban un crecimiento positivo del grupo, como una forma de aceptación del trabajo femenino: "Hubo algo muy lindo en esa época. Los hombres, que nos habían denigrado tanto, nos empezaron a valorar"¹⁴⁸.

La desigualdad de género en la obra también fue abordada por una asistente social del equipo técnico. Eva Murillo recordaba que “ella nos hablaba, teníamos reuniones y a veces nos quejábamos con ella ¿viste? Y bueno, los hombres por ahí también un poquito aflojaban, pero otro poquito qué se yo, había de todo –te digo– en el grupo, había hombres muy buenos”¹⁴⁹. El anterior testimonio de Eva suma específicamente a las asistentes sociales en la resolución de estos conflictos. El modelo patriarcal del trabajo chocaba “con otros valores y normas, igualmente modernos y aceptados: la individuación y la autonomía personal, la democracia y la equidad” (Jelin, 1994:76). Estos valores que menciona Jelin en relación a las sociedades contemporáneas, entendemos se hacían aún más presentes en una cooperativa que se basaba en la solidaridad. Esto nos da otra pista para comprender cómo

¹⁴⁸ Entrevista a Nora, 8 marzo de 2015.

¹⁴⁹ Entrevista a Eva Murillo, 18 de diciembre de 2014.

el grupo de autoconstructoras pudo cambiar la forma de computar sus horas de trabajo y logró su aceptación en la obra: la presencia de un Equipo Técnico mixto que buscó un proyecto horizontal.

Cuando entrevistamos a Susana Murphy, arquitecta de Copacabana, ella no recordó la problemática de las horas laborales (nadie lo hizo) y nos explicaba lo siguiente sobre la organización de género en la obra:

Había una diferenciación entre lo que podían hacer las mujeres: azulejos, terminaciones o las mujeres hacían la comida al mediodía (...) había [*diferencias*] en función del esfuerzo. ¡Pero hubo mujeres que laburaban! No es que daba la diferenciación: ‘esto es para mujeres, esto es para hombres’. Había mujeres que colaboraban y llevaban adelante las cosas (...). Yo me acuerdo mucho de mujeres armando hierros, llevando baldes, así como ayudantes. El trabajo de ayudante de construcción (...). El hombre tenía el rol de levantar paredes.¹⁵⁰

Si bien Susana reconoció que hubo una diferencia de tareas en relación al género, consideró que estas no tenían que ver con decisiones de la dirección de obra, sino con la organización propia de los grupos. También destaca que algunas mujeres tenían un rol más protagónico en el trabajo. Eva comparte esta visión y recuerda del siguiente modo su rol en la obra a diferencia del de Clementina:

Ayudábamos como si fuéramos hombres, éramos jóvenes y lo podíamos hacer; no como un hombre, por supuesto; no podemos comparar la fuerza de ustedes con la nuestra. Por ejemplo, si había que hacer, si traían bolsas de cemento de veinte kilos *ponele*, si teníamos que cargar, lo cargábamos con la carretilla, la pala, los baldes... Teníamos que lavar los baldes, como hace un ayudante, digamos (...). [*Clementina*] trabajaba a la par del hombre. Nosotras le decíamos ‘Mujer maravilla’ porque ella sí nos peleaba a nosotras. Y claro, ella quería que nosotras hiciéramos las cosas que hacía ella y no podíamos hacer porque ella no sé de dónde sacaba tanta fuerza (...). Ella era una persona que tenía mucha fuerza, mucha polenta; nosotras no, ¿viste? Cada una tenía, era como era.¹⁵¹

Como explica Jelin (1994), cuando la mujer comenzó a insertarse en el mundo del trabajo lo hizo en aquellos “típicamente femeninos” y siguiendo un rol de soporte del hogar. En el

¹⁵⁰ Entrevista a Susana Murphy, 15 de octubre de 2014.

¹⁵¹ Entrevista a Eva Murillo, 18 de diciembre de 2014.

caso de Copacabana, las que trabajaron en la obra lo hicieron ayudando a los hombres y, aquellas cuya fuerza fue destacada y construían a la par del varón recibieron apodos como “mujer maravilla” o “mujer nuclear” (en relación a las series de ciencia ficción homónimas de mujeres con superpoderes), demostrando su caso excepcional. Susana Murphy también mencionó que había mujeres que se destacaban en las tareas de obra por su fuerza física, y que aquellas que figuraban como titulares contaban con el mismo poder de decisión que los hombres. Una similar forma de distinción fue descubierta por Moreno en su análisis sobre el trabajo las de mujeres en las cooperativas de vivienda: “algunas realizaron actividades de menor complejidad como alcanzar materiales, herramientas, etc.; pero otras (las más jóvenes) trabajaron ‘de igual a igual’ con los hombres en las tareas constructivas” (2012:237).

En el caso del barrio limeño que analiza Blondet, las mujeres hacían todo tipo de trabajos en la obra: “Entre las tareas que desempeñan tanto cocinan, lavan, y dan a luz hijos, como organizan las faenas de trabajo colectivo para la construcción de la pista, el trazado de tuberías, o la instalación de cables. El objetivo de estas acciones típicamente domésticas, es la construcción física y social de la unidad familiar y de la comunidad” (Blondet, 1986: 37). Como analizamos anteriormente, la figura del hogar permitía a las mujeres ingresar a un mundo de trabajo primordialmente masculino, sin embargo, en este barrio las mujeres “no asumen cargos ni responsabilidades pues son actividades de responsabilidad mayoritariamente masculina” (Blondet, 1986:40). El análisis de Moreno (2012) sobre las cooperativas bonaerenses presenta un escenario distinto y con situaciones antagónicas, por un lado había mujeres ocupando cargos jerárquicos, como presidenta o secretaria (cosa que no sucedió en los casos de Blondet o Copacabana) y, por otro lado, realizando tareas únicamente domésticas, casi sin vincularse a la obra.

Una situación similar sucedió en Copacabana, donde algunas mujeres beneficiarias de las viviendas no participaron nunca de la obra y otras fueron titulares. A la vez, entre estas últimas, algunas trabajaban a la par de los hombres y otras tenían un rol más asistencial. A diferencia del caso estudiado por Moreno y más cerca del Blondet, ninguna fue capataz o jefa de equipo, como sí había sucedido en la cooperativa de hilado, en tanto, entendemos, allí se realizaba una tarea “típicamente femenina”. Esta separación de roles anclado en el género fue diferente entre los técnicos, donde había arquitectas y licenciadas que trabajan en condición de igualdad con los varones, según sus memorias lo expresaron.

Entre las mujeres entrevistadas, solamente dos manifestaron haber sufrido esta desigualdad de género en la obra. Los testimonios sobre experiencias personales de sufrimiento son “una fuente fundamental para recoger información sobre lo que sucedió, un ejercicio de memoria personal y social en tanto implica una narrativa que intenta dar algún sentido al pasado, y un medio de expresión personal, creativo, por parte de quien relata y quien pregunta o escucha” (Jelin, 2012:96). Estos nos abren una puerta para analizar la desigualdad de género en el grupo y nos permiten complejizar los valores comunitarios que proponía el proyecto, donde la horizontalidad, la igualdad y la solidaridad eran fundamentales. Nora explicó que durante la construcción hubo “machismo”, Eva, repensando hoy su accionar y el de sus compañeros y nos dijo:

Teníamos que callarnos un poco porque eran los hombres. ¡Qué mal que hicimos! – yo diría–, ¡Qué mal que hice! (...) hacíamos lo que los hombres no hacían viste, ¿viste?, éramos *obedientas*. No es que no queríamos hacer y nada... calladitas a cumplir el trabajo como en la época de antes, las mujeres a un costadito¹⁵².

Para ambas estos problemas pertenecen a un pasado donde el machismo se encontraba mucho más naturalizado que en la actualidad. También hemos consultado a otros varones sobre la diferencia de género y ninguno lo recordó de este modo. Uno mencionó el caso de una mujer en particular y aclaró: “por ser mujer no iba [*a la obra*], iba el marido (...); venía más bien a visitar”. Claramente en este caso el marido era el titular y la mujer no era parte de la obra, situación que se repitió en varios casos. Comprendemos, a partir de este testimonio que ser mujer era equivalente a no ir a la obra. Luego, cuando le preguntamos por los casos de “mujeres solas” que construían las viviendas, explicó:

Sí, me enteré que había mujeres solas, solteras que también venían con el mismo fin que yo, que querían casas. Y sí, ellas trabajaban también a la par del hombre (...) no es cosa, digamos, que la mujer esté trabajando a la par del hombre, y menos de esos trabajos, pero no había otra opción. Yo no podía trabajar con ellas ya que con lo mío terminaba reventado los fines de semana. Se lo hacían ellas digamos. Yo supongo que en el grupo donde formaban las mujeres, los hombres les daban una mano, les darían algún trabajo más accesible supongo, no tengo idea¹⁵³.

El anterior entrevistado no compartió su grupo de trabajo con mujeres, pero aclara que no hubiera tenido problema en hacerlo, que simplemente no sucedió. Como explica Jelin: “El

¹⁵² Entrevista a Eva Murillo, 18 de diciembre de 2014.

¹⁵³ Este testimoniante prefirió que no revelásemos su identidad al citar sus testimonios.

testimonio como construcción de memorias implica multiplicidad de voces, circulación de múltiples 'verdades', también de silencios, cosas no dichas" (2012:96). Ningún varón expresó haber rechazado trabajar con mujeres, lo cual puede entenderse como un silencio en un contexto donde el machismo es mal visto. Es muy posible que para algunos haya sido natural rechazar a las mujeres en la obra, en tanto lo veían como un ámbito puramente masculino. Mientras que para ellas, esa actitud, consideración y accionar fueron considerados muy dañinos y experimentados con sufrimiento.

En un sentido contrario, algunos varones recordaron positivamente el trabajo de las mujeres. Durante nuestra entrevista al matrimonio de Delia y Alberto, le consultamos sobre este tema y esta fue su respuesta:

Alberto: Acá las mujeres agachaban el lomo igual que nosotros. No se le exigía trabajo muy pesado, pesado, pero hacían lo que se podía: doblar hierro, atar hierro, hacían. Había una señora que (...) agarraba la carretilla y ponele bloque y se venía de acá hasta allá (...); le decíamos Moría Casan [*por su energía*] (...). A hacer pozos no las mandábamos a las mujeres.

Delia: Pero si recibíamos la tierra, ellos nos mandaban el balde y nosotros agarrábamos la tierra y la tirábamos de los pozos. Y después a las mujeres nos han hecho cavar del pozo a donde iba a estar el caño. Eso lo hicieron las mujeres. Era fuerte, pero era más liviano de lo que ellos hacían.¹⁵⁴

D, con sentida emoción, expresó lo siguiente sobre el trabajo de su esposa:

Ella no tenía problema, agarraba bolsas de cemento, las cargaba en la carretilla y me ayudaba ¿viste? [*Cuando tuvieron que cavar*] un pozo ciego de un metro y medio de diámetro, en dos días sólo. ¡Lo que hacía –y eso me lo voy a acordar toda mi vida–, lo que hacía mi señora! Ataba al nene a un árbol que había (...) con una cinta larga, yo me metía abajo, sacaba la tierra de abajo y ella me agarraba el balde, lo tiraba en la carretilla y ella lo iba desparramando.¹⁵⁵

En ambos testimonios se destaca el rol de las mujeres en la obra, a la par que se lo ubica en un lugar diferente al de los varones: su trabajo fue más liviano y de ayuda. Esto no fue cuestionado por ninguno de los entrevistados, quienes entendieron esta diferenciación como un buen gesto con las mujeres al eximir las de las tareas más duras. En relación a

¹⁵⁴ Entrevista a Delia Andrade y Juan Alberto Murillo, 2 de diciembre de 2014.

¹⁵⁵ Entrevista a D, 12 de mayo de 2015. El entrevistado prefirió que no se mencionara su nombre.

esto, nos parece importante destacar que Moreno (2012) encuentra que, dentro de las cooperativas que ella analiza, muchos hombres asumieron un rol de “protectores” de las mujeres durante la construcción. De similar manera, Patricia Vargas (2014), en su estudio sobre el espacio y dinámicas alrededor de la mujer en las obras de arquitectura, reconoce que una expresión de la masculinidad en esos ámbitos, consiste en la protección de la mujer de posibles riesgos. El varón, a la vez, expresa su masculinidad realizando tareas pesadas y peligrosas, las cuales dan cuenta de su hombría, destreza y honor. Si bien la investigadora realiza su análisis a partir de su propio trabajo de campo y lo asocia a ser la esposa del jefe de obra, creemos que este análisis nos es útil para complejizar el modo en que los varones reconocían a las mujeres durante la autoconstrucción. A la vez, la autora analiza la vulnerabilidad sexual de una mujer sola en una obra, rodeada únicamente por hombres y las tensiones entre varones por este factor. Este hecho no fue mencionado en ninguna oportunidad, aunque sí se reconocieron conflictos "de pollera" durante la autoconstrucción: “Había asperezas porque las mujeres que venían a traer comida, las esposas de los [*varones*] que estaban en obra miraban que no le tocaran al marido”¹⁵⁶.

Se resalta que en un contexto de emergencia habitacional se pudieron repensar los roles de género buscando una mayor igualdad. Como destaca Blondet, en el proceso de construcción de un barrio “se amplían los roles femeninos y las mujeres pasan a ser organizadoras de la cotidianeidad y, además, trabajadoras” (2012:96).

¹⁵⁶ Entrevista a Nora, 8 marzo de 2015.

3.9 El sorteo de las viviendas y la inauguración del barrio. Entre lo colectivo y lo individual



Imagen 8: Inauguración del barrio, 21 de diciembre de 1980 (Archivo FVC).

Como explicamos anteriormente, la meta primaria de la autoconstrucción cooperativa consistió en edificar cincuenta y dos viviendas con un grado mínimo aceptable de habitabilidad en tanto el dinero con el que contaban, proveniente en su mayoría de donaciones, tenía grandes limitaciones y no podía cubrir los gastos necesarios para entregar las viviendas totalmente equipadas. A su vez, la situación de emergencia habitacional que atravesaban los socios de la cooperativa requería que las viviendas estuvieran listas lo antes posible para comenzar el traslado. Cuando se llegó al grado de habitabilidad decidido, el EPAM concluyó y, siguiendo el espíritu colectivo de esa forma de trabajo, las viviendas se asignaron mediante un sorteo. Este se realizó el día 9 de julio de 1980¹⁵⁷ y luego, el 21 de diciembre de 1980, se llevó a cabo el acto de inauguración formal de las viviendas y comenzó la mudanza. La mayoría de los entrevistados destacaron al sorteo como la culminación del trabajo enorme y, a la vez, como uno de los grandes conflictos del grupo. Como explica Carnovale:

¹⁵⁷ Esta forma de repartir las viviendas había sido decidida de antemano y aparece en el “Convenio entre la Cooperativa de Vivienda y Consumo Copacabana Ltda. y los Socios”.

A través de las fuentes orales podemos adentrarnos un poco más en las complejidades de todo proceso histórico y visualizar mejor las formas en que un determinado contexto influye directamente en la vida de las personas. Al mismo tiempo, nos ofrecen la posibilidad de identificar las perspectivas, expectativas y estrategias de las personas frente a esos contextos (2007:161).

El diálogo entre las memorias y los documentos nos permitirá, a lo largo de este apartado, reconocer cómo los integrantes de Copacabana experimentaron y entendieron las ideas vinculadas al sorteo de las viviendas. De acuerdo a los testimonios relevados, el sorteo llevaba a que nadie supiera la vivienda correspondía a cada autoconstrutor; esto ayudaba al EPAM, ya que todos debían trabajar para las todas las viviendas. Como recuerda Eva Murillo: “Todos trabajaban, digamos, parejo. Porque no sabías, si vos hacías mal una cosa `pucha, mirá si me toca esta casa a mí y lo estoy haciendo mal´, entonces `esta va a ser mi casa, así que más vale que lo hagamos bien´. Cada uno decía `esta va a ser mi casa’”. Otro vecino recordaba enojarse con compañeros que, estando ebrios, levantaban desprolijamente un muro, pero no por una cuestión de trabajo colectivo, sino pensando que quizás ahí viviría él. De este modo y como una suerte de seguro, el sorteo lograba que cada integrante trabajara para cada vivienda como si fuera la propia.

Más allá de la utilidad del sorteo en el cumplimiento de las reglas del EPAM, este representaba la búsqueda de lo colectivo por sobre lo individual expresada por los técnicos y el sacerdote. Susana Murphy consideró que “se trató de insuflar todo eso de lo colectivo, el valor de lo solidario. La gente, todo eso ya lo tiene incorporado, lo tenía incorporado en cuidar a los chicos y eso se siguió en el barrio, pero con la vivienda, no”¹⁵⁸. Es decir, estas ideas se encontraban presentes entre los técnicos, pero no entre los autoconstructores, lo cual generó numerosas rispideces. P, quien fue recordado por la mayoría de los técnicos como el que mejor entendía las transformaciones sociales que buscaba el proyecto, explicó el sorteo del siguiente modo:

La otra cosa que fue muy buena, y eso sí también, surgió en una discusión que tuvimos en una oportunidad, fue decir: se sortearon los lotes, cuando se hizo la subdivisión, de que ninguno de nosotros supiera cuál era el lote que le iba a tocar. Para que no (...) esta cosa especulativa y oportunista. Si yo vivo en este y vengo a trabajar y tengo todos los cuidados que pueda, no lo hago por la buena voluntad. Y el

¹⁵⁸ Entrevista a Susana Murphy, 15 de octubre de 2014.

que tiene buena o mala voluntad trabaja en todos lados como en su propia casa. Eso fue el otro concepto que se rescató¹⁵⁹.

Sin embargo, y al igual que sucedió a lo largo de la obra, esa búsqueda de horizontalidad fue puesta en crisis y estuvo al borde de romperse. El motivo de ello consistió en que no todos los terrenos tenían el mismo tamaño. Según distintos testimonios se había decidido que los lotes grandes serían sorteados entre las familias más numerosas y los chicos entre las menos numerosas. Delia Andrade recuerda el episodio del siguiente modo:

Fue terrible porque era así (...) para la gente que tenía 4 hijos y más, eran los terrenos más grandes (...). Se sorteaba con esas familias, nada más. Y después el resto se iba haciendo en general. (...) Y ahí empezó el lío. Porque la gente empezó a decir que no, que cómo puede ser, que hay gente que tiene más de cuatro hijos y no ha venido a trabajar, que debe horas, que no es así, que esto tiene que ser por igual, al que le toca, le toca. Empezamos que no, que no habíamos quedado así¹⁶⁰.

Este testimonio demuestra que el sorteo expuso las tensiones latentes vinculadas al incumplimiento del trabajo colectivo. A su vez, se introdujeron posturas vinculadas al mérito y la falta del mismo para obtener una vivienda. Como explicamos anteriormente, los mismos técnicos reconocían como una injusticia que aquellos que no hubieran trabajado tuvieran la misma recompensa que aquellos que sí. Podemos vincular esto a algunos debates dentro de las ciencias sociales en relación a la acción colectiva. Tilly explica que “la mayoría de las acciones colectivas produce bienes de los cuales todos los miembros de un grupo se benefician, hayan participado o no en la acción” (2000:11). Esta situación puede llevar a situaciones de conflicto dentro del grupo con aquellos que se mantienen al margen y aun así se benefician. En el caso de un proyecto que implica trabajo físico en horas, es aún más complejo porque no se discute sólo la participación, sino la tarea puesta en la consecución de las metas.

De este modo, la separación según el número de hijos pasó a un segundo plano. Esta problemática aparece en uno de los manuscritos del Equipo Técnico de la Vivienda donde, al repasar lo realizado, se expresa que “después de mucho trabajo hay una forma injusta de recompensa: los que no trabajaron tienen su casa”¹⁶¹. Es decir, reconocen que muchos

¹⁵⁹ Entrevista a P, 8 de febrero de 2015. El entrevistado prefirió que no se mencionara su nombre.

¹⁶⁰ Entrevista a Delia Andrade y Juan Alberto Murillo, 2 de diciembre de 2014.

¹⁶¹ Minuta fechada el 12 de junio, sin año.

integrantes nunca terminaron de recuperar horas o pagar cuotas y, sin embargo, fueron tratados con los mismos derechos de aquellos que sí lo hicieron.

Esta tensión entre lo colectivo y lo individual aparece también en la investigación de Cecilia Blondet (1986) sobre un barrio limeño edificado por autoconstrucción. La autora explica que estos conflictos permiten comprender la dimensión social de los barrios populares autoconstruidos y su organización. Allí sus habitantes “son conscientes que si no lo hacen ellos, nadie lo va hacer y quien no participa, no tiene derecho a pedir después. Hay obligación de cooperar y de trabajar colectivamente para lograr lo de cada uno (...). El sentido de ‘unión’ entonces, está cargado de presión personal y social” (1986:41).

Delia Andrade recuerda que había un estatuto donde figuraba la división del sorteo según el tamaño de las familias, documento que ningún otro entrevistado mencionó ni encontramos¹⁶². El reglamento no toca el tema y el convenio sólo menciona que cada vivienda “se adjudicará por sorteo”. Habiendo sido asentado por escrito o no, todas las memorias recuerdan este episodio y las discusiones que trajo. Eva Murillo recordó que el asunto se cerró por decisión de Osvaldo Ramos: él expresó preferir un sorteo general a pesar de encontrarse en el grupo de los terrenos grandes, lo cual inclinó la balanza para que se hiciera un solo sorteo. Este episodio demuestra la importancia que tuvo Osvaldo Ramos en la toma de decisiones de la cooperativa, quien fue recordado por muchos vecinos como una figura principal entre los ideólogos del. Él fue, de hecho, él quien dio el discurso en representación de los vecinos el día de la inauguración del barrio.

Solamente Delia Andrade recordó que se realizó una excepción con César Flores, quien por tener una familia numerosa, le fue asegurado un lote grande dentro del sorteo. Su memoria destaca este gesto como un acto de solidaridad entre compañeros, opuesto a los recelos que aparecieron con la repartición de lotes. Si bien el caso de Flores no aparece en ningún otro testimonio, pudimos rastrearlo dentro de nuestro análisis documental sobre la cooperativa. Dentro del archivo de la FVC encontramos la actuación notarial del sorteo, firmada por el escribano José Auge, donde se aclara:

Previamente a la iniciación del sorteo de las mismas *[las viviendas]* se manifiesta el compareciente que por así haberlo resuelto con anterioridad todos los socios de la cooperativa se sorteará la adjudicación de la vivienda de las más grandes al socio Señor César Flores, en razón de tener la familia más numerosa, siendo así y

¹⁶² Entrevista a Delia Andrade y Juan Alberto Murillo, 2 de diciembre de 2014.

poseyendo el número 23 para el sorteo, procede en mi presencia el nombrado Flores a sacar bolilla, sacando la número 2 y por tratarse de una vivienda grande se le adjudica la misma ante el aplauso unánime de la concurrencia.¹⁶³

El anterior fragmento nos da a entender que la decisión de asignar a César Flores un lote de mayor tamaño fue resuelta colectivamente, lo cual refuerza la idea de horizontalidad propuesta en el grupo. También el grado de formalidad con el cual se tomó esta decisión, contando con la observación de un escribano. A la vez, la tensión que trajo el sorteo demuestra que las ideas sobre lo colectivo y del EPAM no eran entendidas del mismo modo por todos los integrantes. Esto puede entenderse, siguiendo el razonamiento de Susana Murphy, en tanto los socios no habían compartido experiencias similares en el pasado, ni se habían unido a la cooperativa específicamente buscándolas. La polémica por el tamaño de los lotes puso de manifiesto que, aun construyendo viviendas de relocalización tras los desalojos de la dictadura, nadie perdía de vista que en un lote más grande podrían realizarse más ampliaciones y tener una casa más grande. Es decir, obtener el mayor rédito posible del trabajo realizado. La épica de la resistencia, la horizontalidad y solidaridad fue puesta a prueba al momento de asignarse los metros cuadrados por socio.

En sus testimonios, los autoconstructores también destacaron el festejo que se realizó en el marco del sorteo, el cual incluyó un almuerzo, baile y otras diversiones. Para los técnicos, el festejo fue el hecho relevante y las discusiones quedaron en un plano secundario. La celebración se vincula particularmente al sentimiento de felicidad y orgullo por la tarea realizada por parte de los autoconstructores y el equipo técnico. Entre los invitados se encontraron todos integrantes de la cooperativa, del Equipo Técnico de Vivienda y sus familias, también la de los socios del segundo plan de vivienda de Copacabana en José C. Paz. Estuvieron presentes también las personas que colaboraron fuertemente con la cooperativa como Saturnino Llorente, de la parroquia San Martín de Tours, Eduardo Sánchez Terreno, de CBA y las hermanas de La Asunción. Margarita Lovigné y Carlos Casanova destacaron la presencia de Monseñor Raspanti, obispo de Morón, quien dio un discurso para celebrar el sorteo.

Un segundo festejo fue la inauguración formal del barrio y bendición del mismo, realizada el día 21 de diciembre de 1980. Luego de este día se comenzó la mudanza a las nuevas viviendas. Ningún entrevistado nos había mencionado ese día en particular, sólo el hecho

¹⁶³ Actuación Notarial del sorteo de las viviendas de la Cooperativa Copacabana, firmada por José Auge y Raúl Zavalía, con fecha del nueve de julio de 1980 (Archivo FVC).

de que se mudaron meses después del sorteo, episodio que aparece con gran trascendencia. Sin embargo, los documentos relevados sobre este evento nos permiten ver que tuvo una gran importancia, al menos en ese momento, para todo el equipo¹⁶⁴.

Para la “inauguración y bendición de las viviendas” (nombre con el que los documentos relevados identifican ese día) se reunieron todos los integrantes, Osvaldo Ramos y Margarita Lovigné dieron un discurso cada uno, habló el Padre Meisegeier y se celebró el trabajo logrado. Las viviendas fueron luego bendecidas por los sacerdotes presentes, se cortó la cinta que daba inauguración al barrio y se entregaron los títulos de propiedad. El Equipo Técnico de la Vivienda escribió dos comunicados, uno dedicado a la comunidad cristiana que apoyó el proyecto y otro a la prensa, donde destacaron el enorme trabajo realizado por los socios de la cooperativa y que estos proyectos continuarían de su mano en nuevos barrios populares. También elaboró un organigrama sobre cómo se desarrollaría ese día. Esto da cuenta de la formalidad que tuvo la inauguración y nos presenta la lista de invitados a dicho evento: se comenzó con el izado de la bandera nacional y el canto del himno, también contó con la presencia de la escribanía Auge – Walker y del Secretario de Gobierno de la Municipalidad de General Sarmiento, Enrique Cervo. Este aspecto se cose con un planteo que hemos desarrollado en distintas oportunidades de esta tesis: la edificación de un barrio requirió necesariamente de un diálogo (en algunos casos bajo estricta formalidad) con representantes del Estado.

Como hemos explicado, la edificación de un barrio necesitó cumplir con formalidades burocráticas y cumplimiento de las normativas de obra que encuadraron esta forma de resistencia a la erradicación. A la vez, su proyecto no chocó con las intenciones de los organismos estatales de eliminar las villas: no buscaron permanecer en la Villa 31, ni ocupar otro terreno, ni edificar viviendas deficitarias. Por el contrario, el uso de materiales cotidianos (a pesar de ser un sistema nuevo), la imagen de vivienda clásica, la inserción en la trama urbana y la propiedad de la vivienda borraban todo *estigma villero* de inmoralidad e ilegalidad (Guber, 2004) en el nuevo barrio inaugurado. La presencia de autoridades municipales allí, aun tratándose de un proyecto que desafió las políticas urbanas dictatoriales, puede significar el reconocimiento de todo lo anterior y del cultivo de una relación estratégica con el gobierno local.

¹⁶⁴ Los documentos que hemos relevado sobre la inauguración fueron encontrados en el archivo de FVC luego de haber realizado la mayoría de las entrevistas, motivo por el cual no pudimos llevar imágenes sobre este episodio.

3.10 El paso de Ayuda Mutua al Esfuerzo Propio

El sorteo y la adjudicación de las viviendas cerraba la etapa de trabajo de autoconstrucción colectiva. A partir de ese momento, cada socio sería responsable de su vivienda y debía realizar las terminaciones finales: revoques interiores, azulejos, equipamiento de cocina. Estos trabajos corrieron por parte de cada familia, tanto en su organización como en los costos. El equipo técnico asesoró sobre cuestiones constructivas a distintos vecinos, pero no dirigió esa etapa. Cuando las terminaciones de las viviendas se encontraron avanzadas y los técnicos consideraron que habían llegado al grado de habitabilidad necesario, se inició la mudanza.

El paso de la Ayuda Mutua al Esfuerzo Propio estuvo estipulado desde el comienzo: el trabajo colectivo se realizaría hasta lograr el grado de habitabilidad mínimo y luego sería individual. Para ese entonces, a su vez, ya se habrían asentado las bases comunitarias necesarias para la continuidad del trabajo colectivo, aspecto que hemos analizado anteriormente. Muchos documentos relevados en los archivos de la FVC detallan que había sido programada la separación entre la Ayuda Mutua y el Esfuerzo Propio al momento de la inauguración del barrio. Es decir, la construcción cooperativa, entre todos y para todos corresponde a una primera etapa, y la mejora individual de cada vivienda corresponde a una segunda. Esto se llegó a cuantificar en un informe de FVC del 21 de noviembre de 1981, donde se aclaró que el 70% del trabajo se realizó por Ayuda Mutua y el 30% por Esfuerzo Propio. También desde la FVC se ha llevado un registro de las ampliaciones de cada vivienda, entendiendo a las mismas como parte del proyecto, en tanto la *vivienda progresiva* así lo conceptualiza. A lo largo de este trabajo no hemos realizado esta separación y hemos llamado como EPAM a todo el trabajo realizado. Esto se ha basado en que nunca los entrevistados propusieron esta distinción. Ellos recordaron haber trabajado concretamente con EPAM durante toda la construcción del barrio, unificando ambas instancias. Los documentos relevados proponen una lectura precisa sobre las etapas del EPAM, recuperando debates de otras organizaciones que trabajaron con este sistema y coincidiendo con la bibliografía disponible sobre ese tema. La diferencia entre los documentos y la memoria nos demuestra que no fue relevante explicitar los límites entre Ayuda Mutua y Esfuerzo Propio para llevar a cabo la obra. La dificultad para separar, en la práctica, ambas etapas del EPAM aparece mencionada en la revista *Vivienda Popular* N°5, dirigida por el padre Meisegeier, quien lo explica del siguiente modo:

La autoconstrucción asistida comprende planes por esfuerzo propio (cada uno trabaja en su casa) o por ayuda mutua, mediante la colaboración organizada de un grupo de familias, en un determinado número de viviendas en construcción. Ambas formas “puras” o por separado no suelen ser frecuentes. Lo más corriente es la combinación de ambos métodos de trabajo.¹⁶⁵

Parecería que las diferencias entre ambas etapas sirvieron principalmente a los técnicos para organizar el trabajo y los objetivos sociales del EPAM. Por ejemplo, durante la parte que correspondería a la Ayuda Mutua se debía fomentar la autonomía del grupo y la capacitación técnica de los integrantes. Esto permitiría que, luego de la inauguración, cada uno pudiera adecuar y ampliar sus viviendas, por Esfuerzo Propio.

En Copacabana participaron tanto personas con amplia experiencia en construcción como otras con nulo conocimiento del tema. Es así que los capataces, al explicar al resto cómo se realizaban las distintas tareas de obra, enseñaban el oficio. Alberto Murillo, quien no tenía experiencia en obra, recuerda que “todos estos muchachos tenían experiencia, los que no sabíamos éramos dos, tres tipos. Para mí fue durísimo, a mí me costó lágrimas agarrar y llevar los baldes, las carretillas; no estaba acostumbrado”. Él aprendió el trabajo al ver a aquellos que conocían el oficio: “Ya cuando vos ves una, dos veces, decís: ‘La tercera van a poner la madera, seguro’”¹⁶⁶. Otro autoconstructor que tampoco tenía experiencia en obra nos explicaba lo siguiente: “ellos te iban dirigiendo, o sea, algunos que sabían de albañilería y otros que eran albañiles; ellos te iban enseñando a armar los fierros, a cortar fierros y después (...) los bloques”¹⁶⁷. Este vecino recuerda que aquello que aprendió en esos años le sirvió para mejorar posteriormente su vivienda. Daniel también destacó el crecimiento de su vivienda y su aprendizaje durante la construcción: “Lo que no sabía lo aprendía ahí. Yo entré a laburar a la obra un día y era medio oficial, yo como a los cinco meses era oficial armador y tenía como cinco a mi cargo, nunca había laburado en la obra”¹⁶⁸.

Desde la inauguración hasta el día de hoy, en todas las viviendas relevadas se construyeron nuevas habitaciones (entre una y cinco) y una cocina; se revocaron los muros y agregaron puertas, ventanas y rejas¹⁶⁹. En algunas viviendas incluso, se anexaron locales comerciales

¹⁶⁵ Revista Vivienda Popular, N°5, abril de 1982, p.20.

¹⁶⁶ Entrevista a Delia Andrade y Juan Alberto Murillo, 2 de diciembre de 2014.

¹⁶⁷ Entrevista a L, 10 de diciembre de 2014. El entrevistado prefirió que no se mencionara su nombre.

¹⁶⁸ Entrevista a D, 12 de mayo de 2015. El entrevistado prefirió que no se mencionara su nombre.

¹⁶⁹ El proyecto inicial contaba con un brasero o cocina a garrafa en la habitación principal.

(quioscos, un taller mecánico, locales para alquiler, una tienda de indumentaria, entre otros), lo cual permite dar cuenta que estas no sólo significaron una respuesta habitacional, sino también una oportunidad laboral y un recurso económico. Este aspecto no fue considerado en el proyecto inicial de La Asunción, donde se había planteado la construcción de un dispensario y un local para una futura cooperativa de trabajo.

Las memorias de los entrevistados consideraron el paso de los “mutuo” a lo “propio” como un decaimiento de la organización colectiva. Un autoconstructor entrevistado recordó así la siguiente etapa del trabajo: “era como si siguiéramos viniendo los fines de semana, pero ya por propia voluntad veníamos y cada uno se hacía cargo de su casa. No era como trabajábamos antes, trabajábamos para nosotros”¹⁷⁰. Él también mencionó que algunos socios trabajaron enérgicamente en esta etapa y otros muy poco. Sin embargo, esto no fue un conflicto colectivo: ya no se perjudicaban todos con el incumplimiento de pocos.

La adjudicación de las viviendas cambió el espacio de la obra, pasando de ser absolutamente colectivo a mayoritariamente privado, donde sólo las calles, la red de agua potable y el centro comunitario eran (y son) de propiedad común. El terreno antes podía ser leído bajo la categoría de “espacio público”, la cual según Lefebvre (2013), presenta un escenario honesto y libre, mientras que se encuentra reglado bajo estrictas normas de conceso. Este espacio “supone simultaneidad, encuentros, convergencia de comunicaciones e informaciones, conocimiento y reconocimiento, así como confrontación de diferencias (también ideológicas y políticas). Es lugar de deseo, de desequilibrio permanente, momento de lo lúdico y de lo imprevisible” (Martínez Lorea, 2013:21). La distancia entre las normas del *espacio concebido* y la apropiación cotidiana de la obra en tanto *espacio vivido*, separó al proyecto dos etapas con vivencias y memorias diferentes para los autoconstructores. Luego del sorteo, las mejoras y ampliaciones de cada vivienda continuaron a criterio y voluntad de cada socio, actividad que se mantiene hasta la actualidad. Según Nora, esto acentuó la distancia social y afectiva entre los vecinos y lo explicó del siguiente modo:

Somos egoístas y me incluyo, porque cada uno cuando tuvo el techo... Egoístas en el buen sentido, pero después se nos fue de las manos (...). El egoísmo era natural porque algunos tenían cinco, seis pibes y tenían que hacer en su casa, porque con una piecita, ¿cómo hacés?, ¿vas a meter a los cinco pibes? Salíamos de una villa donde

¹⁷⁰ Entrevista a L, 10 de diciembre de 2014. El entrevistado prefirió que no se mencionara su nombre.

vivíamos así (...) ¿por qué volver a vivir así? No. Salíamos por convicción, por querer darle algo mejor a nuestros hijos.

Nora -como Vernazza (1989) anteriormente- mencionó a este “egoísmo natural” como un aspecto fundamental para entender a las cooperativas. Aun en un contexto de erradicación y acción colectiva, los intereses individuales se encuentran vigentes y conviven con aquellos del solidaridad y horizontalidad. Como explicamos, el diseño proyectado para la vivienda proponía una lógica progresiva, al comienzo contaba con un único dormitorio y para la mayoría fue necesario realizar ampliaciones. En ese momento la familia de cada uno pasó a ser entonces la prioridad y por ese motivo, los proyectos colectivos, como el armado de una cooperativa de trabajo y la edificación de un centro comunitario no se pudieron concretar. Margarita Lovigné recordó sobre este hecho lo siguiente: “pensábamos que se podía retomar algo de laburo juntos, ¿no? Los que no tenían trabajo. Pero la gente estaba tan cansada y todavía no había terminado la casa o le faltaba revocar adentro, le faltaba poner el piso, es como que no tenía la tranquilidad para encarar otra cosa”. Es decir, el proyecto arquitectónico, progresivo y, por definición, incompleto, consumió las energías de los socios de la cooperativa, quienes al estar viviendo allí, tenían como prioridad mejorar su vivienda para la comodidad de su familia. La autoconstrucción que inicialmente había unido al grupo, ahora lo separaba. Nos parece relevante destacar que esta tensión entre lo colectivo y lo familiar la encontramos en el estudio de otro barrio popular (también bonaerense y contemporáneo a La Asunción) realizado por María del Carmen Feijoo, sólo que de un modo inverso: allí “la queja frecuente es cómo la pertenencia a las comisiones directivas de las agrupaciones barriales o el activismo dentro de las mismas, quita tiempo para la familia, para la autoconstrucción o las tareas de mantenimiento de la vivienda propia” (1983:34). Parecería, teniendo como ejemplo estos dos barrios, que el tiempo que se le dedica al cuidado y crecimiento edilicio de la vivienda familiar choca inevitablemente con aquel para las acciones colectivas y organización barrial. Sobre este conflicto no encontramos ninguna documentación dentro de los archivos de FVC o SEDECA, sino en las memorias de los protagonistas. Esta cuestión expone los aportes del testimonio “cuando tenemos la posibilidad de ponerlo en diálogo con otras fuentes y de establecer (...) nuevos interrogantes y lecturas a partir de los cuales revisitarlos” (Carnovale, 2007:169). En este caso, abre el debate sobre cómo el aprendizaje de técnicas constructivas mediante EPAM contribuyó a la autonomía de cada autoconstrutor en el mantenimiento y ampliación de cada vivienda, lo cual llevó, a su vez, a una reconfiguración del grupo segmentándolo

según grupos familiares. Sin embargo, es necesario señalar que ese no fue el fin de la Ayuda Mutua y lo colectivo. La mayoría de los entrevistados recordaron que, una vez terminada la construcción del barrio, al momento de realizar una mejora en su vivienda, fueron ayudados por algunos de sus vecinos. Del mismo modo, casi todos mencionaron haber colaborado con otros cuando fueron llamados a hacerlo. Esta reciprocidad aparece en las memorias como incondicional y demuestra una clara continuidad del EPAM luego de la inauguración de La Asunción.

En la actualidad, los vecinos de La Asunción han retomado el antiguo proyecto del espacio comunitario de la Cooperativa Copacabana, ubicado bajo el tanque que suministra agua al barrio. Allí se dictan hoy en día talleres de muñecos, tejido, arte, computación, folklore, entre otras actividades. También se realizan celebraciones barriales como las fiestas de carnaval, asados, Día del Amigo. Ese centro busca ser un espacio dedicado a resolver colectivamente los problemas del barrio, como por ejemplo, el mantenimiento de la red de agua, buscando integrar a las nuevas generaciones. Las actividades comunitarias de este espacio se suman a otras que existían en La Asunción desde su comienzo, como las festividades religiosas del Día de la Pachamama (1 de agosto) y de la Virgen de Copacabana (5 de agosto), el aniversario de la cooperativa (25 de mayo), entre otros. Si bien la mayoría de los entrevistados ha destacado que ninguna de estas fiestas tiene hoy el despliegue que tuvo en los años próximos a la inauguración, algunos siguen recordando y celebrando estas fechas. El nuevo centro se sigue mejorando y ampliando, se ha realizado recientemente un mural y una huerta, quedando pendientes aspectos como revoque exterior, cielorraso, entre otros. Su edificación se ha realizado, en parte, con el trabajo colectivo de un grupo de vecinos de La Asunción, familiares y amigos. También ha sido necesaria la contratación de trabajadores de la construcción y la compra de materiales, los cuales se pudieron costear gracias al dinero recaudado de los eventos que allí se realizan, aportes económicos de vecinos y la cuota del servicio de agua. Si bien es cierto que muchas de las personas entrevistadas vinculadas al centro comunitario mencionaron no haber contado con la ayuda de la mayoría del barrio, sí destacaron los vínculos con aquellos que trabajaron y apoyaron el proyecto.

En relación a los espacios comunes realizados por los propios integrantes de Copacabana, cabe destacar el Museo-Biblioteca Inti-Huasi, creado por P en su propia vivienda. Durante los años noventa, él abrió allí un merendero para los chicos del barrio que se encontraban en condiciones de vulnerabilidad. Luego, empezó a incorporar libros que distintos vecinos

y amigos donaban para transformar el lugar en una biblioteca. Finalmente, decidió dedicar el espacio a “homenajear la historia de los pueblos originarios” y pasó a ser un centro de reuniones y debates dedicados a esa temática. Desde entonces se han realizado allí distintas festividades religiosas ligadas a las tradiciones de los pueblos originarios, como el Día de la Pachamama, Inti Raimi, *chayas*, entre otras¹⁷¹.

La autonomía de este grupo se pensaba conseguir también a través de nuevos proyectos cooperativos que continuarían luego de la edificación del barrio: una cooperativa de consumo, retomar el hilado y la fabricación de bloques de cemento. Todos estos contaron con el impulso de quienes habían motivado a la cooperativa en un primer momento, pero por uno u otro motivo, no pudieron concretarse. En cuanto a los dos primeros proyectos, casi todos los entrevistados expresaron que sus diferencias, celos y falta de interés los llevaron su no concreción, asumiendo de este modo, su responsabilidad en esa situación. En nuestro relevamiento de la documentación existente sobre el barrio, encontramos imágenes de la nueva cooperativa de hilado, que demuestran que efectivamente comenzó a funcionar. Esto no fue mencionado por ninguna entrevistada, con excepción de la arquitecta Susana Murphy, quien recordó haber intentado retomar esa actividad con las tejedoras. Esta omisión, entendemos, acentúa la tristeza y decepción que expresaron los distintos testimonios al relatar los proyectos truncados por la fragmentación del barrio. Como explica Alessandro Portelli, los testimonios de los entrevistados están repletos de gestos que “revelan las emociones de los narradores, su participación en la historia y el modo en que la historia los afectó” (1991:40). En cada oportunidad que se mencionaron los proyectos colectivos truncados, los entrevistados expresaban un lamento, una pérdida y, en algunos momentos, enojo.

Durante la obra se había planteado la idea de que la bloquera donada por CBA siguiera siendo utilizada después de la construcción de las viviendas con el fin de vender bloques de cemento y generar un ingreso económico para el barrio. Este proyecto no se pudo concretar ya que la bloquera pasó al barrio Frino, siguiente barrio de Copacabana, ubicado en José C. Paz. Luego se utilizó en el desarrollo de otros barrios populares, como en uno de la Cooperativa La Cortada¹⁷² y en la actualidad no sabemos dónde se encuentra esa máquina o si sigue en funcionamiento. La bloquera ha sido un tema recurrente en nuestras entrevistas y, a diferencia de los anteriores proyectos truncados, la mayoría de los

¹⁷¹ Entrevista a P, 8 de febrero de 2015. El entrevistado prefirió que no se mencionara su nombre.

¹⁷² Entrevista a Carlos Casanova y Margarita Lovigné, 26 de mayo de 2016.

entrevistados culpa a la FVC de esa pérdida. De hecho, este es el único reclamo que hemos escuchado de algunos vecinos a la fundación. Estos recuerdan a la ausente bloquera como una herida abierta y hasta expresaron enojo con FVC, la misma fundación que gestionó la construcción del barrio.

Uno de los principales objetivos sociales de los técnicos con la utilización del EPAM consistía en “consolidar sobre las bases sentadas por la Ayuda Mutua, una estructura organizativa que, gracias a propiciar la organización y la conciencia crítica, sea un medio para la autogestión comunitaria”¹⁷³. Esta idea no pudo concretarse acabadamente, sin embargo, está claro que los objetivos sociales de la cooperativa tuvieron eco en sus integrantes y pudieron continuarse hasta la actualidad. Tanto los proyectos que sí pudieron concretarse, como los que no, demuestran la complejidad de esta organización, que fue mucho más lejos que el lograr una respuesta habitacional para desalojados. A su vez, expone las tensiones presentes en este tipo de experiencias, donde los vínculos se transforman, algunos perdiéndose, otros acentuándose. Desde el comienzo de Copacabana, lo individual y lo grupal, la ayuda mutua y el esfuerzo propio, no pueden dissociarse del todo, sino que estuvieron y están en continua articulación.

¹⁷³ Manuscrito con reflexiones sobre cómo se organizaría el grupo de autoconstructores. Sin fecha (FVC).

3.11 El “privilegio” de ser desalojado y obtener una vivienda



Imagen 9: Integrantes de la cooperativa y niños posando frente a las viviendas, julio de 1982 (Archivo FVC).

Como hemos explicado en el capítulo 1, las cooperativas de autoconstrucción reunieron solamente al 2,57% de los habitantes de la Ciudad de Buenos Aires. Su caso fue de una gran singularidad y representó una pequeña, pero significativa, excepción de lo sucedido a la mayoría de las personas desalojadas. Como expresó el Padre Meisegeier, estas fueron una “patada fuerte” a la dictadura, pero al mismo tiempo “una gotita de agua” frente a la magnitud de la erradicación¹⁷⁴.

En *La verdad sobre la erradicación de las villas de emergencia del ámbito de la Capital Federal*, el Equipo Pastoral explica que “todas estas familias expulsadas de las villas de la Capital Federal han sido trasladadas (por los mismos camiones municipales) con su ilegalidad y su miseria a los municipios del Gran Buenos Aires”. Es decir, para la extensa mayoría de los villeros, la erradicación implicó el deterioro de sus condiciones habitacionales, la destrucción de sus lazos barriales y la pérdida de empleo. En el sentido opuesto, los miembros de las cooperativas pudieron evitar ese escenario y construir planes

¹⁷⁴ Meisegeier, José. Testimonio en el Archivo Oral de Memoria Abierta, Buenos Aires, 4 de diciembre de 2004.

de vivienda definitiva donde reubicarse. Es decir, no sólo pudieron reponer la vivienda perdida, sino que lograron una mejora significativa en su vida.

En relación a esta singularidad y tensión propia de las cooperativas, Jorge Vernazza, al recordarlas explica: “ellos vivieron una situación de privilegio” (1989:114). Esta frase, y especialmente el último término, que presenta a ese pequeño grupo como *privilegiados*, mientras eran víctimas de la erradicación, llamó nuestra atención. Para abordar esta cuestión recurrimos a Portelli, quien explica que la memoria “nos dice menos sobre los acontecimientos que sobre su *significado* (...) lo que hizo la gente (...) lo que deseaban hacer, lo que creían estar haciendo y lo que ahora piensan que hicieron” (1991:42). Los *significados* alrededor de las cooperativas que recupera Vernazza en 1989 para decir “privilegio”, coinciden con los Meisegeier de 2004 para decir “gotita de agua” y son compartidos en la actualidad por muchos de los integrantes de Copacabana entrevistados. Estos últimos, en prácticamente todas las entrevistas mencionaron que su situación habitacional pasó de encontrarse en un contexto de precariedad, tanto edilicia como jurídica, a la obtención de una respuesta definitiva y segura. Es decir, sus memorias unen al *privilegio* con el acceso a la vivienda y los caminos que los llevaron allí: haber ingresado a la cooperativa, sido ayudados por los técnicos, disfrutar del trabajo colectivo, la guía de los referentes barriales, el padre Meisegeier, las Hermanas de la Asunción, la “Virgen” y “Dios”.

A partir de nuestro análisis de los testimonios y la bibliografía existente, entendemos que la noción de *privilegio* se ancla en dos cuestiones: por un lado, el acceso y crecimiento favorable de las viviendas y el barrio; por el otro, la protección que recibieron las cooperativas frente a la violencia estatal durante la construcción. En cuanto al primer punto, como explicamos, todas las viviendas de La Asunción se consolidaron, ampliaron y mejoraron, e incluso posibilitaron oportunidades laborales para sus dueños. Estas son hoy testigos del crecimiento familiar (también intergeneracional) de los integrantes de Copacabana y se han edificado nuevas plantas sobre el prototipo original y nuevas unidades en muchos de los fondos. Como nos explica enfáticamente Daniel: “A mí esto me mejoró la vida, me mejoró la vida a mis hijos, a mis nietos. Yo soy un agradecido de Dios”¹⁷⁵. O como expresó Nora, también asociando la vivienda a su fe:

Yo le debo mucho [*a la virgen de Copacabana*]. Yo iba a la capilla (...) y estaba la Virgen María [*pero*] no estaba ese día, (...) pusieron esa virgencita [*de Copacabana*]

¹⁷⁵ Entrevista a D, 12 de mayo de 2015. El entrevistado prefirió que no se mencionara su nombre.

para esa misa. Y ahí yo le pedí, le pedí a ella con mucha fe que quería mi casita. Que yo quería de alma, que quería una casita. A veces ahora me río, me río y lloro a la vez porque tengo una casa grande y digo (...) si yo, Madre, te pedí una casita, solamente una casita y mirá lo que me diste¹⁷⁶.

En cuanto al barrio, la Ruta 23 ha presentado mejoras, se han asfaltado las calles Maestro Ferreyra, Los Andes, Rodrigo de Triana y España, y se ha incorporado nuevo equipamiento urbano. En cuanto a esto último, Nora destaca que “el municipio hizo la salita, a la vuelta, que las hermanitas también vendieron [*el terreno*]”¹⁷⁷. El Instituto Parroquial de Nuestra Señora de la Asunción, el colegio del barrio donde estudiaron muchos de los hijos de los autoconstructores, tuvo ampliaciones a lo largo de los años. Entre ellas, el 11 de agosto de 1991 se inauguró la Capilla Nuestra Señora de la Asunción que actúa, a su vez, como la capilla del barrio¹⁷⁸. El acceso a la educación ha sido destacado por muchos entrevistados como un aspecto positivo de su barrio, tanto en el pasado como en la actualidad. Este crecimiento positivo del barrio lo diferencia de otras respuestas habitacionales previas y contemporáneas al gobierno militar que se centraban en grandes conjuntos de vivienda de interés sociales que actualmente presentan grandes problemas edilicios y estigmatización (Bettanin, 2014).

Consideramos que el acceso a la vivienda y las características positivas del barrio son entendidas como *privilegio* al garantizar el “derecho al espacio urbano” (Oszlak, 1991) de sus vecinos. Este permite “el acceso a un sinnúmero de otros bienes y servicios, en virtud de la relación espacial entre éstos y el lugar de la residencia y actividad (...) tales como la educación, la recreación, la fuente de trabajo, la atención de la salud, el transporte o los servicios públicos” (Oszlak, 1991:24). El entorno urbano de La Asunción pudo garantizar, en mayor o menor medida, el acceso a todos los bienes anteriores. Asimismo, según varios testimonios, ha representado una mejoría en este aspecto para los integrantes de la cooperativa. De este modo, el *privilegio* que representaron las cooperativas fue, entre otros, la conquista de un derecho que en ese entonces les era negado, el del espacio urbano. Esta valorización que expresaron los testimonios de los vecinos se ancla en los cambios positivos de sus condiciones de vida. En tanto “el presente contiene y construye la experiencia pasada y las expectativas futuras” (Jelin, 2012:12) la percepción del *privilegio*

¹⁷⁶ Entrevista a Nora, 8 marzo de 2015.

¹⁷⁷ En referencia al Centro de Salud San Miguel Oeste, ubicado en Maestro Eduardo Ferreyra 2800. Entrevista a Nora, 8 marzo de 2015.

¹⁷⁸ Allí se realizan bautismos, comuniones y misas. También, en los aniversarios de la Cooperativa Copacabana se lleva la Virgen homónima a esa capilla.

narra una experiencia pasada, un estado presente y un proyecto futuro que emerge como de seguridad habitacional, en un contexto de fuerte incertidumbre.

El segundo aspecto que definió la situación de *privilegio*, según nuestro análisis, fue la protección que recibieron los integrantes de las cooperativas por parte de la Iglesia católica. Durante las entrevistas que hemos tenido con los autoconstructores, al recordar las dificultades que enfrentaron en ese momento, ninguno dio cuenta de haber sido presionado por la CMV para desalojar su vivienda¹⁷⁹. Tampoco recordaron haber sido reprimidos o haber sufrido algún episodio violento por ser parte de una cooperativa de autoconstrucción, aun en un contexto donde las organizaciones villeras estaban prohibidas. Como hemos explicado, esto se ha debido a las negociaciones que realizó CBA con la CMV para que los autoconstructores no fueran desalojados ni reprimidos hasta que estuvieran terminadas sus viviendas, momento en el cual partirían por sus propios medios. Esta situación, nos fue mencionada por Eva Murillo del siguiente modo:

Vino un camión de la municipalidad, nos llevaron las cosas, nos fuimos allá, nos bajaron las cosas. ¡Nos trataron re bien! Nosotros sabíamos por otras personas que iban y las dejaban en cualquier lugar, las trataban mal. Pero eso ya nosotros no lo vivimos, otras personas sí, las dejaban en medio del campo. No sé, a nosotros nos tocó gente buena que nos llevó, nos ayudó a cargar, después descargar, nos dijeron suerte, hasta luego, chau. Pero sabíamos de eso, que hubo violencia con la gente. Pero a nosotros no nos tocó (...). Teníamos una marquita [*de CBA*] ahí que decía que no te podían sacar¹⁸⁰.

Si bien cuatro vecinos de La Asunción expresaron haber sufrido episodios de violencia por parte de la policía y el ejército presente en la Villa 31, ninguno de ellos consideró que esto se hubiera relacionado con su pertenencia a Copacabana. De acuerdo a sus testimonios, la violencia que padecieron fue parte de la represión que cayó sobre las villas durante la última dictadura militar, no de un ensañamiento específico con la cooperativa. Delia Andrade recordaba del siguiente modo el escenario de terror que atravesaba la Villa 31 en ese entonces:

La dictadura en la villa fue cruenta, por la noche venían los helicópteros, parecía que estábamos viendo la película *Apocalipsis Now* (...). Había en cada puerta un militar

¹⁷⁹ En este caso, nos estamos refiriendo específicamente a ser desalojados de su vivienda por la fuerza. La demolición de casi toda la Villa 31 y la violencia cotidiana que se vivía allí en ese entonces, pueden interpretarse como un modo de forzar a los habitantes de las villas a dejar su vivienda.

¹⁸⁰ Entrevista a Eva Murillo, 18 de diciembre de 2014.

–yo ni enterada–, a la mañana cuando salgo a comprar leche para mis hijos y veo un militar en mi puerta y preguntamos: ¿qué? ¡Estaba tomada la villa! Después se escuchó que habían llevado a mucha gente en camiones; la gente lloraba y gritaba. Y después, una segunda vez, fue de día. Ahí entraron los de la aviación, diciendo que en la villa había sarna, y nos fumigaban las casas y a las personas también¹⁸¹.

Cuando posteriormente consultamos a uno de los vecinos de La Asunción sobre la violencia que, según muchos testimonios, no sufrieron los miembros de la cooperativa por estar protegidos, él expresó: “Hubo más cosas, lo que pasa es que mucha gente no se quiere acordar de las cosas. ¿Entendés? Hubo muchas más cosas”. El trabajar con memorias sobre la represión y violencia vividas durante la última dictadura militar presenta numerosas complejidades, una de ellas es trabajar con los silencios y olvidos de los testimoniantes: “Las narrativas personales implican una multiplicidad de voces, circulación de múltiples ‘verdades’; también de silencios y cosas no dichas, que pueden ser expresiones de huecos traumáticos” (Jelin, 2014:161). El “no querer recordar” posibles episodios traumáticos forma parte de los estudios sobre la última dictadura militar, en tanto, nuevamente citando a Jelin, “la gestión y el derecho al silencio son también parte de esta historia” (2014:159).

Sumando el enfoque de Portelli (2004), podemos afirmar que el modo en que las memorias de los protagonistas reconocen la violencia de la erradicación y las consecuencias para los habitantes de las villas –al mismo tiempo que no lo mencionan como parte de su historia personal o incluso, destacan haber sido tratados muy bien–, puede ser entendido a través de lo que este autor llama “memoria dividida”. Esta surge cuando, dentro de un mismo grupo, o incluso en una misma persona, conviven dos narrativas contradictorias sobre un mismo hecho o episodio, por ejemplo, el desalojo y el privilegio. A la vez, “este es un signo de la gran riqueza de estas fuentes, que nos restituyen sobre el plano lingüístico y narrativo (...) la dimensión de la contradicción, de la tolerancia, de la complejidad, de la búsqueda de sentido” (Portelli, 2004:41).

Esta contradicción fue puesta de manifiesto por Nora, luego de concluir una entrevista grupal. Como explica Liliana Barela (2009), en muchas oportunidades, después de la entrevista afloran nuevos recuerdos de gran relevancia, especialmente al tratarse de temas difíciles de abordar. Lo mismo plantea Portelli: “muchas de las cosas interesantes comienzan cuando la entrevista ha terminado, esto es cuando se cierra la fase formal de la narración ‘histórica’ y se comienza a hablar de esto o aquello” (2004:47). En ese momento,

¹⁸¹ Entrevista a Delia Andrade y Juan Alberto Murillo, 2 de diciembre de 2014.

Nora resumió: “¿Sabes lo que pasó? Es que nos quisieron hacer el mal y nos hicieron el bien”¹⁸². La convivencia del “mal” y el “bien” en una misma frase, en un mismo contexto, encerraba en sí misma el tenso diálogo entre el “privilegio” y la erradicación. El “mal”: los abusos, la represión, las demoliciones, el ser echados de su barrio. El “bien”: la casa propia y el barrio donde pudieron mantener los vínculos construidos en la villa.

El “mal” fue recordado de modos muy distintos, intercalándose silencios, memorias de violencia y de otros que padecieron la expulsión. El “bien” fue recordado por todos los vecinos como lo más relevante de esa etapa, como uno de los motivos de mayor felicidad de sus vidas. Las entrevistas estuvieron marcadas por una profunda emoción, con lágrimas de alegría y orgullo por la vivienda que lograron construir, y otras de tristeza recordando episodios violentos y a la gente que ya no está. El “privilegio” –acceder a la vivienda, compartirla con hijos y nietos, ver crecer al barrio y sus espacios comunitarios, la protección de CBA y su ayuda para la construcción– nos permite repensar la experiencia de las cooperativas y abre nuevas lecturas sobre la erradicación de villas y su contexto. Lecturas que asumen la complejidad y riesgo de reconocer el *bien* dentro del *mal*, que evitan *memorias políticamente correctas*, como plantea y rechaza Portelli (2004), donde únicamente se acentúa la épica de la resistencia y se esconden las contradicciones. En este sentido, nos parece relevante recuperar la siguiente reflexión de Elizabeth Jelin:

¿cómo podrían rearticularse democráticamente las diversas memorias de las dictaduras y la represión? No es a través de los intentos de imponer una visión del pasado o de intentar construir un consenso (generalmente “mínimo”) entre actores sociales, sino que, posiblemente, la reflexión sobre el orden democrático requiere la legitimación de los espacios de disputas por las memorias. El orden democrático implicaría, entonces, el reconocimiento del conflicto y la pluralidad, más que buscar reconciliaciones, silencios o borraduras (2012:137).

¹⁸² Grupo focal con vecinos de La Asunción realizado el 8 de noviembre de 2014.



Imagen 10: Festejo del día de la Virgen de Copacabana en el centro comunitario, 6 de agosto de 2017.
Fotografía: Leandro Daich Varela

3.12 Escombros y cascotes: los sentidos de la mudanza

Algunos vecinos de La Asunción entrevistados, al referirse a su salida de la villa y su llegada a San Miguel, expresaron: “nos tuvimos que ir”, “nos fuimos”, “nos mudamos”, “nos llevaron”. Pocos utilizaron palabras como “erradicación” o “desalojo”. Durante las charlas, nuestro uso de la palabra erradicación no fue rechazado o considerado erróneo, sin embargo, ningún vecino la eligió para definir su llegada al barrio. En todos los casos estaba implícito que el motivo de la formación de Copacabana fue la demolición de la Villa 31, pero no se destacaba la expulsión. Esto también lo encontramos en el discurso de inauguración del barrio leído por Osvaldo Ramos, donde expresaba que formaron la cooperativa cuando “a todos comenzaba a preocuparnos la erradicación”. Sin embargo, luego no se mencionaba el haber sido concretamente desalojados. Es decir, las memorias de estos vecinos resaltaban su poder de decisión a la hora de partir y no el hecho de haber sido forzados a hacerlo. Algunos recordaron haber preferido partir de la villa antes de que estuviera terminado el barrio en San Miguel, no por obligación, sino por el estado de destrucción, porque se había ido la mayoría de sus conocidos, por el cierre de comercios, centros de salud, escuelas, por la lejanía a la obra, etc. Juan Alberto Murillo fue de los pocos vecinos entrevistados que destacó la violencia en las villas y durante una entrevista mencionaba lo siguiente sobre ese momento:

Nos apretaba la intendencia con que a la villa había que desalojarla, nos teníamos que ir de la villa. Y es verdad que decían que nos iban a pasar las topadoras y nos pasaron las topadoras. Entonces, por iniciativa del (...) padre Pichi, nos juntamos los vecinos con la idea de formar una cooperativa para salir de la villa (...). De a poquito se fue haciendo la cooperativa, la gente se anotaba, otros se iban y, mientras tanto, las topadoras se llevaban a la gente. Había desalojos, camiones.¹⁸³

Siguiendo a Carnovale (2007:168) “los testimonios nos permiten acceder al espacio de las dinámicas y las subjetividades colectivas. Nos ofrecen “pistas” para pensar la forma en que se articulan las experiencias individuales con el espacio colectivo que las contiene y del que forman parte”. En el anterior testimonio, de modo similar a nuestra lectura del discurso de Ramos, encontramos que la violencia rodeaba a los integrantes de Copacabana, los afectó e, incluso, los llevó a irse de la villa a otros barrios antes de que estuviera terminado el suyo. Sin embargo, “había desalojos” para otros que no estaban agrupados en la cooperativa.

Para abordar las tensiones entre las formas de enunciar lo sucedido (erradicación, mudanza, traslado, etc.) recuperamos el trabajo de Carla Fainstein (2016), quien analiza las representaciones sociales del proceso de relocalización de la Villa 21-24 durante el 2011 en diálogo con sus formas de implementación. En su trabajo encuentra que muchos vecinos entendieron su reubicación a otros conjuntos habitacionales como una erradicación. Esto se debía, en parte, a la violencia, celeridad y falta de participación vecinal con la que realizó la relocalización. Aquí la memoria colectiva trajo a flote los desalojos forzosos de la última dictadura militar. El pasado reciente de erradicaciones masivas fue central en la interpretación que realizaron los pobladores sobre su reubicación: ciertos procedimientos y el rol del Estado los llevaron a asimilar su experiencia a la vivida previamente y llamarla “erradicación”.

Nuestro caso de estudio presenta una dinámica similar, pero de modo inverso. Dentro de la más grande erradicación de la historia de Buenos Aires, los integrantes de Copacabana estuvieron protegidos por CBA, no fueron desalojados con topadoras, pudieron organizarse, aunque con tiempos perentorios, como colectivo manteniendo sus lazos familiares, de amistad, religiosos y nacionales. También accedieron a una vivienda que ellos evaluaron como digna (aun cuando tenían que terminarla cada uno), la cual sigue en pie, junto a sus redes. Estos aspectos singulares con los que este grupo atravesó ese periodo

¹⁸³ Entrevista a Delia Andrade y Juan Alberto Murillo, 2 de diciembre de 2014.

determinaron los sentidos con los que fue interpretada la erradicación y llevó a que muchos vecinos hoy la nombren de otros modos. Nuevamente, podemos interpretar esta operación como un mecanismo de la memoria para omitir la violencia vivida, como un silencio, como “la imposibilidad de dar sentido al acontecimiento pasado, la imposibilidad de incorporarlo narrativamente” (Jelin, 2012:28). Esta narrativa, siguiendo a Jelin, define hoy al grupo de vecinos y, mientras el haber sido desalojados implica un pasado cargado de violencia, el mudarse a un barrio autoconstruido destaca valores como el trabajo, el esfuerzo y la solidaridad.

El uso de estas palabras también aparece en los comunicados de los responsables de las cooperativas y en su correspondencia con distintos organismos oficiales. Allí se mencionaban “planes de vivienda” y “proyectos de autoconstrucción”. El padre Vernazza, en sus memorias de 1989, también habla de “traslado” y “mudanza”. CBA y el Equipo Pastoral emplearon repetidas veces la palabra “erradicación” en informes y cartas, pero no para referirse a los integrantes de las cooperativas, sino a aquellos que no recibían ninguna respuesta habitacional. De este modo reconocemos que la omisión de palabras como erradicación o expulsión no sucede únicamente en el presente, donde se construye la memoria que es atravesada por las experiencias personales y colectivas, donde surgen silencios que impiden expresar episodios traumáticos. También ocurrió en simultáneo a la construcción de los barrios.

Las palabras bien, mal, erradicación, mudanza, desalojo, privilegio no sólo se mezclan en los discursos y la memoria, sino también en la propia materialidad de las viviendas. La primera jornada de trabajo de Copacabana consistió en cargar los escombros de la demolición de la Villa 31 en camiones de la CMV. Las mamposterías destruidas, los fragmentos de concreto y piedras que se pudieran juntar, serían reutilizados durante la construcción del barrio La Asunción como *cascode*¹⁸⁴ para la elaboración del hormigón de sus viviendas. La CMV se había comprometido a realizar los traslados de los bienes de los miembros de Copacabana a su nuevo barrio y el trato incluía ese material para la obra.

Maurice Halbwachs (2011) realiza la siguiente reflexión sobre los vínculos entre las personas y los lugares que habitaron, que resulta de utilidad para repensar las transformaciones y permanencias de La Asunción:

¹⁸⁴ Fragmento pequeño producto de la demolición de una construcción, que se puede reutilizar como agregado grueso para la preparación de hormigón.

Si entre las casas, las calles y los grupos de sus habitantes no hubiese más que una relación accidental y pasajera, los hombres podrían destruir sus casas, su barrio, su ciudad y reconstruir otros en el mismo sitio, según un plan diferente; pero si bien las piedras se dejan transportar, no es tan sencillo modificar las relaciones establecidas entre las piedras y los hombres (Halbwachs, 2011:193).

Las piedras de la Villa 31, el antiguo barrio de los miembros de Copacabana, formaron literalmente el piso donde se apoyaron las viviendas de La Asunción. Las piedras, a pesar de estar escondidas dentro del hormigón, permiten transformar la metáfora de Halbwachs en una realidad: en la permanencia de las relaciones sociales compartidas en la Villa 31. Hasta el día de hoy se celebran en el barrio el día de la Virgen de Copacabana, los carnavales, el aniversario de la cooperativa, se comparten las calles y comidas. A lo largo de los años, cuando una familia realizaba tareas de ampliación y mejoramiento de su hogar, era común que otros vecinos ayudaran en la obra. A su vez, se siguen manteniendo los espacios colectivos y la infraestructura barrial, como el centro comunitario y el tanque de agua.

Durante una entrevista grupal, mientras debatíamos sobre los cascotes y su traslado en los camiones de la CMV, una vecina nos invitó a su casa a ver “las piedras”¹⁸⁵. Fuimos hasta el patio de su casa donde nos mostró cuatro piedras enormes que conformaban dos morteros traídos desde Bolivia. Si bien se trataba de una confusión respecto a mi pregunta o un error mío en la forma de preguntar, efectivamente estas piedras habían sido traídas por los camiones de la CMV. Corriendo el riesgo de forzar la metáfora de Halbwachs aún más, estas piedras viajaron desde Bolivia a la Villa 31 trayendo una parte fundamental de la cultura popular, su comida. Finalmente llegaron hasta San Miguel, donde siguen moliendo ají para picantes de pollo. Estas piedras son una continuidad material que cose La Asunción, la Villa 31 y Bolivia.

La alquimia que transforma el escombros en cascote es la misma que convierte la destrucción en construcción, la erradicación en mudanza y el desalojo en privilegio. Es el trabajo realizado por la Cooperativa Copacabana, que en la oscuridad de la última dictadura, creó su barrio.

¹⁸⁵ Entrevista a Miriam, Juana y Clementina, realizada el 9 de abril de 2016.



Imagen 11: Recolección de escombros en la Villa 31, 25 de mayo de 1978 (Archivo FVC).



Imagen 12: Trituradora de cascotes en la obra, diciembre de 1978 (Archivo FVC).

Conclusiones

A lo largo de esta tesis hemos analizado la organización, las tareas y las estrategias de la Cooperativa Copacabana de la Villa 31 de la Ciudad de Buenos Aires para resistir las políticas urbanas de la última dictadura militar. Hemos dado cuenta que desde las villas, a pesar de la destrucción de su estructura política y de la represión padecida, no se recibió con pasividad la orden de desalojo.

Nos centramos en el caso de Copacabana, ya que fue la pionera e ideóloga de esta forma de acción colectiva. A la vez, estudiamos su primer barrio, La Asunción, en San Miguel. Es decir, el punto de partida, arriesgado y experimental, que sirvió de base para todas las otras villas de la Ciudad de Buenos Aires. Su estudio nos brindó nuevas pistas sobre los destinos de los desalojados de la ciudad, una de las grandes incógnitas de las consecuencias de las políticas de erradicación.

Los barrios construidos fueron, en simultáneo, respuesta habitacional eficaz, una forma de resistencia a la dictadura militar, organización colectiva, autogestión, redes vecinales, familiares, de amistad y fe. Su edificación implicó negociaciones con el Estado, el armado de redes con la elite porteña e instituciones religiosas (nacionales e internacionales), protección frente a la violencia estatal y la superación de conflictos en su organización colectiva y de desigualdad de género.

Esta conjunción de particularidades fue resumida en una charla con Oscar, integrante de Copacabana, quien expresó: “Se alinearon los astros”. Así describió esta experiencia, destacándola como algo único, casi irrepetible. En estas conclusiones recuperaremos los ejes principales que hicieron posible esta situación y daremos cuenta de sus sentidos, sus estrategias y sus memorias.

Estudios sobre la última dictadura militar y la erradicación de villas.

Nuestra tesis buscó aportar al campo de los estudios sobre la última dictadura militar, centrándose en la erradicación de villas de emergencia de la Ciudad de Buenos Aires. Las cooperativas de autoconstrucción representan un caso particular de resistencia colectiva a las políticas implementadas en ese contexto. Estas reunieron aproximadamente 5.500 pobladores de las villas y edificaron 1.332 viviendas en distintas localidades del Conurbano Bonaerense donde pudieron reubicarse. Estos casos exponen cómo, dentro de

un escenario de represión y violencia, existieron grietas donde pudieron consolidarse organizaciones populares que disputaron el derecho al espacio urbano.

Las formas en las cuales se articula y llevan a cabo las resistencias no son lineales y sencillas, sino sumamente complejas y difíciles de clasificar (Selbin, 2010), más aún cuando se trata de experiencias de resistencia a regímenes militares con los cuales deben, incluso, establecer acuerdos. El caso de Copacabana, en tanto ideóloga de la estrategia general de las cooperativas, puso de manifiesto un caso de resistencia ambiguo, “serpiente” como diría el padre Meisegeier: rechazar la violencia y el desamparo, y aceptar el desalojo de las villas, lo que implicaba la partida de la ciudad hacia el conurbano, tal como buscaban las políticas de las CMV. De este modo, no se confrontaba directamente el accionar de la erradicación, sino que se proponían nuevas salidas mediante una respuesta habitacional autogestiva y colectiva. Este esquema, donde tanto los desalojados de las villas como el gobierno militar obtenían beneficios, posibilitó, en gran medida, el desarrollo de esta forma de resistencia. La visión de Meisegeier y los entrevistados sobre esta estrategia se anclaba en que concebían a las políticas de la última dictadura militar como “imparables”. Sólo a través de distorsiones al plan de erradicación pudieron mover la balanza a su favor. Estas distorsiones –posponer el desalojo, conseguir financiamiento para partir, agruparse colectivamente en un contexto donde esto era prohibido– fueron concretamente resistencias que se expresaron colectivamente, en el armado de cooperativas, y espacialmente, en la permanencia en las villas y construcción de nuevos barrios.

Retomando la introducción a esta tesis, destacamos que las cooperativas fueron parte de una estructura de resistencia más amplia donde se encontraban también la Comisión de Demandantes, casos individuales y grupales, miembros del Partido Comunista y el Equipo Pastoral de Villas. Cada uno de estos espacios demuestra que las villas no fueron fragmentadas por la prohibición y persecución a su organización política, sino que lograron consolidar redes de acción colectiva donde se ayudaron mutuamente.

El entramado de actores de las cooperativas

Hacia su interior, las cooperativas se organizaron en dos grandes grupos: aquellos que se dedicarían a la autoconstrucción de sus viviendas, los desalojados de las villas, y aquellos que asesorarían y diseñarían el trabajo y los barrios, las comunidades de apoyo o equipos

técnicos. Esta estructuración se puso de manifiesto en los objetivos particulares de cada grupo, en sus memorias, en sus devenires luego de esta etapa, entre otros aspectos. Entre los autoconstructores quizás el aspecto más relevante consistió en la organización colectiva en un contexto de erradicación para la obtención de la vivienda definitiva. Esto último en un barrio que posibilitó la continuidad de sus lazos vecinales, religiosos y familiares consolidados en la Villa 31. Entre los equipos técnicos, la acción de las cooperativas marcó un punto de partida para el armado de nuevas organizaciones vinculadas a la vivienda popular (SEDECA y FVC entre otras), la inserción de CBA en estas problemáticas y la participación de instituciones católicas extranjeras en las villas de Buenos Aires.

El “otro lado de la vía”, como fue mencionado por Zavalía en una entrevista, tuvo al Equipo Pastoral de Villas de Emergencia ocupando un lugar central. Ellos posibilitaron la construcción de una red nacional e incluso internacional para la construcción y financiamiento de los barrios (CEVE, Misereor, Cebemo, CBA, Maryknoll, Fundación Interamericana, etc.) y convocaron a los técnicos voluntarios que formaron las comunidades de apoyo y equipos técnicos. También a través de instituciones católicas como CBA y San Martín de Tours se sumaron al proyecto distintos miembros de la elite porteña. Su presencia no sólo significó recursos económicos y logísticos en el desarrollo de los barrios, sino también una fuerte protección en un contexto marcado por la represión a las organizaciones populares. La Iglesia católica también cumplió un rol fundamental en este último punto: el Equipo Pastoral y CBA fueron quienes definieron con la CMV que no se erradicaría a los integrantes de las cooperativas. Esto, además de reclamar por el cese de los desalojos compulsivos y por respuestas habitacionales concretas para todos los expulsados.

Si bien las cooperativas representaron un pequeño porcentaje de la población villera, el entramado de actores que estas conformaron tuvo un gran peso. Este último aspecto, es decir, la intervención de la Iglesia católica y de figuras de la elite, otorgaron un manto de protección crucial a las cooperativas. Esto y la aceptación (“serpiente”) de los objetivos de la CMV, permitieron la puesta en marcha de acciones colectivas que limitaron la erradicación y consolidaron numerosos proyectos de vivienda popular. Las redes alrededor de las cooperativas de autoconstrucción, a la vez, dan cuenta que, en un escenario de represión y prohibición de toda organización política, fueron los lazos familiares, vecinales, nacionales, de amistad y de fe, aquellos que lograron consolidar la agrupación colectiva para luchar por una vivienda digna y el derecho al espacio urbano.

El rol y el vínculo con el Estado

Más allá de la estrategia elaborada por el Equipo Pastoral y los actores que formaron parte de las cooperativas, la construcción de un barrio (como cualquier tipo de pieza urbana y arquitectónica) requirió del cumplimiento y aprobación de numerosas normativas, es decir, de articulaciones con el Estado. Por más que las cooperativas se opusieran al gobierno militar, debían acatar sus normas para materializar las 1332 viviendas. Desde su inscripción al INAC, hasta su inauguración, debieron obtener permisos de obra, desarrollo de infraestructura urbana, actas notariales, boletos de compra-venta de terrenos, entre otras tramitaciones necesarias. Es decir, esta forma de resistencia debía enmarcarse y cumplir reglas concretas para lograr el objetivo de la acción colectiva emprendida: edificar un barrio con viviendas para todos sus integrantes. De este modo, las cooperativas necesitaron obligatoriamente el aval del Estado. Este último, por su parte y como hemos analizado en esta tesis, acompañó en gran medida la obra de las cooperativas: la CMV y el MBS realizaron aportes económicos (aun siendo mínimos), la primera transportó escombros para la construcción e, incluso, incluyó a las cooperativas como parte del desarrollo del plan de erradicación.

La vinculación entre las autoridades militares y las cooperativas se llevó a cabo a través de determinados *intermediarios* (Tilly, 2000) como los religiosos y CBA. Y aun siendo un “diálogo de sordos”, como expresó Meisegeier, fue un diálogo. Esta situación hace a la complejidad de las cooperativas y, en paralelo, nos muestra los límites de la erradicación. Aun en un contexto de brutal represión, pudieron acordarse ciertas negociaciones en relación a las políticas urbanas orientadas a las villas, las cuales dan cuenta de una porosidad del aparato estatal. Si bien no se trató de un caso numéricamente grande, el caso de las cooperativas deja al descubierto que el accionar de la CMV no fue del todo inamovible y rompe posibles lecturas de antagonismo absoluto entre el gobierno militar y estas organizaciones villeras.

Las memorias y la épica de las cooperativas

El estudio de las cooperativas de autoconstrucción nos ofrece memorias sobre el pasado reciente dictatorial y la erradicación de villas que se corren de aquellas *políticamente correctas* (Portelli, 2004), para adentrarnos en una trama compleja sin puros héroes o puras víctimas. Esto se ha manifestado en los distintos testimonios sobre el accionar del gobierno

militar, el proceso de erradicación y los conflictos hacia el interior de los grupos cooperativos. A la vez, las fuentes orales y las documentales se entrelazaron exponiendo tensiones todavía vigentes y posibilitando una comprensión más profunda de las cooperativas.

En relación a los vínculos establecidos con el Estado, las memorias de los integrantes de las cooperativas silenciaron el aporte financiero de la CMV y MBS o el hecho de que fueron invitados funcionarios a la inauguración del barrio. Estos datos fueron recuperados al acudir al material documental relevado en FVC, CMV y a la bibliografía existente. Los testimonios resaltaron la épica de su tarea y el esfuerzo, así como el dinero proveniente de capillas, iglesias, instituciones católicas o de ellos mismos.

Así como las memorias no expusieron los aportes financieros del gobierno militar, tampoco destacaron la represión que atravesaron las villas ni la violencia de los desalojos. Como analizamos, esto puede leerse como parte del escenario que atravesó este grupo, protegido por la Iglesia católica y elite porteña, o también como un *silencio* u *olvido* de episodios traumáticos (Jelin, 2012). La omisión de testimonios sobre la resistencia a las políticas de la dictadura fue acompañada con la omisión de posicionamientos políticos. Esto último, como analizamos, se debió a la prohibición que tuvieron durante la dictadura y por la focalización del proyecto de las cooperativas en sus aspectos técnicos, habitacionales y sociales.

Al recordar el periodo que atravesaron durante el trabajo en la cooperativa, los testimonios de los técnicos y autoconstructores se centraron en el orgullo y la alegría vivida. Todas las entrevistas estuvieron marcadas por una profunda emoción y destacaron esa experiencia como uno de los momentos de mayor felicidad de sus vidas, quedando en un segundo plano, muy lejano, la erradicación. Esta tensión, abordada hacia el final del tercer capítulo mediante la noción de “privilegio” de Vernazza, pone en diálogo los aspectos dañinos del desalojo, con el acceso a la vivienda y al derecho al espacio urbano. A la vez, esta experiencia de ese periodo estuvo determinada por la protección que tuvieron los grupos cooperativos, la cual les permitió organizarse sin conflictos y autoconstruir a la par de celebraciones, almuerzos, cumpleaños y bailes.

Los testimonios de los protagonistas sobre lo grave, difícil y conflictivo de ese período se centraron en aspectos propios de la obra: la edificación de un barrio de cincuenta y dos viviendas con sus propias manos, con mínimos recursos y poca experiencia en ese rubro.

El tiempo que les tomó esta tarea, el cansancio físico, el no ver a la familia y los conflictos internos, fueron los principales aspectos negativos de esa experiencia.

El hecho de que la represión y la militancia no ocupen el centro de las memorias de un grupo que precisamente buscó resistir la erradicación, los testimonios de felicidad y el anclaje de lo negativo al trabajo en obra, las vinculaciones con el Estado y protección de la Iglesia y la elite, abren a lecturas sobre el pasado dictatorial que se corren de narrativas épicas para mostrarnos las tensiones propias de las formas de organización colectiva.

Las tensiones entre lo colectivo y lo individual

Las cooperativas villeras destacaban entre sus estrategias, trabajo (e incluso en su mismo nombre), la dimensión colectiva. Desde la forma de resistir las políticas de la dictadura, hasta la organización para la autoconstrucción se realizaron (y necesitaron ser) de este modo. Esto propone una lectura épica de los grupos cooperativos, basada en su horizontalidad, solidaridad y unión. Sin embargo, existieron numerosas tensiones y conflictos que formaron parte del día a día en la obra y en las asambleas; estas hicieron al funcionamiento de Copacabana y su estudio fue necesario para investigar el trabajo de las cooperativas.

Desde la formación misma de Copacabana comenzaron a evidenciarse tensiones entre la organización colectiva y las voluntades individuales: la mayoría de las tejedoras buscaron soluciones habitacionales por fuera del grupo, luego fue muy difícil que los habitantes de la Villa 31 confiaran en los organizadores de la cooperativa. Muchos entrevistados expresaron haberse sumado buscando una vivienda y no una comunidad. Durante la obra, el incumplimiento de las tareas y el ausentismo dañaron la dinámica colectiva. A la vez, la falta del pago de las cuotas dañó parte del proyecto del Equipo Técnico de la Vivienda. También el rechazo que sufrieron algunas mujeres en las tareas de autoconstrucción expresó formas de desigualdad hacia el interior del grupo. Otro punto de conflicto sucedió con el paso de la Ayuda Mutua al Esfuerzo Propio en el sorteo de las viviendas: la puja por la obtención de los lotes de mayor tamaño y la individualización de la obra tensaron la organización colectiva y sus objetivos.

En un contexto donde se implementaba la erradicación más violenta de la historia de las villas, donde sólo un pequeño grupo pudo acceder a las cooperativas, donde los fondos eran escasos y el trabajo duro; existieron problemas que no se relacionaron con la dictadura

militar, ni los desalojos, sino con conflictos dentro del mismo grupo. Estas problemáticas, como analizamos, estuvieron presentes en La Asunción, así como en otros barrios similares¹⁸⁶. En este sentido, entendemos que las tensiones entre lo individual y colectivo conforman y deben ser analizadas en los estudios sobre estas experiencias, más allá de haber sucedido o no durante una erradicación y un gobierno dictatorial.

Sentidos alrededor de la construcción de vivienda popular

Las cooperativas de autoconstrucción llevaron a cabo acciones colectivas de resistencia cuya expresión material fueron barrios y viviendas para los desalojados de las villas. Sin embargo, el proyecto urbano y arquitectónico significó mucho más que una respuesta habitacional: propuso una serie de objetivos sociales, tanto para el proceso de edificación como para su habitar cotidiano, que buscaron alentar la creación de comunidades solidarias y autogestivas. Las cooperativas disputaron el espacio urbano al mismo tiempo que intentaban consolidar un modelo de sociedad. Es por este motivo que en esta tesis interpretamos a estas obras a partir de los conceptos de *espacios concebidos*, *espacios de representación* (Lefebvre, 2013) y *territorios de resistencia* (Routledge, 1994).

Los barrios edificados fueron producto de una situación de emergencia, pero eso no impidió que fueran pensados y proyectados con gran detenimiento y complejidad. Para ello, los equipos técnicos estudiaron y se vincularon con organizaciones dedicadas al hábitat popular, tanto locales como internacionales. Esto llevó a que se tomase al Barrio Altos de Yapeyú (del CEVE) como referente y se diseñaran *viviendas progresivas* en lote propio. Incluso, de este barrio se tomó la utilización de sistemas constructivos de vanguardia, como el MAS; lo cual da cuenta que existió una búsqueda de experimentación arquitectónica más allá de generar una respuesta habitacional. Las especificidades del diseño urbano y arquitectónico de La Asunción (la apertura de nuevas calles y continuidad de las existentes, la simpleza de las unidades habitacionales realizadas con materiales clásicos y resistentes, que unían dos viviendas de una sola planta conformando un techo a dos aguas, rodeadas de espacio verde) también contribuyeron a la integración del barrio a su entorno y a despojarlo del *estigma* (Guber, 2004) que padecieron otros barrios de relocalización de villas. En líneas generales, esos barrios estigmatizados fueron edificaciones de viviendas colectivas de gran escala, es decir, bloques que se recortaban de

¹⁸⁶ Analizamos casos contemporáneos a Copacabana, como Altos de Yapeyú del CEVE o los analizados por Feijoo (1983) y Blondet (1986).

su entorno inmediato, a diferencia de La Asunción, caracterizado por una fuerte vocación de integración.

La obra arquitectónica y urbana es la expresión material de la interacción entre diversos actores: autoconstructores, técnicos, CEVE, entidades de financiamiento, Estado y religiosos. Todos ellos aportaron –en la escritura del reglamento y convenio, en asambleas, asesoramiento, diseño, gestión, etc.– a la concepción del proyecto y a su resultado final. El EPAM fue una de las formas de poner en común el esfuerzo, estrategias y capacidades individuales, a través de la edificación de viviendas. Estas dan cuenta de la organización colectiva, con sus aciertos, tensiones y limitaciones. Como hemos analizado en esta tesis, más allá de las complejidades proyectuales y sociales de la obra, los recursos con los que se contaban los obligaron a trabajar con autoconstrucción y de modo colectivo. El dinero y la emergencia también determinaron que la edificación de las viviendas finalizara llegando a un grado básico de habitabilidad, dejando para etapas posteriores la terminación de la cocina, baño y expansiones necesarias.

Aparte de ser una respuesta habitacional y un proyecto social, el barrio La Asunción fue una conquista en materia de derecho al espacio urbano. Allí, los autoconstructores pudieron acceder a educación, salud, agua potable y trabajo; opuesto a lo que sucedió con la mayoría de la población erradicada de las villas.

Nuestro acercamiento a la materialidad del barrio se realizó en el presente: caminando sus calles, recorriendo las viviendas, participando de festejos y a través de los testimonios de sus vecinos. El presente del barrio expresa la continuidad de los lazos de amistad, familiares y nacionales consolidados en la Villa 31 y durante la autoconstrucción. Se mantienen festividades como carnavales, día de la Virgen de Copacabana, aniversario de la cooperativa. Se cuidan los bienes colectivos, como el tanque de agua y tendido de la red. También se ha retomado antiguos proyectos, como el centro comunitario y todas las actividades que allí se realizan. Esta clara expresión de trabajo colectivo y barrial, como hemos analizado en esta tesis, también engloba tensiones internas. En cada entrevista que se mencionó al tanque de agua, al centro comunitario o proyectos conjuntos, los testimoniantes marcaron conflictos entre vecinos, nostalgia por no compartir festividades como solían hacerlo y por la reciprocidad fundacional que se ha ido diluyendo. Estos testimonios, que por momentos destacan los aspectos negativos, contrastan con, por ejemplo, la edificación del nuevo centro comunitario, también llamado Copacabana. Allí han participado (y lo siguen haciendo) muchos vecinos, quienes también han aportado

dinero para la compra de materiales y contratación de mano de obra especializada. Si bien muchos fundadores del barrio no participan de este espacio, este incluye a los hijos de varios y a vecinos de otras partes de San Miguel. Las redes que tuvieron al comienzo del trabajo siguieron transformándose, tal como sucedió en la segunda formación del grupo, reconfigurando lazos, tensionando las dinámicas colectivas y generando nuevos proyectos.

Durante las entrevistas realizadas en La Asunción, las memorias sobre la organización colectiva hacia fines de los setenta se cosían continuamente con la actual. Como si existiera un puente entre la construcción del barrio y el hoy. La materialidad y las memorias se entrelazan determinando gran parte de los sentidos sobre la experiencia vivida en el pasado. El devenir positivo del barrio y las viviendas contribuyeron a la centralidad de los testimonios de orgullo y felicidad, por sobre aquellos de la erradicación y violencia. Así como la memoria se construye en la interacción del presente con el pasado y las expectativas de futuro (Jelin, 2012); el barrio estuvo y está determinado por las posibilidades que brindó a los integrantes de Copacabana, porque creció con ellos y por el futuro que otorga a sus hijos y nietos. Las ampliaciones de las viviendas, locales comerciales y mejoras urbanas (infraestructura, centros de salud, etc.) dan cuenta de esto. En cuanto a los equipos técnicos, a partir de esta experiencia se crearon nuevas organizaciones de vivienda popular donde participaron. Sus trayectorias profesionales y actividades actuales constituyen al modo que las cooperativas pioneras son hoy recordadas. La materialidad edificada hace a las memorias de sus habitantes sobre su pasado, organización, recorridos y futuro. Esta dimensión, presente en cualquier barrio, resulta entonces fundamental para los estudios sobre el hábitat popular.

Nuevos interrogantes

El desarrollo de una investigación abre puertas continuamente, pero no todas pueden ser abordadas en el marco de una tesis de maestría. A partir del análisis de las cooperativas de autoconstrucción surgieron numerosas líneas de estudio que excedieron nuestros objetivos. En primer lugar, cabe preguntarse si la organización, trabajo y memorias de los protagonistas de las otras cooperativas de autoconstrucción narran experiencias similares a las de Copacabana. Esto nos lleva al grupo que nucleó a todas ellas, el Equipo Pastoral y a la Iglesia católica. El rol de ambos durante la erradicación de villas será analizado en nuestra tesis de doctorado a partir de los siguientes interrogantes: ¿Cuáles fueron los

posicionamientos de los distintos sectores de la Iglesia argentina?, ¿Qué rol tuvo la jerarquía frente a los desalojos y las cooperativas?, ¿De qué modo este escenario se entrometió en la relación Iglesia - gobierno militar?, ¿Cómo fue el ingreso de CBA a esta problemática y como dialogó con los distintos sectores de la Iglesia?, ¿Qué tipo de acciones llevaron a cabo estos actores religiosos frente a lo que acontecía en las villas? En relación al Equipo Pastoral, su organización durante la última dictadura, sus conflictos con la jerarquía y su actividad en contra de la erradicación de las villas.

Hemos explorado los repertorios de acción colectiva que guiaron la creación de las cooperativas de autoconstrucción. Allí explicamos que el padre Meisegeier tuvo un rol determinante incorporando las experiencias del CEVE, SELAVIP, FUNDASAL. Los dos últimos compartieron con Copacabana el hecho de ser impulsados por sacerdotes jesuitas. Esta coincidencia puso de manifiesto que muchos de los repertorios de las cooperativas pertenecían a los repertorios jesuitas, donde también podemos encontrar, para el caso argentino, la obra de los sacerdotes Llorens, Balista y el EMAUS. Esto nos lleva a nuevas preguntas sobre la relación entre la problemática de la vivienda y la Iglesia católica, centrándonos en el mundo jesuita: ¿Qué reflexiones teológicas acompañaron su acción?, ¿Qué relaciones existen entre sus proyectos?, ¿Qué representaciones de la vivienda y la ciudad tenían las instituciones anteriormente mencionadas?, entre otras.

En un segundo lugar, el caso de Copacabana también ha introducido dimensiones de análisis vinculadas a la etnicidad, nacionalidad e identidad alrededor de la comunidad boliviana, tanto en la Villa 31 como en el barrio La Asunción. Este aspecto se cose con las festividades religiosas, como, por ejemplo, el día de la Virgen de Copacabana, Inti Raymi, entre otros. Estos eventos, presentes en nuestro caso de estudio desde su creación, ponen en juego dinámicas y sentidos colectivos y urbanos que en esta tesis no llegaron a ser abordados ¿De qué manera las festividades religiosas intervinieron en el desarrollo de este barrio o de otros creados por las cooperativas?

En tercer lugar, un eje que analizamos en nuestra investigación fue la desigualdad de género en la obra urbana y arquitectónica. Sin embargo, entendemos que los estudios sobre el mundo del trabajo femenino abarcan debates mucho más amplios que aquellos que aparecen aquí. El rol de las mujeres en las cooperativas y en la resistencia a la erradicación, así como en otras experiencias y colectivos dedicados a la vivienda, representa una línea de investigación que merece ser explorada con gran detenimiento.

En cuarto y último lugar, el análisis de las cooperativas de autoconstrucción de la Ciudad de Buenos Aires, nos llevó a conocer sus repercusiones en la conformación de nuevas cooperativas y proyectos habitacionales en el Conurbano Bonaerense. Las políticas urbanas de la última dictadura en la Provincia de Buenos Aires, especialmente aquellas que cayeron sobre las villas de emergencia, siguen presentando muchos interrogantes. Si bien han aparecido nuevos trabajos que analizan esta cuestión¹⁸⁷, este campo se encuentra todavía muy poco explorado. Algunos de los temas presentados en este apartado serán analizadas en profundidad en nuestra tesis de doctorado y otras serán líneas que esperamos retomemos nuevas investigaciones sobre la vivienda popular.

¹⁸⁷ Pueden consultarse sobre esta cuestión los trabajos de Di Virgilio, Aramburu y Chiara (2017) y Massidda (2017).

Bibliografía

Aboy, Rosa (2005). *Viviendas para el pueblo. Espacio urbano y sociabilidad en el barrio Los Perales, 1946- 1955*, Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.

Barela, Liliana (2009). *Algunos apuntes sobre la historia oral y cómo abordarla*. Buenos Aires, Argentina: Dirección General de Patrimonio e Instituto Histórico.

Barrancos, Dora (2005). “Historia, historiografía y género. Notas para la memoria de sus vínculos en la Argentina”. *Aljaba v.9 Luján ene./dic.* Disponible en: http://www.scielo.org.ar/scielo.php?pid=S1669-57042005000100003&script=sci_arttext&tlng=en (consultado el 13/2/2019)

Barrancos, Dora (2007). *Mujeres en la sociedad argentina. Una historia de cinco siglos*, Buenos Aires, Argentina: Sudamericana.

Barrios, Romina (2014). Entra la incapacidad de acción y la autonomía. Miradas sobre la participación popular de vivienda y hábitat en las décadas del 60 y 70 en Argentina. Los aportes de John Turner y Víctor Pelli. *Cuaderno Urbano N°16*, 69-86.

Barrios, Romina (2015). Políticas de gestión del hábitat y organización popular en ciudad de Buenos Aires. El Plan Piloto de Realojamiento de la Villa 7 y Construcción del Barrio Justo Suarez (1971-1975), en Seminarios de Crítica, Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas. <http://www.iaa.fadu.uba.ar/publicaciones/critica/0199.pdf>

Bellardi, Marta y De Paula, Aldo (1986). *Villas miseria: origen, erradicación y respuestas populares*. Buenos Aires, Argentina: CEAL.

Benítez, Nelly (2009). *Los Guardianes de Mugica, diamantes en el barro*. Buenos Aires, Argentina: Eloísa Cartonera.

Bettanin, C. I. (2014). De la intervención profesional a la construcción de un problema de investigación. *Debate Público. Reflexión de Trabajo Social N°8*, 25-38.

Blaustein, Eduardo (2006). *Prohibido vivir aquí*. Buenos Aires, Argentina: Punto de Encuentro.

Blondet, Cecilia (1986). *Muchas vidas construyendo una identidad. Las mujeres pobladoras de un barrio limeño*. Instituto de Estudios Peruanos. Disponible en: http://repositorio.iep.org.pe/bitstream/IEP/988/2/Blondet_Vidas-construyendo-identidad.pdf

Buitrón, Aníbal (1962). El desarrollo de la comunidad en la teoría y en la práctica. *Extensión en las Américas*, Vol^o7, N^o1, 10-13. Disponible en: https://books.google.com.ar/books?id=gyMOAQAIAAJ&printsec=frontcover&source=gs_b_s_ge_summary_r&cad=0#v=onepage&q&f=false

Caggiano, Sergio (2005). *Lo que no entra en el crisol: inmigración boliviana, comunicación intercultural y procesos identitarios*. Buenos Aires, Argentina: Prometeo Libros.

Caggiano, Sergio (2014). “Inmigrantes en la Ciudad Buenos Aires: demarcaciones y recorridos”. *Desarrollo Económico*, vol. 54, N^o 212 (mayo-agosto 2014), pp. 105-130.

Camelli, E. (2011). “Las organizaciones políticas en las villas de Buenos Aires: entre la radicalidad sesentista y la fragmentación neoliberal”, *Revista de Estudios sobre Genocidio*, A4 V5, pp. 58-71.

Camelli, E. (2017). “The Plan Alborada for Buenos Aires villas (1974). Disputes About the Right to the City”. En: Coloquio internacional: Derecho a la Ciudad en el cono Sur. Experiencias Urbanas y Racionalidades de Gobierno. Universidad París Diderot, París, Francia.

Canelo, Brenda (2006). “Migrantes del área andina central y Estado porteño ante usos y representaciones étnicamente marcados de espacios públicos. Ciudad de Buenos Aires, Argentina”, En: *Informe final del concurso: Migraciones y modelos de desarrollo en América Latina y el Caribe*. Programa Regional de Becas CLACSO.

Castells, Manuel (2001). *La era de la información: economía, sociedad y cultura. Volumen II: el poder de la identidad*. México: Siglo Veintiuno Editores.

Catoggio, María Soledad (2016). *Los desaparecidos de la Iglesia: El clero contestatario frente a la dictadura*. Buenos Aires, Argentina: Siglo Veintiuno Editores.

Carnovale, Vera (2007). Aportes y problemas de los testimonios en la reconstrucción del pasado reciente en la Argentina. En Franco y Levín (Comps.) *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.

Clichevsky, Nora y Abbá, Artemio (1978). Hábitat y habitante: Diseño y modos de uso de los conjuntos habitacionales”. *Revista Ambiente* N^o 2.

Cortina, Mercè (2008). Acción Colectiva e Identidad en el Espacio Urbano. En Ibarra, P. y Grau, E. (Comps.) *La Red en la Ciudad. Anuario de Movimientos Sociales 2008*. Barcelona, España. Icaria Editorial.

Cravino, María Cristina y González Carvajal, Lara (2012). “Criterios de asignación de viviendas y construcción de legitimidad en la implementación de programas de urbanización de asentamientos informales en el Gran Buenos Aires”. *Quid 16 Revista de Estudios Urbanos N°2*, 154-173.

Cravino, María Cristina (2004). “El barrio concebido como comunidad. Reflexiones acerca de algunos supuestos presentes en la focalización territorial de políticas asistenciales”. *Cuaderno Urbano N° 4*, pp. 75-98.

Cravino, María Cristina (2006). *Las villas de la ciudad. Mercado e informalidad urbana*. Buenos Aires, Argentina: UNGS.

Cravino, María Cristina (2009). *Entre el arraigo y el desalojo. La Villa 31 de Retiro. Derecho a la ciudad, capital inmobiliario y gestión urbana*. Buenos Aires, Argentina: UNGS.

Cravino, Ana y Cravino, María Cristina (2004). “Barrio Ejército de los Andes («Fuerte Apache»): evaluación crítica de una intervención urbana. Fundación y conflicto”. En *VI Jornadas de Sociología*, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires. Disponible en: <http://cdsa.academica.org/000-045/791.pdf>

Cuenya, Beatriz; Pastrana, Ernesto y Yujnovsky, Oscar (1984). *De la Villa Miseria al Barrio Autoconstruido. Cuatro experiencias organizadas de producción del hábitat popular*. Buenos Aires, Argentina: CEUR.

Daich Varela, Leandro (2016a). “La erradicación en el cine. Las villas de la Ciudad de Buenos Aires durante la última dictadura militar”. *Question N°50*, 228-244.

Daich Varela, Leandro (2016b). “Demandantes, autoconstructores y técnicos. Formas de resistencia en las villas de la Ciudad de Buenos Aires frente a las erradicaciones de la última dictadura militar”. *Quid 16 Revista de Estudios Urbanos N°6*, 88-120.

Dandan, Alejandra (2011). Tradición, Familia y Propiedad. *Diario Página 12*. Fecha: 7 de agosto de 2011. Disponible en <https://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-173950-2011-08-07.html>

Diana, Marta (2013). *Buscando el reino. La opción por los pobres de los argentinos que siguieron al Concilio Vaticano II*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Planeta.

Di Stefano, Roberto y Zanatta, Loris (2009). *Historia de la Iglesia Argentina: Desde la conquista hasta fines del siglo XX*, Buenos Aires, Argentina: Editorial Sudamericana.

Di Virgilio, Mercedes; Aramburu, Florencia y Chiara, Camila (2017). Los planes federales de vivienda en el Área Metropolitana de Buenos Aires. *Urbana: Revista do Centro Interdisciplinar de Estudos sobre a Cidade vol. 9*. Pp.70 – 96.

Esquivel, Juan Cruz (2000). Iglesia Católica, política y sociedad: un estudio de las relaciones entre la elite eclesiástica argentina, el Estado y la sociedad en perspectiva histórica. En *Informe final del concurso: Democracia, derechos sociales y equidad; y Estado, política y conflictos sociales*. Programa Regional de Becas CLACSO, Buenos Aires, Argentina: CLACSO. Disponible en: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/clacso/becas/20110112035544/esquivel.pdf>

Fainstein, Carla (2016). La relocalización de población del camino de sirga de la villa 21 – 24 ¿Erradicación o integración a la ciudad? Representaciones y repertorios de acción colectiva en torno al reasentamiento. *Quid 16 N° 5*, 255- 283.

Fainstein, Carla y Palombi, Ariel (2019). “Pragmatismo, desaliento de expectativas y gobernabilidad. La política de villas de las gestiones de Mauricio Macri en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (2007-2015)”. *Territorios (40)*, 227-244.

Feijoo, María del Carmen (1983). *Las luchas de un barrio y la memoria colectiva*. Buenos Aires, Argentina: CEDES

Feijoo, María del Carmen (1984). *Buscando un techo: familia y vivienda popular*. Buenos Aires, Argentina: CEDES

Feijoo, María del Carmen (1994). La trampa del afecto: mujer y democracia en Argentina. En: Magdalena León (compiladora) *Mujeres y participación política. Avances y desafíos en América Latina*. Bogotá, Colombia: tercer mundo editores.

FUNDASAL (1980). *Hilo Conductor del Trabajo Social que Realiza la Fundación Salvadoreña de Desarrollo y Vivienda Mínima*, División de Acción Social, San Salvador, El Salvador.

Gavazzo, Natalia (2004). “Identidad boliviana en Buenos Aires: las políticas de integración cultural”, *Theomai*, núm. 9, primer semestre. Disponible en:

<http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=12400909> (Consultado el 6/2/2019)

Gavazzo, Natalia (2005). “El patrimonio cultural boliviano en Buenos Aires: usos de la cultura e integración”, En: Martín, Alicia (comp.) *Folklore en las grandes ciudades. Arte popular, identidad y cultura*. Buenos Aires: Libros del Zorzal. pp. 37-76

Gavazzo, Natalia (2006). Las danzas de Oruro en Buenos Aires: tradición e innovación en el campo cultural boliviano. *Cuadernos FH y CS-UNJU, N° 31*, pp. 79-105.

Giorgis, Marta (2004). *La virgen prestamista: la fiesta de la Virgen de Urkupiña en el boliviano Gran Córdoba*, Buenos Aires, Argentina: Antropofagia

González Calleja, Eduardo (2012). “El proceso de la acción colectiva según Charles Tilly” *ECUADOR DEBATE* 87. Pp.51-72

Grimson, Alejandro (1999). *Relatos de la diferencia y la igualdad. Los bolivianos en Buenos Aires*. Buenos Aires, Argentina: Eudeba.

Guber (2004). Identidad social villera. En Boivin, Rosato y Arribas (Coords.), *Constructores de otredad*. (pp. 115-125). Buenos Aires, Argentina: Antropofagia

Gutiérrez, Juan (1999). *La fuerza histórica de los villeros*. Buenos Aires, Argentina: Jorge Baduino Ediciones.

Gutiérrez, Ramón (2011). Una historia que es presente. La memoria como herramienta para dar respuestas adecuadas. En Radovanovic y Balmaceda (Coord.), *La habitación popular bonaerense 1943-1955. Aprendiendo en la historia*. (pp. 65-112). Buenos Aires, Argentina: CEDODAL.

Guzmán, Juan Armando (2006). “Una festividad religiosa como signo de identidad, migrantes bolivianos en Jujuy”. *Cuadernos de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales - Universidad Nacional de Jujuy*, núm. 31, octubre, pp. 53-66. Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=18503103>

Halbwachs, Maurice (2011 [1968]). *La memoria colectiva*. Buenos Aires: Miño y Dávila.

Hermitte, Esther y Boivin, Mauricio (1985). Erradicación de villas miseria y las respuestas organizativas de sus pobladores. En Leopoldo Bartolomé (Ed.), *Relocalizados:*

antropología social de las poblaciones desplazadas. (pp. 117- 144). Buenos Aires, Argentina: Instituto de Desarrollo Económico y Social.

Jelin, Elizabeth (1998). *Pan y afectos. La transformación de las familias*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.

Jelin, Elizabeth (2014). Las múltiples temporalidades del testimonio: el pasado vivido y sus legados presentes. En *Clepsidra. Revista Interdisciplinaria de Estudios sobre Memoria*, N.º 1, pp. 140-163.

Jelin, Elizabeth (2012 [2002]). *Los trabajos de la memoria*. Lima, Perú: IEP

Lefebvre, Herni (2013 [1974]). *La producción del espacio*. Madrid, España: Capitán Swing.

Lida, Miranda (2015). *Historia del catolicismo en la Argentina: entre el siglo XIX y XX*, Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.

Llorens, José María (1984). “Opción por los pobres” en *Revista del CIAS*, 1984, pp.30-34.

Manzano, Virginia (2004). “Tradiciones asociativas, políticas estatales y modalidades de acción colectiva: análisis de una organización piquetera”, *Intersecciones en Antropología* 5, Pp. 153-166

Manzano, Virginia (2008). Apuntes para la construcción de un enfoque antropológico sobre la protesta y los procesos de resistencia social en Argentina. En: Grimberg, M; Fernández, M.J. y Fernández Álvarez, MI (Comps.), *Investigaciones en Antropología Social*, Buenos Aires, Argentina: FF y L – Antropofagia.

Mariano, Mercedes; Conforti, María Eugenia; Giacomasso, María Vanesa y Endere, María Luz (2015). “Estrategias de visibilización y procesos de identificación boliviana en la prensa gráfica y en la red social Facebook, en dos ciudades del centro de la provincia de Buenos Aires, Argentina”. *Revista Española de Antropología Americana*, vol. 45, núm. 1, pp. 129-146.

Martín, José Pablo (2010). *El Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo: Un debate argentino*. Los Polvorines, Argentina: Universidad Nacional de General Sarmiento.

Martín, José Pablo (2013). *Ruptura ideológica del catolicismo argentino: 36 entrevistas entre 1988 y 1992*. Los Polvorines, Argentina: Universidad Nacional de General Sarmiento.

- Martínez Lorea, Ion (2013). “Prólogo. Henri Lefebvre y los espacios de lo posible”. En Lefebvre, Henri. *La producción del espacio*. Madrid: Capitán Swing Libros. Pp 9-30.
- Massey, Doreen (1994). *Space, place, and gender*. Minneapolis, Estados Unidos: University of Minnesota Press
- Massidda, Adriana Laura (2011). The Plan de Emergencia (1956): Housing Shortage in Buenos Aires then and now. *Scroope - Cambridge Architectural Journal*. Pp. 42 – 51.
- Massidda, Adriana Laura (2017). Negociaciones, permanencia y construcción cotidiana en villas: villas La Lonja, Cildañez y Castañares, Buenos Aires, 1958-1967. *Urbana: Revista do Centro Interdisciplinar de Estudos sobre a Cidade vol. 9*. Pp.15 – 46.
- McAdam, Doug; Tarrow, Sidney y Tilly, Charles (2005). *Dinámica de la contienda política*, Barcelona, España: Editorial Hacer
- Mignone, Emilio (2006). *Iglesia y Dictadura. El papel de la Iglesia a la luz de sus relaciones con el régimen militar*, Buenos Aires, Argentina: Colihue.
- Moreno, Viviana (2012). La construcción del techo, el trabajo por facciones políticas. Entramados relacionales en la implementación del programa de emergencia habitacional. En: Cristina Cravino (Comp.) *Construyendo barrios. Transformaciones socio territoriales a partir de los programas federales de vivienda en el área metropolitana de Buenos Aires (2004-2009)*. Buenos Aires: Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Murtagh Ricardo (2014). *Iglesia y compromiso. “La Movida” del noreste argentino en los setenta*. Buenos Aires, Argentina: Agape Libros.
- Nardacchione, Gabriel (2005). La acción colectiva de protesta: del antagonismo al espacio público. En: Federico Schuster, Francisco Naishtat, Gabriel Nardicchione y Sebastián Pereyra (Comps.), *Tomar la palabra. Estudios sobre protesta social y acción colectiva en la Argentina contemporánea*, Buenos Aires: Prometeo.
- Novaro, Gabriela (2016). “Migración boliviana, discursos civilizatorios y experiencias educativas en Argentina”. *NÓMADAS 45, octubre de 2016*, pp. 105-121.
- Obregón, Martín (2005). *Entre la cruz y la espada. La Iglesia católica durante los primeros años del “Proceso”*. Buenos Aires, Argentina: Universidad Nacional de Quilmes.

Oslender, Ulrich (2012). Espacializando la resistencia: perspectivas de espacio y lugar en las investigaciones de movimientos sociales. En: Eduardo Restrepo y María Victoria Uribe (Comps.) *Antropologías transeúntes*. Bogotá, Colombia: Instituto Colombiano de Antropología e Historia

Oszlak, Oscar (1991). *Merecer la Ciudad. Los pobres y el Derecho al Espacio Urbano*. Buenos Aires, Argentina: CEDES, HUMANITAS.

Pérez, Germán y Natalucci, Ana (2008). Estudios sobre movilización y acción colectiva: interés, identidad y sujetos políticos en las nuevas formas de conflictividad social. En Natalucci A. (Editora) *Sujetos, movimientos y memorias. Sobre los relatos del pasado y los modos de confrontación contemporáneos*, La Plata, Argentina: Al Margen.

Perrot, Michelle (2009). *Mi historia de las mujeres*. Buenos Aires, Argentina: Fondo Cultura Económica

Premat, Silvina (2010). *Curas Villeros*. Buenos Aires, Argentina: Sudamericana.

Portelli, Alessandro (1991). Lo que hace diferente a la historia oral. En: Schwarzstein, Dora (Comp.), *La historia oral*. Buenos Aires, Argentina: CEAL.

Portelli, Alessandro (2003). Memoria e identidad. Una reflexión desde la Italia postfascista. *Monumentos, memoriales y marcas territoriales*. Pp.165-190.

Portelli, Alessandro (2004). El uso de la entrevista en la historia oral. *Anuario de la Escuela de Historia*, N°20. Pp. 35-48

Quirós, Julieta (2011). Moralismo y economicismo en la política popular: problemas de explicación socio-antropológica. En: Mabel Grimberg, Marcelo Hernández Macedo, Virginia Manzano (Comps.), *Antropología de tramas políticas colectivas: estudios en Argentina y Brasil*. Buenos Aires, Argentina: Universidad de Buenos Aires.

Radcliffe, Sarah (1993). Women's place/El lugar de las mujeres. Latin America and the politics of gender identity. En: Michael Keith, Steve Pile (Eds.) *Place and the Politics of Identity*, Nueva York, Estados Unidos: Routledge.

Ratier, Hugo (1975). *Villeros y villas miseria*. Buenos Aires, Argentina: CEAL.

Rodrigo, Federico (2014). "(Neo) nacionalismo y vida cotidiana. Migrantes bolivianos/as en la periferia de la ciudad de La Plata, Argentina". *Punto Cero*, Año 19 – N° 28 – 1° Semestre 2014. Pp. 25- 32

Rodrigo, Federico (2015a). “Heterotopías (neo)nacionales. La construcción de bolivianidad en Altos de San Lorenzo, La Plata”, *Papeles de Trabajo*, 9 (15), pp. 200-222.

Rodrigo, Federico (2015b). “Traducciones entre ‘paisanas’ y ‘compañeras’. Nacionalidad, clase y género en un comedor comunitario de la ciudad de La Plata”, *Etnografías contemporáneas* 2 (2), pp. 190-216.

Routledge, Paul (1994). Backstreets, barricades, and blackouts: urban terrains of resistance in Nepal. *Environment and Planning D: Society and Space*, Vol. 12. 559-578.

Sassone, Susana (2007). “Migración, religiosidad popular y cohesión social: bolivianos en el área metropolitana de Buenos Aires”, En: Cristina Carballo (comp.), *Diversidad cultural, creencias y espacios. Referencias empíricas*. Buenos Aires, Argentina: Universidad Nacional de Luján, Luján. Serie Publicaciones del PROEG N° 3, Departamento de Ciencias Sociales Programa de Estudios Geográficos, pp. 57-108.

Sassone, Susana y Mera, Carolina (2007). “Barrios de migrantes en Buenos Aires: Identidad, cultura y cohesión socioterritorial” Disponible en <https://docplayer.es/4610731-Barrios-de-migrantes-en-buenos-aires-identidad-cultura-y-cohesion-socioterritorial.html> (Consultado el 6/2/2019)

Sassone, Susana y Hughes, Judith (2009). “Fe, devoción y espacio público: Cuando los migrantes construyen lugares”, En: Cristina Carballo, *Cultura. Territorios y Prácticas religiosas*. Buenos Aires, Argentina: Prometeo. pp. 151-174

Sassone, Susana y Cortés, Genevieve (2014). Escalas del espacio migratorio de los bolivianos en la Argentina: entre la dispersión y la concentración. En: Carlota Solé, Sònia Parella y Alisa Petroff (coords.) *Las migraciones bolivianas en la encrucijada interdisciplinar: evolución, cambios y tendencias*. Barcelona, España: Universitat Autònoma de Barcelona.

Scott, Joan (2008). *Género e historia*. México: Fondo de Cultura Económica y Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

Schuster, F. (2006). Las protestas sociales y el estudio de la acción colectiva. En: Federico Schuster, Francisco Naishtat, Gabriel Nardicchione y Sebastián Pereyra (Comps.), *Tomar la palabra. Estudios sobre protesta social y acción colectiva*. Buenos Aires, Argentina: Prometeo.

Selbin, Eric (2010). *Revolution, Rebellion, Resistance: The Power of Story*. New York, Estados Unidos: Zed Books

Snitcofsky, Valeria (2013). Impactos urbanos de la gran depresión: el caso de Villa Desocupación en la Ciudad de Buenos Aires (1932-1935). *Cuaderno Urbano vol. 15*. 93-109

Snitcofsky, Valeria (2016). *Villas de Buenos Aires: historia, experiencia y prácticas reivindicativas de sus habitantes (1958-1983)*. Tesis de Doctorado en Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires.

Snitcofsky, Valeria (2015a). Clase, territorio e historia en las villas de Buenos Aires (1976-1983). *Quid 16 N°2*. 46-62.

Snitcofsky, Valeria (2015b). La Comisión de Demandantes. Recuerdos de la resistencia villera. *Haroldo, Revista del Centro Cultural de la Memoria Haroldo Conti*. Consultado el 16/08/2016 en <http://www.revistaharoldo.com.ar/nota.php?id=44>

Solari, María Elisa (1997). Los jesuitas y el hábitat popular. *Revista Vivienda Popular N°42-42*. 4-15.

Tarrow, Sidney (1997). *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid, España: Alianza Editorial

Tilly, Charles (1978). *From mobilization to revolution*, Nueva York, Estados Unidos: Random House

Tilly, Charles (2000). Acción colectiva, En *Apuntes de Investigación del CECYP*, N.º 6, pp. 9-2.

Tomasi, Jorge (2012). “Lo cotidiano, lo social y lo ritual en la práctica del construir. Aproximaciones desde la arquitectura puneña (Susques, provincia de Jujuy, Argentina)”. *Apuntes, Vol. 5, N°1*. PP. 8-21.

Touris, Claudia F. (2007). “Sociabilidad e identidad político-religiosa de los grupos católicos tercermundistas en la Argentina (1966-1976)” en Primeras Jornadas Nacionales de Historia Social, Córdoba, Argentina.

Touris, Claudia F. (2009). Entre Marianne y María. Los trayectos de las religiosas tercermundistas en la Argentina. En Andújar, D´Antonio, Gil Lozano, Grammático, Rosa

(comp.) *De minifaldas, militancias y revoluciones. Exploraciones sobre los '70 en América Latina*. Buenos Aires, Argentina: Luxemburg.

Touris, Claudia F. (2012). *Catolicismo y cultura política en la Argentina. La 'constelación tercermundista': 1955-1976*. Tesis de doctorado en Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires.

Touris, Claudia F. (2013). Catolicismo popular e imaginario liberacionista en los años 70. El caso de las peregrinaciones villeras a Luján y del Movimiento Villero Peronista. En: Fogelman, Ceva y Touris (Eds.) *El culto mariano en Luján y San Nicolás: religiosidad e historia regional*. Buenos Aires, Argentina: Biblos.

Trebisacce, Catalina (2013). “Un fantasma recorre la izquierda nacional. El feminismo de la segunda ola y la lucha política en Argentina en los años setenta”. *Revista Sociedad y Economía*, núm. 24, enero-junio, pp. 95-120

Vargas, Patricia (2005). *Bolivianos, Paraguayos y Argentinos en la obra. Identidades étnico-nacionales entre los trabajadores de la construcción*, Buenos Aires: Editorial Antropofagia.

Vargas, Patricia y Villata, María Cristina (2014). Mujeres en el pozo y en la obra. Reflexividad y aprendizaje significativo en dos etnografías sobre el mundo del trabajo. En Rosana Guber (comp.), *Prácticas etnográficas. Ejercicios de reflexividad de antropólogas de campo*, Buenos Aires: Instituto de Desarrollo Económico y Social/Miño y Dávila

Verbitsky, Horacio (2010). *Historia política de la Iglesia Católica. La mano izquierda de Dios. Tomo IV. La última dictadura (1976-1983)*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Sudamericana.

Vernazza, Jorge (1989). *Para comprender Una vida con los pobres, los curas villeros*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Guadalupe.

Vommaro, Gabriel y Cremonte, Juan Pablo (2012). ¿“Vecinos” contra “okupas”? La política popular en la construcción mediática de las tomas del Parque Indoamericano. En Sergio Caggiano [et al.], *Racismo, Violencia y política: pensar el Indoamericano, dos años después*. (pp. 79-104). Los Polvorines, Argentina: Universidad Nacional de General Sarmiento.

Wilkis, Ariel (2013). *Las sospechas del dinero. Moral y economía en la vida popular*. Buenos Aires. Paidós.

Zelizer, Viviana (2011). *El significado social del dinero*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Ziccardi, Alicia (1977). *Políticas de vivienda y movimientos urbanos. El caso de Buenos Aires (1963-1973)*. Centro de Estudios Urbanos y Regionales Instituto Torcuato Di Tella. Buenos Aires. Mimeo

Ziccardi, Alicia (1984). “El tercer gobierno peronista y las villas miseria de la Ciudad de Buenos Aires (1973-1976)”, en *Revista Mexicana de Sociología*, año XLVI, volumen XLVI, N° 4, págs. 145-172.

Archivos consultados

Archivo del Secretariado de Enlace de Comunidades Autogestionarias (SEDECA)

Archivo de la Fundación Vivienda y Comunidad (FVC)

Archivo personal de Juana Ceballos

Archivo Editorial Paulinas

Archivo General de la Nación

Archivo del Instituto de la Vivienda de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Archivo de Espacio Memoria de Retiro

Parroquia Santa María Madre del Pueblo

Museo Inti-Huasi

Archivo fotográfico del Instituto Geográfico Nacional

Informes/documentos

Boletín del Secretariado de Enlace de Grupos y Cooperativas de Vivienda por Autoconstrucción Asistida. N°2, 30 de marzo de 1981.

Cáritas Argentina (1981), *Cáritas y la Vivienda*, Buenos Aires, Argentina: Ediciones Cáritas Argentina.

CMV (1980). *Villas – Erradicaciones*. Buenos Aires, Argentina: CMV, División de Copias e Impresiones.

Cooperativa de Vivienda y Consumo Copacabana Limitada (1978). *Reglamento para la autoconstrucción de las viviendas*. Mimeo. Archivo FVC.

Cortiñas, Juan (1980). *Informe de coyuntura económica: noviembre*. Secretaría del Equipo Episcopal de Pastoral Social. Buenos Aires.

Discurso de inauguración del barrio La Asunción, leído por Margarita Lovigné el 21 de diciembre de 1980. Mimeo. Archivo FVC.

Equipo Pastoral de Villas (Héctor Botán, Miguel Ángel Valle, Daniel de la Sierra, Rodolfo Ricciardelli, Jorge Vernazza, José Meisegeier y Pedro Lephaille) (1980). *La verdad sobre la erradicación de las villas de emergencia del ámbito de la Capital Federal*.

Equipo de Sacerdotes para las Villas de Emergencia (Rodolfo Ricciardelli, Enrique Evangelista, Adolfo Benassi, José María Di Paola, Carlos Olivero, Nivaldo Leal, Sebastián Sury, Walter Medina, Guillermo Torre, Marcelo Mirabelli, Gustavo Carrara, Martín De Chiara, Sergio Serrese, Jorge Tome y Franco Punturo) (2007) “Reflexiones sobre la urbanización y el respeto por la cultura villera”. *Revista Criterio Digital*. Disponible en: https://www.revistacriterio.com.ar/bloginst_new/2009/11/03/reflexiones-sobre-la-urbanizacion-y-el-respeto-por-la-cultura-villera/

Fundación Vivienda y Comunidad (S/F). *Reseña Institucional 1979-1984*.

GCBA (2010). “La población en villas y asentamientos precarios” en Dirección General de Estadísticas y Censos, *Resultados provisionales del Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas 2010 en la Ciudad de Buenos Aires*, 5-6. Disponible en: http://www.estadisticaciudad.gob.ar/eyc/wp-content/uploads/2015/07/resultados_provisionales_censo_2010.pdf

Meisegeier, José (1980). *Evangelización y promoción humana desde una opción preferencial por los pobres. Las cooperativas de autoconstrucción de viviendas y la vida religiosa*. Mimeo. Archivo SEDECA.

Naciones Unidas (1964). *Manual de construcción de viviendas mediante el esfuerzo propio*. Nueva York, Estado Unidos: Departamento de Asuntos Económicos y Sociales. Publicación de las Naciones Unidas.

Naciones Unidas (1984). *La mujer en el sector popular urbano. América Latina y el Caribe*. Santiago de Chile.

Botan, Héctor; Ricciardelli, Rodolfo; Valle, Miguel Ángel; Meisegeier, José; de la Sierra, Daniel y Vernazza, Jorge (1980). *Aclaración* .

Sitios web institucionales

www.fundasal.org.sv

www.misereor.org

www.sedeca.org.ar

www.fpbs.org

www.fvc.org.ar

www.selavip.org

www.ceve.org.ar

www.ave.org.ar

Revistas y periódicos

Revista Vivienda Popular

Revista El Descamisado

Revista Extensión en las Américas

Revista Familia Cristiana

Diario La Razón

Diario Popular

Diario La Nación

Diario Clarín

Diario Página 12

Diario Crónica

Filmografía

Marcelo Céspedes y Carmen Guarini (1988), *Buenos Aires, Crónicas Villeras*.

Osvaldo Andéchaga (1989), *La Ciudad Oculta*.

Archivo DiFilm, *Movimiento Villero Peronista de Núñez y Bajo Belgrano 1973*.
Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=0IJHTnrZXNc>

Entrevistas individuales realizadas por el autor

Juana Ceballos, abogada, antiguo miembro y fundadora de la comunidad de apoyo de la Cooperativa Madre del Pueblo, trabajó en CBA y Cáritas Argentina. Entrevistas realizadas los días 13 y 16 de septiembre de 2013 y 16 de octubre de 2013.

Osvaldo Oriolo, ingeniero, antiguo miembro de la comunidad de apoyo de la Cooperativa Madre del Pueblo. Entrevista realizada el día 3 de noviembre de 2013.

Mariano West, licenciado en administración de empresas, antiguo miembro fundador del ETV y presidente de la Cooperativa Copacabana, Intendente de Moreno entre 1995-2002 y 2011-2015. Entrevista realizada el 17 de febrero de 2014.

Eduardo Suriani, arquitecto, antiguo miembro de la comunidad de apoyo de la Cooperativa 5 de Noviembre. Entrevista realizada el 18 de febrero de 2014.

Ricardo Murtagh, sociólogo y Doctor en sociología, antiguo miembro de la Comisión Directiva de CBA y FUNDAPAZ. Entrevista realizada el 18 de septiembre de 2014.

Carlos Casanova, arquitecto y antiguo miembro fundador del ETV y FVC. Entrevista realizada el 2 de octubre de 2014.

Susana Murphy, arquitecta y antiguo miembro y fundadora del ETV y FVC. Entrevista realizada el 15 de octubre de 2014.

Aida Franji, abogada y miembro de FVC. Entrevista realizada el 27 de noviembre de 2014.

Lescano, integrante de la Cooperativa Copacabana y vecino del barrio La Asunción. Entrevista realizada el 10 de diciembre de 2014.

Eva Murillo, integrante de la Cooperativa Copacabana y vecina del barrio La Asunción. Entrevista realizada el 18 de diciembre de 2014.

Pedro Moreira, integrante de la Cooperativa Copacabana y vecino del barrio La Asunción, director del Museo Biblioteca Inti Huasi. Entrevista realizada el 8 de febrero de 2015.

Daniel, integrante de la Cooperativa Copacabana y vecino del barrio La Asunción.

Entrevista realizada el 12 de mayo de 2015.

Nora, integrante de la Cooperativa Copacabana y vecina del barrio La Asunción. Entrevista realizada el 8 marzo de 2015.

Adela, religiosa perteneciente a la congregación Hermanas de la Asunción. Entrevista realizada el 23 de enero de 2015.

Teresa Saravia, trabajadora social. Entrevista realizada 3 de junio de 2015

Aurelio Ferrero, arquitecto y miembro del CEVE. Entrevista realizada el 30 de agosto de 2016.

Johnatan, vecino del barrio La Asunción. Entrevista realizada el 5 de julio de 2016.

Raúl Zavalía, profesor de matemática, antiguo miembro y fundador del ETV, FVC y FUPROVISO (donde actualmente es Director ejecutivo). Entrevista realizada el 23 de mayo de 2016.

Entrevistas grupales realizadas por el autor

Grupo focal con vecinos de La Asunción realizado el 8 de noviembre de 2014.

Juan Alberto Murillo y Delia Andrade, matrimonio de integrantes de la Cooperativa Copacabana y vecinos del barrio La Asunción. Entrevista realizada el 2 de diciembre de 2014.

Miriam, Juana y Clementina, integrantes de la Cooperativa Copacabana y vecinos del barrio La Asunción. Entrevista realizada el 9 de abril de 2016.

Miriam, Miguelina y Rosa, integrantes de la Cooperativa Copacabana y vecinos del barrio La Asunción. Entrevista realizada el 16 de mayo de 2016.

Carlos Casanova y Margarita Lovigné, arquitectos y antiguos miembros y fundadores del ETV y FVC. Entrevista realizada el 26 de mayo de 2016.